

Limón, canela y chocolate

Marisa Díaz



B

SELECCIÓN

Ficción contemporánea

Limón, canela y chocolate

Marisa Díaz



Noelia regresa a su ciudad, Sevilla, dispuesta a retomar su trabajo en la pastelería familiar. Pero la abuela, una mujer cabezota y excéntrica, la convence para que pase una temporada en el pueblo que abandonaron antes de nacer ella. En principio, la madre se opone a este viaje que puede desenterrar su secreto mejor guardado: la identidad del padre de Noelia. Sin embargo, en Cañada Rosal, la joven conocerá a Diego, quien le mostrará un pueblo muy diferente y menos aburrido de lo que ella imaginaba, y descubrirá que ningún secreto familiar puede permanecer oculto para siempre.

Limón, canela y chocolate narra, unas veces con humor, otras con emoción y ternura, una historia conmovedora en la que el amor, el desamor, el orgullo, la lealtad y el perdón dirigen la vida de sus personajes.

1.ª edición: julio, 2017

© 2017 by Marisa Díaz

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-284-4

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para Miriam y Luis,
dos pedacitos de mí a los que adoro*

"La familia es realmente un plato delicado, difícil de preparar"

Francisco Azevedo, Arroz de Palma

*"Porque hay una historia que no está en la historia y
que solo se puede rescatar escuchando el susurro de las mujeres"*

Rosa Montero

Contenido

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[LA PARTIDA](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[EL TEMPLO DE LOS DULCES](#)

[LA EXCUSA PERFECTA](#)

[LA TARTANA VERDE OLIVA](#)

[LO MEJOR Y LO PEOR DE LA CASA](#)

[LAS EXTRAÑAS INSCRIPCIONES](#)

[DIEGO FUERTES, EL NOBLE BANDOLERO](#)

[EL APELLIDO ALEMÁN](#)

[EL RESTAURANTE JUNTO A LA PISCINA](#)

[DUELO DE ANCIANAS](#)

[LA VERDADERA PROFESIÓN DE DIEGO](#)

[LAS ESMERALDAS](#)

[LA NOTA](#)

[EL HERMANASTRO](#)

[LA DESAPARICIÓN DE ELOÍSA](#)

LA CIUDAD DEL SOL

SEGUNDA PARTE

EL TALLER DE REPOSTERÍA

LA MIRADA INQUISIDORA DE ALFONSO XIII

UNA MAÑANA DE REENCUENTROS

LAS GLAMUROSAS

LA VITRINA

LA INAUGURACIÓN

EL ÚLTIMO DESEO DE SOLEDAD

MIEDO A LA MUERTE

LA PROPUESTA DE MATRIMONIO

EL VIAJE

AGRADECIMIENTOS

Promoción

LA PARTIDA

El pecho de Isabel subía y bajaba por las continuas y forzadas inhalaciones de aire. El angosto empedrado de las calles casi la hizo caer varias veces. Se sentía exhausta tras cruzar corriendo toda la aldea mientras soportaba el penetrante frío de la noche. Paró un instante para recuperar el aliento y secarse las lágrimas que le nublaban la vista. A lo lejos se oían las voces de unos borrachos trasnochadores. Para evitar encontrárselos, la joven aceleró de nuevo el paso. Las casas encaladas resplandecían a la luz de la luna llena. Dentro de ellas, las familias dormían plácidamente, ajenas al drama que vivía una de sus vecinas. Al llegar a la suya, el corazón le latió aún más deprisa cuando comprobó que la luz estaba encendida. Intentó meter la llave en la cerradura, pero la puerta se abrió sin que la empujara. Al otro lado la esperaba su padre.

—Coge tu maleta. Nos vamos.

La voz de José sonó firme pero algo temblorosa. No mostraba enfado sino tristeza y abatimiento. Lo reflejaba también en el rostro, con la mirada perdida y el mentón caído. Lo mostraba en el cuerpo, con sus anchos hombros encogidos. Isabel no fue capaz de mirarlo a los ojos y se marchó directa al dormitorio pasando por la cocina, donde Eloísa, su madre, y Lola, la vecina, cubrían las estanterías con sábanas.

—Tienes que comer algo —le encomendó Eloísa al pasar.

Aunque no tenía hambre, Isabel cogió un trozo de pan. Un nudo en el estómago, provocado por el sentimiento de culpa, le impedía probar bocado alguno.

En la exigua habitación, dejó el pan en la mesita de noche y, a oscuras, sacó del pequeño ropero de dos puertas una maleta con ropa que había preparado el día anterior. Aunque la hizo a escondidas, las palabras del padre confirmaron que la había descubierto. Se sentó en la cama, cansada por la carrera y derrotada por todo lo que había ocurrido esa noche. Junto a ella y sobre la manta de ganchillo, reposaba una caja de latón que contenía sus pertenencias más valiosas. La observó unos segundos a la vez que se tocaba la barriga, oprimida por la falda que le quedaba estrecha.

«Necesitaré ropa nueva», pensó mientras las lágrimas volvían a sus ojos, que todavía estaban enrojecidos. Pero esa vez no se dejó llevar por la desesperación. Secó su rostro con la manga del chaquetón de paño que aún llevaba puesto y escondió la caja en un hueco de la pared que, desde niña, consideraba su escondite secreto.

Eloísa entró en la habitación y se sentó también en la cama. Cogió el trozo de pan y se lo dio para que lo comiera. Isabel obedeció y lo mordisqueó sin ganas. En la penumbra, la madre la abrazó y la besó en la frente.

Junto a la puerta, sin ser visto, el padre contemplaba la imagen apretando los puños con rabia. No soportaba ver sufrir a las dos personas que más quería. José estaba impaciente por partir para evitar ser visto por los vecinos más madrugadores, en su mayoría trabajadores del campo, amigos suyos, que partían temprano al trabajo.

La agricultura era el principal sustento de esa tierra en la que unos pocos se repartían los cultivos, y otros muchos los trabajaban. Las jornadas eran interminables, empezando de madrugada y terminando con la puesta de sol. En verano, la temperatura sobrepasaba los cuarenta grados, y el calor abrasaba la piel de los trabajadores. En invierno, las heladas les calaban los huesos. Tanto esfuerzo estaba mal recompensado con sueldos muy precarios.

José y Eloísa eran afortunados porque poseían una pequeña porción de terreno, aledaña a la casa, donde sembraban lo suficiente para vender en el mercado y poder sobrevivir. No obstante, en los últimos días se habían visto obligados a vender la tierra para costear el traslado a la ciudad.

—Vámonos. Los jornaleros están a punto de partir al campo —dijo José en voz baja.

Las mujeres se levantaron sobresaltadas y terminaron de llenar los sacos de yute con los últimos enseres. En tres bultos recogieron todo lo necesario para empezar una nueva vida. La vecina, siempre fiel, abrazó a Eloísa sin poder reprimir el llanto.

—Yo cuidaré de la casa hasta que volváis.

Un destello de esperanza recorrió la mirada de Eloísa.

—Gracias —acertó a decir resignada—. Te escribiremos en cuanto lleguemos, pero recuerda —advirtió—, nadie puede saber dónde viviremos a partir de ahora.

El que había sido el cálido hogar de aquella familia ya estaba listo para la partida. Los escasos muebles estaban cubiertos de sábanas, y los rosales recién regados.

Isabel salió del cuarto portando a duras penas su maleta. Era como una gran caja cuadrada de cartón. Tenía los bordes desgastados y el pequeño cierre de metal oxidado. Su padre se la quitó en un gesto rápido que impidió que la joven pudiera reaccionar. El hombre la ató con una cuerda y la echó a su espalda.

—No somos delincuentes, mamá —se lamentó Isabel—. No es justo que tengamos que huir.

—No huimos, hija. Vamos en busca de un futuro mejor. El trabajo en el campo es muy duro —aseguró la madre con una amarga sonrisa.

El marido de Lola entró sigiloso a la casa para advertirles que fuera los esperaba el carro. Los dos hombres cargaron todos los sacos y la maleta con rapidez pero con cuidado de no hacer ruido. Esa tarde, Eloísa había preparado una cesta con leche y pan untado con un poco de aceite y azúcar para comer por el camino. La despedida tuvo lugar entre abrazos y besos junto con los deseos de volver a verse pronto.

Tras acomodarse en el carro, junto con los sacos y bajo una manta para evitar la brisa gélida que envolvía a la madrugada, partieron despacio. El primer destino de esa familia era el pueblo vecino que estaba a unos diez kilómetros, donde recogerían a la primera viajera que los conduciría hasta su nuevo hogar.

Para llegar antes, recurrieron a un atajo atravesando el campo. A lo lejos, se oían los aullidos de los lobos. Pequeñas manadas vivían por los alrededores, acercándose cada vez más a los poblados en busca de alimento. Incluso una calle del pueblo se conocía como «calle del lobo» porque los vecinos aseguraban que, una noche, uno de ellos se paseó por allí hasta que fue sorprendido y huyó, esquivando las piedras que le lanzaron sus peores enemigos, los humanos.

Isabel no temía a las fieras ni a la oscuridad. El principal temor de la joven eran los pensamientos de dudas y remordimientos que le martilleaban la cabeza y que le producían tanta pena que inundaba cada rincón de su cuerpo menudo. No había sido nada fácil tomar la decisión que cambiaría su vida para siempre. Por ello, ocultaría todo lo ocurrido aquella noche, aunque resultara un secreto difícil de sobrellevar.

El camino transcurrió en silencio, entre olivares y caminos pedregosos cuajados de flores silvestres, sin que ninguno de ellos volviera la vista atrás.

PRIMERA PARTE

EL TEMPLO DE LOS DULCES

Las zarpas luminosas del vigoroso sol de aquella mañana cercana a la primavera hacían brillar, con más intensidad, el tono burdeos de la madera que rodeaba el enorme escaparate y la puerta de entrada al local. A través de la cristalera, entre las letras del nombre de la pastelería, Canela, y las bandejas de dulces, tartas y flores decorativas, Noelia reconoció a su madre. La mujer, ataviada con un delantal blanco ribeteado con encaje, resplandecía entre los pasteles. Llevaba el pelo, ondulado y castaño, suelto porque lo tenía más corto que la última vez que se vieron. Noelia se percató enseguida que otra silueta femenina se movía detrás del mostrador. Desde el lugar en el que se encontraba, en la esquina frente al local, la joven no podía distinguir con claridad de quién se trataba. Pensó, resignada, que la desconocida era su sustituta, aunque le dolió que ni la madre ni la abuela le comentaran nada sobre ella.

Menos de un año había tardado en darse cuenta de cómo era en realidad el hombre en el que había confiado. Lo había dejado todo por él: las amistades, el trabajo y a las dos mujeres más importantes de su vida, que la vieron marchar de un día para otro sin poder hacer nada para impedirlo. El daño ya estaba hecho, y se merecía perder su antiguo trabajo y la confianza de ellas.

Respiró hondo, levantó con esfuerzo la pesada maleta y cruzó la avenida decidida pero, a la vez, con un ligero temblor de piernas por miedo al rechazo. Dentro del local, varias personas esperaban pacientes su turno para comprar. Ella se quedó rezagada, escondida entre la clientela, temerosa de la reacción de su madre al verla. Desde aquel lugar medio oculto, Noelia contempló con añoranza las vitrinas acristaladas, repletas de cajas de galletas y bombones, y el mostrador de madera donde tantas horas había pasado despachando y que permanecía tan reluciente como lo dejó. A su mente regresaron las imágenes de las numerosas visitas que ella y su madre hicieron a multitud de rastrillos y tiendas de antigüedades para adquirir mesas y sillas con la idea de ampliar el local. Debido al ajustado presupuesto con el que contaban, las compraron de diferentes estilos y colores, aunque el contraste resultó muy original. Lo que las dos mujeres habían conseguido de forma casual para ahorrarse dinero, se convirtió con el tiempo en tendencia. Noelia también reconoció la mezcla de olores en el que estaba sumida la estancia, entre los que destacaban el aroma de la vainilla y de la canela que, nada más entrar, daba la bienvenida a un verdadero templo de los dulces. A la joven tampoco le resultó indiferente la gran variedad de pasteles nuevos como *cupcakes* y *macarons*, que se exponían en tarteras de cristal sobre el mostrador. Eran productos de moda importados de Inglaterra,

Francia o Estados Unidos. Junto con los tradicionales palos de nata, tocinos de cielo o milhojas, formaban un conjunto tan colorido y apetecible que hacía estallar las papilas gustativas. Durante su estancia en Madrid había intentado vivir alejada de los pasteles, pero, cuando su novio la abandonó, recurrió a ellos, una vez más, para ganarse la vida. La contrataron en una conocida confitería de la Plaza Mayor, donde aprendió nuevas técnicas y exquisiteces con las que contentar a un público amplio y variado que acudía a diario a aquel emblemático y famoso lugar.

El grupo de clientes se fue reduciendo hasta que Noelia quedó frente a la madre que, en un primer momento, no se percató de su presencia porque estaba pendiente de reponer el pan que faltaba en la vitrina. Entonces, la hija se quitó las gafas de sol, levantó el rostro y la miró. La mujer abrió tanto los ojos como la boca y, tras lanzar al aire las pinzas que tenía en la mano, se dirigió fuera de la barra y la abrazó con fuerza. Ambas dejaron correr las lágrimas contenidas y entre susurros Noelia repetía: «lo siento». Tras el emotivo encuentro, la madre se retiró y la miró de arriba abajo.

—¿Cuántos kilos has perdido? ¡Te has quedado sin tetas ni culo! —exclamó Isabel en voz alta, provocando que un par de hombres, que esperaban su turno, se giraran y examinaran con descaro si lo que habían escuchado era cierto.

—Vale, mamá. Estoy más delgada, pero no hace falta que lo pregones —musitó la joven, avergonzada.

—Ya estás en casa. Te he echado tanto de menos... —susurró Isabel.

El encuentro había transcurrido mucho mejor de lo que Noelia esperaba. Aunque había hablado por teléfono con ella y con su abuela, no las había visitado desde que se marchó.

—Siéntate aquí y espera. Quiero presentarte a alguien —dijo la madre.

Noelia recordó a la desconocida que vio desde el exterior del local. Enseguida llegó Isabel con una joven que vestía un delantal idéntico al suyo. A primera vista, le pareció más joven que ella y mucho más guapa. Cuando se levantó para darle un par de besos, Noelia, que era una mujer de una estatura media, tuvo que agacharse porque la superaba bastante en altura. Las dos eran mujeres de curvas pero de diferentes rasgos, como el cabello, que Noelia llevaba ondulado y por debajo de los hombros en un tono castaño claro, mientras que el de la recién llegada era moreno y lo tenía recogido en un moño alto. Los ojos marrones veteados de verde de Noelia nada tenían que ver con los negros de la ayudante de Isabel. Pero si en algo eran la noche y el día, era en el color blanco de la piel de Noelia en contraste con el tono caramelo de la joven.

—Se llama Marlena y es dominicana —apuntó Isabel.

—Es un placer, Marlena —saludó con frialdad—. No me habías hablado de ella, mamá —señaló a continuación, sin molestarse en ocultar la rabia que le provocaba encontrarse cara a cara con su sustituta.

—Creo que sí te lo comenté —señaló la madre, pensativa—. Lo habrás olvidado —respondió, resuelta, para quitarle importancia.

—Isabel me ha hablado mucho de ti. Tenía muchas ganas de conocerte —intervino Marlena con timidez y arrastrando las letras por el marcado acento sudamericano.

Sus palabras sinceras no modificaron la actitud distante de Noelia, que se limitó a asentir con la cabeza, manteniendo la misma expresión pétrea.

—Os dejo tranquilas y voy a seguir atendiendo —ofreció la joven.

Isabel le agradeció el gesto con una amplia sonrisa.

Madre e hija se instalaron en una de las pequeñas mesas del local mientras Marlena regresaba a la barra para atender a una clienta que esperaba paciente que las mujeres terminaran de hablar.

—Parece encantadora —expuso Noelia, nada convencida, para romper el hielo.

En verdad, no sabía cómo abordar el tema de su inesperado retorno y el motivo que lo había propiciado.

Marlena abandonó de nuevo el mostrador para llevarles café y un trozo de tarta de chocolate y almendras. Les guiñó un ojo y continuó atendiendo.

—Y muy trabajadora —apuntó Noelia, recelosa.

Su madre la observaba en silencio, esperando que saboreara el chocolate.

—¡Vamos, prueba la tarta! —apremió.

Noelia no tenía mucha hambre, pero no pudo resistirse a probar un trozo del exquisito pastel. Y al degustar el primer bocado, quedó prendada por el dulzor y la suavidad de la cobertura de chocolate y mantequilla. El bizcocho de almendras resultó tan delicioso que consiguió un efecto terapéutico y le soltó la lengua.

—Me dejó —confesó al fin, con ojos vidriosos.

Isabel la escuchó imperturbable y, tras unos segundos de espera, intervino decidida.

—Lo sabía.

Noelia se sorprendió porque, hasta ese momento, había hecho lo imposible para ocultarlo. Incluso dejaba el grifo de la ducha abierto para simular que él se estaba bañando mientras ellas hablaban por teléfono.

—¿Cómo te diste cuenta? —preguntó, intrigada.

—Una madre lo sabe todo.

La joven nunca olvidaría la noche antes de marcharse. Tanto Isabel como la abuela respetaron su decisión de viajar a Madrid con su novio, un chico poco hablador y alérgico a las reuniones familiares, en busca de trabajo. Desde el principio, ellas les propusieron que llevaran juntos la pastelería. Aquel honesto negocio les había dado de comer durante muchos años cuando se mudaron a Sevilla, y con mucha dedicación y trabajo, habían superado la llegada de la competencia y la crisis de los últimos años. Pero las aspiraciones surrealistas del novio, que buscaba ganar mucho dinero en poco tiempo y con el mínimo esfuerzo, embelesaron a Noelia y por él lo dejó todo. Como le advirtió la abuela: «En los momentos más duros es cuando realmente se demuestra si amas y te aman».

—Cuando en Madrid no conseguí ganar tanto dinero como él esperaba y la aventura se convirtió en una pesadilla, empezaron los verdaderos problemas —reconoció apenada.

A Noelia le costaba hablar, tragó saliva y, al fin, las lágrimas salieron a borbotones resbalando por la mejilla. Isabel la besó en la frente como cuando era pequeña. No hacían falta más palabras.

—Ahora estás en casa. Tu abuela se alegrará muchísimo de verte —susurró para tranquilizarla. Y tras aclararse la voz, reconoció en voz baja—: Nosotras tampoco hemos sido del todo sinceras contigo.

Noelia se sobresaltó ante la declaración de la madre, a pesar de estar acostumbrada a su destreza innata para ocultar secretos.

—No queríamos preocuparte —aseveró a la vez que se movía incómoda en la silla.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó Noelia, preocupada.

—A tu abuela le dio una angina de pecho y estuvo ingresada en el hospital —dijo al fin—. Pero no te preocupes porque ya está recuperada —añadió sin dejar que Noelia la interrumpiera—. Solo está algo rara.

—¿Rara?

—Ya lo comprobarás tú misma —zanjó a la vez que se ponía en pie.

El piso no estaba muy lejos de la pastelería, solo dos calles lo separaban. Era casi medio día, e Isabel dejó a Marlina al cuidado del negocio mientras ella acompañaba a Noelia. La joven se sintió feliz de recorrer aquel camino que hacía tanto tiempo que no pisaba. Mientras abría la puerta del piso, Isabel anunció con voz fuerte su llegada para no asustar a su madre. En la penumbra apareció la silueta de una mujer más encorvada y delgada de lo que Noelia recordaba. Encima de su bata de pequeñas flores azules, vestía un bonito chal *beige* que ella misma había tejido. Abuela y nieta se abrazaron entre lágrimas y risas por la alegría de reencontrarse. Cuando se

separaron, Noelia comprobó que su abuela seguía oliendo a Agua de rosas, acarició su pelo rubio salteado de canas y vio brillar de nuevo sus pequeños ojos verdes. No obstante, sintió que había envejecido mucho desde la última vez que la vio, incluso parecía más pequeña.

—Abuela, ¿te encuentras bien?

—Ahora sí —respondió Eloísa, emocionada.

—Es hora que sepas toda la verdad —confesó Isabel.

Entonces contó que, a causa de la angina de pecho, Eloísa permaneció ingresada en la unidad de cuidados intensivos del hospital varios días hasta que su gran fortaleza, y cabezonería, hicieron que se recuperara. No habían querido preocupar a Noelia y por eso se lo habían ocultado.

—Abuela, ni se te ocurra volver a enfermar. Prométemelo.

Las tres mujeres se abrazaron, lloraron y rieron, felices, agradecidas por estar juntas de nuevo.

Tras el emotivo reencuentro, la joven se dirigió a su dormitorio para dejar la pesada maleta. Al abrir la puerta la recibió de golpe el olor a limpio, y encontró todo recogido y ordenado tal como lo dejó el día de su partida. Sentada sobre su cama, se recreó en el color rosa de las paredes, el coqueto cabecero de la cama de forja, el ropero blanco de dos puertas, la estantería de madera repleta de libros, la cortina con diminutas estrellas y la lámpara de lágrimas rosas que, encendida, formaba un bonito juego de luces sobre el techo del cuarto. Se abrazó al cojín fucsia que descansaba sobre la cama y dejó caer el cuerpo sobre la colcha mullida. Al oler el arroz con leche dio un salto y fue directa a la cocina donde Eloísa preparaba su postre preferido. La estancia no era muy extensa comparada con el resto de las habitaciones del piso, pero los azulejos y los muebles blancos le otorgaban aún mayor amplitud. Además, contaba con un gran ventanal por el que la luz entraba en abundancia y con un rincón muy acogedor, con una mesa y varias sillas, donde las mujeres pasaban la mayor parte del día.

Aunque faltaba un rato para el almuerzo, y su madre había regresado a la pastelería, la abuela preparaba con entusiasmo la comida. En la olla, calentaba ya la leche con el arroz, el azúcar, la canela y la piel de limón, mientras lavaba los tomates y los cortaba a trozos para hacer salmorejo. Noelia buscó el recipiente para batir y echó el pan duro, la sal, una cantidad bastante generosa de aceite de oliva, como a ella le gustaba, y un ajo picado. Su abuela añadió los tomates y la joven batió la mezcla con el mismo fervor que lo hacía de pequeña. Todo lo que fuera batir, mezclar o remover era tarea suya. Una vez terminado, cogió una cuchara y lo probó.

—En su punto —dijo, relamiéndose los labios.

Esperaron a que Isabel cerrara la pastelería para almorzar. Su abuela no escatimó en recursos para hacer la mejor comida de bienvenida. Picó huevo duro y jamón para el salmorejo. En esa casa cada comida era una fiesta de sabores.

Aprovecharon el almuerzo para cotillear sobre lo ocurrido en el vecindario durante la ausencia de Noelia. A su vez, la joven contó algunas vivencias de su paso por Madrid, escarbando entre los recuerdos menos dolorosos.

Cuando llegó la hora del postre, Isabel sirvió tres generosos cuencos de arroz con leche y uno a uno, como si se tratara de un ritual mágico, los espolvoreó con canela. La especia era como un miembro más de la familia, y no había plato, dulce o salado, en el que no se utilizara. La prueba más evidente de esa devoción culinaria era el nombre de la pastelería, Canela, elegido por una rotunda mayoría.

Tras la succulenta comida, Noelia no tuvo más remedio que desabrocharse el pantalón vaquero que llevaba puesto. Hizo ademán de levantarse, pero su abuela le indicó con la mano que se volviera a sentar. Isabel suspiró de forma sonora.

—Ya lo sé, abuela. No te he contado porque estoy aquí —se lamentó.

—No quiero saberlo, lo importante es que estás bien —afirmó la anciana con sinceridad—. Creo que has llegado en el mejor momento.

—Ni se te ocurra, mamá. No metas a la niña en tus locuras —intervino Isabel, enojada—. Ya está con sus rarezas —alegó, dirigiendo una mirada cómplice a su hija.

Al margen de que su madre la llamara niña, algo que seguiría ocurriendo así cumpliera sesenta años, a Noelia no le sorprendió esta reacción porque su madre y su abuela rara vez se ponían de acuerdo en algo. Las peleas entre ellas eran el sonido de fondo del hogar.

Eloísa entrecerró los ojos, ignoró a la hija y prosiguió.

—Cuando estaba en el hospital, tan, tan enferma... —dijo, recalcando las últimas palabras.

—¡Qué teatrera! —interrumpió Isabel, soltando una carcajada.

La anciana la miró desafiante y la señaló con el dedo para advertir que no la volviera a molestar.

—Como te decía, ya no me quedan muchos años de vida. Me acerco a los ochenta, la recta final de este largo viaje —expuso, melodramática.

—Estás estupenda, abuela. Tú nos entierras a nosotras.

Eloísa se conservaba muy bien y tenía una vitalidad envidiable. En la casa, ella era la encargada de cocinar y hacer la limpieza diaria.

—Por eso mismo, lo que más te conviene es estar tranquila —replicó Isabel que seguía enfadada.

—¡No, lo que yo quiero es pasar una temporada en el pueblo!

Ahora entendía Noelia el enfado de su madre. Decir pueblo en la casa era como pronunciar una palabra maldita. El pueblo tenía nombre, Cañada Rosal, y estaba situado en la sierra norte de Sevilla, a tan solo una hora de camino, aunque hacía años que no lo visitaban. Eloísa acudió en contadas ocasiones con al abuelo, antes de que él muriera cinco años atrás, por una neumonía crónica que había arrastrado por años a causa de las interminables jornadas de duro trabajo en el campo, durante los días lluviosos y fríos. Pero Isabel no lo había pisado desde que se trasladaron a Sevilla. Lo hicieron a escondidas, para evitar las habladurías y el rechazo, ya que ella se quedó embarazada y el novio no quiso hacerse cargo de la situación. Noelia conocía muy pocos datos de esa parte importante de la vida de su madre y de la suya propia. Tras insistirle mucho, Isabel solo le contó que el padre era de familia de dinero y que, en vez de casarse con ella, decidió marcharse a trabajar al extranjero. No le explicó nada más; tampoco le mostró una foto; o se lo describió; ni siquiera le reveló su nombre. Por este motivo, no quería saber nada de aquel lugar. Noelia, ante el mutismo de Isabel, había terminado por respetar su decisión, sobre todo porque solo nombrarlo la hacía entristecer. Como padre estaba Andrés, que era el novio de su madre desde hacía más de quince años. De mutuo acuerdo, la pareja decidió vivir en sus respectivas casas. De esta forma, mantenían una relación intachable sin peleas de importancia. Gozaban de independencia, aunque se profesaban un gran cariño y respeto.

—No sé si es una buena idea, abuela —terció la joven que no consideraba posible llevar a cabo el deseo de Eloísa—. No sabes cómo se encuentra la casa, si está habitable o no.

Desde que el abuelo murió, ella no había mostrado interés en volver al pueblo.

—Hasta hace unos meses, Lola y su marido se encargaban de cuidarla, pero se fueron a pasar una temporada con un hijo a Barcelona y han decidido quedarse a vivir allí. Me preocupan mis palmeras, mi limonero y mis rosales —confesó, compungida.

—En el balcón tienes muchas plantas que cuidar —repuso Isabel mientras se levantaba para recoger la mesa.

—No es lo mismo —le dijo en voz baja a Noelia—, quiero que me acompañes. Solo será una temporadita.

—Abuela, ¡si acabo de llegar! Y tengo que ayudar a mamá en la pastelería.

—Claro, ya cuadraremos los turnos con Marlena —aclaró Isabel.

Noelia la fulminó con la mirada. «Algo tengo que hacer con la dichosa Marlena», pensó con rabia.

—Me harías un gran favor, Noelia. Recuerda cómo te he cuidado desde que eras pequeña mientras tu madre trabajaba tantas horas; cómo me preocupó en hacerte tus comidas favoritas... —insistió la anciana con voz melosa.

Noelia sabía el nombre técnico de la maniobra utilizada por su abuela para intentar convencerla: chantaje emocional. Pero los planes que la joven quería poner en marcha tras su regreso eran muy distintos a pasar una temporada en un pequeño y aburrido pueblo. Quería trabajar de nuevo en la confitería, volver a salir con amigas, estudiar inglés... cosas que no podría hacer si se marchaba a Cañada Rosal. Además, ella era mujer de ciudad, amante de las multitudes, los ruidos estridentes y del intenso olor a gasolina.

—Lo pensaré, abuela —prometió para evitar resultar demasiado tajante.

La abuela quedó satisfecha, y Noelia se marchó a la cocina para ayudar a su madre a recoger. Mientras ambas mujeres metían los platos y vasos en el lavavajillas hablaron de muchas cosas, pero evitaron en todo momento el tema «pueblo». Noelia sabía lo triste que era para ella, así que le besó el pelo, porque era mucho más alta, y susurró: «Eres la mejor madre del mundo». Noelia creyó ver una pequeña lágrima asomar por uno de los ojos de Isabel. Lo ocurrido en el pasado nunca le dejaría de doler.

LA EXCUSA PERFECTA

Tras la comida, Noelia pasó la tarde deshaciendo la maleta. En los últimos meses había abandonado muy a su pesar la lectura. Repasó la estantería y recuperó la novela *La señora de Mellyn*, de Victoria Holt. Las tapas verdes del libro estaban algo desgastadas por el paso del tiempo y porque lo había leído varias veces. Aun así, decidió que lo haría una vez más y lo colocó sobre la mesita de noche.

Cuando terminó de ordenar el dormitorio, llamó a su madre para preguntarle si quería que le echara una mano en la pastelería. Isabel le contestó que la tarde estaba muy tranquila, que prefería que ayudara a su abuela a preparar una cena especial porque había invitado a Andrés a celebrar su regreso. Encantada con la idea, se apresuró a contársela a la abuela.

Eloísa veía fotos antiguas sentada en el sillón. Esparcidas por el sofá y por la mesa había imágenes en blanco y negro del abuelo José, de Eloísa y de Noelia de niña. Cuando se sentó junto a la abuela cogió de la caja de cartón, grande y rectangular, que en el pasado contenía bombones, una foto de Isabel de joven. En ella posaba frente a la pastelería y se veía muy guapa con el pelo peinado y colocado tras las orejas, aunque tenía la mirada distante y expresión seria. Llevaba un vestido oscuro y recto de media manga y falda por las rodillas.

—Abuela, ¿qué edad tenía mi madre en esta foto?

—Creo que unos dieciocho años. La tomamos recién llegados a Sevilla cuando alquilamos el local —contestó Eloísa tras examinarla con atención.

Noelia cogió otra fotografía de su madre de medio cuerpo. Llevaba un bonito moño y una gran sonrisa iluminaba su rostro.

—En esta se ve feliz —comentó.

—Sí, la tomaron en un estudio en el pueblo cuando cumplió quince años. Entonces sí era muy feliz.

Aquella puntualización de la abuela hacía referencia a la etapa anterior a que Isabel se quedara embarazada.

—Ya sabes que mamá apenas me ha hablado de mi padre ni de lo que ocurrió —declaró Noelia con tono afligido—. La verdad es que, teniéndola a ella, a ti, claro, al abuelo y a Andrés nunca lo he echado en falta, aunque hay momentos en los que me gustaría saber un poco más de él.

—Te entiendo, tesoro. Yo en tu lugar hubiera querido conocer todos los detalles. Ya sabes lo cotilla que soy —asintió Eloísa, guiñándole un ojo—. Pero tu madre lo quiso así. Lo pasó tan mal que la única forma que encontró para pasar página fue

intentar olvidar todo lo que había ocurrido. Yo le advertí que tú eras parte importante de aquella historia y que, algún día, necesitarías conocerla.

—El problema es que me siento incompleta —confesó, decaída—. Es como si recorriera mi camino con un solo zapato que no me impide seguir adelante, pero el pie descalzo me duele, y no me siento cómoda.

—Quizás ha llegado el momento de encontrar el otro zapato y conocer toda la historia.

—¿Cómo, abuela?

—Ven conmigo al pueblo —la animó una vez más.

La propuesta seguía sin satisfacer a la joven. Lo único que sabía de su padre era que se había marchado al extranjero. Después de tantos años, no quedaría rastro de él en Cañada Rosal.

—Mañana te daré una respuesta. Ahora vamos a guardar todo esto y a preparar una cena espectacular para esta noche. ¿Desde cuándo no utilizáis el mantel bordado de lino?

—Ni me acuerdo.

—Entonces, ¡ha llegado el momento!

Noelia se encargó de la compra, y Eloísa recuperó el mantel, hecho a mano, de lino blanco con unas bonitas flores de diferentes colores bordadas en los dos laterales. Solo se usaba en ocasiones muy especiales y se guardaba con tanto esmero como si se tratara de una joya. Era obra de Isabel, lo hizo nada más llegar a Sevilla para festejar las primeras fiestas navideñas en la ciudad. Ya estaba planchado cuando la joven llegó con la carne, las verduras y todos los ingredientes necesarios para el gran festín. Regresó contenta tras saludar a muchos vecinos a los que no veía desde que se fue. Entre risas, abuela y nieta elaboraron un exquisito menú: como entrantes, queso viejo y jamón serrano, manjares que solo se preparaban en ocasiones muy especiales; como plato principal, pollo al horno con cebollas, vino blanco y perejil, acompañado con patatas horneadas al romero; de postre, fresas con nata. Eloísa bromeó con su nieta sobre cómo aquella comida parecía el menú de una boda. Solo faltaban las gambas a las que Eloísa encontró una alternativa culinaria menos sabrosa pero mucho más barata. Puso en una fuente plateada un lecho de lechugas picadas muy finas, sobre las que colocó palitos de cangrejo. En el centro puso un pequeño cuenco con mayonesa.

—¡Nuestras gambas! —exclamó Eloísa, mostrando la bandeja en alto.

Noelia aplaudió para elogiar su creatividad.

Ya estaba todo preparado a falta de los comensales. La primera en llegar fue Isabel que, para disgusto de Noelia, apareció acompañada de Marlena. A pesar de la

rigidez del saludo con el que la recibió, la dominicana se mostró cálida con ella. Traían una bandeja de dulces pequeños para la sobremesa. A los diez minutos llegó Andrés y lo primero que hizo fue abrazar a Noelia con ternura.

—Me alegro mucho de verte, pequeña —adujo, utilizando el mismo apelativo cariñoso con el que siempre la llamaba desde que se conocieron.

El novio de Isabel era robusto, de estatura media y andaba un poco encorvado. Siempre llevaba el cabello oscuro pulcramente peinado y de su rostro resaltaban las grandes cejas pobladas y los ojos amables. En cuanto al carácter, desprendía nobleza y sencillez a raudales.

—¿Has cuidado bien de mamá y la abuela? —bromeó Noelia.

—Todo lo que me han dejado —respondió él con las manos en alto

El pequeño salón resplandecía con la mesa ovalada a un lado, vestida con el mantel de lino y, sobre ella, las copas, los cubiertos y la vajilla preparados para la cena. Sobre el sillón en forma de ele y de tejido rústico color tierra, habían colocado cojines con estampados florales, guardados desde hacía mucho tiempo. Junto con la comida, Noelia también compró flores frescas que había colocado sobre la mesita pequeña, situada junto al sillón preferido de su abuela, frente al mueble color miel sobre el que reposaba el televisor. La fragancia que desprendían las flores sirvió de ambientador natural.

La cena resultó todo un éxito gracias, por una parte, a los exquisitos platos que todos degustaron con verdadero delirio y, por otra parte, a la animada charla y las continuas bromas de Eloísa y Andrés. Noelia se sentía feliz por estar de nuevo junto a su familia, y satisfecha con la decisión que había tomado de abandonar Madrid para regresar a Sevilla. Lo que no impidió que Noelia estuviera pendiente de Marlena durante toda la cena, a pesar de que la joven permaneció la mayor parte del tiempo en silencio y solo hizo algunos comentarios en voz baja. Aunque llevaba poco tiempo trabajando para ella, Isabel la trataba como a una más de la familia, lo que desconcertó aún más a Noelia. En el fondo, desconfiaba de aquella actitud tan sumisa y amable y pensaba que el exceso de confianza que le daba podría volverse en contra de su madre. Se propuso desenmascararla y recuperar así el lugar que le había usurpado en el negocio familiar.

Pasada la medianoche, decidieron poner fin a la improvisada reunión, porque, excepto Eloísa y Noelia, tenían que madrugar para acudir al trabajo. Se despidieron con efusivos besos y abrazos. Cuando las tres mujeres quedaron solas continuaron riendo extasiadas por la agradable velada que habían vivido, juntas de nuevo, hasta que el cansancio pudo con ellas y se marcharon a dormir.

Al abrir los ojos, una imagen hizo que Noelia se sobresaltara. Eloísa estaba sentada a los pies de la cama, mirándola fijamente con el pelo revuelto y vestida aún con el camisón blanco y largo que utilizaba para dormir.

—¡Vaya susto me has dado, abuela!

—¿Me acompañarás o no? Estoy preparando el equipaje porque quiero salir mañana —preguntó, impasible.

Noelia no daba crédito a lo que estaba ocurriendo. Acababa de llegar, ni siquiera había terminado de sacar toda la ropa de la maleta, y su abuela la apremiaba para volver a marcharse. Eloísa la observaba con sus pequeños pero fascinantes ojos verdes brillantes que tanto la intimidaban.

—¿Qué voy a hacer en el pueblo, abuela? Quiero empezar a trabajar, salir con amigas, hacer deporte... Lo normal cuando terminas una relación y empiezas una nueva vida —repuso a la vez que se incorporaba en la cama.

—¿Dónde crees que te voy a llevar? Cañada Rosal es un pueblo muy bonito que tiene de todo. Además, ya estuviste allí cuando eras niña y te encantó.

Noelia apenas recordaba detalles de aquella visita. Solo guardaba una imagen en la que aparecía muy pequeña jugando en unos columpios. La escena ocurrió en una venta próxima al pueblo durante una parada que hicieron para comer. A pesar de los muchos años que habían pasado, recordaba el lugar con claridad, la explanada de tierra amarilla en mitad de la nada y la terraza de la venta desde donde los abuelos la observaban atentos. El resto del día quedó borrado de su memoria. De hecho, no recordaba nada de cómo era el pueblo.

Noelia salió de entre las sábanas y se sentó junto a la abuela.

—Imagina que la casa está en ruinas —aventuró—, ¿cómo viviremos allí?

—Lola y su marido se encargaron de cuidarla.

—No podemos dejar a mamá sola.

—Estará muy bien acompañada con Andrés y Marlina.

«Ya salió a relucir la dichosa Marlina» pensó Noelia, irritada.

—¿Si te vuelves a poner enferma? —continuó buscando excusas.

—Voy al centro de salud.

—¿Estás segura que hay uno en el pueblo?

—¡Noelia! Hablas de mi pueblo como si fuera una aldea perdida.

Como no se le ocurrían más recursos para exponerle a su abuela, decidió posponer la respuesta un poco más, a pesar de la impaciencia de la anciana. Sin argumentos y hambrienta, la joven le cogió las manos y le besó la frente con dulzura.

—Déjame un poco más de tiempo para pensarlo —pidió—. Voy a dar un paseo y a la vuelta lo hablamos.

Noelia se puso unos vaqueros, un jersey y unas zapatillas cómodas y se despidió de su abuela con un sonoro beso. Una vez en la avenida, miró a un lado y a otro y decidió, al instante, visitar al novio de su madre. Él la ayudaría a decidir.

Eran las diez de la mañana, y la ciudad estaba en pleno apogeo. Coches, motos y furgonetas recorrían el asfalto. Noelia se sentía como la única persona que paseaba tranquilamente. Los demás transeúntes tenían grabada la prisa en los pasos acelerados y en los gestos frenéticos.

Eloísa pretendía que ella cambiara aquella ajetreada y estimulante forma de vivir por soporíferas jornadas en mitad del campo, donde lo más divertido sería ver pastar a las vacas.

Entre pensamientos llegó pronto a La Viña, la cafetería de Andrés, donde la terraza estaba llena de clientes desayunando al tímido calor de principios del mes de marzo. Al entrar en el local, Noelia comprobó, entusiasmada, que el novio de su madre había llevado a cabo su sugerencia de colocar en un rincón una estantería repleta de libros, para ofrecer a clientes solitarios la oportunidad de acompañar el café con una buena lectura.

Noelia buscó hueco en la barra, justo al lado de una vitrina llena de dulces procedentes, como no, de la pastelería de Isabel. Se sentó en una de las banquetas altas que estaba libre y esperó a que Andrés la viera. Solo habían transcurrido unos segundos cuando el hombre se acercó a ella, sonriente. Con gran destreza, irguió el cuerpo y se apoyó en la barra para darle un cálido beso en la mejilla.

Aquel atento hombre era para Noelia como un padre. Su madre y él comenzaron la relación siendo Noelia una adolescente de carácter rebelde a quien le costó, en un principio, ver a Isabel tan entusiasmada por aquel hombre, de la misma forma que ella y sus amigas lo estaban por sus primeros novios. Intentó por todos los medios que Isabel volviera a ser la madre abnegada que se desvivía por satisfacer todos sus caprichos de hija mimada. A Andrés lo humillaba a la más mínima oportunidad con frases hirientes que él aguantó como si fuera una piñata irrompible a los golpes de aquella niña malcriada. Cuando pasó el tiempo y lo conoció mejor, Noelia se dio cuenta de que su madre había elegido a un hombre noble, e incluso atractivo, que se desvivía por ellas.

—¡Buenos días, pequeña! —la saludó, alegre—. Voy a prepararte la especialidad de la casa.

Mientras él hacía desayuno, Noelia observó atenta cómo se movía ágil y veloz por la barra donde había otros dos camareros. Andrés contaba con una gran experiencia

en su trabajo, donde destacaba por ser detallista, desenvuelto y utilizar expresiones como caballero, señora o señorita para tratar a la clientela. Sus buenas maneras llenaban el bar de fieles clientes que devoraban con ansias enormes tostadas chorreantes de aceite o untadas de una generosa cantidad de mantequilla. En esta ocasión, Noelia compartía la barra con unos cuantos policías de uniforme, tanto hombres como mujeres, que charlaban muy animados antes de volver a salir en sus coches a velar por la variopinta ciudadanía. En otra mesa, cercana a ella, una pareja de abuelos intentaba, con canciones y juegos diversos, que los nietos –niño y niña, mellizos– tomaran la leche. Los pequeños subían y bajaban de sus sillas, correteaban alrededor de la mesa, haciendo imposible la tarea de los pacientes abuelos por darles el desayuno. Noelia sonrió ante la situación y se acordó de su abuelo cuando cuidaba de ella mientras Isabel y Eloísa trabajaban en la pastelería.

Al momento, Andrés regresó con una taza de capuchino humeante espolvoreado con un poco de canela, un zumo de naranja recién exprimido y una tostada con aceite de oliva virgen.

A Noelia le encantaba desayunar en la barra como si fuera una larga mesa que compartía con el resto de clientes. La hacía sentirse más acompañada que desayunar sola en una de las mesas. Estaba disfrutando de cada bocado cuando Andrés se acercó para comprobar si todo era de su gusto. No fue necesario que Noelia articulara palabra alguna, bastaron un guiño y una gran sonrisa con los labios pintados de la espuma del capuchino para indicar que todo estaba excelente. Entonces, aprovechó el momento para comentar con Andrés la propuesta que le había hecho su abuela. La joven era consciente de que no podía hablar con su madre de este tema porque todo lo relacionado con el pueblo estaba vetado para ella. Así que esperaba encontrar en Andrés un aliado que entendiera que lo que pretendía hacer Eloísa era una auténtica locura. Para sorpresa de Noelia, el hombre la apoyaba.

—Me parece una idea genial. Hace muchos años que Eloísa no va al pueblo, y es normal que quiera volver.

—Pero ¿qué pinto yo allí?

—Viajar a un lugar nuevo siempre es una aventura. Y tu abuela se sentirá acompañada.

—Estamos hablando de un pueblo, no de un viaje al Amazonas —bromeó, desesperada—. Quiero recuperar mi vida y no empezar de nuevo, una vez más —protestó.

—Ya sabes lo cabezona que es tu abuela —afirmó, y Noelia asintió con la cabeza para darle la razón—. Habla con ella para que estéis en el pueblo solo unos días, y así se quedará más tranquila.

—¿Y dejar pasar más tiempo a Marlana sustituyéndome en Canela? —replicó, irritada—. Lo mismo cuando regrese se ha quedado con la pastelería —añadió con desánimo.

—Marlena es una buena chica —aseguró él con una mueca de desagrado ante las palabras de Noelia.

—Ya veo que a ti también te ha cautivado.

—No digas eso, Noelia. No ha tenido una vida fácil. Isabel ha sido su ángel de la guarda.

—Mamá no me ha contado nada sobre ella —admitió, contrariada e intrigada a la vez.

Andrés dudó unos segundos antes de hablar.

—Yo fui quien recomendó a Isabel que la contratara.

Noelia parpadeó sorprendida sin entender nada.

—Tu madre intentó llevar ella sola la pastelería, pero cada día tenía más trabajo. Estaba preocupado por ella —admitió—. Una policía me habló de Marlana. La chica había conseguido escapar de un mafioso que la trajo engañada de su país para que trabajara en un prostíbulo. A pesar de lo duro que fue para ella y de todo lo que vivió con aquel desgraciado, su verdadero calvario comenzó después, cuando nadie quería contratarla por su condición de inmigrante.

Noelia lo miró compungida y se sintió como una verdadera bocazas.

—Marlena ha demostrado que es muy trabajadora y cariñosa. Se desvive por Isabel y Eloísa. Además —prosiguió—, como tu madre me ha confesado muchas veces, siempre tendrás trabajo en la pastelería.

Noelia sintió una oleada de culpabilidad y arrepentimiento que la dejó tan vulnerable como una de las servilletas de papel que yacía pisoteada en el suelo. Andrés se percató enseguida de su malestar y la animó:

—Tu madre se quedará más tranquila si acompañas a tu abuela.

La recomendación de Andrés no terminaba de convencerla.

—Si la acompañas, te daré una sorpresa —insistió.

—Intuyo que has hablado de esto con mi madre—señaló la joven, entrecerrando los ojos para mostrar su desconfianza.

Como respuesta, Andrés se encogió de hombros y acudió a un cliente que pedía un vaso de agua.

Tras intentar pagar sin éxito el desayuno, al que la invitó Andrés, y esquivar a los mellizos que no paraban de corretear para desesperación de los abuelos, salió a la calle dispuesta, antes de llegar al piso, a encontrar una buena excusa, la mejor de

todas, para evitar viajar al pueblo. Intentaría convencer a su abuela de que no era el mejor momento porque... ¡quedaría con sus amigas a las que hacía mucho tiempo que no veía y echaba tanto de menos!

Al llegar a casa, el silencio que la recibió al abrir la puerta le hizo presagiar que Eloísa no estaba. La buscó en la cocina, en el baño y por último en el dormitorio, donde se topó de lleno con una enorme maleta que estaba abierta sobre la cama y repleta de ropa. «¡Cuánto tiempo pretende quedarse esta mujer en el pueblo!», pensó, asombrada por la cantidad de vestidos y camisones que Eloísa había guardado dentro de la maleta.

Con intención de desconectarse de aquella situación estresante, se acomodó en el sofá y buscó en la agenda de teléfono el primer número al que llamar. Sus amigas estarían encantadas de organizar una salida nocturna para celebrar su regreso a la ciudad. La primera a la que localizó fue Andrea, amiga del instituto, y con la que no hablaba desde hacía unos meses. Era con ella y otras amigas con las que salía antes de perder la cabeza por el hombre equivocado.

—¡Noelia! ¡Qué alegría escucharte! ¿Cómo te va todo por la capital? ¡Cuánto tiempo!

—Sí, siento no haber llamado antes, pero...

—Noelia, perdona...

Se escuchó un ruido seco, y el teléfono quedó en silencio unos segundos.

—Andrea, ¿estás bien?

—Perdona, Noelia. ¡Estoy embarazada!

De nuevo, irrumpió en la conversación el mismo golpe y se hizo el silencio.

—¡Enhorabuena! Andrea, ¿sigues ahí?

—Lo siento, de verdad. Son los vómitos de los primeros meses. ¡Es una experiencia maravillosa! Te llamaré cuando esté mejor.

—¡Cuidate! —acertó a decir Noelia, contrariada por la situación.

La joven no entendía que tenía de maravilloso el no parar de vomitar. Entonces decidió probar con Blanca, a quien había conocido a través de Andrea y se consideraba un espíritu libre que se apuntaba a todas las fiestas. Pasados varios tonos, Noelia estaba a punto de colgar cuando la voz pastosa de Blanca sonó al otro lado de la línea.

—¡Tesoooooro! ¿Dónde estabas? —contestó, arrastrando las vocales.

Noelia intuyó que estaba recién levantada, borracha o drogada. Deseaba que fuera la primera opción.

—¡Hola! Hacía tanto tiempo que no hablaba contigo que me preguntaba cómo estás.

—Noeeelia, Noeeeeelia, ¿me preguuuuntas por mi ser metafísicooo, el austraal o el incorpóreo que sieeeeempre está a tu lado?

Sin duda, estaba drogada.

—Por todos, claro —contestó Noelia, siguiéndole la corriente y espantando con las manos aquel posible ser incorpóreo que la acechaba.

—¡Todos geniaaaales! ¡Estoy en Ibiza! —gritó Blanca, tanto que Noelia tuvo que retirar el móvil para no quedarse sorda—. ¡Veeente!

—Lo pensaré. Ya nos vemos —contestó Noelia con diplomacia y colgó a toda prisa.

A pesar de los nefastos resultados anteriores, Noelia decidió hacer una última llamada. Olivia era su amiga desde la adolescencia, su confidente y a quien acudía cada vez que tenía un problema. Se casó joven con un amigo de la pandilla y formaban un matrimonio estable y feliz. Hacía casi dos años desde la última vez que habló con ella. En aquel entonces, Olivia lo estaba pasando mal porque no conseguía quedarse embarazada, a pesar de haberse hecho varias inseminaciones. Noelia se sentía culpable porque había esperado demasiado tiempo para llamarla. Tras un par de tonos, Olivia contestó:

—¡Noelia! ¡Qué alegría!

La joven respiró aliviada porque aquel saludo mostraba que no estaba enfadada. Sin embargo, escuchaba mucho ruido de fondo, gritos de niños como si Olivia se encontrara en un parque infantil o en una guardería.

—Olivia, perdóname por no haberte llamado antes.

—No pasa nada, Noelia. Estoy encantada de escucharte. ¿Cómo estás? —preguntó, casi gritando.

—Ahora, mejor. Tengo muchas cosas que contarte. —Noelia también alzó la voz para que su amiga pudiera escucharla.

—Yo, también. Tengo..., espera un momento.

Las voces eran cada vez más ruidosas, tanto que parecía que un niño gritando se había colado por el cable del teléfono.

—¡Olivia! —la llamó Noelia sin obtener respuesta.

Al otro lado, escuchó susurros con los que Olivia consolaba al pequeño que corría dentro del hilo telefónico.

—Es Marcos que se ha dado un golpe en la mano.

—Olivia, ¿tienes una guardería?

—No, ¡tengo trillizos! Dentro de unas semanas cumplen un año. ¡Imagínate! Estoy agotada. Además, ascendieron a Enrique y trabaja todo el día. ¡Una locura, Noelia! —confesó la madre, angustiada.

Noelia no supo qué responder. Aquella situación era tan desconocida e impensable para ella que no encontraba palabras para animarla. El instinto maternal de la joven estaba todavía muy verde.

—Puedes venir una tarde a tomar café y así los conoces. Con ellos seguro que no te aburres —propuso Olivia, entusiasmada.

A la joven no la terminaba de convencer el tener que pasar varias horas escuchando gritos y llantos de niños, ayudando a dar biberones o cambiando pañales. Y tras meditarlo unos segundos, se tumbó a lo largo del sofá, asumió la derrota y encontró la excusa perfecta para rechazar la invitación.

—Me encantaría, Olivia, pero me voy unos días al pueblo con mi abuela.

LA TARTANA VERDE OLIVA

Una vez tomada la decisión, no del todo de su agrado, de viajar al pueblo, Noelia pensó que lo mejor sería contárselo a su madre lo antes posible. Era media mañana de un jueves, y la pastelería estaba a rebosar gracias a la oferta de cada pastel a un euro. Isabel había derrochado toda su imaginación buscando diferentes propuestas atrayentes y económicas para los días de menos afluencia de clientes. Los lunes los pasteles se vendían a dos por uno y los miércoles regalaba bizcocho casero con el café. Además, había apostado por toda una línea de pasteles salados para los menos golosos, como mini empanadas o los *cupcakes* de queso y especias. Ese día en particular, cuando Noelia entró en el local, Isabel y Marlina no paraban de atender, por lo que su madre le hizo una señal con la mano para que esperara. La joven decidió salir a la puerta y hacer tiempo sentada en una de las sillas, ojeando el periódico del día. Antes de marcharse, saludó a Marlina con una tímida sonrisa, el primer gesto afectuoso que le dirigía desde que se conocieron y que la dominicana correspondió con una expresión agradecida.

Cuando ya quedaban pocos clientes, Isabel salió en busca de su hija y se sentó junto a ella. Aunque el negocio empezó como panadería y pastelería, con el tiempo habían añadido algunas mejoras para atraer más clientela, como habilitar algunas mesas y sillas para que se pudieran degustar los dulces acompañados de un reconfortante café o una de las muchas variedades de té que ofrecían.

—Me encanta todo lo que has hecho para renovar la pastelería. Eres una gran empresaria —declaró Noelia, elogiando el trabajo de Isabel que le dedicó una amplia sonrisa mientras miraba a su alrededor con orgullo por todo lo que había conseguido.

—Siempre he contado y contaré con la mejor ayudante —contestó, guiñándole un ojo.

Sin duda era todo un ofrecimiento para que Noelia recuperara su trabajo. Entonces sintió que si se marchaba, podía decepcionarla; pero si se quedaba, Eloísa se enfadaría con ella. Sin saber qué decir, balbuceó palabras sin sentido.

—Bueno, yo, verás, no sé si...

—¿Cuándo saldréis hacia el pueblo? —preguntó Isabel, decidida, ahorrando a su hija un sufrimiento del todo innecesario.

Noelia respiró aliviada.

—Tengo que hablarlo con la abuela, pero quería comentarlo antes contigo.

—Estaba segura de que irías con ella. Tu abuela es muy obstinada, y desde que me lo contó, sabía que terminaría convenciéndote. Me alegro porque estaré más tranquila si tú la acompañas.

—Eso mismo me ha dicho Andrés —apuntó Noelia—. Será un paréntesis en mi nueva vida y aprovecharé para descansar y volver con las pilas cargadas. Aunque... —Noelia miró a su madre con dulzura—, quizás necesites tú un descanso mucho más que yo.

—No, hija. Ni hablar.

Isabel rechazó el ofrecimiento de su hija y se mostró algo tensa al pronunciar las siguientes palabras.

—Yo disfruto con mi trabajo y no me apetece volver al pueblo. Ahora este es mi hogar y el único sitio donde deseo estar.

En ese momento, Noelia hubiera dado lo que fuera por encontrar respuestas a la mirada perdida de su madre y al nerviosismo que no le dejaba parar de mover las manos. Ante el silencio prolongado de la mujer, decidió no insistir. Ya había encontrado la forma de entretenerse en su visita al pueblo: buscaría todas las respuestas posibles para conocer la historia de su madre y de su padre.

Dejó a Isabel en la pastelería y se marchó de nuevo a casa para terminar de preparar la maleta y ayudar a su abuela. Eloísa la esperaba impaciente, sentada en el sillón y rodeada de bolsas llenas de ropa interior y toallas que había comprado para el viaje. Cuando Noelia le confirmó que iría con ella, la abuela se levantó de un salto y bailó de alegría.

—¡Eres mi nieta preferida! —exclamó, pletórica.

—Soy tu única nieta —puntualizó la joven sin poder dejar de reír al ver a su abuela dar vueltas por el salón.

Aprovechó su entusiasmo para sonsacarle información sobre la casa del pueblo. La abuela solo le contó, orgullosa, que tenía en la entrada «las dos palmeras más altas de toda Cañada Rosal». Noelia presintió que no sería fácil instalarse allí. Acordaron que saldrían al día siguiente temprano para coger el primer autobús que partía para el pueblo.

Cuando la madre llegó a última hora de la tarde, abuela y nieta ya tenían todo el equipaje preparado. La cena transcurrió tranquila. La única que habló fue Eloísa, entusiasmada con el viaje. Por el contrario, Noelia apenas probó bocado, se acostó temprano y estaba intentando conciliar el sueño cuando sintió abrirse la puerta del dormitorio muy despacio.

—Hija, ¿estás despierta? —susurró Isabel.

—Sí, mamá. Entra —contestó Noelia, incorporándose en la cama.

Isabel avanzó hacia ella como un fantasma, rodeada por la luz que entraba del pasillo. De forma sigilosa, se sentó en la cama junto a Noelia.

—Aunque tu abuela insista en que la casa está en condiciones para habitarla, no me fio de lo que os podáis encontrar. Lleva mucho tiempo cerrada.

Isabel hablaba en susurros mientras Noelia la escuchaba adormilada.

—Lo primero que tendréis que hacer cuando lleguéis es una buena limpieza —recomendó—. Con la ayuda de Marlena he encontrado en internet el único hostel que hay en el pueblo, La buena Estrella. Está muy cerca de la casa. He llamado y reservado una habitación con desayuno, almuerzo y cena porque tendréis que pasar unos cuantos días en el hostel mientras hacéis la limpieza y acondicionáis la casa. Es muy económico y, por las fotos de internet, se ve muy bonito y acogedor.

Pensaba que su abuela lo tenía todo bien atado, aunque por lo que estaba escuchando era su madre, quien menos empeño tenía en aquel viaje, la que lo estaba preparando todo.

—Noelia, cuida de tu abuela y hazte a la idea de que son unas vacaciones —prosiguió la mujer hablando en voz baja—. Por favor, prométeme que no os meteréis en ningún lío.

Noelia, que ya estaba más despierta y anotando en la mente todo lo que su madre le estaba diciendo, se alarmó con sus últimas palabras.

—¿A qué te refieres, mamá? —preguntó, sorprendida.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Isabel le pidió achicando los ojos con recelo.

—No remuevas el pasado.

En ese instante, Noelia confirmó que su madre leía la mente. A pesar de la advertencia, la joven nunca antes había estado tan interesada, como lo estaba en este momento, en conocer respuestas y las buscarías sin que su madre se enterara de nada.

—No lo haré —prometió, cruzando los dedos de las manos.

Cuando era niña esta acción anulaba cualquier promesa. Isabel le dio un beso suave en la frente y se marchó de la misma forma sigilosa y fantasmal en la que entró.

Tras un plácido sueño, el ruido de cacerolas que chocaban entre sí despertó a Noelia. En la cocina, Isabel preparaba café mientras en el horno estaba terminándose de hacer un bizcocho de limón.

—Por si os entra hambre durante el camino.

La abuela apareció con un elegante peinado; vestida con un traje que solía ponerse solo para los grandes acontecimientos; llevaba un poco de sombra de ojos verde a juego con sus brillantes ojos; y desprendía un agradable olor a Agua de rosas.

—¡Estoy lista! —anunció con júbilo.

Por el contrario, Noelia estaba en pijama, sin peinar y con enormes legañas en los ojos.

—¡Vamos, jovencita! —exclamó Eloísa, dando palmadas—. El autobús sale en una hora.

Noelia se duchó y se arregló en poco tiempo. Dejó su pelo secar al viento, se colocó un pantalón fino de tela, una camiseta blanca de media manga y unas zapatillas también blancas de cordones. Se puso un poco de rímel y colorete, y se colocó unos pequeños pendientes con un brillante que le servían como complemento a cualquier ropa que se pusiera.

Cargadas con todo el equipaje —dos maletas grandes; la más pesada, de Eloísa, otra pequeña y una bolsa de viaje con sábanas y toallas—, bajaron hasta el portal. Además, Noelia había guardado en una mochila varios libros con intención de releerlos en las aburridas horas que pasaría en el pueblo.

Al ver tanto bulto, la joven pensó, agobiada, que sería todo un suplicio subir y bajar del autobús tan cargadas.

Frente al portal, las esperaba Andrés. Noelia pensó que dejar el bar a las diez de la mañana, hora punta en La Viña, para venir a despedirlas, era todo un detalle por parte de un hombre tan trabajador y preocupado por su negocio como era el novio de Isabel.

—Pequeña, tengo una sorpresa para ti —dijo mientras le ponía unas llaves de coche en una de sus manos.

A Noelia se le iluminó la cara porque hacía mucho tiempo que no conducía y ansiaba volver a hacerlo y, además, tener un coche le haría más fácil la vida en el pueblo.

—Es aquel —Andrés señaló hacia un flamante y brillante BMW negro aparcado en doble fila. Noelia miró al hombre muy sorprendida, pero al volver la vista de nuevo el espectacular BMW ya no estaba. En su lugar había un Citroën ZX antiguo, con la carrocería arañada y mate por el desgaste, en color verde oliva.

—Me da pena deshacerme de él, pero he decidido hacerle caso a tu madre y comprarme un coche nuevo.

—Es el mejor regalo que me podías hacer —agradeció, entusiasmada.

Entre todos colocaron el equipaje en el maletero bajo la supervisión de Eloísa, que vio peligrar su sitio en el coche ante la imposibilidad de colocar todas las maletas en la parte trasera. Al fin, organizaron los bultos como si se tratara de un juego de tetris, y la abuela pudo ocupar el asiento delantero.

Tras muchos besos, abrazos y recomendaciones, abuela y nieta pusieron rumbo al pueblo, dejando atrás calles y avenidas hasta adentrarse en la autovía, dirección a la Sierra Norte de Sevilla.

Sobre ellas lucía resplandeciente un gran sol redondo y anaranjado que más bien parecía una yema de huevo gigantesca.

Al cambiar de marchas, Noelia rozó la mano de la abuela y la notó temblorosa. Sabía que estaba muy emocionada y, en ese momento, se alegró de haber tomado la decisión de acompañarla. Apretó su mano y le sonrió. Eloísa le devolvió la sonrisa.

La mayor parte del trayecto transcurrió por autovía, donde el tráfico era muy fluido esa mañana. Algunos coches las adelantaron, y ellas sobrepasaron unos cuantos camiones. Por las ventanillas cruzaban quitamiedos, líneas continuas y discontinuas, junto con matorrales que pasaban veloces ante sus ojos.

Transcurrida media hora de camino, acordaron buscar un sitio donde parar antes de hacer la entrada en el pueblo, más o menos triunfal, a lomos de la tartana color aceituna.

—Abuela, podríamos parar en aquella venta donde estuvimos cuando yo era pequeña, ¿te acuerdas? —propuso Noelia.

—Muy buena idea, hija.

Pasaron la entrada a Carmona, un conocido pueblo que se vislumbraba a lo lejos por estar situado sobre un cerro. Como Eloísa le contó a Noelia, esta privilegiada situación, junto con la riqueza de sus tierras, hacía que Carmona poseyera importantes restos arqueológicos que se remontaban a la prehistoria.

Noelia desconocía esta historia, lo que le hizo pensar que, en muchas ocasiones, dejaba pasar ante sus ojos meras indicaciones de carreteras que llevaban hasta lugares asombrosos.

Eloísa, nerviosa, no dejaba de dar pellizcos al bizcocho de limón que Isabel había hecho para la ocasión y que permanecía suspendido, de forma estratégica, sobre una de las maletas. De vez en cuando acercaba un trozo a la boca de Noelia, que entre los movimientos del coche y el temblor de Eloísa, lograba atrapar solo parte mientras el resto caía en pequeñas migas sobre sus pantalones.

La anciana palmoteó como una niña pequeña cuando vio el imponente toro negro de metal, antigua valla publicitaria de la casa de vinos Osborne, presidiendo el campo como si se tratara de una bestia de carne y hueso.

La naturaleza les regaló otra bonita estampa: una cigüeña que volaba a escasa altura se colocó justo delante de ellas. El pausado y elegante vuelo del ave las guio durante unos metros, hasta que se desvió hacia un gigantesco nido sobre una torre de ladrillos vistos.

Poco tiempo después, llegaron a La Luisiana, el pueblo anterior a Cañada Rosal. Cruzaron la avenida principal y un polígono industrial hasta llegar a una pequeña rotonda rodeada de cultivos, que las llevaba directo a su destino.

—La venta debía estar por aquí —comentó Eloísa.

Pero a un lado y otro de la estrecha carretera, y para desesperación de la cosmopolita joven, solo se veía campo, árboles y animales pastando.

—¡Ya me acuerdo! —anunció Eloísa, contenta—. Estaba tras ese campo de olivos.

Pero al dejar atrás los árboles a los que se había referido la anciana, lo único que encontraron fue un muro de un intenso color amarillo tostado que rodeaba un chalet del que se divisaba el tejado y la copa de un enorme pino.

—¡Vaya! Alguien se ha adueñado de nuestra venta —bromeó la abuela.

Noelia sonrió ante la ocurrencia de Eloísa, sintiéndose algo decepcionada porque le hubiera gustado volver a ver los columpios en los que jugó de niña.

LO MEJOR Y LO PEOR DE LA CASA

Al fin, el Citroën del color verde de las aceitunas que centelleaban en los olivos situados junto al camino, tras soportar de forma estoica todo el recorrido a pesar de su antigüedad, llegó al pueblo.

En el cartel de bienvenida rezaba:

«Cañada Rosal.
Municipio de las Nuevas Poblaciones.
Siglo XVIII»

La inscripción llamó la atención de Noelia por ser muy diferente a las que se encontraban a la entrada de otras ciudades o pueblos para dar la bienvenida.

Nada más pasar el cartel, Noelia se sorprendió con las majestuosas casas que se erigían a un lado y otro de la amplia calle que conducía al centro del pueblo. Eran como pequeños palacetes donde el mármol resplandecía como el elemento principal en la mayoría de las fachadas, junto con las rejas de balcones y ventanas que formaban increíbles filigranas de metal.

—¡Vaya casas! —exclamó la joven con admiración.

—¿Qué esperabas? ¿Qué vivieran en chozas? —la reprendió Eloísa, orgullosa de su pueblo.

—¡Claro que lo pensé! —se mofó Noelia, recibiendo de la abuela un fuerte coscorrón en la cabeza que hizo reír a la joven mientras se frotaba el lugar del golpe con la mano.

A medida que se adentraban en el pueblo, las casas eran cada vez más modestas y anticuadas. La mayoría de esas viviendas tenían una sola planta, con las fachadas encaladas y las pequeñas ventanas rebosantes de geranios de distintos colores.

Noelia, acostumbrada a las grandes ciudades como Sevilla y Madrid, repletas de bloques de pisos, echó en falta ese tipo de construcciones en el pueblo donde solo vio casas que, a pesar de las reticencias de la joven, ofrecía un paisaje encantador.

Eloísa reconoció enseguida la calle principal y, al cruzarla, dejaron a un lado una plaza donde estaba situado el pequeño ayuntamiento, además de otras construcciones que Noelia, al fijar la vista en la carretera por precaución, solo vio de pasada.

—Esta es la calle Arrecife por la que paseaba con tu abuelo cuando éramos novios. ¡Qué recuerdos!

Mientras hacían el recorrido, Eloísa, con auténtico fervor, no dejaba de comentar a su nieta todo lo que veían, incluidos los lugares donde se situaban el antiguo cine al que asistía Isabel con las amigas, o la panadería donde compraba.

Antes de terminar la calle, la anciana anunció que ya se veían a lo lejos la copa de las dos palmeras de la casa. Noelia comprobó que eran altísimas, como le había comentado la abuela. La calle donde se encontraba la casa era bastante estrecha por lo que solo se podía aparcar en una de las aceras. Noelia no tuvo problemas para hacerlo justo enfrente. Apagó el motor, pero ambas mujeres se quedaron unos minutos dentro del vehículo, contemplando la casa. Un muro de piedra, no muy alto y con varios desconchones, la rodeaba. La cancela de entrada, cerrada con un enorme candado, era sencilla y estaba algo oxidada por lo que apenas se apreciaba el color verde oscuro en el que estaba pintada. Al fondo, presidiendo la casa como dos esbeltas pero vigorosas guardianas, estaban las palmeras cargadas de dátiles. Justo detrás de ellas, se levantaba una sencilla construcción de planta baja con un techo de tejas al que le faltaban algunas, una puerta de entrada de una hoja de madera y una pequeña ventana tan enrejada como todas las que habían visto por el pueblo.

—Es el momento de salir —anunció Noelia tras escuchar un largo suspiro de su abuela, que asintió con la cabeza y esbozó una emotiva sonrisa.

La anciana se bajó del coche con dificultad y se dirigió, despacio, hacia la verja de la entrada. La joven se encargó de sacar las maletas. Tras dejarlas en la acera, forcejeó con el candado oxidado hasta abrir la verja, y juntas, con los nervios a flor de piel, subieron los dos escalones que conducían a la puerta de entrada, donde se apreciaban, con claridad, la madera desgastada y la pintura desprendida en algunas partes. Al entrar, un fuerte olor a humedad les dio la bienvenida. Todo permanecía oscuro y silencioso, como si la casa estuviera sumida en un sueño profundo y placentero del que le costara despertar. Tras descorrer las cortinas, Noelia descubrió un amplio salón en el que todo el mobiliario estaba cubierto por sábanas. Fue retirándolas una a una, lo que levantó una gran polvareda. De esa forma quedaron a la vista un sillón tapizado con un estampado de flores en tonos verdes y marrones, una mesa redonda de madera de caoba, cuatro sillas agrupadas en un rincón y una pequeña librería en la que permanecían guardados unos cuantos libros y algunas fotos. Cogió una de ellas y se emocionó al ver los ojos brillantes y felices de su abuela, mucho más joven, abrazada a un guapo militar que la miraba embelesado.

—Era la novia más feliz del mundo —confesó Eloísa tan entusiasmada como ella.

—Estabais guapísimos —señaló la joven mientras acariciaba con la yema de los dedos el cristal que cubría la foto y el sencillo marco plateado.

Lo dejó de nuevo con sumo cuidado sobre la librería y cogió otro marco más pequeño con una foto de Isabel el día de su Primera Comunión. Tenía el pelo largo recogido con una diadema blanca y peinado con unos bonitos tirabuzones. El vestido era muy sencillo y sobre las manos llevaba enredado un rosario.

—No tuvo el vestido más vistoso ni la celebración más espléndida, pero al terminar el día, en la cama antes de dormirse y tras el beso de buenas noches, me dio las gracias porque había sido el día más feliz de su vida. Tu madre es muy buena.

Aunque discutían a menudo, la mayoría de las veces por temas banales, Eloísa la defendía con uñas y dientes y siempre había terciado entre Noelia e Isabel cuando discutían. Noelia no dudaba de la bondad de su madre, pero a veces no soportaba su sobreprotección y todo el secretismo en torno a su padre.

—Dejémonos de sensiblerías y sigamos con la tarea —exclamó la joven, dejando el cuadro sobre la estantería.

En el lado derecho del salón, la pared no llegaba hasta el techo, sino que terminaba en una gran viga de madera. Una abertura con una cortina gruesa de color hueso, que hacía las veces de puerta, daba acceso al dormitorio principal. Escondido tras la tela estaba ubicado el cuadro de luces. La anciana elevó una pequeña palanca y al encender el interruptor, la bombilla brilló con fuerza.

De nuevo sábanas blancas lo cubrían todo y, al destaparlas, apareció una cama de matrimonio con un bonito cabecero de forja, un ropero de dos hojas de madera con flores talladas en los bordes y un aguamanil de cerámica, en color crema, sostenido por un pie de metal. Noelia se sentó en la cama cubierta por una fina y hermosa colcha de croché. El colchón era de muelles y la joven notó como se le clavaban al posarse sobre ellos. Sin duda, tendrían que comprar uno nuevo. Salieron de la habitación y atravesaron una cocina bastante sencilla y pequeña pero de un aspecto rústico que encantó a Noelia. Los muebles bajos eran estructuras de madera sin puertas, que se cerraban con unas cortinillas. En una de las paredes, había un mueble también de madera con un platero en la parte alta, que dejaba a la vista una vajilla de loza en tonos verde agua, más abajo había unos estantes, y remataba el mueble un pequeño armario con puertas de celosía. En otro de los laterales había una pequeña mesa con un par de banquetas pequeñas, que por su aspecto tosco parecían hechas a mano.

—Tu abuelo hizo todos estos muebles.

—¡Son fantásticos, abuela! —exclamó, encantada.

De momento, la casa la sorprendía a medida que la iba descubriendo.

—Me alegra que te guste. Pero todavía no has visto lo mejor y... lo peor.

—No me asustes —replicó Noelia, expectante.

—Espera y verás.

En seguida pasaron al dormitorio que había pertenecido a Isabel. Era bastante más reducido que el de los abuelos y contaba con una cama de cabecero también de forja y una sencilla mesita de noche. En la pared del fondo, una exigua ventana, con una coqueta hoja de madera, dejaba entrever finos hilos de luz que se colaban entre las bisagras.

—¿Esto es lo mejor o lo peor? Es un cuarto pequeño, pero me gusta.

Noelia se acercó a la cama y se sentó como hizo en el otro dormitorio. Al hacerlo el colchón se hundió por completo. En ese momento, agradeció que su madre hubiera sido tan precavida y les hubiera reservado habitación en el hostel, era imposible dormir en aquellos colchones tan antiguos. Eloísa aún no sabía que no se quedarían en la casa hasta que no estuviera acondicionada.

—Esto es regular —bromeó—. Vamos a la mejor parte y terminaremos con la peor.

—¡Adelante! —la animó Noelia deseosa de continuar con la expedición por la antigua casa familiar.

Eloísa rebuscó encima del platero de la cocina hasta que encontró un juego de llaves. A continuación, se dirigió a una puerta de cristales opacos que había junto a la mesa de la cocina. La abrió despacio y respiró hondo mientras un caño de una luz brillante y anaranjada como el membrillo dulce inundaba la cocina. La anciana se retiró, dejando paso a su nieta, quien avanzó cautelosa hasta comprobar lo que había tras la puerta. Noelia quedó asombrada. Ante sus ojos estaba el jardín más hermoso que había visto jamás. Era casi tan extenso como toda la casa, con muros lo bastante altos para evitar a los ladrones pero no tanto como para no poder disfrutar de las puestas de sol en el horizonte. Las paredes de piedra estaban recubiertas por enredaderas y jazmines que empezaban a brotar tímidos ante la inminente llegada de la primavera. Alrededor del muro, los rosales se perdían entre la maleza, fruto del aspecto descuidado que las plantas presentaban por la falta de riego. Del mismo modo, entre las juntas del suelo enlosado brotaban plantas silvestres. En un lado, Noelia divisó un pozo que parecía rescatado de un belén viviente, con el arco de metal y el cubo sostenido por una cuerda gruesa. Sobre la boca del pozo, descansaban pequeñas macetas con plantas mustias. Y en el centro de toda esta explosión floral, alto y recto como un distinguido caballero, y frondoso como un algodón de azúcar recién hecho, se erigía un gran limonero cargado de frutos de un intenso amarillo tostado. El olor que desprendían las pequeñas flores de azahar impregnaba todo aquel conjunto colorista.

—No tengo palabras para describirlo —titubeó Noelia aún impresionada por aquel pequeño bosque encantado.

—El jardín mágico, así lo llamaba tu madre cuando era una niña. Pasaba horas y horas jugando en él, mientras yo cuidaba mis flores y el abuelo hacía sus trabajos de madera, en aquel cuarto de allí. —Eloísa señaló una pequeña edificación de chapa en el lateral izquierdo del lugar—. Fueron años muy felices. Me encantaría que tu madre estuviera aquí con nosotras.

Noelia se acercó a ella y la abrazó fuerte porque compartía su deseo. Ella también echaba de menos a Isabel.

—Tarde o temprano la convenceremos para que venga. Ya verás—dijo la nieta para animarla—. Ahora ha llegado el momento de conocer la peor parte de la casa.

Noelia se santiguó y tomó aire de forma exagerada, lo que hizo sonreír a Eloísa.

—¿No intuyes qué puede ser? —preguntó la anciana ya repuesta de aquel instante de añoranza—. ¿No echas en falta nada? —insistió la mujer para intrigar aún más a Noelia.

—Déjame pensar...

Antes de que la joven lo adivinara, la abuela la condujo hasta el fondo del jardín donde, escondido entre la maleza, había un cuartucho con una puerta de metal que pedía a gritos una mano de pintura.

—¡Bienvenida al baño!

El habitáculo era muy pequeño y el olor tan insoportable que ambas mujeres se taparon la nariz y la boca con una mano. En él se amontonaban el lavabo con un mueble espejo, el váter sobre el que estaba el calentador de agua y una ducha al fondo con una cortina tan desgastada que apenas se distinguían los dibujos de la tela.

—¿Esto qué es, abuela? ¡Es más pequeño que el baño de una casa de juguetes! —se mofó Noelia.

Y después de tantas emociones vividas, las mujeres comenzaron a reír a carcajadas, que se hicieron cada vez más sonoras hasta que el cuerpo se les aflojó tanto que tuvieron que sentarse en un banco de piedra situado en uno de los laterales del jardín. Cuando se tranquilizaron, Noelia, armada de valor, volvió a entrar y abrió el grifo. Al principio no salió nada, aunque se escuchó un ruido largo y ronco como si las tuberías protestaran al ser molestadas de su largo sueño. De repente, comenzó a brotar un hilillo de líquido oscuro que nada tenía que ver con el agua clara que esperaban que cayera.

—Si lo dejamos abierto un rato, saldrá agua limpia —propuso Eloísa.

Noelia la miró sin convencimiento, con el ceño fruncido.

—Entremos al trastero para comprobar en qué estado se encuentra —aventuró, intentando desviar la atención del problema del agua—. Antes era un establo — comentó mientras rebuscaba en el manajo de llaves una más pequeña que abría el candado.

Noelia se acercó y comprobó que el interior estaba oscuro, aunque se podían distinguir algunas herramientas sobre un banco de madera.

—Aquí dormía Catalina —susurró Eloísa mientras suspiraba melancólica.

—¿Quién era Catalina? —preguntó la joven alarmada ante un nuevo secreto familiar del que tampoco tenía conocimiento.

«¿Sería una hija desconocida de los abuelos?», pensó con un nudo en el estómago.

Eloísa sonrió ante la cara de susto de su nieta.

—Era nuestra burra.

Noelia sonrió y respiró aliviada.

—Digamos que era nuestro coche de entonces. Cuando la pobrecilla murió, tu abuelo utilizó el establo para hacer trabajillos curiosos, como él los llamaba; entre ellos, los muebles de la cocina.

Noelia esperaba el momento oportuno para convencer a su abuela de que no podrían quedarse allí, hasta que solucionaran el problema del agua y compraran un par de colchones nuevos.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Noelia.

La anciana alzó las cejas y se encogió de hombros

—No sé —musitó con el rostro afligido.

La joven vio en sus ojos una expresión de súplica que la conmovió. Aunque la idea de permanecer en el pueblo le resultara aburrida, haría todo lo posible para hacer feliz a su abuela. Agarrándola con suavidad del brazo y dirigiéndose hacia la puerta de la calle, le susurró.

—No te preocupes porque tu hija se ha encargado de dejar todo preparado.

Tal como había averiguado Isabel por internet, el hostel estaba bastante cerca de la casa. Ocupaba toda una esquina y tenía una fachada de grandes piedras color café con leche y ventanas alargadas, de forma similares a las de los castillos medievales. El nombre del hostel, La Buena Estrella, se podía leer en un banderín que colgaba de un mástil colocado sobre la puerta de entrada. Las mujeres quedaron impresionadas ante tanta belleza arquitectónica. Al entrar, se encontraron de lleno con un

escritorio de madera de gran tamaño y estilo clásico que hacía las veces de mostrador. Completaban el mobiliario macetones con árboles enanos y algunos cuadros de ostentosos marcos dorados con dibujos de época, pero pintados con técnicas abstractas y más actuales. Esperaron unos minutos; como no se presentaba nadie, Noelia tocó un timbre situado sobre el mostrador. Al momento, apareció una mujer menuda y delgada de mediana edad, mirada dulce, con el pelo color caramelo recogido en un cuidado moño.

—¡Bienvenidas! —exclamó, sonriente—. Soy Cristina, la dueña del hostel. ¿En qué puedo ayudarlas?

—¡Buenas tardes! Tenemos una reserva a nombre de Eloísa Rúger. —Se adelantó la joven, ante la cara de asombro de su abuela, que no esperaba que Isabel fuera tan previsora.

—¡Soy yo! —señaló la anciana, admirada porque los contratiempos se solucionaran de una forma tan sencilla.

—Aquí está su reserva. Tienen la habitación número siete. Si quieren, después de dejar el equipaje, pueden almorzar. Hoy tenemos estofado de ternera y aliño de pimientos asados. Hay más platos en la carta si desean otra cosa —explicó la mujer con tono amable.

A las mujeres se les hizo la boca agua al pensar en la comida.

—Antes nos gustaría hacerle una pregunta. Mi abuela tiene una casa aquí en el pueblo, pero antes de instalarnos, necesitamos solucionar una avería del baño. ¿Conoce algún fontanero de confianza que nos pueda ayudar?

—¡Claro! —dijo la mujer—. Conozco el mejor, mi hijo —señaló con orgullo—. Han tenido suerte porque está pasando unos días con nosotros. ¿Dónde está la casa?

—Muy cerca de aquí. Es la única en el pueblo que tiene dos palmeras altísimas a la entrada.

—¡Ya sé cuál es! Es una casa muy bonita. A mi hijo le fascinan las casas antiguas y, sobre todo, le encanta reformarlas. Ahora mismo le aviso.

La mujer se acercó a un gran arco que daba al comedor y llamó en voz alta a Diego, su hijo. Una voz profunda y varonil, que sonó lejana, contestó.

Y mientras preparaban el papeleo necesario para la reserva de la habitación, apareció por el comedor el hijo de Cristina. El joven, alto y ancho de hombros, llegó con el pelo castaño revuelto y lleno de polvo. Tenía los ojos del mismo color miel que los de su madre.

—Este es mi hijo, Diego —lo presentó Cristina.

El joven se quedó un momento rezagado, mirando con recelo a las dos mujeres. Su carácter serio nada tenía que ver con el de su progenitora.

—Encantada —dijo Eloísa, tendiéndole la mano.

Estrechándose, el joven le correspondió el saludo, respondiendo con un «igualmente» apenas audible. A Noelia solo le dirigió una mirada fugaz por lo que la joven se abstuvo de saludarlo. En definitiva, no era un hombre nada amable.

Eloísa tomó la iniciativa y contó lo ocurrido en el baño un rato antes.

—Buscamos a alguien que le devuelva el agua a nuestra casa para mudarnos lo antes posible. ¿Podrías ayudarnos?

Diego dudó un instante, balanceando su mirada entre las dos mujeres. Tan parco en palabras como había sido desde que llegó, aceptó la propuesta.

—De acuerdo.

En tanto Eloísa aplaudió exultante por la decisión del joven, Noelia no se preocupó en esconder cierto malestar. Era normal que para Cristina su hijo pudiera ser el mejor trabajador del pueblo, pero a la joven, influida por la actitud altanera que él había mostrado durante la presentación, le creaba cierta desconfianza. Incluso llegó a pensar que podría querer aprovecharse de ellas e intentar cobrarles un precio desorbitado por hacerles unas chapuzas.

—Como mi nieta tiene que volver por algo de ropa para quedarnos, puedes acercarte con ella y que te explique los arreglos más urgentes que necesita la casa — propuso Eloísa, evitando la mirada acusatoria de Noelia, que en ese momento la habría colgado con gusto en el mástil de la entrada.

—¡Estupendo! —clamó Cristina.

Diego se ausentó unos minutos y regresó cargado con algunas herramientas. A Noelia le molestaba tener que acudir a la casa con aquel desconocido cascarrabias. Pero tomó aire, pronunció para sí unas palabras de ánimo y aceptó acompañarlo.

Hicieron el recorrido en silencio. Noelia caminaba unos pasos más adelantada para evitar su cercanía. Al llegar frente a la casa, la joven abrió la cancela y se dirigió a la puerta de entrada sin tan siquiera comprobar si Diego la seguía o no. Al volverse vio que el joven continuaba en la acera, contemplando la casa con el mismo asombro que un turista admira por primera vez la Capilla Sixtina. Esperó unos segundos que decidiera moverse hasta que no tuvo más remedio que llamar su atención.

—¿Entramos?

El joven salió de su ensimismamiento, avanzó despacio hasta donde se encontraba Noelia y entraron en la casa. Diego la dejó atrás mientras admiraba el techo de vigas, la pared baja que daba al dormitorio principal y el suelo de lozas de barro con bonitos

mosaicos, del que la joven no se había percatado hasta que él se arrodilló para reconocerlo más de cerca.

Avanzaron por la casa hasta la cocina. Allí el joven abrió el grifo, y el agua corrió clara y con fuerza. Al salir al jardín, Noelia volvió a deleitarse con el profundo aroma de las flores. Aunque había dejado la puerta del cuarto de baño abierta, el fuerte olor no había desaparecido del todo. Junto al limonero, esperó a que Diego terminara de revisar el habitáculo que, por la expresión de su cara, no le había resultado tan fuera de lugar como a ella. El fontanero trataba la casa como si fuera una persona, un ser con alma propia, con el que se comunicaba pasando sus manos por los gruesos muros de piedra o dando golpecitos para llamar su atención.

—La situación no es muy grave. Solo hay que desatascar las tuberías y reparar algunas manchas de humedad del techo.

—¿Cuánto nos costará? —preguntó Noelia con recelo.

El joven la miró frunciendo el ceño con expresión de estar calculando con la mente.

—No será mucho porque solo me llevará un par de días de trabajo. Mañana puedo empezar temprano —añadió a la vez que hacía unas anotaciones en un papel que sacó del bolsillo trasero del pantalón.

Noelia no estaba del todo conforme con la idea de contratarlo sin conocer el presupuesto de antemano, pero, en un pueblo donde no conocía a nadie, de momento, no existía otra opción.

—De acuerdo, pero yo estaré en la casa mientras trabajas, así aprovecharé para hacer limpieza. —Noelia no se fiaba de él.

—Como quieras —respondió con tono despreocupado—. Prefiero trabajar solo, pero si es lo que quieres, mañana empezaré a las seis.

—¿Tan tarde? ¡Mi abuela quiere regresar lo antes posible!

—Creo que no me has entendido —la interrumpió Diego con un matiz de irritación—. Empezaré a las seis de la mañana.

Noelia frunció el ceño e intentó disimular la poca gracia que le hacía darse semejante madrugón.

—Buena hora. Te esperaré en la puerta —respondió, altiva.

Diego sonrió levemente mientras guardaba en el bolsillo del vaquero el papel con las anotaciones, y sin mediar más palabras abandonaron la casa y marcharon hasta el hostel juntos pero a la vez separados por una distancia prudencial.

Cuando llegaron a La Buena Estrella, Eloísa y Cristina ya habían empezado a comer.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó Eloísa, curiosa mientras Cristina la miraba atenta.

—¡Muy bien! —mintió la joven ante Diego y su madre.

—Es poca cosa —aseguró él, ceñudo—. Mañana mismo me pongo a ello. Ahora debo marcharme. —Sin añadir nada más, salió por uno de los laterales del comedor.

—¡Os lo dije! —exclamó con orgullo Cristina—. Mi hijo es el mejor para este tipo de trabajo.

Noelia mostró una sonrisa forzada mientras mordisqueaba un trozo de pan que cogió de una panera de mimbre situada sobre la mesa.

—¡Voy por tu comida! —Y dicho esto, la mujer desapareció por el mismo lateral por el que su hijo se había marchado minutos antes, mientras Noelia continuaba con la sonrisa fingida.

—Su hijo es un borde —siseó Noelia aprovechando que se habían quedado solas y adoptando un gesto de desagrado—. No me gusta nada y dudo que trabaje bien. Solo llevaba un trozo de papel usado para apuntar. ¡Ah! Y no me ha querido decir cuánto nos cobrará.

—Pues yo creo que es un buen chico y, además, guapo —señaló Eloísa, guiñándole un ojo a su nieta.

—¿Guapo? ¿Guapo, dices? ¿De veras? ¿Con esas pintas de desaliñado?

Eloísa reía divertida ante la reacción de su nieta a sus palabras. Por su parte, Noelia negaba con la cabeza mientras elevaba las cejas, como para reafirmar lo equivocada que estaba su abuela con aquella apreciación. Desde la primera vez que lo vio, Noelia sintió rechazo hacia su forma de ser chulesca y arrogante, por muy alto y robusto que fuera.

La conversación terminó cuando apareció de nuevo Cristina con un cuenco humeante de guiso de ternera, guisantes y zanahorias.

—Espero que te guste.

Noelia devoró con ansias aquel delicioso plato.

—Mañana Cristina nos hará migas con tocino y chorizo —anunció Eloísa. Noelia se relamió pensando en semejante banquete.

LAS EXTRAÑAS INSCRIPCIONES

Tras la copiosa comida, abuela y nieta decidieron marcharse a la habitación a descansar.

En el cuarto, sencillo y acogedor, dos pequeñas camas, cubiertas con colchas color berenjena, ocupaban la mayor parte del espacio. Frente a ellas, un pequeño televisor de pantalla plana reposaba sobre un escritorio blanco de corte clásico. El ropero de dos hojas y la puerta de acceso al baño se encontraban al fondo de la estancia.

Antes que nada, colgaron algunas prendas en el ropero para evitar que se arrugaran. Dejaron la mayoría de la ropa en las maletas porque esperaban volver pronto a la casa. Al finalizar, Eloísa se recostó en la cama mientras veía la televisión. Como siempre le ocurría, no tardaría mucho en dormirse con el sonido de las voces de los protagonistas de alguna telenovela.

Sin embargo, Noelia no tenía ganas de dormir y optó por dar un paseo para conocer mejor el pueblo y quemar los cientos de calorías de la natilla casera con galletas que había tomado de postre.

Por lo poco que había visto, el pueblo no era muy grande. Recorrió despacio algunas de las calles más cercanas al hostel. Le gustó ver las ventanas llenas de macetas con geranios, se acercó a uno de ellos e inspiró el intenso aroma dulzón que desprendía. A aquellas horas de la tarde, el pueblo permanecía en silencio. La hora de la siesta era sagrada, aunque aún no hacía el calor asfixiante del verano. Durante el paseo, se detuvo a mirar los escaparates de las pocas tiendas que encontró a su paso, una mercería, una librería y una boutique. Sobre la marcha decidió visitar la plaza principal, donde se encontraba el ayuntamiento que había visto de pasada mientras conducía. Avanzó por una de las calles y se topó con la plaza de frente. Antes de cruzar al otro lado, divisó a lo lejos un coche que se acercaba. Hizo el amago de cruzar, pero el enorme y oscuro vehículo que, además, llamaba la atención por el elegante diseño y la matrícula extranjera, pasó rápido junto a ella sin detenerse. «¡Maldito kamikaze!», maldijo la joven con el corazón acelerado por el susto. Una vez repuesta del incidente, continuó con el paseo.

La plaza resultó bastante más amplia de lo que Noelia había divisado a primera vista. Rodeada de numerosos bancos de piedra, en ella resaltaba una fuente de aspecto atípico con forma circular y una farola de cuatro luces en el centro. Al fondo del lugar, la joven reconoció la iglesia presidida a cada lado por dos edificaciones con estructuras antiguas pero muy bien cuidadas. Al templo se accedía por una ancha y

alargada puerta de madera terminada en punta y coronada por una gran cruz de metal. El campanario sobresalía varios metros del techo a dos aguas de la iglesia. Al girar la cabeza a la izquierda, se encontró con la biblioteca municipal y al girarla a la derecha, con el ayuntamiento; ambos edificios resultaban bastante sencillos comparados con los que se erigían en las grandes ciudades.

Avanzó despacio junto a los bancos y se percató de que había unas inscripciones en cada uno de ellos, que le llamaron la atención porque hacían referencia a dotes, tierras, ganado y cantidades económicas en monedas antiguas. La abuela solo le había contado que su apellido, Rúger, era alemán porque uno de sus antepasados procedía de aquel país y se había afincado en este pueblo muchísimos años atrás. Pero tanto el cartel de bienvenida a Cañada Rosal como aquellas inscripciones en los bancos eran señas de una historia que aquel pueblo mostraba, con orgullo, nada más entrar a él. La curiosidad pudo más que la joven y leyó todos los textos inscritos en los bancos y en la propia fuente. A través de ellos, averiguó que el municipio había sido fundado a finales del siglo XVIII por colonos de distintos países. Aquel descubrimiento hizo que quisiera saber más del tema, por lo que su visita a Cañada Rosal empezaba a dejar de ser tan aburrida, e incluso se le acumulaban las tareas por hacer. Ahora tenía por delante tres frentes abiertos: los arreglos de la casa, averiguar qué pasó realmente entre sus padres y conocer la historia del pueblo.

Decidida a continuar su paseo, Noelia se acercó a la iglesia y comprobó que una parte de la puerta principal estaba entreabierta. Con sumo cuidado la abrió un poco más y se coló dentro, intentando hacer el menor ruido posible. El interior del templo era alargado y estrecho y con techos muy altos. Las paredes, pintadas de un blanco luminoso, estaban decoradas con enormes cuadros que representaban personajes sagrados. Noelia se sentó en uno de los bancos para disfrutar por un momento de aquel apacible silencio que envolvía la estancia.

Su abuela asistía a misa todos los domingos. Ella no era practicante, pero alguna vez que otra la acompañaba porque sabía lo feliz que la hacía. Y aunque el rito de la misa en sí le resultaba muy aburrido, le gustaba admirar la grandeza arquitectónica de esos templos, los detalles de las figuras expuestas, como las vírgenes de vestimentas doradas, cristos ensangrentados o los santos de mirada perdida. También contemplaba entusiasmada los frescos y cuadros que decoraban las paredes, verdaderas obras de arte que atesoraba cualquier iglesia por muy pequeña o escondida que se encontrara. El olor a incienso, a antigüedades y a cera de las velas la envolvía y le hacía sentir en paz. Noelia era consciente que estando en el pueblo, y hasta que su abuela entablara de nuevo amistad con las vecinas, le tocaría a ella acompañarla todos los domingos a misa. Con ese pensamiento se levantó, se persignó frente al altar principal y salió

dispuesta a buscar alguna tienda donde comprar cosas que hicieran más habitable la casa.

Tuvo suerte, al final de una de las calles paralela a la plaza, divisó un local enorme con un cartel que ocupaba toda la fachada y en el que se podía leer «Gran Bazar». Eran pasadas las cinco de la tarde, y el negocio estaba abierto. Junto al mostrador la recibió un hombre rubio, desgarrado y dicharachero que se mostró muy atento y simpático con ella. Entre toda la mercancía que se exponía en la tienda, la joven eligió un par de colchones, una cortina de baño y un perchero metálico para el dormitorio que fue de su madre y en el que ella se instalaría. El precio final resultó bastante razonable.

—Le llevaremos el material cuando lo desee —le indicó el dependiente para alivio de Noelia, que prefería recibirlos cuando la pequeña obra de la casa estuviera terminada.

Además, compró toda clase de productos y utensilios para empezar la limpieza al día siguiente.

Contenta por la compra y el paseo, Noelia decidió regresar al hostel. Allí encontró a Eloísa tomando café con Cristina, la dueña, mientras charlaban muy animadas. Sobre la mesa reposaba el trozo del bizcocho que había sobrado del viaje.

—Le decía a tu abuela que el bizcocho está delicioso. Y ella me ha contado que todas las mujeres de la familia sois grandes reposteras.

—Es cierto. Aunque ellas me superan con creces. Yo soy aún aprendiz de repostería —explicó Noelia, sentándose con ellas a la mesa tras dejar en el suelo las bolsas con los productos de limpieza.

Noelia consideraba que nunca estaría a la altura de Isabel y Eloísa, unas verdaderas maestras en el dulce arte de la repostería. Sus bizcochos no resultaban tan esponjosos ni la textura de su chocolate era tan suave como el de ellas. La joven suspiró al pensar en todo lo que le quedaba por aprender.

Como el hostel estaba muy tranquilo y apenas había clientes a los que atender, las tres mujeres pasaron el tiempo hablando de dulces y recetas. Cristina anotó muchas ideas para servir en su propio negocio. Terminaron tan tarde que de la merienda pasaron directas a la cena. Antes, la abuela y la nieta subieron a su habitación para ducharse y bajaron a degustar una ensalada de canónigos, queso y miel acompañada de unos tiernos filetes de lomo a la mostaza y, de postre, unos flanes de coco. Todo regado por un suave y frío vino blanco de la tierra.

Noelia, que era propensa a engordar —algo que pensaba había podido heredar de su padre, porque tanto su madre como su abuela siempre se mantenían delgadas—, decidió comer de todo pero en pocas cantidades. Aun así, cuando terminó se sentía

tan llena que se desabrochó el pantalón para que el botón no explotara. Le hubiera gustado dar un nuevo paseo nocturno para bajar un poco la comida, pero desistió de esa idea al pensar que tenía que acostarse temprano para poder madrugar al día siguiente. Por tanto, ayudó a la abuela a levantarse de la silla y la dejó agarrarse de su brazo. Juntas, tras dar las gracias y las buenas noches a Cristina, caminaron hacia el recibidor. En la pequeña sala se respiraba un intenso y agradable olor a perfume de hombre. Justo en el momento que ellas entraron al ascensor, Diego salió por una puerta lateral. Noelia solo tuvo tiempo de verlo de espaldas, pero comprobó que llevaba el pelo mojado y vestía una camisa blanca y unos vaqueros oscuros. El perfume las acompañó por todo el pasillo. Noelia, callada, se deleitaba con aquel placentero olor cuando Eloísa lanzó una duda al aire.

—No sé qué emborracha más, un vino espumoso bien frío o un hombre guapo perfumado.

—¡Abuela! ¡Qué ocurrencias tienes! —la regañó Noelia, aunque sonriendo por el comentario.

Cuando el despertador sonó, Noelia, inmersa en un sueño profundo, al abrir los ojos no distinguió el lugar en el que se encontraba. Pasaron unos segundos hasta que se espabiló y reconoció el hostal. Se lavó la cara, se recogió el pelo rizado en una coleta alta, y se vistió deprisa para no llegar tarde. Cuando llegó a la recepción, se topó con una chica muy joven en el mostrador que ojeaba unos papeles.

—¡Buenos días! —saludó con una vitalidad que Noelia, aún con sueño, no pudo compartir.

—Hola —respondió junto con un bostezo.

—Tenemos café recién hecho en el comedor —añadió con la misma energía.

Noelia se limitó a dibujar una tímida sonrisa con los labios. Pensó que un café le sentaría de maravilla. Adoraba el primer café de la mañana, aunque no acostumbraba a tomarlo tan temprano. Lo bebió despacio porque quemaba bastante y cuando terminó, tras pedir permiso a la dinámica recepcionista, envolvió en unas servilletas de papel unos cruasanes, junto con unas porciones de mantequilla y mermelada, para comérselos más tarde en la casa.

Al salir al exterior, el sol despuntaba receloso sin ganas aún de elevarse para alumbrar un nuevo día. El frescor de la mañana avivó sus sentidos. Como quedaban unos diez minutos para la hora acordada, Noelia paseó tranquila hasta la casa. Le esperaba un día de intenso trabajo y no quería desperdiciar energías en una caminata acelerada.

Justo al cruzar la esquina que conducía a la calle de la casa, vio a Diego apoyado en la cancela esperándola. En su mano derecha portaba un maletín de metal bastante grande. Se saludaron dándose los buenos días en un tono apenas audible y entraron a la casa sin perder tiempo. Diego cruzó veloz el salón y la cocina y esperó que ella abriera la puerta del jardín para pasar directo al baño. Noelia se remangó las mangas de su sudadera, dispuesta a empezar la faena.

El tiempo transcurrió de prisa para la joven. Terminó de destapar todos los muebles de la casa y los limpió en profundidad con una bayeta humedecida. Del mueble del salón recuperó los cuadros, que el día anterior ya había estado observando con su abuela, y tras pasarles una bayeta húmeda los colgó. Desde el salón, escuchaba a Diego dar golpes y trastear en el baño. Ella lo miraba a ratos intentando que él no descubriera que lo espiaba. En principio, su trabajo parecía más eficiente de lo que esperaba. Pasadas unas horas, Noelia sintió hambre y decidió parar un momento para comer los cruasanes que se había traído del hostel. Se acercó de forma sigilosa al minúsculo baño donde Diego estaba subido en su propia caja de herramientas, inspeccionando una gran mancha de humedad del techo. Lo observó mientras estaba concentrado en la tarea, con los brazos en alto. Entonces descubrió que tenía los músculos marcados, unas espaldas anchas, y que los vaqueros le sentaban muy bien. Con un movimiento rápido de cabeza quiso espantar aquella visión sexy que no enlazaba para nada con su actitud hacia él.

—¿Tienes hambre? —preguntó, seca.

Diego apenas se inmutó ante la interrupción de Noelia. Continuó con su meticuloso trabajo, dando golpecitos a la escayola.

—No, gracias. No puedo dejar ahora lo que estoy haciendo.

Ella sí estaba hambrienta por lo que colocó sobre la mesa del salón, que ya estaba limpia, y utilizando la servilleta como plato, los cruasanes abiertos por la mitad y los untó de mantequilla y mermelada. A continuación, cogió un trapo húmedo y otro seco y se acercó de nuevo a Diego.

—Tienes que comer algo —ordenó con tono suave mientras le acercaba los paños para que se limpiara las manos.

Diego no puso objeción y se dejó mimar por ella. Devoró el cruasán en dos bocados y continuó con el trabajo. Entonces, Noelia recordó que su abuela siempre decía: «dar de comer a alguien es uno de los actos de amor más grande que existe». Sonrió al pensar que estaría encantada con lo que acababa de hacer, aunque para ella hubiera sido una acción más solidaria que romántica.

Tras este breve descanso, la joven reanudó la limpieza fregando a conciencia el sillón, para lo que utilizó media botella de amoníaco hasta dejarlo impecable.

Terminado el salón, pasó al dormitorio principal, donde sacó brillo al cabecero de la cama de sus abuelos y donde tuvo especial cuidado al limpiar el antiquísimo aguamanil de porcelana que Eloísa había heredado de su madre.

Cuando llegó el momento de la limpieza del cuarto pequeño, Noelia abrió la ventana para que entrara la luz. En el lateral izquierdo de la pared del fondo había una pequeña cortina que, al descorrerla, dejó ver otra ventana muy pequeña que daba al trastero y antiguo establo. Noelia supuso que esta ventana servía para vigilar a la burra Catalina. Noelia recordó entonces que, años atrás, Isabel le contó que siendo niña regresaba de trabajar montada sobre una burra cuando divisó a lo lejos un niño que le gustaba. Como le daba mucha vergüenza pasar cerca de él, dio unos golpes suaves en el lomo al animal para que aligerara. A la burra no le sentó nada bien que su dueña le metiera prisa y, enfadada, la zarandeó y la tiró al suelo. El muchacho en vez de ayudarla a levantarse comenzó a reír, y la niña, más enojada aún que la burra, le tiró una piedra que le dio en la cabeza. Nunca más volvió a ver a aquel muchacho que huyó aquel día con la mano ensangrentada en la cabeza tapando la herida.

El cuarto contaba tan solo con la cama y la mesita de noche. El cabecero era de forja, con un diseño sencillo pero elegante, con los extremos de los laterales terminado en dos bolas doradas. La mesita era alta y estrecha con un solo cajón y la parte de abajo era una balda única. Como no había muchos muebles en los que esmerarse para limpiar, Noelia se dedicó con especial ahínco a fregar las paredes para borrar todo rastro de telarañas y otros pequeños insectos que se habían hecho dueños y señores de la casa. Cuando frotaba el último trozo de pared más pegado al suelo, se fijó en una mancha que había justo encima del plinto. Al darle con el trapo, notó que la loza estrecha y rectangular se movía un poco. Le dio un pequeño golpe, la loza cedió por completo y se soltó. Al recogerla del suelo, se percató de que aquel trozo de la pared estaba hueco. Su primera reacción fue dar un salto hacia atrás, temiendo que de aquel agujero saliera una cucaracha, o algo peor, un ratón. Se retiró una distancia prudencial y tumbada en el suelo, encogió los ojos e intentó ver el interior del boquete. Un extraño objeto, que no se parecía en nada a un animal, brillaba dentro. Con sumo cuidado, utilizó el palo del escobón para intentar averiguar qué era lo que provocaba aquellos destellos. Lo empujó con suavidad. Se trataba de algún material duro, aunque tan ligero que se movió unos centímetros sin dificultad. Sin pensarlo, decidió meter la mano para recuperar lo que había dentro. Era una pequeña caja metálica cubierta de polvo. Al pasarle un trapo húmedo, descubrió la imagen de unas galletas. Su apariencia denotaba que era bastante antigua. La agitó arriba y abajo, con un movimiento moderado, y comprobó que no estaba vacía. En ese instante, llamaron a la puerta por lo que Noelia dejó la caja debajo de la cama y salió de la habitación. Al abrir, apareció Eloísa con una coqueta cestita de picnic.

—Traigo un aperitivo cortesía de Cristina —anunció mientras alzaba el canasto para que se viera mejor.

El tentempié consistía en unas cervezas, una bolsa de patatas fritas y unos sándwiches de atún, lechuga, tomate y mayonesa.

A regañadientes, Diego decidió parar un rato para picar algo de lo que había traído Eloísa. Noelia trasladó las banquetas de la cocina al jardín y buscó una caja de madera del trastero, que utilizó a modo de mesa. Las limpió un poco para sentarse a descansar bajo el limonero. Mientras, Eloísa hablaba con Diego sobre la reforma del baño y lo que quedaba aún por arreglar. La mujer también recorrió el salón y los dormitorios que Noelia, con tanto esmero, había estado limpiando. Tras la inspección, Eloísa se encargó de repartir las bebidas y colocar la comida sobre la caja.

—Estoy encantada con el trabajo que estáis haciendo. Formáis un gran equipo —afirmó la anciana, mostrando una plácida sonrisa.

Por el contrario, Noelia levantó la comisura de los labios en un gesto leve y forzado. Diego se tomó la cerveza tan rápido como pudo, impaciente por volver a la tarea que había dejado a medias.

—Voy a continuar trabajando —exclamó tras comerse un sándwich en dos bocados.

—No tenemos prisa, joven. Estamos muy bien instaladas en el hostel, y tu madre nos trata de maravilla. Puedes hacer y deshacer aquí lo que quieras.

Noelia la miró sorprendida y disgustada a la vez. No tenía intención de pasar mucho tiempo supervisando el trabajo de aquel hombre en el que seguía sin confiar del todo. Había en él cierta actitud chulesca que no le terminaba de gustar.

—Mi madre es una gran mujer, como usted —la alabó Diego.

—Guárdate el usted para las viejas. A mí me llamas de tú —lo regañó con cariño Eloísa.

El joven sonrió ante la ocurrencia de la mujer y, sin querer perder más tiempo, se levantó.

—Con permiso —susurró y subió de nuevo sobre la caja de herramientas de la que apenas bajó hasta pasadas unas horas.

Mientras tanto, la abuela y la nieta habían retomado juntas la limpieza. Noelia decidió no contarle nada a Eloísa sobre la caja que había encontrado en el dormitorio de su madre. Quería abrirla cuando estuviera a solas y comprobar lo que guardaba en el interior.

Cuando llegó la hora del almuerzo, Eloísa, Noelia y Diego regresaron al hostel donde Cristina los esperaba para comer todos juntos. Ella y la anciana charlaron

entretenidas, en tanto Diego y Noelia permanecían callados, aunque de vez en cuando se miraban de soslayo. Él fue el primero en terminar. Había comido tan rápido como lo había hecho con el tentempié en la casa.

—¡Qué rápido has comido! —se percató Cristina.

—Tengo cosas que hacer —repuso Diego mientras se movía inquieto en la silla.

Noelia puso los ojos en blanco ante aquella contestación. Estaba claro que se aburría con ellas y buscaba cualquier pretexto para marcharse de allí. Además de arrogante, Diego también era un maleducado y un insociable.

—Déjalo, Cristina. No está obligado a quedarse con nosotras —apuntó Noelia con desdén.

—Vuestra compañía no es una obligación —recalcó el joven mientras retiraba la silla para levantarse—. Ya he dicho que tengo trabajos pendientes.

Y tras una rápida despedida, se marchó. Eloísa y Cristina reanudaron la conversación sin dar mayor importancia a la partida de Diego.

Noelia lo miró mientras se alejaba y, a pesar de estar irritada con él, no pudo evitar recrearse en su amplia espalda, bajando la mirada hasta el bolsillo trasero del pantalón del que sobresalía el papel en el que apuntaba sus anotaciones.

DIEGO FUERTES, EL NOBLE BANDOLERO

Avanzada la tarde, Eloísa y Noelia planearon dar un paseo por el pueblo. La abuela propuso visitar los campos situados tras la casa y así respirar un poco de aire fresco. Juntas disfrutaron de la caminata por caminos de tierra que lindaban con extensas parcelas de cultivos. A Noelia le sorprendió ver el tipo de plantas que se cultivaban en aquellos campos, pequeños arbustos salpicados por trocitos de algodón como los que ella utilizaba para desmaquillarse cada noche. Eloísa confirmó que eran plantas algodoneras y que Cañada Rosal era uno de los principales exportadores de algodón. También le contó que el abuelo, su madre y ella habían trabajado en la recogida cuando vivían allí. Según le explicó, era un trabajo costoso en el que había que mantenerse encorvado muchas horas al día, lo que provocaba a la mayoría fuertes dolores de lumbago.

—El trabajo en el campo es muy duro y está muy mal pagado —recalcó la anciana con mirada triste—. Aparte de los dolores de espalda, también tienes que soportar el calor o el frío, dependiendo del tiempo.

Noelia asintió porque estaba de acuerdo con ella en todo. Solo con ver aquellos árboles diminutos plantados en largas hileras y salpicados de cientos de trocitos de algodón, imaginó lo difícil que sería la recolección.

Cuando el sol empezó a dejarse caer lento por el horizonte, las mujeres decidieron regresar al hostel. Allí las esperaba Cristina que, tras registrar a nuevos clientes, propuso que cenaran aquella noche en su casa y así podrían conocer a su marido. La dueña del hostel confesó que su esposo, quien también se llamaba Diego, llevaba encerrado sin salir desde que le amputaron una pierna por una enfermedad que, por fortuna, ya estaba controlada.

—Le vendrá muy bien vuestra compañía —aseguró Cristina.

Aunque al principio Noelia se mostró reticente porque no quería abusar de su hospitalidad, terminó por aceptar la invitación y, tras indicarles Cristina la ubicación de la casa, quedaron allí a las nueve de la noche.

Mientras subían a la habitación, Eloísa se mostró alicaída, algo que no pasó desapercibido para Noelia, que le extrañó ver así a su abuela, sobre todo porque, en poco tiempo, había conectado muy bien con Cristina y pensaba que aquella cena le haría mucha ilusión. Al llegar al cuarto, la anciana se sentó en el pequeño sillón que ocupaba una de las esquinas y se quedó concentrada, mirando a un punto fijo.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Noelia.

—Estoy pensando —contestó sin dejar de mirar a un lugar indeterminado.

La joven intuyó que tramaba algo, pero decidió no insistirle y la dejó cavilando. Ella aprovechó para ducharse ya que solo tenían una hora para arreglarse antes de la cena.

Noelia salió de la ducha, y Eloísa no estaba en la habitación, pero sobre una mesita había dejado una breve nota: «Vuelvo en cinco minutos». Media hora después, cuando Noelia había empezado a preocuparse, regresó cargada con una bolsa.

—¿Qué traes ahí?

—Cuando me invitan, me gusta llevar algún dulce preparado por mí.

Ahora entendía la razón por la que Eloísa había permanecido tan seria. Era una mujer de costumbres, y el simple hecho de no poder llevar algún postre a la cena la hacía sentirse intranquila. Pero en la habitación no había cocina, así que esperaba que su abuela hubiera comprado algo ya elaborado. Se equivocó. De la bolsa sacó un paquete de galletas María, unas natillas ya preparadas, un bote de canela y otro de sirope de chocolate.

—Mi postre estará delicioso, ya verás —exclamó, entusiasmada.

Eloísa contó a su nieta que había encontrado una tienda de alimentación abierta, donde la atendió una mujer muy simpática, Magdalena, que la ayudó a elegir los ingredientes. Noelia se mostró contenta porque su abuela estuviera ampliando sus amistades en el pueblo, aunque ella aún se sentía desplazada. Aquellos dos días en Cañada Rosal se le habían hecho eternos, ansiaba el momento de regresar a Sevilla para comenzar a trabajar de nuevo en la pastelería, junto a su madre, a la que extrañaba muchísimo. Incluso había empezado a darle vueltas a una idea que podría mejorar aún más el negocio. El aire fresco de la sierra estaba despertando su imaginación.

Cristina vivía en una de las casas situadas a la entrada del pueblo. Era la más vistosa y elegante de todas. La construcción contaba con una sola planta y se erigía en dos bloques. En uno de ellos, el más adelantado, estaba la puerta de entrada y en el otro destacaba un gran ventanal. La fachada era de piedra caliza en diferentes tonos de gris, y del tejado sobresalía un tiro de chimenea alto y estrecho. Para acceder a la casa, las mujeres subieron dos escalones amplios que terminaban en una bonita puerta de madera con el lateral izquierdo de cristales. La fachada estaba rodeada de hermosas plantas trepadoras. Noelia llamó al timbre y, en pocos segundos, abrió Cristina, que las recibió con una esplendorosa sonrisa. Del interior de la casa, salió también a recibirlas un embriagador aroma a hierbas aromáticas.

—¡Bienvenidas! —aclamó la mujer con los brazos abiertos a lo que ellas correspondieron con un cariñoso abrazo.

El interior de la vivienda era tan elegante como el exterior, con techos altos, paredes pintadas en tonos piedra, muebles rústicos y muchas antigüedades como cuadros, candiles y jarrones que, colocados de manera estratégica por la casa, le otorgaban un aire señorial y a la vez cálido, sin llegar a resultar sobrecargado. En esa misma sala destacaba en un lateral una cómoda de gran tamaño, cargada de marcos con fotos familiares. Noelia se detuvo a mirarlas y descubrió en algunas de ellas a Diego de niño y de adolescente, mostrándose igual de serio que era ahora, o esbozando una leve y apenas perceptible sonrisa.

A pesar de sus desavenencias, la joven esperaba que Diego asistiera a la cena, pero de momento no había rastro de él.

Quien sí apareció a los pocos minutos de llegar ellas fue el padre, en silla de ruedas. Era un hombre corpulento, con el pelo enmarañado y canoso, la barba poco espesa y los ojos grandes y almendrados. Mostraba el mismo semblante serio que su hijo, aunque resultó ser un hombre muy educado y atento, de mirada triste. Como les había dicho Cristina, desde que perdió la pierna, unos meses atrás, había caído en una depresión que lo mantenía encerrado en la casa. A pesar de la tristeza, el hombre se desvivió por amenizar la estancia de las mujeres en la casa. La cena transcurrió apacible y resultó de lo más deliciosa, como todo lo que cocinaba Cristina, que las deleitó con crema de mariscos y pata de cordero a las finas hierbas. Para preparar el postre, Eloísa pidió unas copas de cóctel. En la base, colocó las galletas hechas migas, sobre ellas, las natillas, terminando con una fina capa de sirope de chocolate espolvoreado con un poco de canela. El resultado final de este sencillo postre fue una agradable y dulce mezcla de texturas a la vez que presentaba un aspecto muy vistoso. Cristina quedó encantada con el dulce preparado por Eloísa y, libreta en mano, decidió anotar otras recetas de las que le había hablado la anciana y que podrían tener gran aceptación en el hostel. Mientras, el marido de Cristina hizo señas a Noelia para que se acercara con él a la estantería de los libros. Una vez junto a ella, le mostró algunos ejemplares antiguos sobre Historia.

—Son mi debilidad —confesó el marido de Cristina, manejándolos con sumo cuidado, como si las encuadernaciones estuvieran hechas de cristal fino.

Tras soltar de nuevo el libro en el estante, el hombre hizo un gran esfuerzo para levantarse un poco e intentar alcanzar un libro situado en la parte superior. Noelia lo ayudó, y él la miró con una expresión de pesadumbre que demostraba lo mal que lo pasaba al no poder valerse solo.

—¡Qué libro más elegante! —exclamó Noelia, observando las tapas de cuero y las inscripciones doradas.

Diego, padre, se lo pasó para que lo pudiera ojear de cerca, y ella se quedó impresionada con el título y el autor: «Historia de mi bisabuelo, el bandolero: Diego Fuentes».

—¿Tiene relación con su familia? —preguntó la joven, intrigada.

—Sí, claro. Es sobre mi abuelo y lo escribió mi hijo. Se encargó de investigar y dar forma a la leyenda que le contábamos cuando era pequeño.

Noelia no daba crédito a lo que acababa de escuchar. «¡Diego ha escrito un libro!», pensó, sorprendida. Estaba claro que su impresión sobre él estaba cambiando por momentos. Además, le hacía gracia que fuera descendiente de un bandolero, lo que podría explicar su actitud chulesca.

—Tiene que ser una historia fascinante —aseguró Noelia mientras pasaba las páginas con el mismo esmero que había empleado antes el padre de Diego.

—Ya lo creo. Es fascinante y muy hermosa. Si quieres, te la resumo —se ofreció él, encantado. Noelia no lo dudó y aceptó con entusiasmo.

—A mi abuela le gustará también escucharla —aseguró la joven, y regresaron juntos a la mesa.

Al acercarse, Noelia llamó la atención de las dos mujeres que continuaban hablando sobre recetas.

—Diego nos va a contar una historia —anunció—. Estoy segura que tú ya la conoces —dijo, mirando a Cristina.

—La conozco muy bien, pero no me canso de escucharla —respondió, acariciando con suavidad el hombro de su marido, que se había colocado junto a ella.

—Nosotras estamos deseando conocerla. ¿Verdad, abuela?

—Claro, ¿de qué trata? —preguntó la anciana llena de curiosidad.

—Sobre mi abuelo —puntualizó el hombre—. Fue un conocido bandolero de Sierra Morena. Eso sí, un bandolero que ayudó a mucha gente.

La anciana abrió los ojos tanto que parecían dos pequeñas bolas blancas de billar con iris y pestañas.

—Cuenta, hijo, cuenta —lo apremió Eloísa, acercándose más a él para prestar la mayor atención posible.

Diego, padre, comenzó a narrar la historia con voz suave y pausada:

—Diego Fuertes, mi bisabuelo, nació en una familia muy pobre que vivía aislada en el campo, bastante lejos del pueblo más cercano, Écija, donde cultivaban algunas hortalizas para subsistir y venderlas a los transeúntes que, muy de vez en cuando,

pasaban por allí. Diego no fue a la escuela porque su madre, que se había criado en un convento, lo enseñó a leer y escribir de la misma manera que hicieron las monjas con ella. La mujer era culta y bondadosa y volcó todo su amor, que era mucho, en criar a su hijo para que fuera un hombre de bien. El carácter del padre era más tosco, pero se dejaba también mimar y cuidar por su esposa. Cierta día, el muchacho encontró, cerca de la casa, a un hombre herido y tendido en el suelo mientras su caballo, que tiraba de un pequeño carro, permanecía atrapado en unos matorrales del camino. Diego no lo dudó y se paró a socorrerlo. Lo llevó a la casa donde la madre le curó las heridas, y le dieron agua y comida. El niño también se hizo cargo de alimentar al caballo. Cuando el desconocido, un hombre apuesto, de figura esbelta y que por sus ropas parecía ser un caballero adinerado, despertó, se mostró asustado hasta que los vendajes demostraron que aquellos extraños, que lo miraban con curiosidad solo lo habían curado. Pasó dos días con aquella familia que se desvivió por cuidarlo. Antes de marcharse, el caballero, que se presentó como don Mateo, conde de la Haza, propietario de tierras al norte de Sevilla y de negocios navieros, no solo les dio dinero, sino que además les ofreció trabajo en su hacienda. El matrimonio vio en aquella propuesta una oportunidad de mejorar sus vidas y, sobre todo, la de su hijo. Así que recogieron los pocos enseres que tenían, cerraron la modesta casa a cal y canto y partieron junto con el que sería su señor a partir de entonces. Cuando llegaron a la mansión, comprobaron que era mucho más grande de lo que esperaban. Los jardines que la rodeaban eran grandiosos, aunque presentaban un aspecto algo descuidados y en las tierras de cultivos, que traspasaban el lejano horizonte, se acumulaba el grano sin recoger.

»El señor les contó, visiblemente apenado, que su mujer había muerto hacía un año y que, por este trágico motivo, todo su mundo se había desmoronado, lo que hizo que su carácter se agriara por culpa de la bebida, la única que le hacía olvidar. Por encontrarse ebrio, había caído del carro cuando lo hallaron herido. Tal era la situación que todos sus sirvientes lo habían abandonado. Encontrarlos a ellos había sido su tabla de salvación cuando más lo necesitaba. Toda la familia se volcó con aquel desdichado hombre que se mostró bondadoso y trabajador en todo momento. El padre y el hijo se dedicaron a devolver el esplendor a los jardines, mientras la mujer limpió y organizó toda la casa. El señor contrató campesinos para recolectar sus cultivos. Durante un tiempo todo fue felicidad, tanta que olvidaron su modesta casa perdida en el campo. En la hacienda, habían encontrado su verdadero hogar. Pero todo se derrumbó un fatídico día soleado y espléndido que no hacía presagiar la perversa situación que se viviría dentro de la majestuosa residencia. El padre se encontraba en una zona alejada de los cultivos, dando instrucciones a la cuadrilla de campesinos que volvían a sembrar los campos. El hijo podaba los rosales del jardín, que presentaban

colores tan vivos que parecían destellos a la luz del sol. De pronto, Diego, que por entonces tenía quince años, escuchó unos gritos procedentes del interior de la casa donde su madre realizaba las tareas diarias. Las voces eran de ella. Corrió lo más rápido que pudo hasta llegar a la cocina, donde se encontró con una escena vergonzosa. Don Mateo, borracho y sin camisa, tenía acorralada a la mujer, quien gritaba y lloraba intentando escapar de él.

»—¡Márchate, mocoso! —gritó el hombre, colérico.

»Diego, lleno de rabia y ante la mirada atemorizada de su madre, no lo pensó dos veces y con una vasija de barro, que encontró sobre la mesa, golpeó con fuerza en la cabeza al que hasta entonces había sido su leal señor. Este cayó al suelo con una brecha enorme en la frente por la que la sangre salía a borbotones.

»—¡Tenemos que huir lejos de aquí! —lo apremió su madre, abochornada por lo ocurrido y asustada por el destino del señor.

»Cuando el padre llegó, madre e hijo le contaron lo ocurrido y, tras recoger lo más necesario, emprendieron la marcha con dolor pero con ira por la manera en la que el señor había decidido celebrar el triste aniversario de la muerte de su esposa. Debían esconder a Diego porque el asesinato de un hombre rico lo llevaría directo a la horca. Deambularon varios días por los campos de Sierra Morena con intención de que no lograsen encontrarlos, hasta que el joven se apenó de sus padres por la situación en la que se encontraban por su culpa, y les suplicó con vehemencia que regresaran a su antigua casa mientras él permanecería escondido. Ellos terminaron aceptando la propuesta de Diego con mucho dolor, pero le hicieron prometer que acudiría a ellos cada vez que necesitara ropa o comida. No fue necesario porque el joven descubrió que vivir libre entre montañas lo hacía más feliz que vivir a las órdenes de cualquier terrateniente.

»En la sierra se hizo todo un hombre, alto y corpulento, se dejó crecer el pelo y la barba, y mostraba la piel bronceada por el sol. En sus correrías por lugares agrestes, conoció a otros bandoleros con los que se alió; juntos atracaron carruajes de personas ricas para ayudar a familias necesitadas y a ellos mismos. Diego y sus amigos se ubicaron en una zona de Despeñaperros, un desfiladero rocoso de difícil acceso, pero paso obligado entre la capital y Sevilla o el puerto de Cádiz. Eran muchos los carruajes de personas adineradas y de miembros de la realeza que pasaban por aquel extenso tramo pedregoso. Y muchos de ellos se la vieron con el joven bandolero. Diego se hizo con un arma que nunca llegó a utilizar, pero que lo hacía sentir más seguro en los asaltos que cometía. Era el más joven de todos los bandoleros que se reunían y el más educado y bondadoso. Nunca utilizó una desmesurada violencia para robar. Por esta forma de comportarse, le apodaron «El bondadoso».

»De vez en cuando, aparecía por casa de sus padres a altas horas de la madrugada, para no ser descubierto. En una de esas visitas, encontró al padre dolorido. La madre le comunicó que unos hombres lo habían estado buscando porque el terrateniente al que golpeó seguía vivo. Un administrador de sus tierras lo había encontrado ese mismo día, malherido, en el suelo. A causa del golpe, había perdido la visión de un ojo por lo que buscaba a Diego con ahínco para vengarse. Los hombres habían registrado la casa y, antes de marcharse, le dieron una paliza al padre. Diego insistió en quedarse, pero sus progenitores lo convencieron para que huyera lo más lejos posible porque no querían que lo mataran. Aquel mismo día, antes de regresar con sus compañeros, recorrió la zona a caballo, triste y enfadado por lo que estaban sufriendo sus padres. Deambulando por los caminos, vio una luz a lo lejos y se acercó a ella hasta comprobar que se trataba de una posada. Era noche cerrada y apenas había clientes, solo unos cuantos hombres repartidos entre la barra y un par de mesas.

»Diego entró despacio y miró al frente para evitar llamar la atención. Atendiendo la barra estaba el posadero, un hombre no muy alto y regordete con el pelo encrespado y mirada afable.

»—¡Dios lo bendiga! —dijo con un entusiasmo comedido—. ¿Qué desea tomar?

»Diego no estaba acostumbrado a que lo trataran con tanta cortesía. Entre sus amigos, los bandoleros, existían riñas, bromas de mal gusto... de todo, menos un trato educado. Aquel recibimiento, lo cohibió.

»—Un buen vino —pidió en un tono apenas audible.

»—Todos mis vinos son muy buenos, pero este le gustará —respondió el posadero, decidido.

»Le acercó una jarra de barro que dejaba entrever en la superficie un líquido de un intenso color rojo. Diego llenó hasta arriba el vaso, que el hombre había dejado junto a la jarra, y lo bebió de un trago. Un hilillo de vino corrió por una de las comisuras de su boca. El joven lo limpió con la muñeca y después, la lamió sonriendo.

»—El mejor —aseguró, llenando de nuevo el vaso.

»El posadero le devolvió la sonrisa y lo dejó bebiendo, mientras se alejaba hacia uno de los extremos de la barra. De ese mismo lugar, salió una joven que llamó la atención de Diego. Llevaba el cabello oscuro suelto y largo hasta la cintura, formándole grandes rizos que brillaban como si fueran trozos de noche estrellada sobre la espalda y los hombros. Sus grandes ojos grises estaban enmarcados por pestañas tan grandes como empuñaduras de espadas. Fue en el momento justo que sus miradas se encontraron cuando Diego comprendió que ya no podría vivir sin estar cerca de aquella belleza. Observándola atento, comprobó que era la hija del posadero. Aquella primera noche, se inició el romance con un cruce de miradas entre ambos,

tan intensas como la estampida de una manada de elefantes. Diego volvió a la posada en varias ocasiones hasta conseguir hablar con aquella bonita niña de quince años, que lo volvía loco. Y si tanto le gustaban de ella los ojos y el pelo negro, su timidez lo terminó de cautivar.

»Poco a poco se fue alejando de sus amigos los bandoleros, con intención de cambiar de vida y formar una familia con Estrella. Sabía que era difícil porque el terrateniente siempre estaría al acecho para atraparlo. Pensó en permanecer escondido entre las paredes de aquella posada que también era el hogar de Estrella, sus padres y hermanos. Pero no quería ponerlos en peligro. Así que tomó la dura decisión de enfrentarse a su perseguidor y terminar con aquella situación que ya se había alargado varios años.

»Una noche regresó a la casa donde había sido feliz hasta aquel fatídico día que vengó la honra de su madre. Entró sigiloso por una estrecha ventana situada en un lateral de la fastuosa vivienda, que daba a un largo pasillo oscuro. Lo recorrió con cuidado para no ser sorprendido, agarrando con fuerza un puñal. Estaba decidido a defender su vida hasta el final. Al cruzar todo el pasillo, se topó con una luz tenue y parpadeante que salía de una estancia. De la casa principal, Diego solo conocía la parte de la cocina donde había trabajado su madre, ya que ellos se alojaban en un barracón, junto a los establos. Se acercó a la habitación y asomó medio rostro por la puerta entreabierta. La luz provenía de la chimenea encendida, que iluminaba y daba calor a la biblioteca. En un sillón de cara al fuego, estaba sentado el señor del que solo se veía un brazo caído a ras del suelo, sujetando una botella de vino. Diego se retiró de la puerta y se echó sobre la pared, respirando con dificultad. Estaba ante un momento crucial que podía llevarlo a la salvación, o directo a la muerte. Tras unos minutos sin moverse y con la imagen de Estrella en su cabeza, el joven se acercó a la puerta y la abrió despacio, lo que provocó un sonido que llamó la atención del terrateniente.

»—¿Qué quieres, Tomás? ¡Te dije que no me molestaras! —gruñó con la voz pastosa por la bebida.

»—No soy Tomás. Soy Diego —respondió el bandolero con voz firme desde la puerta.

»El brazo que colgaba del sillón soltó la botella, que chocó contra el suelo, rompiéndose en mil pedazos. El hombre se puso recto y esperó unos segundos para darse la vuelta y mirar de frente a quien le había dejado tuerto. Diego pudo ver entonces el parche que llevaba en el ojo.

»—Te esperaba hace tiempo —dijo, levantándose con gran esfuerzo.

»Sin duda, estaba borracho. Durante esos años había adelgazado bastante y mostraba una ligera cojera.

»—Ya me tienes aquí —lo retó, atrevido.

»El terrateniente avanzó unos pasos hacia el joven, tambaleándose de manera tan brusca que tuvo que volver al sillón para apoyarse.

»—¡No me pillas en mi mejor momento! —exclamó, soltando una sonora carcajada.

»—Solo quiero dejar de huir porque no soy ningún asesino. Lo único que hice fue defender la honra de mi madre. Y lo volvería a hacer si otro ser despreciable como tú lo intentara de nuevo.

»Las palabras de Diego salieron de su boca cargadas de ira, como finas agujas que se clavaron por todo el cuerpo de don Mateo, que de la carcajada pasó a adoptar una expresión tensa. Ambos hombres se miraron desafiantes durante unos segundos, hasta que el terrateniente echó su largo y enjuto cuerpo sobre el sillón y cogió una pistola con la que apuntó al bandolero.

»—Si te mato, ya no tendrás que volver a huir, malnacido —farfulló con los ojos inyectados en sangre por la rabia—. Pensaba terminar con mi vida, y mira por donde, antes, terminaré con la tuya.

»El joven palideció porque no esperaba que el caballero, tan ebrio como se encontraba, pudiera sujetar el arma y, aunque la mano le temblaba un poco, apuntaba hacia él.

»El crepitar de los leños ardiendo junto con la respiración forzada de Mateo eran los únicos sonidos de la sala. Diego permanecía inmóvil con la mirada fija en el hombre que amenazaba con matarlo. Él solo contaba con un cuchillo para defenderse, y ni tan siquiera en aquel duro momento en el que su vida corría peligro, se sentía capaz de matar a un hombre. Aunque aquel hombre fuera el mismísimo don Mateo, conde de la Haza, agresor de su madre.

»—Ni tú ni yo merecemos morir —dijo al fin Diego en tono conciliador—. No eres dueño de tus actos cuando bebes tanto vino como si fuera agua de un manantial. Y tampoco lo eres cuando actúas movido por la venganza. Nuestro final no es aquí ni ahora —sentenció mientras avanzaba hacia él.

»—¡No te muevas, maldito! —gritó Mateo—. ¡Yo ya no quiero vivir más!

»—La pena que arrastras por la muerte de tu esposa es la que te está matando poco a poco. No hace falta que aprietes el gatillo. Si continúas bebiendo, pronto te reunirás con ella. Pero dame a mí la oportunidad de amar a una mujer de la misma forma que tú amaste a la tuya.

»Aquellas palabras hicieron reaccionar al terrateniente, que agarró la pistola con las dos manos, mientras su pecho compungido empezaba a emitir sollozos que se tornaron en lagrimones tan grandes como gotas de lluvia. No dejó de apuntar a Diego hasta que, relajando uno de los brazos, se llevó el arma a la sien. En ese momento, el bandolero, temiendo lo peor, corrió hacia él y con un golpe certero en la mano hizo volar la pistola que cayó cerca de la chimenea. Antes de que Mateo pudiera reaccionar, Diego la lanzó al fuego. Y mientras el joven abandonaba la sala, el desahuciado caballero al que había salvado de nuevo la vida, se arrodilló y tapándose el rostro con ambas manos, lloró sin consuelo.

»Esa misma noche, Diego volvió junto a Estrella y, a partir de entonces, vivió como un hombre libre. Se casó con su joven enamorada, y continuó con la posada que pasó a llamarse La buena Estrella. El ya retirado bandolero buscó un nuevo hogar a sus padres, cerca de ellos y, todos juntos vivieron en paz, o al menos, toda la paz de la que le permitieron disfrutar sus cinco hijos.

Cuando el padre de Diego terminó el extenso e interesante relato, las mujeres lo miraban embelesadas y con los ojos vidriosos.

—Una historia preciosa —declaró Eloísa.

—¿La antigua posada es vuestro hostel? —preguntó Noelia, intrigada y fascinada por la historia.

—Nos trasladamos hace unos años al centro del pueblo. La posada era la antigua venta situada en la carretera entre La Luisiana y Cañada Rosal, que ha pasado de generación en generación —explicó Cristina, dando así un respiro a su marido, que bebía un poco de agua—. Los tiempos cambian y decidimos modernizarnos y venirnos al centro para tener más clientela.

—Nosotras estuvimos allí hace años. —Noelia se emocionó al pensar en el pasado tan romántico que tuvo aquella venta—. ¿Qué ha sido de ella?

—Ahora es la casa de mi hijo —señaló el marido—. No quiso que la vendiéramos porque le tiene mucho cariño. Él mismo la restauró y ha construido un chalet algo moderno para mi gusto. Pero si a él lo hace feliz... —puntualizó, alzando las cejas y los hombros a la vez.

—¿Por qué no nos ha acompañado a la cena?

Eloísa hizo la pregunta mirando a su nieta, quien le correspondió con un leve gesto de reproche.

—Quiero que lo perdonéis —se apresuró a contestar Cristina—. Me comentó que no podía asistir porque tenía algo muy urgente que hacer.

Noelia, molesta, no pudo dejar de pensar que, una vez más, Diego había buscado una excusa para evitarlas. Decididamente, el joven no había heredado el carácter afable y cordial de sus padres.

Llegada la medianoche, Eloísa se encontraba cansada, por lo que decidieron regresar al hostel. Tanto Cristina como su encantador marido habían hecho todo lo posible para que se sintieran muy a gusto y disfrutaran de la cena. Ante el éxito de la velada, decidieron que la repetirían en casa de Eloísa en cuanto estuvieran instaladas.

EL APELLIDO ALEMÁN

A la mañana siguiente, Noelia se demoró en llegar a la casa a pesar de estar deseando descubrir lo que había en el interior de la misteriosa caja que había encontrado el día anterior. Eloísa le había dado un juego de llaves a Diego durante la comida, por lo que él no tenía que esperarla para empezar a trabajar. Sobre las ocho y media, y tras tomar un café muy cargado, la joven llegó a la casa. Se dirigió al cuarto donde Diego revisaba una mancha de humedad que había junto a la ventana.

—Buenos días —lo saludó, extrañada al encontrarlo allí.

—Buenos días —respondió Diego, mirándola de reojo y sin dejar de trabajar—. Con un poco de silicona en el borde de la ventana, la mancha no volverá a salir —dictaminó.

—¿Tardarás mucho? Quiero terminar de limpiar este cuarto —apremió, ansiosa de quedarse sola para abrir la caja.

—En un minuto termino. En el patio he dejado un regalo para vosotras —dijo sin desviar la vista de la ventana.

Noelia lo miró arqueando las cejas, desconcertada. Fue hacia el exterior donde encontró, bajo el limonero, cuatro sillas y una mesa de jardín pintadas en amarillo brillante. Eran sencillas, con los respaldos y la tapa de la mesa de tablones finos, y las patas de forja. Aquel conjunto quedaba perfecto entre las flores. Noelia volvió al cuarto donde Diego continuaba atareado y le dio las gracias.

—Es todo un detalle, pero debería pagártelas —acertó a decir, vacilante.

—Ya te he dicho que son regaladas. El dueño de una casa que restauré no las quería, y yo las guardé para alguien que las necesitara. Las pinté de ese color porque pensé que quedaría muy bien con el limonero.

—Me encanta —admitió Noelia con timidez.

—¡Listo! Ya puedes continuar con la limpieza.

Pero la joven estaba ensimismada, dándole vueltas a una idea que, una vez más, cambiaba por completo su percepción sobre Diego.

—¿Cuándo las pintaste? —preguntó, curiosa.

—Ayer por la tarde —contestó mientras recogía las herramientas.

Noelia intuyó entonces que ese podría ser el motivo por el que se marchó tan pronto de la comida y no asistió a la cena. De ser cierto, Diego la sorprendía a cada momento. Si no hubiera tenido blindado su corazón a enamorarse de nuevo, tras su reciente ruptura, habría caído rendida a sus pies en aquel mismo instante.

A solas, recuperó la caja, acarició la tapa y contempló de nuevo los dibujos de galletas que la decoraban. Sin más demora, decidió abrirla con cuidado. Contenía una bolsita de terciopelo rojo y un pequeño trozo de papel, doblado en varias mitades, amarillento por el paso del tiempo. Noelia se sentó en el borde de la cama y dejó a un lado la caja de latón. Se decantó por comprobar, en primer lugar, lo que contenía la bolsita. Dejó caer el contenido sobre la palma de la mano y, asombrada, comprobó que se trataba de un par de pendientes de oro y esmeraldas. Los agarró con la punta de los dedos y los observó de cerca. Brillaban de una manera espectacular. Aunque no entendía mucho de joyas, porque acostumbraba a llevar bisutería, intuyó que aquellos pendientes debían costar muchísimo dinero. Con mucho cuidado, los devolvió de nuevo a la bolsa de terciopelo, y recuperó el papel desgastado que permanecía dentro de la caja. Lo desdobló despacio para evitar que se deshiciera y descubrió un breve texto escrito con una elegante letra cursiva:

«No lo pienses más y escapa conmigo. A las 8 salgo para la estación.

Sabes que te necesito, os necesito y te quiero».

Noelia la leyó, una y otra vez, hasta sentir un súbito calor en el rostro al pensar que aquellas palabras las podía haber escrito su padre. Si eran de él, Isabel le había mentido porque en realidad no la abandonó al quedarse embarazada. El mensaje revelaba todo lo contrario. Él quería escaparse con ella. Noelia, confundida, no pudo evitar llorar por la angustia que le provocaba el no saber. Aunque su madre sufriera al revivir aquella historia, no desistiría hasta conocer toda la verdad.

Estaba limpiándose las lágrimas cuando Diego entró, preguntándole por una herramienta que había dejado en el dormitorio.

—¿Te ocurre algo? —dijo tras recoger lo que había olvidado.

Noelia permaneció sentada y mirando al frente.

—No —contestó sin poder evitar la voz temblorosa.

Diego no dijo nada más, pero se quedó apoyado en el quicio de la puerta, observándola. Noelia notaba su presencia y tomó aire varias veces para intentar dejar de llorar y serenarse.

—No me gusta ver llorar a nadie —musitó el joven, quien volvió a entrar en el cuarto y se sentó junto a ella—. Dime cómo puedo ayudarte a que te encuentres mejor. —Pronunció las palabras en voz baja, como susurrando, con la intención de tranquilizarla.

Noelia, que tenía la mente desbordada de emociones y preguntas sin respuestas, se desahogó con él. Le contó su regreso inesperado de Madrid tras fracasar en su relación; le confesó cómo su abuela prácticamente la había obligado a ir con ella al pueblo. Terminó hablándole de la nota y las incógnitas que surgían en torno a ella,

difíciles de resolver sin la colaboración de Isabel, que no quería saber nada de su padre. Tras expulsar con premura y nervios todas aquellas revelaciones, Noelia se sintió más sosegada mientras Diego la miraba pensativo.

—Quiero proponerte algo —dijo para animarla—. Yo no puedo ayudarte a conocer tu pasado, aunque comprendo que quieras averiguar lo que ocurrió. Solo tu madre puede darte todas las respuestas que necesitas saber. Lo que yo te propongo es que me acompañes a conocer la historia de este pueblo. Estoy seguro que te sorprenderá.

Aunque Noelia sabía que aquella propuesta que Diego le hacía era tan solo un intento por ser amable con ella, ante la lamentable situación en la que se encontraba, la idea le entusiasmó.

—De acuerdo. Me arriesgaré a acompañarte a pesar de que seas el bisnieto de un bandolero.

El comentario arrancó una carcajada a Diego.

—¡Vaya! ¡Ya te ha contado mi padre la historia! Te recuerdo que mi bisabuelo era bondadoso y generoso con todo el mundo y, en especial, con las mujeres —precisó, mostrando una amplia sonrisa que provocó que a Noelia se le encendieran las mejillas.

—En un par de horas terminaré el trabajo por hoy. Me ducho, y nos vamos. Te invitaré a comer a uno de los mejores restaurantes del pueblo.

Noelia asintió sonriente mientras Diego se levantaba para proseguir con su tarea.

La joven guardó las pertenencias de Isabel en el cajón de la mesita de noche. El resto del tiempo, lo empleó en limpiar a fondo la cocina, que quedó reluciente y lista para cocinar las comidas más deliciosas.

Antes de que Diego terminara su tarea, y con la excusa de que debía comprar algunas cosas para la casa, Noelia fue a prepararse para la cita porque estaba segura que emplearía mucho más tiempo que él en ducharse, arreglarse el pelo, pintarse y elegir qué ponerse.

Noelia tenía la cama inundada de ropa cuando Eloísa regresó de dar un paseo con Cristina. Intentó entrar en el baño, pero estaba tan desordenado que no se podía andar por él.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó la abuela mientras hacía un hueco en la cama para sentarse.

—Diego me va a invitar a comer —admitió Noelia, probándose el décimo vestido.

Eloísa la miró con los ojos muy abiertos y mostrando un gesto de incredulidad.

—¿Mi Diego? ¿El mismo que a mí me parecía guapo, pero a ti no?

—No exageres, abuela.

—Ya veo, por eso te estás probando toda la ropa que has traído. Bueno, esperaba que almorzáramos juntas.

—No te enfades. Tú y yo tenemos que hablar —advirtió, señalándola con el dedo.

—A mí no me líes —zanjó Eloísa, intuyendo de lo que se trataba—. Ve con Diego y pásalo muy bien.

Antes de que Noelia pudiera replicarle, sonó el teléfono de la habitación. La joven se apresuró a contestar. Era Diego que la esperaba en recepción.

Noelia estaba encantada con aquella salida inesperada que le haría olvidar por unas horas todas las preocupaciones que le rondaban por la cabeza. Al final, se decantó por un elegante vestido azul cobalto que se ajustaba a la cintura porque quería estar a la altura del selecto restaurante al que la llevaría Diego.

Él la esperaba apoyado en el mostrador de recepción. Llevaba el pelo aún húmedo y un poco revuelto. Había cambiado su desaliñada indumentaria de trabajo por unos vaqueros negros y un fino jersey gris claro que le marcaba el pecho y los músculos de los brazos. Además, olía al embriagador perfume que Noelia ya conocía.

—¿Dispuesta a encontrar respuestas? —propuso, examinándola de arriba abajo.

—Eso espero —contestó, ruborizada, por la mirada tan atrevida que le había lanzado.

El joven se adelantó hasta un enorme todoterreno negro, aparcado justo en la puerta.

—Estás en buenas manos —se apresuró a decir a la vez que le abría la puerta del copiloto.

Y mientras rodeaba el coche, agregó en voz baja:

—Estás muy guapa.

Noelia escuchó el piropo y, como le ocurría a menudo, sintió un calor en el rostro que la hacía ponerse tan colorada como una flor de pascua.

Diego condujo hasta las afueras del pueblo, giró hacia una bifurcación en la carretera por la que se accedía a un camino estrecho, franqueado por árboles frutales. Al terminar el sendero, aparcó en una enorme explanada. Allí se alzaba un sencillo edificio de una sola planta con la fachada de piedra. Como acceso a la construcción, existían cuatro grandiosas cancelas cuadradas y de idéntica forma, que embellecían el conjunto.

—¡Esta es la Hacienda de la Suerte! —exclamó el joven con un entusiasmo mesurado, acorde con su falta de efusividad al mostrar las emociones.

—Bonito lugar —acertó a decir la joven, a la espera de conocer El centro de interpretaciones de las Nuevas Poblaciones, como apuntaba un texto escrito en la misma fachada de la hacienda.

Al traspasar una de las cancelas, Noelia y Diego accedieron a un patio interior rodeado de columnas de piedra y decorado con grandes macetones donde predominaban las palmeras. En torno a este patio, se erigía el edificio en sí, con numerosas puertas por las que se accedían a diferentes salas. Eran casi las dos de la tarde, y el centro estaba a punto de cerrar, como les indicó un hombre joven, vestido de uniforme, que permanecía sentado junto a una mesa repleta de folletos.

—Serán solo unos minutos —le pidió Diego con premura.

—Solo porque eres tú —apostilló el vigilante, que no había dado muestras de conocerlo hasta ese momento.

Sin perder tiempo, Diego se dirigió a una de las puertas y dejó pasar primero a Noelia, que se topó, de inmediato, con unos paneles informativos y multitud de fotos y dibujos en diferentes tamaños.

—Antes de nada —proclamó Diego, parándose en seco junto a ella—, ¿cuáles son tus apellidos? Si no te importa decírmelos, claro.

—No me importa —confesó la joven—. Al ser mi madre soltera, tengo sus apellidos, pero invertidos, Rúger Terrero. El apellido de mi abuela es alemán.

—¡Lo imaginaba! —dijo con una sonrisa pícaro—. Tu piel tan blanca y tus ojos castaños que se vuelven verdes con el sol te delatan.

Tenía razón porque la tez blanquecina de Noelia y el color de sus pupilas eran herencia de su abuela, quien además tenía el cabello rubio. El suyo era castaño claro, más parecido al de su madre.

—Tu apellido y tus rasgos hacen que seas parte importante de la historia de este pueblo —zanjó Diego.

Caminaron unos cuantos pasos y se colocaron frente al retrato del personaje de una época anterior. Noelia recordó haberlo visto en algún libro cuando estudiaba. Su vestimenta era lujosa, con brocados y medallas que le daban un porte distinguido, aunque no era nada atractivo.

—Este señor de nariz prominente es el monarca Carlos III.

Diego comenzó así su particular clase de Historia. Noelia escuchaba muy atenta.

—Durante su mandato a mediados del siglo XVIII, se propuso repoblar parte de Despeñaperros, paso obligado de personajes de la corte y nobles desde la capital hasta Sevilla y Cádiz. Aquella zona desamparada estaba plagada de delincuentes que atacaban a los viajeros.

El joven siguió avanzando hasta otro retrato de un personaje con el pelo blanco, peinado con ondas, pero con ropa menos ostentosa que el anterior.

—Para evitar los asaltos, el rey contrató a este señor que te mira tan serio, Juan Gaspar von Thürriegel. —Noelia sonrió ante el comentario□. Este aventurero inundó de panfletos media Europa, repartiéndolos por tabernas, posadas y ventas. En ellos se prometía casa, tierras, animales y disfrutar de un verdadero paraíso con un clima muy agradable todo el año y una gente maravillosa. Bla, bla, bla... palabrería barata.

Diego se dirigió a ella en un tono más serio.

—La intención era buena, pero no fue todo tan *maravilloso* —dijo, recalcando esta última palabra—. A las orillas del Rin se sucedían numerosas batallas buscando las mejores tierras, y muchos habitantes de aquella zona vivían en la miseria. Te hablo de alemanes, suizos y austríacos, además de franceses e italianos, que aceptaron venir a España en busca de una nueva oportunidad. Hicieron más de tres mil kilómetros a pie o en barco creyendo, ciegamente, lo que se ofrecía en la propaganda.

—Está claro que la inmigración siempre ha existido —intervino Noelia.

—Y existirá —se apresuró a añadir Diego—. Es la lucha por sobrevivir.

Noelia asintió con la cabeza.

—Medio centenar de familias llegaron a nuestro país a finales de julio, cuando el calor era más intenso —prosiguió—, y los instalaron en barracones. Las altas temperaturas, el duro trabajo, las pésimas condiciones de vida y la intolerancia de pueblos vecinos terminaron con el sueño de numerosos colonos, que murieron buscando un futuro mejor.

Noelia se sentía fascinada pero a la vez muy triste por todo lo que le estaba contando Diego.

—La parte más bella del relato es que muchos lograron sobrevivir y fundaron este bonito pueblo plagado de apellidos extranjeros como Fílder, Duvisón, Hans, Delis, o como el tuyo. La mayoría de sus habitantes comparten tus mismos rasgos, como el color blanco de la piel o los ojos claros. Además, continuaron con sus costumbres y tradiciones, como la Fiesta Colonial de los Huevos de Pascua.

Al final del recorrido, los esperaba un *stand* repleto de fotos sobre esa fiesta que se celebraba cada Domingo de Resurrección. Durante ese día, se pintaban los huevos, se exponían en la plaza y se degustaban comidas típicas de los países fundadores. Otra peculiaridad de esa celebración, que aparecía en mucha de las fotos, era la tradición, sobre todo de las mujeres y niñas, de disfrazarse de colonas con faldas largas, un fajín estampado, blusas blancas de mangas anchas y cofias. Los niños vestían blusas parecidas, pantalones cortos y sombreros de tres picos.

Noelia y Diego contemplaban las fotos cuando el vigilante entró en la sala haciendo tintinear las llaves. Había llegado el momento de cerrar.

La joven echó un último vistazo a la sala y sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. Aquella historia había sido toda una revelación para ella y había servido para poner parte de las piezas que faltaban en el puzle de su vida, aunque aún seguía incompleto.

—Vamos —la apremió Diego, mirándola con dulzura.

Mientras caminaban hacia el coche, la joven, casi en un susurro, le dio las gracias. Estaba encantada por la forma de narrar de Diego, tan parecida a la de su padre, y por el entusiasmo con el que había mostrado el recorrido.

—Tu clase de Historia ha sido magistral —lo felicitó—. Creo que te equivocaste de profesión. En vez de fontanero, podrías haber sido un gran profesor —bromeó.

—Fontanero... —musitó Diego, abrochándose el cinturón de seguridad—. Claro, maestro hubiera sido una buena opción. Y ahora, vamos a comer. Tanto hablar me ha dado hambre —dijo, arrancando el motor.

EL RESTAURANTE JUNTO A LA PISCINA

Durante todo el recorrido, Noelia permaneció callada e inmersa en sus propios pensamientos, que giraban en torno a sus antepasados alemanes que, como le había contado Diego, pertenecían a un reducido grupo de supervivientes en su pugna por encontrar una vida mejor. La historia se repetía con ella: en los últimos años se había dedicado a huir persiguiendo la felicidad, primero de Sevilla a Madrid con su ex novio, después de Madrid a Sevilla y ahora, se sentía exiliada en un pequeño pueblo que estaba resultando mucho más interesante de lo que ella imaginaba.

—¿Qué piensas? —preguntó Diego, bajando el volumen de la radio del coche.

La pregunta hizo que la joven se sobresaltara y diera un leve respingo.

—Perdona, no pretendía asustarte.

—Nada —repuso Noelia, incorporándose en el asiento—. No pensaba nada importante. Me asusto con mucha facilidad —confesó, sonriendo.

—Eso te ocurre porque eres muy soñadora.

—Siempre estoy en las nubes, como dice mi madre.

—Y cuando te hablan, bajas de ellas, muy a tu pesar. Por eso te asustas.

Noelia lo miró ensimismada porque le gustó aquella manera tan ingeniosa de describir su continuo estado de ensoñación.

En pocos minutos llegaron a su destino. Diego aparcó en un descampado junto a un edificio con un gran cartel en el que se leía «PISCINA MUNICIPAL» en grandes letras negras con un trazado sencillo.

—Adelante —dijo al bajarse del todoterreno—. Como ya te he dicho antes, en este pueblo nada es lo que parece.

Noelia lo miró incrédula porque ella esperaba un restaurante elegante para el que se había arreglado a conciencia, y no una piscina en la que no pensaba meterse.

—¿No pretenderás que nos bañemos? —bromeó la joven.

Diego sonrió con los ojos entrecerrados, dando muestras de que no sería tan mala idea. Noelia se escandalizó y volvió a meterse en el coche.

—Primero comamos y, luego, ya veremos —sugirió él mientras le ofrecía la mano para que bajara del vehículo.

Ella aceptó y se dejó llevar por aquel hombre que, para su desdicha, le gustaba cada vez más.

Al entrar en el edificio, Noelia comprobó que la piscina, situada a la derecha, no estaba preparada todavía para abrir al público. En la parte izquierda, divisó el

restaurante junto a un frondoso cerezo salpicado de pequeñas flores rosas bajo el que se ocultaba gran parte de la fachada. El nombre del bar, La Viña, estaba escrito, con trazos finos y distinguidos, sobre un trozo irregular de madera. La entrada, con la puerta y grandes ventanales en blanco, daba paso a un salón muy acogedor con sillas forradas y mesas redondas con manteles de finas rayas en color pastel. Casi todas las mesas estaban ocupadas, por lo que fueron avanzando hasta la barra. Cuando se apoyaron en ella, el único camarero que había, un hombre no muy alto, robusto, calvo y de expresivos ojos grises, fue hacia ellos y le dio un fuerte abrazo a Diego, que le correspondió con el mismo afecto. Era obvio que se conocían muy bien.

—Noelia, te presento a mi amigo Luis. Fuimos juntos al colegio.

—Encantado —afirmó y le dio dos besos a Noelia—. Os voy a sentar en la mejor mesa —agregó.

Los condujo hasta un rincón de la sala, junto a un ventanal que daba a un pequeño patio interior adornado con numerosas macetas de plantas en su mayoría comestibles, como hierbabuena y albahaca. El olor que salía desde la puerta entreabierta y situada cerca de la mesa resultaba embriagador. Aparte de la vajilla y la cubertería colocadas de manera impecable, la mesa contaba con un bote de cristal lleno de flores secas atadas con un bonito lazo lila.

Sobre la mesa estaba la carta, un solo folio en papel rústico. Sin leerla, Diego entregó la suya a Luis para que se la llevara.

—Ya sabes lo que quiero —dijo sin inmutarse.

Noelia, ante el gesto de Diego, también le devolvió la carta.

—Lo mismo para mí —resolvió, dispuesta a dejarse sorprender.

Luis se mostró encantado y les dedicó una amplia sonrisa. Se marchó con las cartas en la mano y regresó al momento con una botella de vino tinto.

—Estoy seguro de que os gustará —anunció, acercando una botella más fina y alargada de lo normal con una etiqueta en la que aparecían dibujadas con acuarela unas hermosas uvas rosadas—. Es de la tierra —añadió.

Noelia, que era más de vinos claros y espumosos, acercó la copa a Diego para que le sirviera. A continuación, él llenó la suya. Al dar el primer sorbo, la joven se asombró ante el grato sabor del líquido viscoso que se agarraba al paladar por su sabor semiseco pero ligeramente dulce. Mientras ella lo bebía a pequeños sorbos, su acompañante terminó la primera copa en tres tragos y la volvió a llenar. Noelia lo miró con ojos muy abiertos ante la idea de estar sentada junto a un bebedor empedernido.

—Lo siento. Tenía mucha sed —se excusó, dejando la segunda copa sobre la mesa—. Está buenísimo. —Y bebió de nuevo imitando los suaves sorbos de ella.

Noelia comenzó a reír, y Diego la siguió, carcajeando abiertamente como no lo había hecho antes.

Al momento, llegó Luis con unos entrantes: una tabla de quesos acompañados de frutos secos y dos bolas de ensaladilla cubiertas de huevo hilado.

—¿Recuerdas la vez que nos escapamos juntos? —preguntó Diego a su amigo mientras dejaba los platos en la mesa.

—¡Cómo no lo voy a recordar! Estuve dos semanas castigado sin poder salir a jugar a la calle —contestó.

—Yo también estuve castigado —continuó Diego, mirando a Noelia—. Los dos obtuvimos malas notas. Decidimos escapar para buscar un buen trabajo con el que ganar dinero y convencer a nuestros padres de que estudiar no era lo nuestro.

—Yo eché unos bocadillos en la mochila, y Diego una manta con la que construir un refugio.

—Conseguimos andar unos kilómetros —intervino Diego— y paramos en medio de una arboleda. Con unos palos improvisé una tienda de campaña, y nos sentamos a comer los bocadillos. Entonces, escuchamos aullidos a lo lejos. Según cuenta una leyenda, cerca de Cañada Rosal vivían manadas de lobos que, incluso, llegaron a adentrarse en el pueblo. Lo dejamos todo tal cual y escapamos de allí, aterrados, tropezándonos con ramas, rocas y todo lo que encontrábamos a nuestro paso.

—Regresamos llenos de heridas y gritando: ¡lobos, lobos! —dijo Luis, haciendo aspavientos con los brazos.

—A pesar del susto que nos llevamos y de los arañazos, ni Luis ni yo nos libramos del castigo.

—Los buenos amigos están juntos en todo —señaló Noelia, encantada con la historia de la travesura.

Ambos asintieron, orgullosos de esa amistad. Luis se retiró en busca de los segundos platos. Mientras, Diego y Noelia hablaron sobre temas relacionados con los arreglos de la casa de Eloísa que aún quedaban por terminar.

Como plato fuerte, Luis preparó un exquisito solomillo al Pedro Ximénez, acompañado de pasas y piñones. De postre, tomaron una deliciosa tarta de mousse de chocolate.

Cuando terminaron la magnífica comida, Diego llamó a Luis para que le trajera la cuenta. El camarero se negó en rotundo.

—Te recuerdo que sigo en deuda contigo. La reforma que me hiciste vale muchísimas comidas como estas —replicó el camarero.

—No olvides que fue mi regalo de bodas —insistió el joven con la cartera en la mano.

Tras discutirlo en un tono cordial, llegaron a un acuerdo. Diego pagó la cuenta y Luis los invitó a una copa a la que él también se sumó.

Tras brindar varias veces, alabar la comida y recordar otras trastadas que hicieron de pequeños, Diego y Noelia abandonaron el local. Achispados todavía por la bebida, salieron del restaurante y, entre risas, caminaron hacia el coche. Al llegar, Noelia esperó junto a la puerta del copiloto. Diego, en vez de dar la vuelta para ocupar el lugar del conductor, se paró justo enfrente de ella hasta quedar cara a cara. Colocó el brazo sobre el coche, cerca del rostro de Noelia para evitar que se volviera. Con el otro brazo, la agarró por la cintura y pegó sus labios a los de la joven. Ella correspondió el inesperado beso que empezó suave, hasta volverse más intenso y húmedo. Sin separar los labios, Noelia le pasó ambas manos por sus musculosos brazos hasta subir al cuello, donde se detuvo mientras sus lenguas se entrelazaban. Diego la atrajo más hacia él y la acarició por debajo de la chaqueta hasta echarse sobre ella, aguantando el peso con el brazo apoyado en el coche. Los besos, más ardientes, saboreaban sus labios. Diego la sujetó fuerte por la cintura con las dos manos y le habló al oído.

—¿Quieres venir a mi casa? —susurró.

Noelia dejó de besarlo y lo miró contrariada. Aunque ese día había descubierto a un Diego más tierno y mucho más comunicativo, consideró que iba demasiado rápido. Ella necesitaba tiempo para asimilar lo que estaba ocurriendo. A pesar de que sus besos eran tan aditivos como la tarta de chocolate que habían comido de postre, decidió no seguir adelante.

—Mi abuela me espera —dijo, soltándose de su cuello—. Lo siento.

—Soy yo el que lo siente —murmuró—. No debería haberte abordado así.

Diego se retiró de ella con suavidad, aunque mantuvo la mirada fija unos segundos en los ojos de Noelia. Ella apartó la cabeza algo avergonzada pero decidida.

—Te llevaré al hostel —concluyó él con rostro serio.

Durante el trayecto, ambos permanecieron callados. Noelia estuvo tentada de cambiar de opinión y pedirle a Diego que se desviara del camino hacia su casa, su dormitorio y su cama, pero, tras una pugna interior entre su corazón y su cabeza, ganó esta última.

Al entrar en la calle del hostel, Noelia vio aparcado frente a La buena Estrella el mismo coche extranjero que, el primer día en el pueblo, pasó a gran velocidad por el paso de peatones cercano a la plaza. Diego aparcó justo detrás de él. Sin mediar palabra alguna entre ellos, salieron del vehículo y, al llegar a recepción, Cristina los

esperaba junto a una joven esbelta, de cabello rubio, liso, muy largo y unos expresivos ojos azules. Parecía una modelo de las que aparecían en las revistas de moda.

—¡Mira quién ha venido a verte, Diego!

Al verla, el joven cambió su semblante serio por una expresión sonriente. Se acercó a ella con intención de darle dos besos, pero la joven se adelantó y lo abrazó con entusiasmo.

—¡Te he echado mucho de menos! —exclamó la desconocida.

Noelia se sintió fuera de lugar porque, en cuestión de minutos, había pasado a un segundo plano para Diego que miraba, embelesado, a la mujer de cabellos dorados. Desilusionada, se disponía a marcharse cuando Cristina le hizo un gesto con la mano para que esperara. Fue ella quien presentó a las dos mujeres.

—Caroline es amiga de la infancia de Diego —dijo, mirando a Noelia—. Ella es Noelia, se aloja en el hostel con su abuela.

—Encantada —musitó, tendiéndole la mano.

—Diego está haciendo algunos arreglos en su casa —añadió la hostelera.

—Ya he terminado. Solo quedan un par de cosas que remataré esta tarde para que puedan mudarse mañana.

Noelia lo miró perpleja por aquel repentino cambio de planes del que se acababa de enterar. Según habían hablado en la comida, en la casa había trabajo para un par de días más.

Cristina dejó a Diego y a Caroline conversando entre risas y llevó a Noelia a la cocina, donde le dio una infusión de tila y manzanilla que le había pedido Eloísa. De camino al ascensor, la joven echó un último vistazo a la recepción, donde vio a Caroline, cautivada, escuchando a Diego. «Al final tienes a la rubia despampanante para desahogarte. ¡Qué te aproveche!», pensó, irritada, y se bebió la infusión de un trago, quemándose la garganta.

Por suerte, al llegar a la habitación, la abuela estaba dormida. Para calmar los nervios, decidió llamar a su madre. Tras un solo tono, Isabel contestó el teléfono.

—¡Hola, cariño!

—Mamá, ¿cómo estás?

—Bien, Marlena y yo no paramos en la confitería. Y vosotras, ¿continuáis en el hostel?

—Sí, mamá. Pero seguramente mañana nos instalaremos en la casa.

En ese momento, Noelia recordó que tenía que llamar a la tienda para que le trajeran los colchones nuevos.

—Me alegro mucho —dijo Isabel a quien se lo notaba en la voz débil que estaba algo cansada—. Seguro que la abuela tiene muchas ganas de estar en la casa.

—No creas —respondió la joven con cierto desdén—. Se ha hecho muy amiga de Cristina, la dueña del hostel, y se pasan todo el día juntas.

—Noelia, ¿estás bien? Te noto triste.

—Estoy bien, mamá —acertó a responder sin entusiasmo.

—Cariño, siento que no hayamos tenido más tiempo para ponernos al día.

Isabel achacaba aquella tristeza al poco interés que tenía su hija por estar en el pueblo, pero la pena de Noelia era más por el hecho de desconocer su pasado que por añoranza.

—Mamá —susurró la joven.

—Dime.

—Te echo de menos.

Noelia no sabía de qué manera tratar con ella el tema de su padre. Al otro lado de la línea, se escuchó el suspiro profundo y lánguido de Isabel.

—Me encantaría estar contigo, pero... —Isabel dejó la frase inconclusa.

—Te quiero.

—Yo también.

DUELO DE ANCIANAS

Noelia permanecía pensativa sentada en el sillón cuando Eloísa despertó de la siesta. La joven le anunció que al día siguiente ya podrían regresar a la casa. Al contrario de lo que ella pensaba, Eloísa se puso muy contenta con la noticia. Al igual que Isabel, la anciana se mostró preocupada por su nieta, que parecía bastante decaída. Le preguntó por su paseo con Diego, a lo que ella respondió con un escueto «Bien». Además, Eloísa se mostró sorprendida cuando su nieta le contó que había llamado a su madre. De forma habitual, era Isabel la que telefoneaba con frecuencia a su hija.

—¿Te encuentras bien?

Como ya le había ocurrido en la habitación de la casa del pueblo, Noelia se derrumbó y comenzó a llorar, emitiendo roncros sollozos que inundaron su rostro de gruesos lagrimones. La abuela la rodeó con sus brazos y esperó, callada, a que se calmara. Cuando su respiración se apaciguó, la besó en la frente.

—Voy a contarte una historia. Pero te advierto que es mi historia, no la de tu madre. No lo olvides.

La joven limpió sus lágrimas con las manos y se enderezó para escuchar a la anciana.

—Tu abuelo y yo nos conocimos en medio de un camino. Yo volvía de trabajar, y él se cruzó conmigo y me piropeó: «¡Vaya niña más guapa!». Entonces yo tenía dieciséis años, y él, once años más que yo. A partir de ese momento, esperaba para verme pasar por el mismo lugar todos los días. Hasta que mi prima, que me acompañaba algunas veces, le contó donde estaba mi casa. Allí se plantó una noche para hablar conmigo. Se acercó con sigilo a la ventana de mi cuarto y me llamó en voz muy baja. Yo me acerqué con mi camisón de lana, él se dedicó a contemplarme y a decirme lo guapa que era mientras agarraba mi mano. Cuando quise soltarme para volver a la cama, él me suplicó que esperara solo unos minutos y, en ese momento, mi padre escuchó algo y salió con un palo a los gritos de ¡al ladrón, al ladrón! El abuelo consiguió huir de mi padre, que estaba tan furioso que si lo hubiera cogido, no se habría librado de unos cuantos palos. Al día siguiente, mi padre comentó, en el mismo mercado donde el abuelo vendía frutas y verduras, que por la noche le habían intentado robar el burro, lo más valioso que tenía. Aquellos comentarios llegaron a oídos de mi pretendiente quien le escribió a mi padre una carta en la que se presentaba como el supuesto ladrón, no de su burro —que no le interesaba—, sino de su hija de la que estaba locamente enamorado. Aquellas palabras surtieron efecto, y mi

padre permitió que me casara con él. La boda se celebró a los pocos meses y fue muy sencilla, por la mañana temprano, un soleado día de primavera. Invitamos a la familia a un desayuno de churros con chocolate. Como viaje de novios, fuimos a Córdoba, a visitar a la única familia de tu padre, una tía que nos acogió con mucho cariño.

Eloísa paró unos instantes, emocionada ante tantos recuerdos. Bebió un poco de agua de una botella pequeña que su nieta le acercó, respiró profundo, sonrió y continuó con el relato.

—Pasamos los primeros años de casados en casa de mis padres, en el mismo cuarto donde yo dormía, hasta que nos trasladamos a la casa actual, que era parte de los terrenos de un pariente lejano de mi madre. Conseguimos techo y comida a cambio de trabajar en sus tierras. Me quedé embarazada de tu madre a los cuatro años de casarme, cuando ya había perdido la esperanza de tener un hijo. Fue un embarazo bastante complicado, con continuas hemorragias y fuertes dolores. El médico me advirtió que terminaría abortando, pero tu madre luchó desde el principio para nacer. Y lo hizo con solo dos kilos de peso, morada por el esfuerzo y sin apenas respiración. Fue la noche más feliz pero, a la vez, más angustiada de mi vida, hasta que se aferró a mi pecho con tal fuerza que fue difícil creer que saliera de aquel cuerpecito diminuto. En poco tiempo subió bastante de peso hasta convertirse en una niña regordeta y feliz. Después de tenerla a ella, sufrí varios abortos muy dolorosos. La naturaleza quiso bendecirme con una única hija que fue un sol desde el principio. Isabel fue una niña muy buena, aplicada en la escuela y cariñosa con nosotros. Siempre estaba en la cocina, ayudándome. Desde muy pequeñita era capaz de hacer cualquier comida con los pocos ingredientes que teníamos. Siendo una niña, tu madre dejó el colegio con intención de trabajar y aportar dinero en casa. La contrataron para la recolección de algodón. A pesar de ser un trabajo muy duro, tu madre nunca se quejó; todo lo contrario, era feliz levantándose cada mañana para ir al campo. Siempre fue puntual a la hora de regresar, hasta que empezó a retrasarse. Un día decidí esperarla en un camino cerca de la casa, oculta tras un árbol, y comprobé que venía acompañada. Permanecí escondida y esperé a que ella me lo presentara. Pasaron los meses, y tu madre no me contaba nada de él, aunque le insistí en que los había visto juntos. Ya la conoces, es muy reservada para sus cosas.

Noelia asintió de forma exagerada. Precisamente, el carácter tan cerrado de su progenitora era una de las razones por las que, en ese momento, se sentía tan triste.

—Respeté su decisión y me limité a esperar, hasta que una mañana se levantó con náuseas —prosiguió Eloísa—. Lo achaqué a que le había sentado mal algo que comió la noche anterior. Pero los siguientes días, ocurrió lo mismo, y, para apaciguar mis temores de un posible embarazo, hablé con ella. Cuando tu madre empezó a llorar,

supe que pronto me haría abuela. Hablé con tu abuelo sobre lo ocurrido y, por primera vez, lo vi llorar sin consuelo, su querida hija estaba pasándolo mal. Dimos por sentado que tu padre se casaría con ella, pero no fue así. Cuando tu abuelo fue a pedir explicaciones, ni siquiera le abrieron la puerta, y de la noche a la mañana, él desapareció. Según me contó una vecina, la familia lo mandó a trabajar al extranjero. Tras meditarlo mucho, y con todo el dolor de nuestro corazón, abandonamos el pueblo antes de que nacieras, para empezar de nuevo, evitar las habladurías y el desprecio de la gente. A pesar de todo lo que sufrimos, mereció la pena porque te tenemos a ti, y ellos no tuvieron esa suerte. En ese aspecto tu madre fue muy clara. Ella nos pidió, o mejor dicho, nos prohibió que volviéramos a rendir cuentas a esa familia.

—Abuela, ¿sabes si aún viven en el pueblo?

—No lo sé. Entiendo que quieras conocer a tu padre, pero no quiero que sufras —aseguró Eloísa.

—Lo dices por si no quiere conocerme, ¿no?

—Quizá ya tenga su propia familia... —reconoció la anciana con angustia.

—Tienes razón —murmuró Noelia tras meditar unos segundos. Y se dieron un largo abrazo cargado de suspiros.

—Abuela, ¿estás contenta por estar de nuevo en el pueblo? —preguntó Noelia para dejar el tema que tanto la preocupaba.

—Mucho, hija —confesó con una amplia sonrisa—. Pero sería más feliz si el domingo me acompañas a misa.

Eloísa mostró su cara de abuelita dulce y encantadora para convencer a Noelia, que levantó la vista en señal de protesta.

—¿Por qué no vas con Cristina? —sugirió.

—Ya se lo he preguntado y no puede.

—¿Alguna vecina?

—Tampoco.

—¡Con lo que me aburro en misa! —protestó la joven.

Eloísa entornó aún más su gesto meloso de ojos alicaídos y labios fruncidos para mostrar pena.

—Puedes aprovechar y confesarte.

Ante la insistencia de la mujer y, conociendo lo testaruda que era, Noelia se rindió y prometió acompañarla a la iglesia con una condición.

—Nada de confesarme, ¿entendido?

Eloísa asintió con la cabeza, mostrando una expresión radiante.

La última noche que pasaron en el hostel, Cristina se esmeró en prepararles una cena especial de despedida que tuvo como plato principal salmón al horno. El pescado, cocinado con tanto cariño y dedicación, resultó muy sabroso al paladar. La mujer las acompañó e insistió en que pasaran a comer cada vez que lo desearan, que, por supuesto, estarían invitadas como amigas. Alargaron la velada hasta bien entrada la noche. Solo porque les esperaba un sábado muy ajetreado para instalarse en la casa, decidieron, con disgusto, finalizar la velada y marcharse a dormir.

El día amaneció soleado y con una temperatura muy suave, todo un guiño de la primavera que, ansiosa, esperaba su salida a la vuelta de la esquina. Las mujeres desayunaron temprano y recogieron sus cosas. Tras pagar la cuenta, con un generoso descuento que les hizo Cristina, se encaminaron a la casa cargadas con las maletas y algunas bolsas. Al llegar y abrir la puerta, en vez del pestilente olor a humedad, las recibió un agradable aroma a ambientador de vainilla que Noelia había comprado en la tienda de decoración. Al pasar al jardín, la joven se sorprendió al ver cómo resplandecía sin malas hierbas. Además, sobre la nueva mesa resaltaba un hermoso ramo de flores, lo que le hizo suponer que Diego había estado allí temprano y se había encargado de arreglar las plantas y limpiar el hermoso patio. A Eloísa le entusiasmó el juego de mesa y sillas amarillo.

—Servirá para hacernos confidencias bajo el limonero —sugirió la mujer, guiñando un ojo.

A lo largo de la mañana, se acercaron a la casa la tendera, que dejó la compra que Eloísa había encargado el día anterior, el dueño del bazar, para entregar los colchones, y Diego. Noelia estaba organizando la cocina junto a Eloísa cuando llamaron a la puerta. Abrió con prisa por volver a la tarea, y al otro lado apareció él. Al verlo, Noelia no pudo evitar un cosquilleo recorriéndole todo el cuerpo. Más que mariposas, la joven sintió un avispero enfurecido revoloteando en su interior. Si Diego se dio cuenta de algo, lo disimuló bien porque seguía mostrando hacia ella una actitud seria y distante.

—Solo quería comprobar que todo está bien —se apresuró a decir.

—Todo está en orden. Pasa —lo invitó con timidez—. Tenemos que pagarte.

El semblante de Diego se tornó serio.

—Lamento lo que ocurrió ayer —confesó, mirándola sin parpadear.

Se acercó más a ella y la agarró con suavidad por el brazo. Los dos quedaron de nuevo tan unidos como lo estuvieron el día anterior en el coche, con las respiraciones alteradas y los ojos llameantes, hasta que la voz de Eloísa les hizo separarse.

—¿Quién es, Noelia? —gritó la anciana desde la cocina.

Diego emitió un profundo suspiro y, sin dejar de mirarla, pasó a su lado en busca de Eloísa. La anciana lo recibió con un beso y un abrazo. Estaba encantada con los arreglos que había hecho en la casa. El agua corría limpia y con presión en todos los grifos del baño, y no había rastro de humedades en ninguna de las paredes.

—Solo venía para asegurarme que estáis satisfechas con mi trabajo —aseguró Diego sin dejar de inspeccionar algunos de los arreglos.

—El resultado es excelente. Ha llegado la hora de pagarte —insistió Eloísa.

—No me debe nada —respondió Diego con modestia—. Considérelo un servicio extra del hostel. Ya que no tenemos spa, arreglamos casas —bromeó.

Justo en ese momento, sonó el móvil de Diego y, tras echarle un vistazo, anunció que era importante y debía marcharse.

Noelia lo acompañó hasta la puerta.

—Tenemos que hablar —advirtió él en voz baja a la vez que contestaba la llamada.

Cuando Noelia cerró la puerta, se sentó en una silla con las pulsaciones aceleradas y las mejillas ardiendo. «¿Qué me está ocurriendo?», pensó, aturdida. Cuando vio a Diego por primera vez, no se sintió atraída, pero ahora no podía apartarlo de su mente. Fantaseaba con un nuevo encuentro entre los dos cuando Eloísa, a voces, la llamó para que la ayudara con la compra.

El dormir en colchones nuevos hizo que abuela y nieta se levantaran con la hora justa para tomar un café rápido, arreglarse y acudir a misa. Eloísa eligió uno de sus mejores vestidos para asistir a la iglesia, pero no miró con buenos ojos la blusa y los vaqueros que vestía Noelia. La joven decidió, a última hora, cambiarse los vaqueros por unos pantalones de lino, lo que relajó el gesto constreñido de la abuela.

Cogidas del brazo y disfrutando del paseo en un nuevo día tan espléndido como los anteriores, acudieron al templo. Quedaban diez minutos para que comenzara la misa, y los feligreses no dejaban de llegar. Al traspasar la entrada, Noelia respiró a conciencia el aire cargado de olor a incienso.

—¿Verdad que es preciosa? —comentó Eloísa, mirando en derredor.

Noelia asintió, y la anciana aligeró el paso para encaminarse con firmeza hacia el confesionario. Antes de llegar, hizo una señal con la mano a Noelia para que la acompañara.

—Ya te advertí que no pienso confesarme —replicó mientras agarraba a su abuela por el brazo y la dirigía al lado contrario de la sala.

—Si quieres malvivir con tus pecados... —farfulló Eloísa en voz baja.

—Sí, quiero —zanjó Noelia con tono firme.

Decidieron sentarse en la tercera fila, no muy cerca del altar, a petición de la joven, y en uno de los laterales para poder salir sin problemas a comulgar, por decisión de la abuela.

Mientras esperaban sentadas, no dejaban de entrar mujeres mayores que se reclinaban con dificultad frente al altar antes de ocupar un asiento.

Justo cuando el sacerdote salió por uno de los laterales, Eloísa musitó algo entre dientes. Con movimientos rápidos giró varias veces la cabeza hacia un mismo lugar.

—¿Te ocurre algo, abuela? —preguntó Noelia, extrañada.

La anciana no contestó, pero continuó virando el rostro en repetidas ocasiones, mostrándose enfadada; incluso emitió unos bufidos que eran característicos en ella cuando estaba muy disgustada por algo.

Al terminar la misa, la abuela se levantó y se enderezó con un esfuerzo inusual en ella, poniéndose tan erguida que Noelia pensó que se caería de espaldas. De esa forma, salió de la iglesia, pasando junto a una señora más o menos de su edad que caminaba agarrada del brazo de una mujer y llevaba un bastón en la otra mano. Al verlas, la anciana se enderezó tanto o más que Eloísa. Era evidente que aquella señora, con sus canas brillantes peinadas de peluquería, el vestido de caída sedosa y las joyas de oro que destacaban en cuello, muñecas y dedos, aparentaba tener mucho dinero y le gustaba regodearse en ello. Noelia presenciaba, sin desviar la mirada, aquel duelo de ancianas que llegó a su punto álgido cuando ambas se cruzaron y se dirigieron una mirada desafiante. Mientras Noelia y Eloísa atravesaban la plaza, la misteriosa mujer se dirigió a una calle aledaña donde la esperaba un coche. Noelia comprobó que era el mismo vehículo extranjero que ya había visto en un par de ocasiones por el pueblo. Caroline, la joven con aspecto de modelo que coqueteó con Diego cuando llegaron juntos al hostel, se bajó de él. La chica y la cuidadora ayudaron a la anciana a subirse al coche.

Alejadas ya de la iglesia, Noelia decidió preguntar a su abuela quién era aquella extraña señora.

—Se llama Soledad y hacía más de treinta años que no la veía—contestó con voz queda.

—¿Es algún familiar, amiga o vecina?

—Es la madre de tu padre —contestó en un tono apenas audible.

El semblante de Noelia se desencajó ante lo que acababa de escuchar. Aquella señora, que tanto odio había mostrado hacia ellas, era también su abuela.

La noticia la desconcertó de tal manera que no pronunció palabra durante el camino de vuelta a casa. Ayudó a Eloísa a sentarse en el sofá y, tras comprobar que se encontraba bien aunque disgustada, se fue a su cuarto, donde recuperó la nota junto con los pendientes y los miró largo rato. Ahora sí necesitaba saber más, quería conocer a su padre y completar su propia historia. Se asomó al salón y vio que su abuela continuaba con el ceño fruncido. No debía ser fácil para ella lidiar con los fantasmas del pasado. Noelia quería averiguar más sobre aquella familia, pero sin agobiarla con más preguntas. De pronto, recordó el vínculo existente entre la tal Caroline y la familia de Diego. Él se había mostrado interesado en ayudarla, así que había llegado el momento de tener esa charla pendiente, aunque no sería sobre ellos sino sobre su familia paterna.

Sentada sobre la cama, buscó en la agenda del móvil el número que él mismo le había dado el día que comieron juntos. Observó la pantalla y respiró hondo varias veces para templar los nervios, hasta que decidió tocar el símbolo de llamada. Transcurridos varios tonos, y cuando estaba a punto de colgar, Diego contestó.

—¿Es buen momento para hablar? —abordó Noelia sin tan siquiera saludar.

—¿Cuándo y dónde quieres que nos veamos?

—¿Dónde estás? —Noelia pensó que si se encontraba en el hostel, podían verse allí.

—Estoy en mi casa—respondió, sacándola de dudas.

Noelia conocía el lugar. Como le había contado el padre de Diego, su hijo había restaurado la antigua venta por la que pasaron antes de llegar a la entrada del pueblo.

—Sé dónde está. Llegaré en un cuarto de hora —respondió, decidida.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio durante unos segundos hasta que Diego asintió:

—Te espero.

Noelia informó a Eloísa que daría una vuelta, y la anciana no le puso impedimento alguno. Su expresión seguía mostrando cierto disgusto y, para calmar los nervios, mordisqueaba una torta de aceite. Antes de salir, la joven se retocó el pelo y el maquillaje y cambió los pantalones de lino por unos vaqueros que le hacían mejor figura.

En menos de diez minutos, llegó a la antigua venta de carretera reconvertida en un imponente chalet. Llamó al portero automático, y la moderna cancela, de líneas rectas y color óxido, se abrió al instante. Noelia pasó a un majestuoso jardín muy cuidado con el césped tupido y recto, en mitad del cual se levantaba un pino de altura inalcanzable, colmado de hojas afiladas. El chalet era de una sola planta, donde resaltaban los grandes ventanales, que ocupaban la mayor parte de la fachada de

piedra gris oscuro. En la puerta principal, también de cristales, la esperaba Diego, con el pelo revuelto, vistiendo una sencilla camiseta blanca y unos pantalones de chándal. A pesar de su aspecto, Noelia tuvo que contenerse para no correr a sus brazos y besarlo. Estaba guapísimo.

Antes de entrar, la joven cerró los ojos unos segundos para rememorar la imagen en la que ella jugaba de pequeña en aquel mismo lugar. La voz de Diego le hizo despegar de su mente la entrañable escena.

—¿Quieres pasar?

—Perdona por molestarte, pero necesito tu ayuda —atinó a decir ella.

—No es ninguna molestia.

Juntos pasaron al interior y, ante los ojos de Noelia, asomó un espacioso salón similar a los que se podían ver en las revistas de decoración más selectas. La joven no entendía cómo hacer chapuzas podía dar para tanto lujo. La estancia contaba con un par de sofás enormes en tonos claros y una mesa baja rectangular de madera envejecida, repleta de libros y revistas. Frente a los sofás había una televisión enorme de pantalla plana sujeta a la pared. Debajo de ella, dentro de un pequeño mueble rectangular, se podían ver distintos aparatos de videojuegos. En el lateral derecho de la sala destacaba una moderna chimenea de piedra blanca. Las paredes estaban pintadas en blanco, y no había apenas adornos, excepto, libros y velas sobre todas las superficies posibles.

—¿Quieres beber algo? —propuso Diego.

Aunque Noelia estaba hambrienta porque solo había tomado un café durante aquella agitada mañana, declinó el ofrecimiento.

—No estaré mucho tiempo.

Diego se acercó al extremo de uno de los sofás y se sentó cómodo, con los pies descalzos recogidos sobre él, e invitó a Noelia, con un leve movimiento de cabeza, a que hiciera lo mismo. La joven se acercó al otro extremo y se sentó recta, con las piernas juntas en una postura formal.

—¿En qué te puedo ayudar? —preguntó Diego con la mirada expectante.

—Esta mañana he visto a mi abuela paterna —dijo la joven sin rodeos—, y tiene alguna relación con tu amiga, la que nos encontramos al regresar del almuerzo.

Noelia conocía a la perfección el nombre de la chica, pero quiso mostrar cierto desinterés por aquel encuentro en el que ellos se habían mostrado tan cariñosos.

—¿Caroline? —preguntó, sorprendido.

Diego bajó los pies del sofá y se colocó de lado, un poco más cerca de ella.

—Creo que sí —contestó con indiferencia—. Ella recogió a mi... —Dudó unos instantes al volver a nombrarla—. A Soledad.

—Tu abuela —confirmó Diego.

—Sí —zanjó la joven.

—¿Cómo es? —quiso saber el joven mientras se pasaba la mano por el pelo revuelto.

—Creo que tiene más o menos la edad de mi abuela, con el pelo canoso, bien peinado y viste muy elegante.

—No digas más —la interrumpió él—. Es la abuela de Caroline.

Noelia se quedó sin habla, y su rostro se puso tan blanco como las paredes del salón. Diego se enderezó y se frotó las manos, inquieto.

—Entonces, Caroline... —farfulló la joven, nerviosa.

—Puede ser tu hermana —calibró Diego, desconcertado y con semblante serio.

—¡Es imposible! —exclamó la joven, mostrando incredulidad—. No nos parecemos en nada. Ella es guapísima —sentenció.

—Tú también eres muy guapa.

Noelia se ruborizó por el comentario.

—Si parece una modelo —insistió.

—No lo parece, lo es.

—La conoces muy bien, ¿no? —insinuó Noelia.

—Pasó algunos veranos en el pueblo, aunque hacía años que no venía por aquí.

Noelia quedó pensativa. Todo estaba ocurriendo más rápido de lo que esperaba. El encuentro por la mañana entre las abuelas había tenido el mismo efecto que destapar la caja de Pandora. A su alrededor, revoloteaban preguntas, dudas y enigmas que esperaban ser atrapados para ser resueltos.

—¿Cuántos hijos tiene Soledad? —preguntó Noelia, dispuesta a averiguar lo máximo posible sobre aquella familia.

—Son dos hermanos.

—¿Los conoces? —Continuó la joven con el interrogatorio.

—No mucho. Yo quedaba con ella y con el hermano, Germán, en la plaza. Tienen un chalet a las afueras. Solo he estado allí de visita un par de veces.

—¡Caroline tiene un hermano! ¿Por qué no me lo habías dicho?

—¡Lo acabó de hacer! —respondió Diego con el tono irónico tan característico en él.

Noelia volvió a quedarse absorta unos momentos, intentando atar cabos en su mente.

—¿Cómo son los hijos de Soledad? —Se interesó.

—Déjame pensar... —dijo mirando al techo, tratando de hacer más nítida una imagen del pasado—. Son altos, delgados, de cabellos oscuros... Guardan un gran parecido entre ellos.

—Mi madre solo me contó que mi padre se marchó a trabajar al extranjero —expuso la joven, angustiada.

—Los dos hermanos viven en Alemania —apuntó Diego—, y veranearon juntos en el pueblo en varias ocasiones. —Dudó unos instantes y prosiguió—. Creo que el tío de Caroline era soltero.

Noelia entornó los ojos ante esta última revelación. Siempre dio por sentado que su padre vivía solo y no había tenido más hijos.

—Puede ser él —susurró.

—Si quieres, le pregunto a Caroline —propuso Diego muy serio.

La joven lo fulminó con la mirada.

—¡Sí, claro!;Hola, Caroline! ¿Sabes si tu tío tiene una hija secreta? —exclamó, alterada.

Noelia hizo el intento de ponerse en pie, pero Diego la volvió a sentar, agarrándola de la mano con suavidad. Se pegó más a ella y le cogió la barbilla.

—Ya te dije que te ayudaría y siempre cumplo mis promesas. No te preocupes, me encargaré de descubrir todos los detalles que necesitas conocer.

En un tono más bajo, añadió una última frase:

—Seré muy discreto.

Noelia se apartó de él, evitando mirarlo a los ojos. No quería que notara que estaba inquieta por su cercanía.

—Tengo que marcharme.

Esta vez Noelia se levantó sin que Diego lo impidiera. La joven se sentía tan confusa que ansiaba, con urgencia, respirar aire fresco y poner en orden los pensamientos que, amontonados en su mente, daban enérgicas vueltas en distintas direcciones. Sentía que la cabeza le iba a estallar en cualquier momento.

Ambos se acercaron al ventanal, y permanecieron parados unos segundos sin saber bien cómo despedirse. Noelia fue quien interrumpió el silencio.

—Bueno... —titubeó.

—Te llamaré en cuanto descubra algo —La tranquilizó Diego.

La joven cruzó el jardín mientras sentía que él la observaba alejarse desde la ventana. Montada en el coche, respiró hondo y puso la música a todo volumen. Necesitaba calmarse tras conocer las revelaciones sobre su padre y que sus sentimientos hacia Diego eran cada vez más fuertes.

Al regresar a casa, encontró a Eloísa inmersa en la preparación del almuerzo rodeada de ollas y sartenes. La anciana siempre cocinaba cuando se sentía nerviosa o malhumorada. Al recibir a su nieta con un beso y una amplia sonrisa, Noelia dio por hecho que ya había superado el desagradable encuentro de aquella mañana. Decidió no contarle nada sobre la visita a Diego, ni la promesa que él le había hecho de ayudarla.

LA VERDADERA PROFESIÓN DE DIEGO

El ofrecimiento de Diego no se hizo esperar, solo dos días después de encontrarse, Noelia recibió un mensaje suyo en el que le anunciaba que Caroline había acudido al hostel para invitarlo al cumpleaños de Soledad, previsto para el próximo fin de semana. El joven aprovecharía aquella oportuna fiesta para recabar toda la información posible.

A Noelia se le hicieron eternos los días previos al cumpleaños. Para entretenerse y hacer correr el tiempo, limpió la casa de nuevo, dio largos paseos por el pueblo, y descubrió nuevos pasajes como «El rincón de las flores», una estrecha calle peatonal paralela a la iglesia, cubierta de macetas con geranios de distintos colores que desprendían un agradable olor. También visitó la biblioteca, donde amplió sus conocimientos sobre el pasado colonial del pueblo. Asimismo, averiguó que existían otros municipios fundados de la misma forma que Cañada Rosal como La Carolina, Montizón, Arquillos, Guarromán, Aldeaquemada y Santa Elena, en la provincia de Jaén; La Carlota y Fuente Palmera, en Córdoba y Campillos y La Luisiana, en Sevilla.

La joven también leyó en un libro sobre la historia del pueblo que la elección de estos campesinos y artesanos, procedentes en su mayoría de Centroeuropa, tuvo como finalidad ser ejemplo de laboriosidad a los habitantes del país. Ante ese curioso dato, no pudo evitar pensar en su abuela y su madre, quienes siempre habían sido ejemplo de mujeres tenaces e incansables. En otro texto, Noelia descubrió que el carácter de los lugareños, heredado de los colonos, era muy similar al de su madre, tan reservada que le costaba expresar sus emociones, algo muy típico, según leyó, entre los alemanes.

Noelia pasó horas leyendo sobre la historia de Cañada Rosal, que dejaba de ser para ella un pueblo carente de emociones. En una ocasión, estaba tan absorta en la lectura que la bibliotecaria, una mujer menuda, regordeta, con sonrisa fácil y gafas de un llamativo color verde tuvo que avisarle que era la hora de cerrar.

Otra tarde Eloísa, Cristina y Noelia tomaron café y pestiños en el hostel. La hostelera les contó que Diego estaba pasando unos días en Sevilla, donde tenía que arreglar unos asuntos de trabajo. A la joven le hubiera gustado conocer más detalles sobre la visita del joven a la capital, pero Cristina y Eloísa se enfrascaron en una discusión culinaria sobre la forma más correcta de freír los pestiños, unos deliciosos pastelitos típicos de Semana Santa que tenían como ingredientes principales harina, miel y ajonjolí.

Noelia dejó a las mujeres concentradas en averiguar cuál era la mejor receta y decidió retomar algo que no hacía desde que regresó de Madrid. Tras despedirse de Eloísa y Cristina, se dirigió a su casa donde se calzó unas deportivas, unas mallas y una sudadera. Conectó unos auriculares al móvil y salió a correr. Atravesó calles en las que algunos viandantes la miraron con curiosidad; recorrió un camino de tierra bordeado de árboles frutales y continuó por una cuesta en la que a cada lado, y separados por extensos espacios de tierra, se levantaban suntuosas casas de campo. Le gustó una en especial, con los muros de piedras blancas, una cancela negra de barrotes y una escalinata de mármol como entrada. Aspiró el aire limpio que la envolvía y que olía a aceitunas maduras y flores silvestres. Mientras aceleraba el paso en aquel tramo empinado, respiraba con fuerza para no pensar. Se concentró en la música y en los fuertes latidos de su corazón. Corrió hasta sentirse exhausta, con la boca tan seca que le costaba tragar el aire que ansiaba entrar dentro de sus pulmones. Aguantó quince minutos más hasta que fue aminorando la carrera y terminó andando a paso ligero. Entonces se percató de que el sol bajaba y en breve se marcharía por el horizonte. Recorrió con la mirada aquel paraje alejado del pueblo hasta que divisó un montículo de tierra rodeado de árboles. Fue hacia él y se sentó justo en el centro, en un espacio firme, con las piernas cruzadas y las manos apoyadas sobre las rodillas. En Madrid, cuando todo le iba tan mal, había intentado meditar varias veces, pero su propia angustia no dejaba marchar los malos recuerdos y los reproches que ella misma se hacía. Una vez más, lo intentó. Cerró los ojos y se concentró en su respiración, tomando y expulsando el aire con suavidad. Durante los primeros intentos, espantó con las manos algunos mosquitos que revoloteaban a su alrededor e incluso escupió uno de ellos. Retiró algunas piedras que se le clavaban en el trasero y le impedían concentrarse. Superados estos obstáculos, relajó la mente por completo durante unos segundos y aprovechó ese instante para dejar de pensar, dejar de imaginar, dejar de sentir. Solo respiraba. Y lo consiguió. Fueron unos minutos escasos, pero se sintió como la hoja que cae despacio de un árbol, acariciada por el viento.

Cuando abrió los ojos, se encontró de lleno con la puesta de sol más hermosa que jamás había visto. Destellos de luces rosas, naranjas y azules rodeaban al sol que se fue perdiendo, poco a poco, en la lejanía, hasta desaparecer devorado por los campos. Noelia, cansada pero feliz por lo que había vivido y presenciado, estiró las piernas, adormecidas por la postura, y regresó a casa donde Eloísa la esperaba para cenar una deliciosa y una reconfortante crema de calabaza.

Al fin llegó el día del cumpleaños de Soledad. Aquella mañana, Eloísa se levantó algo indispuesta, sin apenas fuerzas para moverse ni ganas de comer. Noelia se encargó de cuidarla y organizar la casa.

Aunque no había sabido nada de Diego desde que le informó sobre el cumpleaños, tenía la esperanza de que mantuviera su promesa y la ayudara a recabar información sobre aquella familia.

Por la tarde, Noelia ya no aguantó más tiempo encerrada. Como Eloísa se encontraba mejor, decidió salir de nuevo a correr. Realizó el mismo recorrido que días atrás hasta llegar a la cuesta empinada. A lo lejos, junto al muro del lujoso chalet que le había llamado más la atención, le pareció ver aparcado el todoterreno de Diego. Se acercó con precaución hasta el lugar, se escondió detrás de un árbol y esperó. Transcurridos unos minutos, de repente, la verja se abrió y salió Diego seguido por Caroline. Sus risas se escuchaban, incluso, desde el lugar donde ella permanecía resguardada. La joven le alborotaba el pelo mientras él se dejaba. Aquella imagen de los dos acercándose al todoterreno recordó a Noelia el momento en el que Diego la besó. Decidió alejarse de allí para no ver lo que podría ocurrir a continuación.

—¡Que se quede él con esa familia! Yo ya tengo una —gruñó con rabia mientras aceleraba el paso.

El bocinazo de un coche sonó con fuerza justo detrás de ella y la sobresaltó. Fue tal el susto que tropezó y casi cayó al suelo. Al darse la vuelta, unas potentes luces no la dejaron ver con claridad quién la seguía, hasta que escuchó una voz conocida.

—¿Necesitas que te acerque a algún sitio?

Era Diego. Condujo despacio hasta colocarse junto a ella, que no había dejado de caminar haciéndose a un lado del camino. Noelia no paró porque no tenía intención de compartir el coche con Caroline.

—Estoy paseando —inquirió, desafiante.

—¿Ya no quieres saber si Caroline es tu hermana?

Ante aquellas palabras, Noelia se giró de forma brusca y comprobó, avergonzada, que Diego estaba solo en el coche.

—Entra —insistió—. Tengo algo importante que contarte.

Ese anuncio despertó su curiosidad, y Noelia accedió a entrar en el vehículo que olía solo a él. Le llamó la atención la indumentaria que llevaba: una camisa de rayas y unos pantalones de pinzas. Al mirarlo de reojo, comprobó que le encantaba aquella versión más formal de Diego.

Durante el trayecto, ninguno de los dos pronunció una palabra. Noelia miraba el paisaje mientras permanecía absorta en sus propios pensamientos. Diego posó la mano sobre la rodilla de ella.

—Tranquila, todo va a salir bien —susurró con voz relajada.

Antes de llegar a casa de Eloísa, Diego paró el todoterreno en un lateral de la calle donde apenas llegaba la luz de la farola más próxima.

—¿Quieres que te cuente todo mientras tomamos algo? —le propuso a la vez que se colocaba de lado en el asiento para estar frente a ella.

—No puedo tardar mucho en volver. Mi abuela no se encuentra bien —dijo, lamentando tener que rechazar la invitación.

—Espero que no sea nada.

—Achaques de la edad. ¿Has averiguado quien es mi padre? —preguntó de forma directa.

Diego se quedó pensando unos segundos.

—Los dos pueden ser tu padre —confesó, resignado.

Diego le contó que el mayor de los hijos de Soledad era Jacobo, alto, delgado, pelo castaño y espeso, salpicado de canas, entradas prominentes, ojos oscuros y semblante serio. Se había jubilado hacía unos meses y era viudo. El segundo de los hijos, Fernando, era un poco más alto y fornido que su hermano, las mismas entradas aunque con menos pelo, ojos expresivos, nariz aguileña y sonrisa fácil. No tenía hijos y trabajaba en la misma empresa en la que lo había hecho Jacobo.

—Es todo lo que he podido averiguar.

—Así que los dos viven en el extranjero —expuso Noelia—. Por el físico también es complicado porque me parezco más a mi madre —concluyó.

Entonces Diego la miró con los ojos entrecerrados mientras le agarraba la barbilla con delicadeza.

—Sonríe, por favor —le pidió.

Ella hizo caso, aunque no sabía el porqué de aquella extraña petición.

—¡Ya está! —exclamó Diego—. Cada vez que uno de ellos hablaba, había algo que me recordaba mucho a ti, pero no he averiguado el por qué hasta ahora.

Noelia lo miró con los ojos muy abiertos. Se sentía muy alterada por todo lo que estaba averiguando y por la proximidad de Diego, que continuaba acariciándole la barbilla.

—¿Quién de los dos te recuerda a mí? —preguntó la joven con la voz un poco temblorosa por lo nervios.

Diego soltó el rostro de Noelia, le cogió las manos y se acercó más a ella.

—Tienes los mismos hoyuelos en las mejillas que Jacobo —reveló al fin.

Noelia sintió un escozor en los ojos. Soltó sus manos de las de Diego y se giró hacia la ventanilla. Él le acarició el pelo mientras ella intentaba reprimir el llanto.

—No es una prueba definitiva, pero... ¿qué vas a hacer ahora? —susurró el joven con un matiz de preocupación que no pasó desapercibido para Noelia.

La joven tragó con esfuerzo el nudo que tenía en la garganta y que le impedía respirar con normalidad. Esperó unos segundos para serenarse y respondió con firmeza.

—¿Piensas que puedo pasar el resto de mi vida sabiendo quien es mi padre y sin intentar conocerlo?

Diego la dejó hablar para desahogarse.

—Lo que más deseo en estos momentos es verlo, hablar con él, conocer su parte de la historia... Pero no quiero que mi madre sufra.

—¿Y si hablas con ella? —propuso con intención de ayudarla.

—No es tan fácil. Y no es algo para preguntar por teléfono —contestó, abatida.

—Tienes razón —se apresuró a decir Diego—. No es para hablarlo por teléfono. Mañana tengo que volver a Sevilla por asuntos de trabajo.

—¿Has vuelto solo para asistir al cumpleaños? —interrumpió Noelia, sorprendida.

—Sí, pero ha merecido la pena.

Ella lo miró, agradecida.

—Puedes venir conmigo. Mi madre estará encantada de cuidar de tu abuela.

—No sé, Diego. No quiero molestarte más.

Noelia agachó la cabeza

—No es molestia, de verdad. Me gusta ayudarte. —Tras decir esto se acercó a ella y la miró con dulzura.

Noelia desvió la mirada, nerviosa.

—Es tarde —acertó a decir—. Tengo que marcharme.

Diego se incorporó de nuevo en el asiento.

—Saldremos temprano —indicó con seriedad—, y volveremos por la tarde.

Noelia suspiró y salió del coche. Diego arrancó y se despidió con un escueto «hasta mañana». Ella se quedó unos segundos parada en la acera mientras veía alejarse el todoterreno. Una vez más, había dejado pasar la oportunidad de besarlo, de abrazarlo, y de perderse entre sus brazos, arropada por sus caricias.

Al regresar a casa, Noelia comprobó que Eloísa tenía mejor aspecto y había recuperado el apetito, ya que comía con ansias un gran trozo de tortilla de patatas. Durante la cena, en la que ella también devoró parte de la deliciosa tortilla, le contó sus planes de viajar a Sevilla con Diego para pasar el día. Le ocultó el verdadero motivo, le dijo que echaba de menos a su madre y quería recoger algo más de ropa.

—Dale muchos besos de mi parte —le encargó la anciana, dejando claro que ella aún no tenía intención de marcharse del pueblo.

Esa noche, Noelia apenas pudo dormir pensando en lo que le diría a su madre e imaginando posibles encuentros con su padre. Se despertó con un terrible dolor de cabeza y al mirarse al espejo comprobó que sus ojos estaban hinchados y descansaban sobre unas enormes ojeras. Una buena cantidad de maquillaje mejoró su aspecto. Se dejó el pelo suelto con los rizos enmarcando el rostro y, como complemento, se puso las esmeraldas de su madre. El brillo que desprendían las piedras daba luz a su rostro y aportaba un toque muy sensual al vestido de flores que llevaba.

Cuando apareció por el salón, Eloísa, que la esperaba para tomar café, aplaudió entusiasmada y la piropeó:

—¡Estás guapísima!

Noelia se puso muy contenta por el cumplido y porque la abuela estaba ya recuperada del malestar del día anterior.

Tan puntual como siempre, Diego la esperaba en la puerta. Saludó primero a Eloísa con un cariñoso beso y le dio otro a ella mientras la miraba con descaro de arriba abajo, demostrando que a él también le gustaba su aspecto.

Durante el trayecto, ambos permanecieron la mayor parte del tiempo en silencio o hablando de temas sin importancia. Noelia le preguntó sobre el asunto de trabajo que tenía pendiente en Sevilla, pero él no quiso entrar en detalles. Ella supuso que sería alguna chapuza y no insistió en el asunto.

A medida que se acercaba a su destino, Noelia se sentía cada vez más nerviosa. No podía dejar de mover una de sus rodillas. Para calmarla, Diego propuso acudir primero a un lugar que quería mostrarle y que tenía que ver con su trabajo. Lo último que le apetecía a Noelia era visitar una obra llena de escombros y llegar a su casa sucia y llena de polvo, pero aceptó fingiendo estar encantada, para evitar ofenderlo porque se veía entusiasmado con la propuesta.

—Te gustará —dijo, sonriéndole.

Con un sol espléndido llegaron a Sevilla y se fueron adentrando en el centro. Diego conducía seguro por las estrechas callejuelas del casco histórico de la ciudad. Noelia adoraba aquella parte de la capital, embellecida por los suelos empedrados y

los señoriales edificios antiguos. Aunque nunca había tenido el grato placer de visitar alguno, se imaginaba saliendo al balcón de uno de ellos para admirar la ciudad y emborracharse del intenso olor a azahar que inundaba cada rincón de Sevilla. Diego cruzó con su todoterreno uno de los laterales de la majestuosa y famosa catedral, rodeada por multitud de visitantes que tomaban fotos. Noelia, con la ventanilla del coche bajada, no perdía detalle de todo lo que la rodeaba. Por unos instantes, olvidó el motivo por el que había regresado a la ciudad y se dedicó a descubrirla como si fuera la primera vez que la veía. Concentrada en las vistas, no se percató que habían llegado a su destino hasta que el coche paró frente a una cancela color óxido muy parecida a la del chalet de Diego. Al subir la mirada, se topó con un elegante edificio de líneas rectas con grandes ventanales y fachada color marrón chocolate. En la parte superior, llamaban la atención grandes letras plateadas en las que se podía leer «ARQUITECTOS DOBLE D». Diego buscó en la guantera un pequeño mando con el que abrió la cancela de forma automática. Accedieron a una amplia cochera donde estaban aparcados varios coches. Diego colocó el suyo al fondo junto al ascensor. Noelia, sin entender nada de lo que estaba ocurriendo, se decidió a preguntar.

—¿Trabajas aquí?

—Ahora verás —contestó el joven, dejándola intrigada.

Subieron al ascensor y se dirigieron a la primera planta. Al abrirse las puertas, accedieron a una sala abierta muy espaciosa, con un par de mesas altas para delineantes en el centro y tres escritorios repartidos por la estancia. En dos de ellos, los más cercanos a la puerta de entrada, permanecían sentados un hombre y una mujer, quienes al ver entrar a Diego lo saludaron con la mano. La joven, delgada, con el pelo corto dorado y grandes ojos perfilados con una gruesa línea negra, se levantó y se acercó a él con varios papeles en la mano. Vestía un regio traje de chaqueta azul oscuro conjuntado con unos llamativos tacones rojo

—Noelia, ella es Miriam. —Señalando al joven, prosiguió—. Aquel es Daniel, mi socio.

Las mujeres se dieron dos besos. El joven de pelo negro y barba espesa, que mostraba bajo la ropa un cuerpo atlético, también se levantó y correspondió el saludo con otro par de besos.

—Te recuerdo que tienes que firmar estos papeles —intervino Miriam tras la presentación.

Diego los cogió y les echó un rápido vistazo. Fue a uno de los escritorios, el más cercano al ventanal, y firmó veloz. Después se dirigió a su socio y hablaron de unos planos que Daniel le mostró, gastándose bromas entre ellos. Noelia permaneció junto al ascensor observando todo.

Cuando Diego terminó de revisar los documentos, regresó junto a Noelia y le indicó que lo siguiera de nuevo al ascensor. Subieron a la segunda planta, presidida por un pequeño recibidor de paredes ocre y una puerta ancha de doble hoja en madera oscura.

Diego abrió la puerta despacio, mirando a Noelia con picardía. Asombrada, descubrió un moderno loft muy amplio, a dos alturas, de techos altos, decorado con confortables sillones de cuero en burdeos y una pantalla enorme de televisión. El apartamento también contaba, en uno de los laterales, con una pequeña pero moderna cocina amueblada en negro y electrodomésticos de acero. Aunque lo que más llamó la atención de Noelia fue el gran ventanal que ocupaba toda la pared del fondo y desde el que se podía ver parte de la catedral de Sevilla. Todo era tan fascinante que a Noelia no se le ocurría nada que decir.

—¡Increíble! —exclamó decidida.

Diego la miró divertido ante su cara de admiración.

—Tienes que ver algo más.

La cogió de la mano y la llevó hacia una escalera de caracol oculta tras la cocina. Subieron a una terraza con suelo de césped artificial, amueblada con una mesa y sillas de jardín de estilo moderno, aunque bastante cómodas, como Noelia comprobó al sentarse. Lo mejor de la azotea eran las vistas más espectaculares de Sevilla que la joven había contemplado jamás. Frente a ellos, se erigían las torres más altas de la catedral, puntiagudas cúspides esculpidas en piedra clara que parecían afiladas lanzas apuntando al cielo, presididas por la torre más alta y poderosa de la ciudad, la Giralda.

—Esto es... ¡increíble! —repitió Noelia, admirada y entusiasmada a partes iguales.

Diego sonrió, apoyado en el balcón fabricado con placas de cristal y remates de acero.

—Es el único lugar donde consigo desconectar de todo y aclararme las ideas —confesó, mirando a lo lejos.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —planteó Noelia, dudosa.

Él asintió con la cabeza.

—¿Todo esto es tuyo?

—Ahora vuelvo y te lo cuento.

Durante su ausencia, la joven se acercó a la baranda de cristal y volvió a mirar a su alrededor. Escuchó, atenta, el ruido que envolvía la ciudad, dominado por las voces de los paseantes, el motor de los coches y las melodías de los artistas callejeros

que llegaban desde lejos como susurros en forma de notas musicales. Aunque la tranquilidad del pueblo era necesaria en algunos momentos, echaba de menos el bullicio y la algarabía de una ciudad tan viva como Sevilla.

Diego regresó al instante con un par de cervezas y un paquete de galletas saladas.

—Es lo único comestible que he encontrado —bromeó.

Destapó los botellines y se sentaron a disfrutar de la bebida casi helada mientras comían las galletitas, hambrientos. Diego aprovechó ese momento para hablarle a Noelia de su pasión por las casas antiguas y de su interés por arreglarlas y volver a darles vida. De ellas admiraba, sobre todo, las anchas paredes de piedra, los techos altos y las vigas de madera. Le fascinaba descubrir en esas casas la huella que dejaba el paso del tiempo. Los encargados de enseñarle todo lo que sabía sobre fontanería, albañilería y electricidad habían sido su abuelo y su padre, de los que además había heredado una gran destreza para realizar ese tipo de trabajos. Cristina fue quien le insistió para que estudiara una carrera universitaria, y se decidió por la arquitectura. Pero más que arquitecto, él se consideraba un médico que salvaba las vidas de las casas antiguas. Durante la carrera, conoció a Daniel, que se convirtió en su mejor amigo y actual socio. Al licenciarse, se embarcaron juntos en proyectos sencillos de rehabilitación en los que ellos mismos hacían el trabajo técnico y manual, como la restauración del hostel de sus padres, o la transformación de la antigua venta en el chalet que Noelia ya conocía.

—Trabajábamos durante muchas horas, día y noche, pero nos gustaba lo que hacíamos —confesó—. Poco a poco recibimos más encargos, tantos que los dos solos no pudimos hacerlos todos y empezamos a contratar empresas externas. Al principio, no teníamos una oficina donde recibir a los clientes. Eran ellos los que se trasladaban al lugar a rehabilitar y, desde allí, lo gestionábamos todo. Hasta que llegó el día en el que, paseando por el centro de Sevilla, vi un edificio en ruinas que estaba en venta. Llamé desde allí mismo y me sorprendí por el precio, mucho más bajo de lo que esperaba. Los herederos no querían saber nada de la vivienda y necesitaban dinero rápido. Gracias a un préstamo del banco y otro de mis padres y de los de Daniel, compramos el edificio y lo transformamos, con mucho esfuerzo pero también con mucha ilusión, en nuestra oficina.

—¿Quién vive en este apartamento? —preguntó Noelia, sorprendida al conocer la verdadera profesión de Diego.

—Vivíamos —atinó a decir pasados unos segundos—, mi novia y yo. Bueno, mi ex novia. Lo dejamos hace unos meses.

Tras estas palabras, se mostró cabizbajo y retraído. Aunque Noelia percibió la tristeza de sus gestos, quiso saber más del hombre que la estaba cautivando poco a poco.

—¿Sigues enamorado de ella? —preguntó a sabiendas de que si recibía una respuesta positiva le partiría el corazón.

—No —admitió, decidido—. Fue una relación muy difícil con muchas idas y venidas. Peleábamos a diario y, en mi caso, intenté por todos los medios que funcionara, pero no pudo ser. Tanto esfuerzo me superó.

El arquitecto tomó un sorbo largo de cerveza, dirigió la mirada hacia el horizonte y, tras contemplar las vistas unos segundos, continuó:

—Por supuesto, ya lo he superado —dijo, mirando a Noelia con una amplia sonrisa.

—Los dos hemos pasado por lo mismo —declaró ella con resignación.

En aquel momento de la conversación, habían terminado las cervezas y las galletas.

—¿Quieres otra? —exclamó Diego, alzando el botellín vacío.

—No, ya he bebido suficiente —resolvió la joven.

—Yo tampoco beberé más porque no quiero hacer cosas de las que pueda arrepentirme —dijo, mostrando una sonrisa maliciosa.

Noelia se ruborizó al recordar el día que se besaron junto al coche.

—Yo no me arrepiento de nada —admitió en voz baja.

—Yo sí me arrepiento —confesó Diego, lo que hizo que lo mirara con recelo—. Me arrepiento de no haber insistido más —precisó mientras se acercaba más a ella y le retiraba un mechón rebelde de pelo que le caía sobre la frente.

Con un movimiento suave, acercó sus labios y la besó. El roce fue corto pero intenso como el primer café de la mañana.

—Reconozco que aquel día había bebido más de la cuenta. Pero no puedo negar que me atraes desde la primera vez que te vi —confesó Diego, cogiendo sus manos entre las suyas.

—Por la manera en que me trataste no fue esa mi impresión —puntualizó Noelia.

—Lo siento, pero suelo comportarme como un idiota cuando estoy cerca de una mujer guapa.

A pesar de no ser la mejor excusa ante el comportamiento tan desagradable y distante que tuvo hacia ella, el piropo hizo que la joven repiqueteara alegre por dentro como unas castañuelas en plena feria de abril.

—Noelia... —susurró Diego.

De pronto, sin previo aviso, se alejó de ella y echó todo el cuerpo sobre el respaldo de la silla.

—¿Estás decidida a conocer a tu padre? —preguntó, cambiando el tema de forma radical y dejando a Noelia desconcertada.

—Quiero esperar a hablar con mi madre, pero, sí, me gustaría conocerlo.

Diego se levantó de la silla y se asomó al balcón con expresión grave. Noelia permaneció observándolo sin entender su actitud. Él mismo la había animado a hacerlo y había sido la pieza clave para descubrir quién era su padre.

Al cabo de unos segundos se volvió de nuevo hacia ella.

—Tengo que confesarte algo.

Noelia lo siguió con la mirada e intuyó que no eran buenas noticias.

—Ya te dije que los conozco desde hace tiempo. Veranearon en el pueblo varias veces y, a pesar de que Caroline era menor que yo, nos hicimos buenos amigos. Su hermano era más raro y siempre andaba solo. Pero ella era todo lo contrario, divertida, alegre y congeniamos desde el principio.

Noelia sintió una punzada de celos por cómo pronunció esta última frase, indicando cierta añoranza.

—De ser amigos, pasamos a algo más. —Diego se volvió y clavó la mirada en ella—. Solo fue un romance de verano.

Durante un momento ambos permanecieron callados, hasta que Noelia, impresionada con aquella revelación, rompió el silencio.

—¿Por qué has esperado tanto tiempo para contármelo? —preguntó, intentando no mostrar enfado, aunque saltaba a la vista que estaba muy contrariada—. ¿O pensabas ocultarlo? —balbuceó.

—No fue nada serio y ocurrió hace muchos años, cuando éramos adolescentes.

A Noelia le brillaban los ojos, y la cerveza le daba vueltas en el estómago. Aquella confección lo cambiaba todo.

—No le di importancia —gimió Diego, acercándose de nuevo a ella. Le costaba hablar, tragó saliva—. Cada vez me gustabas más y... —Dejó la frase inacabada.

—Ya veo, te gusto porque te da morbo. Soy la hermanastra que ha aparecido de la nada, como una atracción de feria.

Noelia no podía ocultar su rabia. Diego era, sin duda, un mujeriego que enlazaba una mujer con otra.

—Seguro que ya se lo has contado y os habéis reído a mi costa —le espetó poniéndose en pie.

—Me duele que pienses eso de mí. Sería incapaz de hacerlo —contestó visiblemente afligido.

—Ya no sé qué pensar. Desde luego veo que no pierdes ninguna oportunidad.

Diego intentó calmarla, acercándose a ella, pero solo consiguió que se alejara más de él hasta situarse junto a la puerta de salida. La siguió y la agarró por el brazo para intentar detenerla, pero ella le lanzó una mirada arrolladora que lo hizo retroceder. Desolado y con la respiración agitada, abandonó a la carrera el edificio.

LAS ESMERALDAS

En pocos minutos, Noelia llegó en metro hasta la pastelería. En el mostrador, Marlina atendía sola el negocio. Aún irritada, le preguntó por Isabel con más brusquedad de la que pretendía. La joven, extrañada ante tanta urgencia, le indicó que su madre estaba en la trastienda, decorando una tarta para un cumpleaños. Cuando Isabel la vio entrar, sorprendida, dejó la tarea y extendió sus brazos para abrazarla. Noelia permaneció enlazada a ella durante un buen rato, con los ojos cerrados, mientras absorbía su dulce olor a vainilla. Parecía que hacía meses que no la veía, aunque tan solo habían pasado nueve intensos días que contaban como años.

Al separarse del abrazo, Noelia se percató de que su madre la miraba con asombro. De repente, se puso pálida y tuvo que sentarse para no caer desmayada al suelo. La joven no entendió qué le había ocurrido.

—Mamá, ¿estás bien? —preguntó, acercándole un vaso de agua.

Al beber unos sorbos y tomar aire, Isabel fue recuperando el color rosado de sus mejillas.

—¿Dónde las encontraste? —logró decir, señalando las esmeraldas.

En ese momento, Noelia se dio cuenta por qué su madre se había puesto de aquella manera. La discusión con Diego le había hecho olvidar que las llevaba puestas. En un acto reflejo se las quitó.

—Estaban en un hueco de la pared de tu antiguo dormitorio.

Noelia le pasó los pendientes con sumo cuidado. Isabel los sostuvo en sus manos mientras los contemplaba con ojos vidriosos y acariciaba las piedras verdes con delicadeza.

—Me las regaló tu padre —admitió.

—Mamá, por favor, cuéntame lo que pasó —suplicó Noelia.

El brillo de aquellas esmeraldas, olvidadas durante tanto tiempo en un rincón, logró el milagro e hizo hablar a Isabel que, con la voz entrecortada e intentando reprimir el llanto, contó lo que en verdad había sucedido tantos años atrás.

—Me enamoré de Jacobo nada más verlo, una tarde que paseaba con mis amigas por la plaza.

Por primera vez, Noelia escuchó el nombre de su padre y confirmó las sospechas de Diego.

—Nuestras miradas se cruzaron —continuó Isabel—. Yo aceleré el paso, avergonzada, pero él no dejó de observarme hasta que me alejé del todo. Una semana

después, volví a encontrármelo en el mismo lugar. Esa vez, sus amigos se acercaron a nosotras y se presentaron. Jacobo se ofreció acompañarme a casa y acepté. De esta manera tan sencilla empezó nuestro corto pero intenso noviazgo. Cada día me esperaba a que saliera de trabajar, y recorríamos juntos el camino hasta mi casa. Una tarde, Jacobo me invitó al cine y allí nos dimos nuestro primer beso. Era lo normal que ocurría entre cualquier pareja, pero existía una gran diferencia entre nosotros. Nuestras familias. Todo el pueblo sabía que ellos eran ricos y estirados, arrogantes y solitarios. Solo se dejaban ver durante las fiestas, vestidos de gala y cargados de joyas, como si fueran militares en un desfile.

Noelia recordó el aspecto altivo, la vestimenta lujosa y las numerosas joyas que mostraba Soledad, su aún desconocida abuela paterna.

—Jacobó apenas los nombraba, y yo actuaba como si solo existiéramos él y yo — prosiguió Isabel—. No sabía cómo se tomarían los abuelos aquella relación y decidí ocultarla. Pasaron los meses hasta llegar el día de mi cumpleaños. Recuerdo que esa tarde lo vi especialmente guapo. Vestía muy elegante, con unos pantalones oscuros y una camisa clara. El pelo engominado lo hacía parecer mayor de los diecisiete años que tenía. Yo cumplía dieciséis. Quedamos por la tarde porque quería darme una sorpresa. Me llevó a un lugar alejado donde había un montículo de tierra rodeado de árboles. Desde allí, se podía contemplar todo el horizonte que se derramaba ante nosotros como lava ardiendo. Jacobo llevó una manta y una botella de champán. Nunca había bebido antes y, al ver la botella, sentí cierto remordimiento porque sabía que si la probaba, estaría traicionando a los abuelos. En aquella época, una jovencita no debía probar el alcohol bajo ningún concepto. Pero hice tantas cosas prohibidas aquella tarde de las que nunca me arrepentiré. Jacobo me regaló una caja de pastas de té porque, en una ocasión, le comenté que cada vez que las veía en el escaparate de la tienda se me hacía la boca agua, pero costaban más de lo que yo podía permitirme. Al probarlas, caí de espaldas de puro placer. Él reía a mi lado mientras me abrazaba. Nos comimos casi toda la caja y bebimos champán. Las burbujas del vino me hacían cosquillas en la nariz y, aunque el primer sorbo me resultó fuerte, los siguientes se suavizaron dentro de mi boca. A la caída del sol, de la forma más natural pero a la vez más maravillosa, lo hicimos.

Isabel pronunció esta última palabra en voz baja y con la mirada en el suelo. Los ojos le brillaban y no dejaba de doblar, inquieta, el pico del delantal. Noelia la escuchó emocionada porque jamás su madre había sido tan sincera con ella. Siempre había mostrado un carácter reservado. La joven pensó que aquella pequeña colina podría ser la misma donde ella asistió a la espectacular puesta de sol. No era de extrañar que fuera escenario de aquel encuentro entre su padre y su madre.

—Una historia preciosa —confesó la joven con la voz temblorosa—. ¿Qué ocurrió después?

Isabel tragó saliva, se atusó el pelo, que llevaba recogido en una coleta, y prosiguió.

—Lo que ocurrió aquel día fue algo puro, un acto de amor. Pero decidimos no arriesgarnos más y conformarnos con los besos y los abrazos. Aunque ya era tarde. Al mes siguiente no me vino la regla, se me hincharon los pechos y comencé a vomitar por las mañanas, lo que me delató ante la abuela. No fue necesario que se lo contara porque ella lo intuyó pasados unos días. Ante mi asombro, no me reprendió, sino que me animó a que hablara con mi novio. Ella estaba al tanto de nuestra relación. Cuando se lo conté a Jacobo, me abrazó fuerte y me prometió que nunca me dejaría.

Isabel soltó un sollozo y se levantó nerviosa de la silla. Se apoyó en la mesa donde minutos antes decoraba la tarta y rompió a llorar. Noelia la siguió y la abrazó por detrás, susurrándole para que se tranquilizara. De repente, se volvió, con el delantal se limpió las lágrimas, y se sentó de nuevo.

—Yo le creí. Pensé que hablaría con su familia y todo se solucionaría. ¡Qué tonta fui! Pasaban los días y no se enfrentaba a ellos. Lo amenacé con dejarlo, pero insistía en que todo se arreglaría. Desapareció unos días que se hicieron eternos. Una tarde, uno de sus amigos me pasó una nota. Ya sabes lo que pone en ella porque estaba en la caja junto con los pendientes. Me presenté en el lugar que me indicó y allí estaba él, mucho más delgado y con los ojos enrojecidos. Nos abrazamos al vernos y lloramos en silencio. Entonces me dio una bolsita de terciopelo donde estaban las esmeraldas. Me confesó que sus padres se oponían a nuestra relación y que no querían saber nada de nuestro hijo. Lo habían preparado todo para mandarlo a trabajar a Alemania donde ya vivía un familiar suyo. Jacobo me suplicó que me fuera con él y empezáramos de nuevo, lejos de su familia. Le dije que no porque si me escapaba con él también sufrirían mis padres, y ellos no lo merecían. Me negué a vivir escondida como si fuera culpable de cometer un delito. Por ello, le di un beso y me despedí de él. No quería que renunciara a su vida acomodada por mí. Nunca pensé que no lo volvería a ver. Su amigo me confirmó que se había marchado a Alemania. La abuela fue quien decidió que nosotros también nos fuéramos del pueblo para evitar los comentarios, una elección muy difícil pero que mejoró nuestras vidas.

—Mamá, ¿nunca intentó volver a contactar contigo? —preguntó Noelia, sollozando.

—No, hija —contestó con resignación—. La vecina estaba avisada por si llegaba una carta o él mismo me buscaba. Pero nunca recibí nada.

Noelia se acercó más a ella y cogió sus manos. Isabel parecía más relajada después de narrar toda la historia y, ahora, fue ella quien limpió las lágrimas de su hija con el pico del delantal.

—Mamá —musitó la joven, dispuesta a contarle a su madre la razón de su visita—. Jacobo está en el pueblo.

Isabel reaccionó abriendo los ojos de forma desmesurada y tensando todo el cuerpo. Noelia se asustó cuando su madre empezó a hiperventilar.

—Mamá, ¿estás bien?

—¿Lo has visto? —logró decir.

—No, mamá. Pero sé que está allí.

Noelia no sabía si sería conveniente contarle que sí había visto a su otra abuela y a su hermanastra. Temía que se pusiera peor.

—Voy a traer más agua —propuso Noelia, dejándola con la cara aún desencajada.

Tras beber unos sorbos de agua, Isabel se repuso poco a poco.

—¿Quieres conocerlo? —planteó a su hija sin rodeos.

—Me gustaría —titubeó la joven con la cabeza baja—. Solo si tú estás de acuerdo.

Isabel dejó el vaso sobre la mesa, suspiró y la miró directa a los ojos.

—Han pasado muchos años y no sé si es conveniente remover esta historia —señaló con seriedad—. No tengo ni idea de cómo se tomará él que lo quieras conocer después de tanto tiempo, pero este momento, tarde o temprano, tenía que llegar. Así que tienes todo el derecho del mundo a hacerlo. Aunque, si te hace daño, desenterraré todo el odio que le tengo y lo pagarán.

Era la primera vez que Noelia escuchaba a su madre pronunciar unas palabras tan duras y, por la manera como lo hizo, apretando fuerte los puños, tanto que los nudillos sobresalían como queriendo traspasar la piel, la joven supo que sería capaz de cumplir su amenaza.

Unos leves golpes en la puerta presidieron la entrada de Marlina a la trastienda.

—Siento interrumpiros —dijo, apurada—, pero ya he recogido todo para cerrar.

—Gracias, Marlina.

Isabel se levantó de un salto. La joven dependienta se quedó quieta mirando a las dos mujeres con rostro preocupado.

—¿Ocurre algo? —preguntó Isabel, extrañada.

—No sé si son imaginaciones mías, pero hay un joven enfrente de la pastelería que no deja de mirar hacia aquí. Lleva bastante rato fuera.

Madre e hija se dirigieron a la tienda para asomarse por la cristalera del escaparate. Isabel no conocía al joven, pero Noelia sí. Era Diego, apoyado sobre su coche con los brazos cruzados y expresión grave.

—No os preocupéis por él. Lo conozco —aclaró.

Isabel y Marlina la miraron sin entender nada de lo que ocurría.

En la cabeza de Noelia rondaban demasiados asuntos por resolver en el pueblo y no deseaba dejar sola a Eloísa durante mucho tiempo.

—Es de confianza. Regresaré con él al pueblo —anunció sin querer dar más detalles.

—Cuídate y llámame para contarme todo lo que ocurra allí —le pidió Isabel, abrazándola con cariño.

—Lo haré.

Noelia cruzó el local y salió a la calle en dirección a Diego. Las mujeres permanecieron expectantes tras el escaparate. A medio camino, la joven regresó donde estaban ellas.

—¿No lo tenéis todo preparado para cerrar, cotillas? —increpó en tono de burla.

Sin hacer caso al comentario, continuaron tras la amplia cristalera camufladas entre los pasteles y las tartas.

Noelia se colocó frente a Diego con los brazos en jarra.

—¿Qué haces aquí?

—Me comprometí con tu abuela a llevarte de vuelta al pueblo y he venido a por ti.

Mientras la joven lo observaba, él había adoptado una actitud desafiante, queriendo mostrar que estaba decidido a volver con ella, pero Noelia no se lo pondría nada fácil.

—¿Cómo has encontrado la pastelería? —preguntó, achicando los ojos.

—Le pregunté a mi madre.

«Muy listo», pensó ella, quien estaba segura de que su abuela le había contado a Cristina con todo lujo de detalles dónde se encontraba el negocio. Aunque estaba sopesando la idea de regresar en autobús, sobre todo por orgullo y cabezonería —algo que había heredado de su abuela—, en el fondo no le apetecía soportar un viaje que, debido a las numerosas paradas que hacía en el recorrido, podría alargarse más de tres horas.

—¿Qué harás si me niego a ir contigo?

Diego se retiró del todoterreno y se colocó cerca de ella. Como era bastante más alto, Noelia se puso de puntillas para intentar llegar a su altura. Tras reflexionar y respirar hondo, el joven contestó.

—Esperaré todo lo que sea necesario hasta que cambies de opinión.

—¡No estés tan seguro! —protestó.

Noelia recordó, entonces, que su madre y Marlena la observaban desde el escaparate y no quiso asustarlas. Sobre la marcha, ideó la manera de regresar con Diego, pero sin que él la llevara.

—Estoy dispuesta a llegar a un acuerdo contigo —propuso.

—¡Adelante! —la animó el joven.

—Solo te acompañaré al pueblo si yo conduzco tu todoterreno.

Diego cambió radicalmente la expresión de su cara y pasó de la burla al desconcierto.

—¿Qué dices? —preguntó, incrédulo.

—Que me des las llaves. Yo llevaré el coche.

Noelia le tendió la mano. Diego dudó unos segundos hasta que se las dio sin mucho entusiasmo.

—No es que no me fie de ti —declaró con sinceridad—, pero no es fácil de llevar. ¿Has conducido antes un todoterreno?

—Claro que sí —mintió la joven.

Antes de montarse en el lugar de conductor, Noelia miró hacía la tienda y levantó la mano con disimulo para despedirse de Isabel y Marlena.

—La de la derecha es tu madre, ¿verdad? —aseguró.

Diego había visto a las dos mujeres desde que se asomaron.

Una vez dentro del imponente vehículo, Noelia tardó unos minutos en ajustar de forma adecuada el asiento y el espejo retrovisor. Diego intentó ayudarla, pero ella alzó una mano para evitarlo. El joven protestó por lo bajo. A continuación, Noelia encendió el motor y posó la mano sobre la palanca de cambios. La miró, extrañada, porque tenía una forma muy diferente a la de su tartana.

—Es automático. Solo tienes que ir bajando para cambiar de marcha —señaló Diego mientras se revolvía nervioso en el asiento.

—Es fácil —mintió de nuevo sin saber cómo salir de aquella situación que ella misma había provocado.

Siguiendo las instrucciones de Diego, bajó la palanca y aceleró. El coche hizo un ruido extraño como el rugido de un león constipado y se caló. El joven se retorció como si le hubieran pateado el estómago y sujetó con fuerza la agarradera de su lado.

Tras un segundo intento, Noelia consiguió que el coche transitara con cierta normalidad, aunque no dejó de dar saltitos durante los primeros cien metros. Si Diego no podía ocultar la tensión que sentía, llegando incluso a morderse las uñas, Noelia necesitaría una ducha nada más llegar porque estaba empapada en sudor. Sin embargo, consiguió hacerse con el coche, e incluso, circulando por la autovía, llegó a superar los cien kilómetros por hora. Diego consiguió relajarse hasta abandonar por completo la cara de susto inicial.

Cuando había transcurrido media hora de camino, el estómago de Noelia protestó de hambre. Lo único que había bebido y comido durante toda la mañana eran la cerveza y algunas galletitas saladas. Diego pareció leerle el pensamiento.

—¿Paramos a comer algo? —propuso entretanto se enderezaba en el asiento.

Ella asintió ligeramente con la cabeza sin querer distraerse de la carretera. Diego le indicó que podían parar en la siguiente salida y tomar algo en una venta situada junto a la gasolinera. Tardaron unos minutos en llegar y, después de aparcar, Noelia retiró las manos agarrotadas del volante, estiró los dedos para bajar la tensión, a la vez que respiraba hondo. La experiencia de conducir por primera vez un todoterreno le pareció excitante a pesar de los nervios.

Antes de bajar, Diego se volvió hacia ella con rostro preocupado.

—Quiero que sepas que en ningún momento he querido reírme de ti —arrancó a hablar—. Cuando te conocí no sabía que Caroline era tu hermanastra.

Noelia lo escuchó pensativa y con cierta mirada de reproche. No podía evitar creer que le había mentado solo para estar con ella. Al fin y al cabo, Diego era un hombre muy atractivo y usaría cualquier excusa para conseguir una más en su larga lista de conquistas. «¿Seré la primera en darle calabazas? Y lo más importante, ¿seré capaz de hacerlo cuando me derrito por dentro cada vez que me mira?», rumió Noelia dentro de su cabeza antes de contestar.

—No me importa lo de Caroline —negó, intentando mostrar desinterés por él.

—Entonces, ¿hacemos las paces? —preguntó, alargando la mano hacia ella.

Noelia tenía mucha más hambre que ganas de discutir, por lo que le correspondió, apretando su mano con firmeza. El roce con su piel la trastornó, tanto que su corazón latió atolondrado.

Mientras comían unos bocadillos, Noelia le contó el emotivo encuentro con su madre y la historia de cómo se habían conocido ella y Jacobo.

—¡Lo sabía! —exclamó, contento, cuando Noelia confirmó que había acertado con la identidad de su padre.

La joven insistió en su decisión de conocerlo a sabiendas de que podría rechazarla. Él la animó a hacerlo, e incluso la ayudó a buscar la manera de propiciar el encuentro. Entre ambos trazaron un plan en el que Jacobo sería quien eligiera si quería o no quería encontrarse con ella. Noelia estuvo tan encantada con la idea, que la pondría en práctica nada más llegar a casa.

Para lo que restaba de camino de vuelta, Noelia cedió las llaves a Diego mientras ella se dejó llevar por la música clásica que sonaba en una de las emisoras de la radio.

Al llegar, Noelia se asustó al divisar a varias mujeres en la puerta de la casa. Diego se acercó despacio y aparcó justo enfrente. Los tranquilizó ver que las mujeres no estaban tristes, sino todo lo contrario, reían y charlaban muy animadas. La joven entró apresurada en busca de la abuela. En el salón conversaban más mujeres, pero Eloísa no se encontraba entre ellas. Avanzó hasta el jardín y allí la encontró sentada en una silla, riendo a carcajadas junto a Magdalena, la dueña de la tienda de alimentación. La mesa estaba repleta de fiambreras de todos los tamaños y colores llenas de restos de comida, prueba evidente de que habían disfrutado de una buena comilona.

—Noelia, ¡ya has vuelto! —exclamó Eloísa con gran entusiasmo.

Noelia la miraba perpleja y no sabía si abrazarla, contenta porque estaba del todo recuperada, o reprenderla por tenerla tan preocupada sin razón.

—Tu abuela sí que sabe organizar una fiesta —sonó la voz burlona de Diego tras ella.

—¡Diego! —gritó Eloísa a la vez que se levantaba para abrazarlos —. Os he echado mucho de menos.

La cara de Noelia era de exasperación mientras Diego alternaba con las vecinas que se mostraron encantadas de hablar con él.

Antes de despedirse, Diego anunció a Noelia que debía volver a Sevilla. Su socio lo reclamaba por unas cuestiones importantes y pasaría fuera unos días.

—Suerte con el plan —le deseó antes de salir.

Y le lanzó una mirada penetrante que dejó a la joven con una sonrisa bobalicona en los labios.

Una vez que la casa se quedó vacía, abuela y nieta recogieron todo el desorden de platos y vasos sucios. Eloísa estaba encantada con la fiesta improvisada. Se lo había comentado a un par de vecinas, con idea de preparar algo por su llegada al pueblo. Esas dos se lo comentaron a otras dos hasta reunirse más de veinte mujeres que aprovecharon para recordar anécdotas del pasado.

Como Noelia no quería estropearle aquel día tan feliz, decidió ocultarle todo lo referente a la charla con su madre y a la determinación de conocer a Jacobo. La abuela estaba tan cansada que se acostó pronto. Ella también había tenido un día bastante ajetreado, pero decidió poner en marcha el plan que había ideado junto a Diego.

LA NOTA

Para llevar a cabo el plan, Noelia puso la casa patas arribas, intentando no hacer ruido para no despertar a Eloísa, hasta que encontró lo que buscaba. En uno de los cajones de la estantería localizó un sobre amarillento por el paso de los años. De su bolso recuperó una pequeña libreta y un bolígrafo y, tras desperdiciar más de la mitad de las hojas con frases que no le gustaron, encontró las palabras adecuadas y escribió una nota, igual que hizo Jacobo años atrás con su madre.

«Si quieres noticias de Isabel, estaré mañana
a las 6 de la tarde en el hostel La Buena Estrella.
Por favor, ve solo».

Tras leer el texto varias veces, dobló el papel con cuidado y lo introdujo en el sobre donde escribió con letras grandes, en mayúsculas, «JACOBO». A continuación, cogió las llaves y la nota y continuó con el plan. Condujo hasta el principio del camino en el que estaba situado el exuberante chalet de su familia paterna. Tras asegurarse de que no había nadie por los alrededores, se acercó sigilosa a la puerta y echó la nota en el buzón. Corrió agachada de vuelta al coche. Ahora debía esperar que Jacobo encontrara la carta, leyera la nota y decidiera acudir a la cita. Una vez dentro del coche, y antes de abandonar el lugar, recapacitó, y el plan ya no le pareció tan fantástico. Todo lo contrario. «¿Qué demonios estoy haciendo?», pensó, aturdida. Cualquiera podría ver la nota y leerla. Había dado por hecho que la encontraría él. «¿Y si la recoge su hermano, o algunos de sus hijos? O lo que es aún peor, ¿si la lee Soledad?», deliberó, presa del pánico. Por ello, regresó, agachada, hasta el buzón e intentó recuperar la carta. Introdujo los dedos por la estrecha ranura, pero no podía alcanzarla. Probó metiendo las llaves y ni tan siquiera rozó la nota. Desesperada, cogió su cabeza entre las manos y se sentó bajo el buzón. Tenía ganas de llorar y de gritar. Por ello, decidió volver al coche para intentar tranquilizarse. Ya no podía recuperar la carta, así que lo dejaba en manos del destino. En el fondo, ansiaba que leyera la nota y se presentara en el hostel. Ella no le confesaría que era su hija hasta encontrar el momento oportuno. Y si no acudía, todo seguiría como antes. Su futuro dependía de un trozo de papel que aguardaba en el interior de un sobre descolorido.

Cuando regresó a casa estaba tan agotada que no le costó dormirse. En sueños, asistió a una fiesta en el comedor del hostel donde todos los asistentes eran los padres con los que ella había fantaseado a lo largo de su vida: personajes famosos, padres de compañeras del colegio, clientes de la pastelería... Noelia paseaba entre ellos preguntándose cuál sería su verdadero padre, pero a todo el que se acercaba y le

tocaba el hombro, se convertía en una nube de humo que desaparecía al instante. Se despertó cuando se habían esfumado la mayoría de sus posibles padres. Eran cerca de las diez de la mañana, y Eloísa arreglaba las flores en el jardín. La anciana había hecho un bonito ramo que lucía en el centro de la mesa de la cocina junto a unas magdalenas caseras. Noelia se preparó un café y lo acompañó con una. Cuando Eloísa preparaba magdalenas siempre le quedaban muy esponjosas, con una deliciosa costra de azúcar por encima. Se comió una más y se cambió de ropa. Para evitar ponerse nerviosa pensando en la nota, decidió buscar tareas con las que entretenerse. Así que limpió todo el polvo de los muebles, fregó los suelos de toda la casa, planchó la ropa incluidos calcetines, toallas y ropa interior, y compró pintura amarilla para cambiar el color de las macetas del jardín. Eloísa asistió, asombrada, a todo aquel derroche de energía. Noelia no paró ni para comer. Lo hizo con la brocha en la mano, alternando un bocado de empanada que había sobrado de la fiesta con un brochazo de pintura. A las cuatro de la tarde, exhausta, se tumbó en el sofá a descansar un poco. Estaba tan cansada que se quedó dormida. Cuando abrió los ojos descubrió, turbada, que eran las seis menos cuarto. Se levantó de un salto y corrió a ducharse tan rápido como fue capaz en el minúsculo baño. No tuvo tiempo de lavarse el pelo y solo se puso un poco de rímel y pintura en los labios. Le dio un ligero beso en la mejilla a Eloísa, que roncaba en el sofá, y corrió veloz hacia el hostel. Por el camino, coincidió con algunas vecinas asistentes a la fiesta del día anterior, que intentaron charlar con ella, pero las evitó con un saludo muy breve. A las seis en punto entró por la puerta principal de La Buena Estrella. Cristina se encontraba en la recepción muy concentrada, ordenando unos papeles.

—¡Hola! —exclamó Noelia de sopetón, provocando que la mujer se sobresaltara y dejara caer algunos folios. —Lo siento, Cristina. No era mi intención asustarte —se disculpó y la ayudó a recoger del suelo los papeles caídos.

—No te preocupes. No te he escuchado entrar. ¿Y tu abuela? —Cuando Cristina le habló no la miraba a los ojos sino al cabello.

—Ella no vine conmigo. Solo pasaba a saludarte y...

Noelia no quería contarle la verdad a la mujer por si el encuentro no salía bien, pero tampoco deseaba mentirle.

—He quedado con alguien, aunque no sé si vendrá —acertó a decir la joven con mirada huidiza.

—¡Ah, vale! ¿Has quedado con un chico? —preguntó Cristina, guiñándole un ojo.

—¡No, no! —contestó, azorada—. Es un hombre, pero no es una cita... al menos, sentimental.

A Noelia le estaba resultando muy complicado explicarle a Cristina el verdadero motivo por el que se hallaba en el hostel.

—No tienes que darme explicaciones —atajó la hostelera—. Siempre serás bienvenida.

Noelia respiró tranquila hasta que Cristina añadió:

—Una cosa más. Tienes todo el pelo manchado de pintura amarilla.

Noelia, con cara de terror, se acercó a un espejo para comprobarlo. Divisó, abochornada, multitud de pequeñas motas de un amarillo chillón, salpicadas por toda la melena. Hizo ademán de ir al baño, pero, justo en ese momento, entró un señor por la puerta principal. Era alto, delgado, de espaldas anchas, con el pelo cano y entradas. La camisa azul claro y el pantalón marrón que vestía le daban un porte elegante. Entró inseguro y nervioso, mirando a todos lados. Se acercó a recepción y saludó a Cristina.

—Buenas tardes —dijo al entrar—. Hace tiempo que no nos vemos, soy el padre de Caroline.

—Es un placer saludarlo, su hija estuvo en el hostel hace unos días.

Noelia se había alejado unos pasos del mostrador y lo miraba embelesada, como si fuera una aparición divina. Prácticamente lo era. Ante ella estaba su verdadero padre, de carne y hueso, aunque temió tocarlo por si se esfumaba como en el sueño.

Por unos instantes, la joven olvidó su pelo manchado de pintura amarilla porque le temblaban tanto las piernas que pensaba que caería al suelo de un momento a otro. Con el corazón acelerado, respiró hondo y se acercó a él.

—Hola, soy Noelia.

No hizo falta añadir nada más. Ambos se miraron y cuando ella le sonrió, él hizo lo mismo dejando entrever los mismos hoyuelos en las mejillas que Noelia mostraba al sonreír. Al principio no pudo reaccionar, hasta que él le tendió una mano que ella estrechó con suavidad.

—Encantado, soy Jacobo. —Su tono de voz sonaba tan penetrante que lo envolvía todo—. ¿Has sido tú quien me ha enviado la nota? —preguntó con un leve acento extranjero.

Las palabras sonaban armoniosas y educadas en su boca, en total consonancia con su refinado aspecto.

—Sí, he sido yo. Hace unos días descubrí vuestra historia y tenía interés en conocerte —logró decir de corrido.

A diferencia de él, Noelia hablaba rápido y de forma atolondrada. En momentos de tensión, y ese era una de ellos, le costaba encontrar las palabras adecuadas.

—¿Hablas de Isabel y de mí? —exclamó con las cejas alzadas, mostrando sorpresa—. No sé nada de ella desde hace mucho tiempo. Perdona que sea tan directo, pero ¿quién eres y por qué conoces nuestra historia?

—Será mejor que nos sentemos para estar más tranquilos —propuso la joven.

Jacobo asintió, y avanzaron juntos hasta el comedor. Noelia se volvió y comprobó que Cristina los observaba con cara de no entender nada, por lo que dedujo que había escuchado la conversación. Con disimulo se llevó un dedo a los labios y siseó, indicándole que guardara silencio sobre lo que había presenciado.

Una vez sentados, apareció el joven camarero quien, libreta en mano, les preguntó qué querían tomar. Noelia pidió un té, y Jacobo, una tila.

La pregunta sobre quién era ella los acompañó hasta la sala y daba vueltas alrededor de ellos, pero la joven no quería aún desvelar su verdadero parentesco por lo que decidió improvisar sobre la marcha.

—Soy alguien muy cercano a Isabel. Le comenté que venía al pueblo y me habló de ti. Conocí a tu hija, Caroline, até cabos y te encontré.

Una vez más, una verborrea inusual en ella dio forma a una medio mentira, medio verdad que le hizo salir airosa de la encrucijada en la que se hallaba.

Jacobo la escuchó atento mientras daba sorbos a su taza de infusión con la mano algo temblorosa. En cambio, el resto de su cuerpo permanecía rígido y mostraba una expresión entre pensativo y dolido. Tras una pausa de unos segundos, habló.

—¿Cómo está Isabel? —acertó a decir.

—Muy bien. Es la dueña de una pastelería en Sevilla.

Una leve sonrisa con un trasfondo melancólico acentuó el hoyuelo izquierdo en el rostro de Jacobo.

—Siempre le gustaron los dulces, sobre todo las pastas de té —expuso con un dejo nostálgico.

En aquel instante, Noelia recordó la caja en la que encontró guardada la nota y las esmeraldas y se dio cuenta de que era la misma que él le había regalado a su madre por su cumpleaños.

—¿Es feliz? —preguntó Jacobo.

—Sí. Bueno..., creo que sí. Eso creo o, al menos, es lo que aparenta —murmuró aturullándose, porque la pregunta la pilló por sorpresa.

—Me alegro.

Jacobo, con el semblante triste, dejó de mirarla para centrarse en un punto lejano. Noelia no pudo evitar sentir pena por él. Aquella confesión mostraba que nunca había olvidado a su madre. Tan solo llevaban media hora juntos, y Noelia le había cogido

cariño a aquel desconocido que había resultado ser más noble y sincero de lo que ella esperaba.

—Me culparé toda la vida de lo que sucedió. Nunca debí marcharme y dejarla sola —declaró, abatido, con la cabeza entre las manos—. Cuando ella quedó embarazada, mi familia me buscó trabajo en Alemania. Un hermano de mi madre era encargado en una fábrica y me consiguió un puesto en el que ganaría mucho dinero. Pensé que era lo mejor para los dos.

Jacobo le contó que, durante aquellos años, escaseaba el trabajo, y muchos vecinos emigraron para buscarse la vida en los mismos lugares de donde procedían los colonos que fundaron el pueblo. Estos andaluces con apellidos alemanes, franceses o suizos, causaron asombro entre sus jefes y compañeros, que pensaban que sus tierras siempre habían sido tan prósperas y ricas como ellos las conocían.

—Yo era menor de edad por lo que no pude negarme. —Hizo una pausa y prosiguió con la voz temblorosa por la emoción—. Le supliqué que viniera conmigo y empezáramos de nuevo, pero no quiso. Al poco de llegar a Alemania, me enteré que había perdido el bebé y que había huido del pueblo con otro. Lo pasé muy mal, pero lo superé con el tiempo. Entonces conocí a mi mujer, Gilbert.

—¿Irse con otro? —exclamó Noelia sin molestarse en ocultar su irritación—. Ella no se fue con nadie —aseguró con mirada de acero.

Jacobo levantó la cabeza y la observó con extrañeza. Sin poder evitarlo, Noelia se revolvió en la silla y tapó su boca con la mano para ocultar un leve gemido. Hizo un gran esfuerzo por ahogar un sollozo que pugnaba por salir. No podía creer todas las mentiras que escuchaba de Jacobo, su padre, que en realidad nunca había sabido de su existencia.

—¿Quién te contó todas esas mentiras? —replicó la joven con rabia.

—¿Mentiras? —Jacobo la miró, incrédulo—. Me enteré de todo por una de las personas en las que más confío —respondió con rotundidad e incluso molesto porque ella pudiera dudar de esa persona.

Fue entonces, cuando Noelia, sin poder remediarlo, rompió a llorar y, entre sollozos, le explicó que Isabel no perdió al bebé ni había huido con otro, que esperó durante años una carta suya que nunca llegó.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Jacobo con los ojos enrojecidos y la voz marchita.

La joven respiró hondo e intentó calmarse. Rebuscó en el bolso un pañuelo de papel mientras Jacobo esperaba, ansioso, una respuesta. Al fin, decidió contarle la verdad.

—Lo sé porque soy tu hija —confesó Noelia y suspiró, aliviada.

Ante tal afirmación, el rostro de Jacobo se desencajó y se tornó pálido al instante. Sin dejar de mirarla, se derrumbó y hundió el rostro entre sus manos.

—No puede ser —susurró mientras negaba con la cabeza.

—Sí puede ser. Mi intención solo era conocerte, pero no voy a permitir que digas semejantes mentiras sobre mi madre —dictaminó la joven, limpiándose las lágrimas con el pañuelo.

El hombre continuaba sin creer lo que estaba escuchando. Incluso se retiró de la mesa con intención de marcharse. Su cara seguía blanca.

—Esto es una broma pesada.

—Me da igual que me creas o no, pero mi madre te quería y se fue del pueblo para que no hablaran de ella por ser madre soltera. Nací sana y he sido muy feliz junto a ella y a mis abuelos, a los que adoro. —Noelia hablaba enfadada—. No te necesito, pero ahora sabes que esa persona en la que tanto confías te mintió.

Tras estas duras palabras, un silencio incómodo se hizo entre ambos. En ese momento, Noelia se sintió abatida y desilusionada. Su madre había tenido razón porque aquel encuentro no estaba resultando como ella esperaba, aunque, por otra parte, se alegraba de haberlo propiciado, ya que serviría para desenredar toda la maraña de mentiras difundidas sobre Isabel.

—Tengo que marcharme. Ya he cumplido con mi deseo de conocerte. Es lo único que quería.

—Quiero verla —suplicó él.

—No está aquí y no permitiré que le hagas más daño. Ella intentó convencerme de que no te buscara, pero soy muy cabezota.

—¡No te vayas! —insistió mostrando una tierna sonrisa—. Yo también soy muy cabezota —aseguró—. Además, tenemos los mismos hoyuelos y el mismo color de cabello; antes de que se volviera blanco, claro. Bueno, sin esas manchas —dijo, señalando con la punta del dedo un pegote de pintura.

Noelia se pasó el mechón detrás de la oreja, avergonzada.

—Tienes los ojos de tu madre, de un bonito color entre verde y marrón que se aprecia más cuando los alumbran los rayos del sol.

Jacobo se arrimó de nuevo a la mesa, acercó sus manos a las de Noelia y las cogió con delicadeza.

—Me gustaría volver a verte, pero antes quiero hacer unas averiguaciones. Esto no va a quedar así. Solo quiero que sepas que amé a tu madre con toda mi alma y que nunca la he olvidado. Me casé con otra pensando en ella —confesó, cabizbajo—.

Siempre creí que yo era quien peor lo pasó con el final de esta historia, pero no puedo ni imaginar cuánto sufrió tu madre.

Noelia no se había equivocado con él, su nobleza seguía patente en sus palabras y forma de actuar. De la rabia pasó a la tristeza por no haber podido disfrutar de un padre como él durante tantos años. Si el destino no hubiera sido tan injusto con su madre, ahora ella tendría al lado un padre comprensivo y cariñoso.

—Podemos volver a vernos cuando quieras —determinó la joven, mostrando una amplia sonrisa que él correspondió con otra aún mayor.

—Ahora sí tengo que irme —anunció, apurado—. Mis hijos me esperan. No le he dicho a nadie...—Dejó la frase sin terminar—. ¿De qué conoces a Caroline? —Se interesó.

—Nos presentó un amigo común, Diego.

—¡Ah, Diego! Un chico estupendo, muy amigo de toda la familia. ¿Conoces a mi hijo, Germán?

Noelia negó con la cabeza.

—Te lo presentaré.

Jacobo daba por sentado que algún día se conocerían, como una familia feliz, y, aunque a Noelia no le desagradaba la idea, lo veía como algo muy lejano. Al no haber crecido con hermanos, no los echaba en falta y tampoco sabría cómo comportarse con ellos. Antes de marcharse, Jacobo le pidió un último favor.

—¿Puedo abrazarte?

Sin pensarlo, Noelia se levantó de la silla, se acercó a él, que también se puso de pie, y se fundieron en un abrazo que Jacobo terminó con un tierno beso en la frente.

—Nos volveremos a ver —prometió.

Padre e hija decidieron que él acudiría al hostel cuando quisiera verla, y Cristina se pondría en contacto con ella para comunicárselo. Noelia no quería precipitarse, pero el siguiente paso sería intercambiar los números de teléfono.

El encuentro con su padre tenía a Noelia en tensión por el cúmulo de emociones que habían surgido durante la conversación. Necesitaba relajarse y poner en orden todos los pensamientos, buenos y malos, que se agolpaban en su cabeza. Pensó que la mejor forma de apaciguar la mente sería andar a paso ligero, sin rumbo fijo. Tras despedirse de Cristina, que tan discreta como siempre no le preguntó nada del encuentro, Noelia cogió el móvil para comprobar la hora. En la pantalla aparecía el símbolo de llamada perdida. Antes de entrar en el hostel lo había silenciado para evitar interrupciones. La llamada era de Diego. Pero en aquel momento no le apetecía hablar con nadie, por lo que guardó de nuevo el teléfono y comenzó la caminata.

Recorrió casi todas las calles del pueblo que, por la hora, pasadas las ocho de la tarde, estaban muy concurridas. Con paso acelerado, salió a las afueras y tomó rumbo al que se había convertido en su lugar favorito. Diego no era el único que podía presumir de tener un lugar especial para aclarar las ideas. Tras conocer la historia del encuentro entre sus padres, la pequeña colina había tomado mayor relevancia porque allí había sido concebida. Justo al llegar, disfrutó, una vez más, del espectáculo de luces naranjas y azules que rodeaban a un sol que bajaba despacio para desaparecer en el horizonte. A sus pies se extendían campos arados que parecían no tener fin. Solo cuando empezó a oscurecer decidió que había llegado la hora de volver. Su abuela no sabía nada de ella desde que se marchara y podría estar preocupada. De regreso a casa, el móvil vibró. Esta vez era un mensaje de Diego. «¿Estás bien? ¿Podemos hablar?». Sobre la marcha, Noelia decidió que lo llamaría más tarde, cuando la abuela estuviera dormida y pudieran hablar más tranquilos. De momento, no le contaría nada a Eloísa ni a Isabel sobre el encuentro con su padre.

Respondió el mensaje con un escueto «Luego te llamo».

Cuando llegó a casa, Eloísa había preparado una cena ligera, un poco de queso fresco y una tortilla francesa con perejil. Noelia no tenía mucha hambre, ni tampoco ganas de hablar, pero no tuvo más remedio que escuchar a su abuela quien, entusiasmada y con una verborrea imparable, la puso al corriente de los cotilleos de todas las vecinas que asistieron a la fiesta de bienvenida.

La siguiente mañana, Noelia despertó con el cuerpo dolorido. Se había quedado dormida en un lado del sofá, con la cabeza encima del reposa brazos y las piernas encogidas sobre una silla. Los ronquidos de la abuela resonaban desde el dormitorio. Lo que más deseaba era acostarse en la cama entre sus mullidas sábanas, pero había prometido a Diego que lo llamaría. Noelia era mujer de palabra. Lo que la mayoría de los mortales consideraba como una virtud, para ella suponía, en momentos como ese, todo un sacrificio. Marcó el número y, a los dos tonos, Diego contestó.

—Pensé que no me llamarías.

La voz del joven sonó fresca.

—Lo siento. Es muy tarde.

Por el contrario, la de Noelia sonaba pastosa y hueca por el sueño.

—No importa, estaba jugando con la consola.

Los párpados de Noelia se cerraban pesados por el cansancio.

—¿Has puesto ya en marcha el plan?

Aquella pregunta la desveló por completo e hizo que recordara de nuevo el encuentro. Seguía sin tener muchas ganas de hablar sobre lo que había ocurrido.

—Sí —atajó con seriedad.

—¿Cómo fue? —Diego se esmeraba por rellenar los largos silencios de ella

—He conocido a mi padre —respondió sin ánimos.

De nuevo reinó el mutismo.

—¿Todo bien?

Noelia negó con otro monosílabo lo que provocó que el joven se mostrara inquieto.

—No quiero molestarte, solo me preocupo por ti. Si prefieres dejar el tema, lo entenderé.

Un largo suspiro traspasó la línea telefónica.

—Diego, siento ser tan borde, sí, he conocido a mi padre y es un hombre encantador. Pero me contó que pensaba que mi madre se había escapado con otro cuando a él lo obligaron a irse a Alemania. Comprenderás que ante esa noticia no dé saltos de alegría. Además, le dijeron que mi madre había perdido el bebé. Ni siquiera sabía que yo existía.

—Noelia, ha tenido que ser muy duro para ti —interrumpió Diego, preocupado.

La joven no podía hablar. Lágrimas silenciosas le llenaban los ojos. Se aclaró la garganta en un esfuerzo por controlar sus emociones, pero fue en vano.

—No debí venir al pueblo, ni contactar con él. Ahora me siento fatal —declaró entre sollozos.

—Noelia, por favor, no llores. —Intentó tranquilizarla—. No tienes la culpa de nada. Si quieres, ahora mismo voy al pueblo para estar contigo.

—No lo hagas —pidió, apurada.

—Noelia... —susurró Diego—, me importas y no quiero verte sufrir.

Se sorprendió ante aquellas palabras. Al fin y al cabo, era una chica de aspecto corriente, no consideraba que hubiera aportado a Diego algo diferente de lo que podían ofrecerle otras mujeres mucho más atractivas e interesantes con las que él podía iniciar una relación.

—Gracias por todo, pero necesito estar sola.

Diego se demoró en contestar.

—De acuerdo. Antes de colgar quiero decirte que en unos días regresaré al pueblo y llevaré una sorpresa para ti. Cuídate —dijo para animarla.

Noelia se despidió sin mostrar entusiasmo. Sabía que había sido muy desagradable, pero estaba cansada y abatida. Solo quería dormir. Al despertar, vería las cosas de otra manera, al menos era lo que deseaba.

EL HERMANASTRO

El nuevo día despuntó soleado y espléndido, todo lo contrario a Noelia, que despertó con la misma angustia con la que se había quedado dormida. Era tal la desgana que sentía, que pasó gran parte del día leyendo. Eloísa le preguntó varias veces si le ocurría algo, la notaba más apagada de lo normal. La anciana incluso insistió en ponerle el termómetro por si se encontraba enferma. La joven no puso impedimentos, tampoco tenía ganas de discutir con ella.

Por la tarde, salieron juntas al jardín a deleitarse con el intenso aroma de las rosas y los jazmines. Corría un aire fresco y algo templado, presagiando que tanto la primavera como el verano serían bastante cálidos.

—Noelia, quiero preguntarte algo —susurró la anciana mientras admiraba el espléndido limonero cuajado de frutos y flores.

—Dime, abuela.

—Tú no serías capaz de ocultarme algo importante, ¿no?

La afirmación sobrecogió a Noelia y la dejó aturdida.

—Claro que no —consiguió responder.

Aunque deseaba volver a ver a su padre y aclarar quién le había contado tantas mentiras sobre su madre, en el fondo, pensaba que lo mejor para todos sería olvidar el encuentro y volver a la situación de antes, evitando el sufrimiento, una vez más, de su madre y de su abuela.

—Eso espero —precisó Eloísa.

—Abuela, ¿cómo supiste por primera vez que estabas enamorada? —preguntó Noelia para desviar su atención.

Antes de marcharse a Madrid, Eloísa y ella mantenían unas conversaciones largas y profundas sobre temas tan trascendentales como la vida, la muerte o el amor.

—Muy sencillo —se apresuró a contestar—. ¿Ves cómo están las rosas en primavera? —dijo la mujer, señalando hacia una maceta en la que brotaban flores con pétalos de un rojo tan intenso como el vino tinto.

—Cuando conocí a tu abuelo me sentí como las rosas en primavera: viva por dentro y por fuera, llena de color.

La mujer suspiró con melancolía.

—¿Qué sentiste tú, hija?

—Después de lo que has contado, lo mío sonará ridículo —señaló Noelia mientras apoyaba el brazo en el respaldo de la silla.

—Cuéntamelo —la animó Eloísa.

—La primera vez que supe lo que es el amor fue a los diecisiete años. Conocí a un chico mayor que yo al que adoraba, tanto que hubiera sido capaz de vivir el resto de mi vida metida en una urna de cristal junto a él. Solo quería abrazarlo, mirarlo, sentir su respiración...

—Una manera preciosa de entender el amor —afirmó la abuela, sonriente.

—Con el tiempo me di cuenta de que también se podía amar fuera de una urna —bromeó Noelia.

—Al menos para estirar las piernas —ironizó la anciana.

Las dos mujeres se quedaron en ese trocito de paraíso, el jardín, hablando unas veces en broma, otras en serio, sobre el amor y el desamor.

Al siguiente día, Noelia se levantó menos triste y más hambrienta, así que propuso a Eloísa que la ayudara a preparar algunas de sus comidas preferidas, como las sopaipillas. La receta consistía en una sencilla mezcla de harina, agua, levadura y sal; su única dificultad era hacer pequeños rectángulos con el grosor exacto para que, al freírlos en abundante aceite, se esponjaran y adoptaran una textura crujiente. Las dos mujeres hicieron una cantidad enorme de sopaipillas. Algunas las tomaron en el desayuno, mojadas en el café, y las que sobraron, las guardaron en una olla tapada para la merienda.

Por la tarde, tras el copioso desayuno y el almuerzo, estaban tan llenas que se sentaron en el sofá sin poder moverse.

—Me siento hinchada como un globo —bromeó Eloísa mientras se tocaba la barriga.

—Yo también —aseguró Noelia.

—Pero ¿sabes qué? —continuó la abuela—. Tenemos que ir pensando qué preparar para la cena.

—¡No! —protestó Noelia, revolcándose por la risa.

Las dos mujeres continuaban riendo cuando sonó el móvil de Noelia.

—Sí, ya voy. Gracias —contestó, dejando de reír y adoptando una actitud de preocupación.

La llamada era de Cristina para avisarle que Jacobo la esperaba en el hostel.

—Abuela, tengo que marcharme para... ayudar a Cristina —titubeó, inventándose una excusa sobre la marcha—. Tiene que organizar unos papeles, y le prometí que la ayudaría.

—¿A estas horas?

—Los necesita con urgencia —mintió.

—No se hable más, ¡dale recuerdos de mi parte! —exclamó la anciana.

—Lo haré —prometió la joven.

Una vez más, Noelia se arregló con prisas, pero esta vez examinó su melena a conciencia, aunque se la había lavado desde la última vez que vio a Jacobo. En pocos minutos, llegó a la recepción del hostel donde Cristina la esperaba lista para marcharse.

—Está en el comedor —anunció.

—Gracias, Cristina —agradeció Noelia, impaciente por encontrarse de nuevo con él.

—Ten cuidado —advirtió la mujer, preocupada por aquellos extraños encuentros.

Noelia asintió con la cabeza y sonrió para tranquilizarla.

En el comedor, Jacobo la esperaba sentado en la misma mesa donde se vieron la primera vez. Cuando ella llegó, él se levantó y se inclinó para darle dos besos.

—¿Qué quiere tomar? —preguntó el mismo camarero joven que los atendió la última vez.

—Una menta-poleo, por favor.

La digestión de la joven estaba resultando muy pesada por todo lo que había comido durante el desayuno y el almuerzo. Esperaron a tener las bebidas delante para empezar a hablar. Jacobo había pedido un café.

—¿Cómo estás? —Se interesó él.

—Hoy, mucho mejor —acertó a decir Noelia, sonriendo con esfuerzo.

—No ha sido fácil para los dos, pero me alegro de haberte encontrado —confesó el padre con cara de felicidad.

Sin embargo, no dejaba de refregarse las manos, ansioso.

—Lo que ocurre es que ayer... —musitó, dejando inacabada la frase.

—¿Qué ocurrió? —lo animó Noelia. No le había pasado desapercibido el tono de preocupación con el que hablaba.

—Ayer le conté a mi familia que te había conocido —aseguró con amargura.

Noelia se revolvió inquieta. Pensaba que Jacobo se había precipitado al hablar de ella tan pronto.

—Y ¿qué dijeron?

Antes de contestar, el hombre resopló y tomó un largo sorbo de café. Se quedó saboreando el líquido oscuro como si fueran las palabras que no se atrevía a pronunciar.

—Que todo lo que hicieron fue por el bien de los dos.

Tras decirlo, agachó la cabeza y se quedó mirando el suelo como si esperara que un inmenso agujero se lo tragara. Noelia, paciente, aguantó las ganas de gritarle que lo que en realidad había hecho su familia era arruinarles la vida.

—Me buscaron un buen trabajo en Alemania y yo le supliqué a tu madre que viniera conmigo —prosiguió sin levantar la cabeza—. Además, ellos insisten en que en el pueblo se decía que tu madre había perdido el niño y se había ido con otro.

Jacobo posó los codos sobre la mesa y se frotó la frente con los dedos. Aunque su aspecto era alicaído, en aquel momento, Noelia no sentía pena por él. Todo lo contrario, estaba furiosa porque su padre estaba demostrando ser un hombre débil que, de la misma forma que ocurrió años atrás, todavía seguía dejándose llevar por la familia.

—Eso quiere decir que pones en duda que sea tu hija y que mi madre alguna vez te quisiera —repuso la joven, intentando mantener la calma.

—No me malinterpretes. No dudo que seas mi hija, pero no sé quién propagó todas aquellas mentiras.

El sonido de pasos cruzando el comedor los interrumpió. Jacobo levantó la cabeza y sonrió feliz al ver al joven que se acercaba hacia ellos.

—Hijo, ¡has venido! —exclamó con visible alegría.

Noelia, que se encontraba de espaldas a la puerta, giró la cabeza. Junto a ella, mirándola de forma despectiva, había un joven alto, delgado, de pelo oscuro y las mismas entradas que Jacobo. Con las manos en los bolsillos de su chaqueta, continuó mirándola sin hacer caso a su padre, que lo invitaba a sentarse con ellos.

—¿Es ella? —preguntó sin rodeos.

El tono severo de sus palabras borró la sonrisa del padre.

—Noelia, este es mi hijo, Germán.

—Encantada —manifestó ella que, tras vacilar unos segundos, se levantó para estar a su altura.

El joven, sin inmutarse, la miró de arriba a abajo con descaro.

—No se parece en nada a ti —dijo, recalcando la palabra «nada».

—Germán, por favor, siéntate y hablemos con tranquilidad —apremió Jacobo, apurado.

El hijo no hizo caso y continuó de pie, con el cuerpo rígido y la mirada severa.

—No voy a sentarme con una estafadora —dictaminó con ira.

Noelia sintió una oleada de irritación que la sacudió por dentro, estuvo a punto de marcharse, pero no lo hizo por respeto a su padre. Para demostrar que no le

preocupaba lo que Germán dijera, alzó el rostro y lo miró sin temor. Él se acercó más a ella y le advirtió en tono amenazante:

—Solo vengo a decir que a mí no me engañas. No vas a conseguir nuestro dinero.

Noelia se retiró de él e, intentando sonar lo más sosegada posible, respondió:

—No quiero vuestro dinero. No lo necesito —enfaticó.

Al terminar de hablar, cogió el bolso con intención de marcharse.

—Él no es tu padre —masculló Germán—. Seguro que ni tu madre sabe quién es.

—¿Qué estás insinuando? —gritó Noelia, colérica, encarándose con él—. No voy a consentir que insultes a mi madre —espetó, acercándose tanto a él que casi se rozaban.

Jacobo agarró a su hijo por la chaqueta para alejarlo de ella.

—La hija de una mujer decente no tiene que buscar a su padre —exclamó mientras se carcajeaba con maldad.

—Ya está bien, Germán —reprendió Jacobo, empujándolo hacia la salida.

—¡Aléjate de mi familia! —tronó y sacudió el brazo para que su padre lo soltara.

En ese preciso momento, Diego entró en el comedor y se colocó frente a Germán. Llevaba una mochila al hombro y mostraba un aspecto cansado, sin afeitarse y con el pelo revuelto.

—Ya he escuchado bastante. No voy a permitir que insultes más a Noelia —intervino con voz calmada, dejando la mochila en el suelo.

—¿Ahora te dedicas a defender a impostoras? —se mofó Germán.

—Te he dicho que no la insultes —precisó Diego, elevando el tono de voz.

—Déjalo estar —pidió Noelia con angustia.

Los dos hombres se miraron con dureza durante unos segundos hasta que Jacobo, bastante afligido, empujó a su hijo hacia la salida.

—Hijo, vámonos, por favor —suplicó y mirando a Noelia se disculpó por el comportamiento del hijo—. Lo siento mucho.

—Sí, vámonos, «papá» —dijo Germán, recalcando esta última palabra y colocándose bien la chaqueta.

Después los miró con desprecio y se marchó seguido de Jacobo, que caminaba cabizbajo.

Noelia se acercó de nuevo a la mesa donde minutos antes había estado conversando con su padre y se dejó caer mientras respiraba con dificultad.

—Siento que hayas presenciado esto —lamentó.

Diego fue hacia una de las paredes del comedor y le propinó un fuerte golpe con el puño cerrado.

—¡Diego! —exclamó Noelia, asustada.

—Era para ese engreído. Tenía que soltarlo —dijo, frotándose la mano dolorida por el golpe.

Entonces se acercó a ella y se sentó a su lado para tranquilizarla. Noelia se fijó en lo roja e hinchada que se le había puesto la mano y la acarició.

—¿Estás mejor? —preguntó Diego con voz suave.

—Yo sí, pero tu mano... —musitó.

—A mí solo me preocupas tú —confesó con una tierna sonrisa—. No me gustó dejarte tan triste anoche y he adelantado mi vuelta al pueblo.

Se acercó para besarla cuando apareció Cristina muy acalorada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, alarmada. Se notaba que había llegado a la carrera—. Llamé para consultar una reserva y me han dicho que estaban discutiendo en el comedor.

Al ver entrar a su madre, Diego soltó la mano de Noelia con rapidez, dejándola confundida. No entendía cómo segundos antes la idolatraba, pero de cara a los demás, hacía como si no ocurriera nada entre los dos. «Bastantes problemas tengo ya para soportar otro desprecio», pensó la joven, molesta por la actitud de él.

—Lo siento, Cristina —pidió disculpas mientras se levantaba y se alejaba de Diego—. Jacobo es mi padre. Ni mi madre ni mi abuela saben que lo he conocido, pero ha llegado el momento de contárselo.

—¿Has discutido con él? —quiso saber Cristina, confundida.

—No, la discusión la ha provocado el hijo, mi hermanastro —contestó con acritud—. No le ha hecho mucha gracia que nos conociéramos.

—No sabía nada —clamó la mujer—. ¿Estás bien?

—Más o menos.

La joven se dirigió hacia la salida, pero antes de marcharse, decepcionada por lo ocurrido, añadió:

—No se volverá a repetir.

Diego salió tras ella y la abordó en la puerta del hostel.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó el joven, preocupado.

—Se lo contaré todo a mi abuela. No quiero que se entere por otras personas.

—Antes de que te vayas, me gustaría darte la sorpresa que te prometí.

Diego le tendió un sobre que sacó de la mochila. Noelia lo cogió con recelo. El último sobre que había tenido entre sus manos le estaba ocasionado demasiados problemas. Deseó que este fuera diferente.

—Ábrelo, te gustará.

Noelia extrajo un folio que, al abrirlo, resultó ser la fotocopia de un documento muy antiguo. En el encabezado rezaba que era una partida de matrimonio.

—Son los primeros antepasados de tu familia que llegaron al pueblo —explicó Diego.

La joven lo miró con un brillo de emoción en los ojos y continuó leyendo. La nota estaba fechada el 17 de abril de 1771. El matrimonio lo formaban Juan, procedente de la región de Lorraine entre Alemania y Francia; y Rosa, del cantón de Uri en Suiza.

—Pensé que te gustaría saberlo.

Diego la observó, paciente, esperando una respuesta.

—Me encanta la sorpresa —aseguró, complacida—. No deberías haberte tomado tantas molestias por mí.

—No ha sido tan complicado —confesó—. Raquel, la prima de mi socio, trabaja en el registro civil de Sevilla y, tras unas cuantas llamadas, consiguió la información. Es el único colono en la aldea que se registró durante aquella época con el apellido Rúger.

—¿Puedo quedármelo?

—Es para ti. Además, he hecho algunas averiguaciones y he descubierto que la región de Lorraine, que comparte frontera con tres países: Bélgica, Luxemburgo y Alemania, pasó a pertenecer a Francia tras la Segunda Guerra Mundial.

Noelia, abrumada por todo el interés que el joven se había tomado con aquel regalo, que tanto significaba para ella, se quedó plantada ante él sin saber cómo reaccionar.

—Gracias por todo —se limitó a decir y se marchó con la carta sujeta contra el pecho.

Al mirar atrás, comprobó que Diego aún la observaba desde la puerta. La joven caminaba deprisa, con ganas de llegar a casa. Debía contarle a Eloísa todo lo que había ocurrido antes de que el camarero y la recepcionista, que habían presenciado la discusión, lo divulgaran por todo el pueblo. La joven entró en la casa, se apoyó en la puerta y sonrió. Era el mejor regalo que le habían hecho nunca.

Eloísa, que ojeaba unos folletos, la recibió con una sonrisa. Noelia necesitaba hablar con ella, por lo que le propuso que salieran juntas a tomar un café en el jardín, bajo el limonero, el mejor lugar para revelar secretos y dejar fluir las emociones.

—¿Tengo que levantarme del sofá? —protestó Eloísa, remolona.

—Es importante, abuela.

Noelia no deseaba demorar por más tiempo lo que quería contarle. Eloísa se giró hacia ella con el ceño fruncido.

—Entonces, no se hable más. Salgamos —dictaminó—. ¿Podemos tomar un vinito dulce en vez de café?

La anciana hizo la propuesta con una actitud de súplica y un gracioso guiño; Noelia solo pudo sonreír a modo de aprobación. La joven cogió dos pequeños vasos para chupitos del aparador de la cocina y el vino dulce del frigorífico, y se dirigió al patio donde la esperaba Eloísa.

El sol acariciaba uno de los laterales del jardín, hacia allí llevaron la mesa y las dos sillas para recibir el calor de los rayos. Noelia llenó los vasos, y se deleitaron unos minutos con el sabor dulzón del vino viscoso y áspero procedente de Chipiona, un pueblo costero de Cádiz, muy popular entre los habitantes de Sevilla que lo elegían cada año como lugar de veraneo.

Noelia decidió iniciar la conversación con una buena noticia.

—¡Tengo una sorpresa para ti!

Entró de nuevo en la casa y salió al instante con el sobre que le había dado Diego.

—Toma. —Se lo ofreció a la abuela, mostrando una amplia sonrisa.

—¿Qué es? —preguntó la anciana, extrañada.

Dejó la copa en la mesa, extrajo el folio del sobre y desdobló el papel con cuidado.

—Partida de matrimonio —leyó en voz alta.

Levantó la vista y miró a Noelia con ojos expectantes.

—Continúa leyendo —la animó la joven, que la observaba sin querer perder detalle de su reacción al conocer el contenido.

Eloísa leyó el resto del documento en voz baja y, a medida que avanzaba, sus ojos se abrieron cada vez más.

—¡Tiene mi apellido! Son mis... ¿tatarabuelos? —acertó a decir al intentar, sin éxito, contar antepasados con los dedos.

—Sí, abuela. Es el colono que fundó tu familia en el pueblo.

—Esto es maravilloso. ¿Cómo lo has conseguido? —quiso saber, mostrando un brillo de emoción en su mirada.

—Es un regalo de Diego. Conoce a alguien que tiene un familiar trabajando en el registro —informó sin querer entrar en más detalles.

La anciana se quedó unos segundos contemplando el papel hasta que Noelia llamó su atención.

—Tengo algo importante que contarte.

Eloísa dejó el documento sobre la mesa, recuperó la copa y adoptó una postura más erguida.

—Empieza —la animó.

Noelia comenzó el relato por el día que conoció a Caroline y cómo la relacionó con Soledad al verlas juntas al salir de misa. También le contó que se había enterado de quién era su padre gracias a la ayuda de Diego, y que pidió permiso a Isabel para contactar con él. Por último, le habló de los dos encuentros que había tenido con Jacobo, incluida la aparición de Germán, aunque suavizó la desagradable escena para que la abuela no se inquietara.

Cuando Noelia terminó de hablar, Eloísa bebió de un solo trago todo el vino que le quedaba en el vaso.

—¡Maldita Soledad! —tronó con rabia.

—Jacobo la defiende porque piensa que no actuó con maldad —añadió la joven.

—¡Esa mujer es una bruja! Siempre quiso hacerme daño —manifestó para asombro de Noelia.

—¿Tú la conocías, abuela?

Eloísa asintió, hundida, y agarró el vaso de Noelia para beber lo que quedaba en él. Su nieta hizo el intento de quitárselo, pero su gesto autoritario la disuadió. Bebió deprisa todo el vino y expulsó el ardiente aliento con ímpetu.

—Era mi mejor amiga —sentenció.

Noelia no daba crédito a lo que acababa de escuchar. Se sentía como un personaje de ficción dentro de una novela. Sin pensarlo, le quitó el vaso a la anciana, lo llenó y lo tragó igual que si fuera agua corriente.

—¿Por qué no me lo habías contado? —protestó mientras se levantaba de la silla y daba vueltas por el jardín.

Eloísa la miraba, pensativa.

—¿Queréis volverme loca? ¡Ya no soy una niña! ¡Quiero saber toda la verdad! —gritó, furiosa, andando de un lado para otro.

—Si te tranquilizas, te lo contaré —apremió Eloísa.

La joven dejó de dar vueltas, tomó aire y se sentó de nuevo.

—Soledad y yo fuimos compañeras de colegio y, además, trabajamos juntas en el campo. Éramos inseparables hasta que ella se casó con el hijo de una familia rica,

procedentes del norte. El dinero se le subió tanto a la cabeza que dejó de hablarme. Siempre he pensado que yo le recordaba su pasado humilde del que se avergonzaba.

—Pero si no le hiciste nada malo, ¿por qué te odiaba tanto?

—Por celos. Yo siempre fui más guapa y más delgada que ella. Sus piernas regordetas la tenían muy acomplexada —repuso la anciana, estirando las suyas aún esbeltas para mostrárselas a su nieta—. Además, ella no aceptaba a tu madre porque no pertenecía a una familia rica como ellos.

—Pero, abuela, ella era pobre y se casó con un joven con dinero. ¿Por qué no hizo lo mismo por mi madre? No lo entiendo —expuso Noelia, confundida.

—Aunque ella nunca lo admitirá, se casó embarazada. Según me contó una amiga que trabajaba para ellos, meses después de la boda, tuvo un niño prematuro de más de cuatro kilos.

—Mi padre —precisó la joven.

—El mismo. Tu abuelo paterno era algo rarito. Siempre estaba enfermo, por eso la familia se trasladó al sur, para cambiar de clima. Aquí compraron tierras y no les fue nada mal.

—Diego me dijo que Soledad es viuda.

—¡Pobre Julián! —exclamó a la vez que se santiguaba mirando al cielo.

—¿Lo conocías?

—Lo vi alguna vez que otra por el pueblo con ella, que agarrada de su brazo caminaba pavoneándose. Estaba muy delgado y lucía grandes ojeras que lo hacían parecer mayor. Aunque no era del todo feo. Eso sí, tu abuelo José era muchísimo más guapo —aseguró, alzando el vaso que había vuelto a llenar de vino dulce—. Brindo por esa harpía que, por engreída, perdió la oportunidad de tener una nieta tan maravillosa como tú.

A estas alturas de la conversación y con media botella vacía, las mujeres dejaron de lamentarse por el pasado y se dedicaron a brindar por las personas que, para bien o para mal, eran parte importante de sus vidas.

—Brindo por mi padre —se animó Noelia con voz pastosa—. Por dejar escapar a una gran mujer, mi madre.

Eloísa aplaudió contenta y añadió:

—¡Brindo por tu madre y la cara que pondrá cuando se entere de lo que ha dicho tu padre!

Achispadas por tanto vino, la abuela y la nieta rieron a carcajadas, aunque Noelia no pudo evitar estremecerse un poco al pensar en Isabel. Aun así, terminaron la

botella con un repertorio de brindis dedicados también a las rosas, al limonero y hasta a una salamanquesa que paseaba tranquilamente por la pared del jardín.

Para asentar el alcohol, decidieron cenar las sopaipillas que habían sobrado del desayuno, que resultaron igual de deliciosas frías que calientes. Se acostaron pronto y cuando estaban cada una en su cama, Noelia escuchó que su abuela la llamaba en voz baja.

—Noelia, Noelia...

—Dime, abuela —contestó sin querer alzar la voz.

—Se nos ha olvidado brindar por una persona.

—¿Por quién? —preguntó la joven, ahogando la risa sobre la almohada.

—¡Por Diego! —gritó—. ¡Por guapo y simpático!

—¡Abuela! —regañó Noelia sin poder dejar de reír.

—Vale, me callo —contestó la anciana también riendo.

LA DESAPARICIÓN DE ELOÍSA

Noelia despertó con una fuerte resaca. Al levantarse, se sujetó la cabeza, que le daba tantas vueltas que podría caer al suelo en cualquier momento. Fue directa a la cocina donde buscó en cajones y estantes algún analgésico que calmara aquel terrible dolor. Allí no encontró nada y tampoco en el mueble del salón; despacio e intentando no hacer ruido, entró en el dormitorio de Eloísa. Sobre la mesita de noche había una caja con compartimentos repletos de pastillas de todos los colores y tamaños. Aunque la habitación estaba a oscuras, Noelia vislumbró la cama vacía y pensó que la abuela había ido al baño. Con el paracetamol en una mano y sujetándose la cabeza con la otra, volvió a la cocina donde tragó la pastilla con agua. Se asomó al jardín, pero no la vio allí y fue directa al baño. Pegó el oído a la puerta sin escuchar nada. Dio golpes suaves con los nudillos mientras llamaba a la anciana. Pero nadie contestó. «¿Dónde se habrá metido esta mujer tan temprano?», se preguntó, extrañada. En el reloj de la cocina, comprobó que eran las ocho de la mañana. «Muy pronto para salir a comprar», pensó. Al regresar al cuarto de baño para peinarse y lavarse los dientes, se dio cuenta de que la caja donde ella guardaba la bisutería estaba abierta y el interior revuelto. Faltaban unos pendientes, todas las pulseras, collares y un broche dorado. Aquello le pareció muy extraño. En pocos minutos, se peinó, se vistió y salió a la calle en busca de Eloísa. Dudó unos segundos hasta que decidió pasar por el hostel donde podría estar tomando café con Cristina.

En la recepción de La Buena Estrella, una chica que Noelia no conocía atendía el mostrador. Al preguntar por Cristina, la joven la miró con desconfianza.

—Soy su amiga —aseguró Noelia—. Estoy buscando a mi abuela. Quizás están desayunando juntas.

—Las únicas personas que están en el comedor son huéspedes del hostel.

—Me gustaría echar un vistazo—pidió Noelia con autoridad.

Estaba preocupada y entraría en el comedor con el permiso de la recepcionista o sin él. Justo en ese momento apareció Cristina.

—¿Has visto a mi abuela? —preguntó sin perder tiempo.

—No, vengo de mi casa. Puede que esté tomando café en el comedor.

—Voy a comprobarlo. —Se apresuró mientras echaba una mirada severa a la chica del mostrador.

En el comedor desayunaba una pareja de ancianos que la miraron sorprendidos por la manera tan abrupta que entró a la sala. Cristina fue tras ella.

—¿Pasa algo? —preguntó, inquieta.

—No estoy segura. Solo quiero saber dónde está —contestó, nerviosa—. Si aparece por aquí, llámame, por favor —pidió y de nuevo salió a la calle para continuar buscándola.

A paso ligero llegó hasta la tienda de alimentación donde Magdalena subía, en ese instante, la cancela de la entrada. La mujer acababa de llegar y le corroboró que no había visto a Eloísa. Noelia le dejó anotado su teléfono por si aparecía por la tienda.

Imaginando multitud de accidentes que le podrían haber ocurrido, Noelia caminó sin rumbo fijo, calle arriba, hasta que decidió acudir a las casas más cercanas a la de su abuela para preguntar a las vecinas por ella, pero nadie la había visto. También fue a la iglesia, al centro de salud y a un parque cercano a la casa. No había rastro de ella por ninguna parte. La joven, desesperada, la llamó a voces, en mitad de la calle. «¿Dónde estará?», pensó. Entonces, aliviada pero inquieta a la vez, sospechó de un lugar en el que podría encontrarla.

Corrió hacia las afueras del pueblo y cruzó el camino de tierra por el que ya había pasado varias veces. A lo lejos, Noelia reconoció una figura algo encorvada que esperaba en la entrada de la casa de Soledad.

El aspecto de la anciana indicaba que se había maquillado y arreglado mucho más de lo que solía hacer. Vestía un vestido color melocotón, que guardaba para las ocasiones especiales, y se había colocado todas las piezas de bisutería de Noelia. Además, llevaba unos zapatos con un poco de tacón. Noelia se percató de que se había preparado a conciencia para impresionar a Soledad.

—¡Abuela! ¡No vuelvas a marcharte sin avisar! ¿Qué haces aquí? —preguntó atropelladamente.

Eloísa la miró con indiferencia y, sin que Noelia pudiera evitarlo, tocó el timbre.

—Ahora, esperar —contestó, impasible.

—¡Abuela!

Noelia la agarró por el brazo para intentar alejarla de allí, pero antes de que pudiera hacerlo, una voz hueca y desconocida sonó desde el aparato anclado a la pared.

—¿Quién es?

—¿Está Soledad? —preguntó Eloísa mientras su nieta insistía en apartarla de la puerta.

—Soy yo.

La anciana miró con asombro a su nieta, porque no esperaba que fuera ella la que contestara.

—Soy Eloísa. ¡Quiero hablar contigo! —dijo con voz firme.

Noelia la miró incrédula ante la situación tan atípica que estaba presenciando.

Al otro lado se hizo el silencio hasta que una nueva voz también hueca, pero más profunda, volvió a preguntar.

—¿Quién es?

—Soy Eloísa. ¡Quiero hablar con Soledad! —exigió, molesta.

—Soy Jacobo. Ahora salgo.

Tras estas palabras, el pestillo de la cancela automática cedió con un clic. Eloísa hizo ademán de pasar, pero Noelia la sujetó con fuerza.

—Tú te quedas aquí conmigo —advirtió con severidad.

Al instante, se abrió la cancela y apareció Jacobo. Se acercó, intentando resultar educado, aunque no pudo evitar mostrar su perplejidad por encontrarlas allí a esas horas de la mañana.

—Buenos días —saludó con la mirada asustada clavada en ellas.

Antes de que Noelia pudiera hablar, Eloísa se acercó a él y le dijo con aspereza y decisión:

—Soy la madre de Isabel y quiero hablar con Soledad. Contigo ya hablaré más tarde.

Estaba claro que Eloísa no se amedrentaba ante nada ni nadie. Noelia intentó calmar un poco la situación.

—Perdona por presentarnos así, pero... —manifestó con aspecto de estar apurada.

—No importa. Yo sabía que esto podría ocurrir —contestó, cabizbajo.

—¿Y por qué has esperado tanto?

Eloísa continuaba en pie de guerra.

—¿Queréis pasar? —preguntó Jacobo en voz baja.

La anciana sin pensarlo dio unos pasos hacia el interior, cruzó la cancela de entrada y se plantó en medio del jardín. Se paró a observar con el ceño fruncido la cuidada vegetación que la rodeaba. La belleza de aquel espacio repleto de rosas de colores exóticos, gitanillas azules, jazmines y frondosos sauces llorones de ramas alicaídas de un bonito verde claro la fascinaba más de lo que ella hubiera querido.

—De aquí no me muevo hasta que hable con ella —amenazó con los brazos en jarra.

Jacobo cerró la cancela, atravesó el patio y subió los cuatro escalones de piedra que daban acceso a la majestuosa puerta de entrada. Antes de alcanzar el pomo, Soledad apareció de repente. La mujer vestía un elegante traje de chaqueta azul oscuro con encajes en la parte delantera y una falda plisada. Su peinado y maquillaje eran impecables. A pesar de lo arreglada que se presentó ante ellas, la joven vio a

Soledad más torpe y demacrada. Cuando se hallaron frente a frente, las ancianas se miraron desafiantes durante unos segundos, hasta que Eloísa rompió el tenso silencio entre ambas.

—No quiero volver a escuchar que mi hija dejó a tu hijo por otro ni que mi nieta no existió. ¡Aquí la tienes! ¡Mira lo guapa que es! —exclamó mientras agarraba a Noelia por el brazo y se pegaba a ella.

La joven miró alrededor con aire de querer escapar.

—Eso se lo dices a quienes la difamaron. Era lo que decía todo el pueblo. Y si no, ¿por qué os fuisteis?

Eloísa se puso roja de rabia, tensó tanto su cuerpo que Noelia le acarició el brazo para tranquilizarla.

—¡Nos fuimos para no veros nunca más! ¡No me engañas! ¡Tú inventaste todas esas mentiras porque no querías que nuestros hijos estuvieran juntos!

Las palabras salían de su boca con furia mientras la apuntaba de forma amenazadora con el dedo índice.

—Pero no conseguiste que mi hija fuera desdichada —continuó—. Todo lo contrario. Tener a mi nieta la convirtió en la mujer más feliz del mundo. Tú sí que tienes motivos para estar amargada, pensando en el daño que le hiciste a tu hijo, que no ha podido ver crecer a su propia hija.

Jacobo asistía a la disputa con el rostro tan afligido que se podía palpar su intenso dolor. Noelia lo miraba con pena y arrepentida porque sus ansias por conocerlo habían provocado aquella situación tan incómoda para todos.

—Yo conozco a todos mis nietos. Y mi hijo también ha sido muy feliz —clamó Soledad en tono desafiante.

—¡Mamá! —exclamó Jacobo, retándola—. Ella también es tu nieta.

La anciana miró a Noelia de arriba abajo, con los labios apretados en claro signo despectivo mientras la joven le sostenía la mirada.

—Tendrá que demostrarlo.

Caroline y Germán aparecieron tras ella, alertados por las voces del exterior.

—No hay nada que demostrar —sentenció Eloísa.

Sin añadir nada más, la mujer dio media vuelta y se dirigió hacia la salida. Antes de marcharse, Noelia observó cómo Soledad regresaba a la casa con la ayuda de los nietos, caminando con esfuerzo. Germán le lanzó una mirada soez, Noelia decidió ignorarlo para evitar hacer sufrir más a su padre, que permanecía junto a ella con los hombros caídos y el rostro compungido.

Jacobo las acompañó y, antes de salir, abrazó a Noelia, que le correspondió agradecida por cómo había admitido ante Soledad que ella era su hija. Al separarse, Eloísa los miró intentando mostrar indiferencia, aunque la nieta vislumbró un brillo más intenso en sus ojos.

—Mi madre insiste en que hizo lo mejor para mí, pero no tiene ni idea de lo mucho que yo quería a tu madre —puntualizó Jacobo—. No quiero que esto termine aquí —suplicó, cogiendo las manos a Noelia.

Ella le acarició uno de los hombros para calmarlo y negó con la cabeza porque el nudo que tenía en la garganta no la dejaba hablar.

A continuación, Jacobo apretó el interruptor para abrir la cancela y mientras se dirigían al exterior, de uno de los laterales del jardín, salió un hombre que vestía ropa de trabajo manchada de tierra. En las manos llevaba unas tijeras de podar.

—Soy Fernando —se presentó.

—Es mi hermano —agregó Jacobo, aunque el gran parecido entre ambos era más que evidente.

—He escuchado todo lo que ha ocurrido —dijo con rostro serio.

Noelia aguantó la respiración a la espera de la reacción de este nuevo personaje que había aparecido en esa rocambolesca historia.

—Creo que tengo algo importante que contaros —aseguró—. Salgamos fuera —propuso, dejando las tijeras en el suelo.

Una vez en el exterior, Fernando se frotó las manos y se rascó la cabeza, nervioso.

—Cuando mi hermano se marchó a Alemania, lo pasé mal. Yo tenía quince años y él lo era todo para mí.

Los hermanos se miraron con gesto de complicidad.

—La manera de mantener el contacto era, sobre todo, por carta y en todas las que envié, preguntaba por Isabel. Yo le escribí lo que mi madre me contó, que se había fugado con otro y que había perdido el bebé. No pensé que todo fuera mentira —explicó, arrepentido.

Noelia pugnaba en su interior por mantener sus sentimientos a raya y no dejar que se escapara toda la pena y la ira que la invadían. Tan solo asintió con la mirada baja, resignada porque en ese duro momento no se le ocurría otra cosa que hacer.

—¡Te lo dije! ¡Ella lo preparó todo! —apuntó Eloísa que ya había permanecido demasiado tiempo callada—. ¡Lo pagará!

—Ya lo está pagando. Mi madre está muy enferma —intervino Jacobo con voz lúgubre.

—No sabemos cuánto tiempo le queda... —apuntó Fernando mientras colocaba con ternura la mano sobre el hombro de su hermano.

—Lo siento —admitió Noelia, esperando que su abuela mostrara algún atisbo de solidaridad hacia los hermanos, pero la anciana no pronunció palabra.

—Gracias —susurró Jacobo.

—Es hora de marcharnos —dictaminó Eloísa, avanzando poco a poco.

—Sé que no está siendo fácil, pero yo solo quería conocerte —declaró Noelia entretanto su abuela se alejaba.

—Es lo mejor que nos ha podido pasar —admitió Jacobo, mostrando una amplia sonrisa—. Espero que sigamos viéndonos.

Noelia asintió varias veces con la cabeza, intentando mostrar entusiasmo, aunque, en aquellos momentos, le era difícil esconder la tristeza que sentía por la reacción de Soledad. Se despidió de ellos con un lacónico «adiós» y aligeró el paso para alcanzar a Eloísa, que la esperaba al final del camino.

Regresaron en silencio y a paso muy lento porque a Eloísa le costaba andar con los tacones. Viéndola caminar tan despacio y evitando cada piedra del sendero, Noelia entendió donde había estado la mayor parte del tiempo que permaneció buscándola.

En la puerta de la casa, las esperaban Cristina y muchas vecinas que aguardaban noticias sobre el paradero de la anciana. Las mujeres, al verlas, se acercaron a ellas dando muestras de alegría porque había aparecido sana y salva, como Noelia escuchó comentar. Eloísa se dejó mimar y actuó como una verdadera actriz.

—No ha sido nada. Solo un despiste. La edad, la edad... —manifestó teatralmente.

La mujer continuaba hablando con las vecinas, cuando Noelia vio a Diego alejado unos metros de la casa y mirándola con media sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, acercándose a él.

—Mi madre me llamó muy preocupada por vosotras.

—Mi abuela es incorregible —protestó Noelia, mirando a Eloísa, rodeada de un coro de mujeres —. Estaba en casa de Soledad —admitió, suspirando con tristeza—. Todo se ha complicado aún más.

Diego la miró, expectante.

—Te invito a comer —propuso.

—No puedo dejarla sola. No me fío de ella.

En el dintel de la puerta, Eloísa se dirigió a su nieta.

—Vete con Diego. Yo voy a comer con mis vecinas.

Noelia miró a Diego, sorprendida.

—¡Vaya oído tiene tu abuela! —exclamó, divertido.

La anciana entró en la casa, agradeciendo con tono melodramático:

—¡Qué haría yo sin vosotras!

LA CIUDAD DEL SOL

Aunque a Noelia no le agradaba la idea de dejar a Eloísa sola durante mucho tiempo, Diego la convenció para ir a comer a Écija, un municipio situado a unos quince kilómetros de Cañada Rosal. Recorrieron el camino en el coche de Noelia, que llevaba parado varios días y, como Andrés había insistido, era bueno para el motor que lo arrancara de vez en cuando. A pesar de lo ocurrido en la puerta de la pastelería, cuando Noelia obligó a Diego a cederle su puesto de piloto, esta vez fue ella la que le pasó las llaves del coche porque le resultaba muy atractivo cuando se concentraba en la carretera y le gustaba la forma en la que tensaba los músculos al volante.

Una vez que dejaron el pueblo, comenzaron el descenso hasta la ciudad vecina ubicada entre montañas. Desde lo alto del camino, la vista era espectacular, y Noelia recordó los pueblos en miniatura encerrados en el interior de esas bolas de cristal que al agitarlas cubren las casitas de nieve.

—¿Conoces Écija? —preguntó Diego.

—No, es la primera vez que voy. Lo único que conozco de ella es que la llaman la sartén de Andalucía por el calor tan intenso que hace en verano.

—Las temperaturas son tan altas que se puede freír un huevo sobre el asfalto —bromeó Diego.

—¡También lo había escuchado!

—Yo prefiero llamarla «La ciudad del sol». Es un nombre más poético —añadió él sin desviar la vista de la carretera que se estrechaba bastante en algunos tramos—. Y te habrás fijado —continuó, señalando con el dedo un punto lejano— la gran cantidad de torres que tiene.

—¡Muchísimas!

—Écija también es conocida como «La ciudad de las torres».

—¿A qué pertenecen todas esas torres? —preguntó la joven, contagiada del entusiasmo de Diego por la arquitectura y la historia.

—A las iglesias, palacios y conventos. ¿Quieres que te lleve a uno de ellos?

—¿Solo uno? ¡Me encantaría verlos todos!

—Iremos a mi edificio favorito. Te gustará.

Diego soltó la mano de la palanca de cambios para posarla sobre la de Noelia, que no lo esperaba y dio un pequeño respingo. Sintió arder su rostro y sin poder evitarlo, dibujó una sonrisa tonta. Sin retirar la mano del cálido contacto, pasó el resto del camino admirando el paisaje del lado de su ventanilla.

Al llegar a Écija, contemplaron una ciudad viva con calles repletas de paseantes y multitud de tiendas de todo tipo. No tenía nada que ver con la tranquilidad que reinaba de manera habitual en Cañada Rosal. Aparcaron, sin problemas, en una calle cercana al centro y pasearon, admirando los palacios señoriales que se erigían a su paso. Algunos mostraban un aspecto cuidado y esplendoroso mientras que, en otros, el exterior demacrado evidenciaba su abandono. En estos últimos, Diego se paraba más y contaba a Noelia los arreglos que él haría. Lo detallaba con tal entusiasmo que Noelia lo escuchaba atenta, aunque no entendiera algunos de los tecnicismos sobre arquitectura que él utilizaba.

Callejeando llegaron hasta una plaza inmensa que nada tenía que envidiar a la de las grandes ciudades. Tenía forma alargada y rectangular, estaba rodeada de bonitas edificaciones señoriales, entre ellas el ayuntamiento que destacaba al fondo. A la izquierda, se levantaban altas palmeras que aportaban un toque vegetal al conjunto y a la derecha la torre de una iglesia destacaba sobre todo lo demás.

—¡Bienvenida a la plaza de España, el salón de Écija! —anunció Diego, mostrándola con los brazos abiertos, intentando abarcar toda su magnitud.

Un grupo de madres paseaba con niños pequeños sentados en carritos; varios ancianos, acomodados en unos bancos, discutían sobre política; y en uno de los extremos, unos pintores intentaban immortalizar, en lienzos de distintos tamaños, la luz que se derramaba como oro líquido por la fachada de la iglesia.

Tras visitar la parroquia de Santa María y acercándose la hora del almuerzo, Diego decidió que ya era hora de ver su edificación preferida. Se adentraron en un entresijo sinuoso y laberíntico de calles estrechas y empinadas, de grandes adoquines. Al fin, llegaron frente a un alto muro blanco con una gran puerta de madera oscura, de doble hoja y aspecto muy antiguo, situada en el centro. En la parte superior del portón, una ventanita con una reja pequeña hacía las veces de mirilla. Diego llamó, golpeando un aldabón pesado de cobre contra la superficie mate por el desgaste.

—Esto es un convento, ¿no? —preguntó Noelia, dudosa.

Antes que al joven le diera tiempo a contestar, al otro lado de la reja apareció la cabeza de una mujer con una cofia blanca y vistosos ojos almendrados.

—¡Diego! —exclamó la desconocida con gran alegría.

La puerta se abrió lo justo para que pasaran de perfil. Diego y la monja, que era tan alta como él, se abrazaron de forma afectuosa.

—Sor Leonor, ¡estás radiante! —la piropeó Diego.

La religiosa era, además de alta, muy delgada, con la piel tan blanca que parecía pasada por harina, y con finas arrugas que delataban una edad superior a su porte esbelto.

—¡Cuánto tiempo! Tu tía estará encantada de verte —anunció, desvelando todo el misterio.

Noelia descubrió por qué aquel convento significaba tanto para Diego.

—¿Quién es esta jovencita? —preguntó con tono dulzón, refiriéndose a Noelia.

—Es una amiga. Se llama Noelia.

La joven se quedó del todo bloqueada porque no tenía ni idea de cuál era el protocolo a seguir para saludar a una monja. Entonces, sor Leonor se acercó a ella y le dio un tierno abrazo. La mujer olía a lavanda.

—Ya sabes cómo encontrar a tu tía. Yo me quedo esperando al panadero.

—¡Claro! —asintió Diego con sonrisa traviesa.

—¡No te metas en nuestras habitaciones como hacías cuando eras pequeño! —advirtió, apuntándolo con el dedo.

Entre risas se dirigieron hacia la cocina. Avanzaron por un ancho pasillo con el suelo de barro y las paredes decoradas con cuadros que representaban imágenes de la Biblia. Al final, se adentraron de lleno en un patio interior colmado de hermosas flores, entre las que Noelia distinguió damas de noche y azaleas. En uno de los laterales del patio, Diego se situó frente a una puerta de madera oscura y la golpeó varias veces con los nudillos.

—¡Adelante! —contestó una voz risueña que a Noelia le resultó familiar.

El joven volvió a golpear la puerta mientras Noelia lo miraba extrañada. Él le sonrió, llevándose un dedo a los labios para indicarle que no dijera nada. La joven entendió que quería darle una sorpresa.

—Leonor, ¿eres tú?

Diego aporreó de nuevo la puerta, esta vez más fuerte, lo que alarmó a la mujer.

—¡Ya voy! —clamó y empezó a rezar un Ave María en voz alta.

—Lo hace cuando se enfada, para calmarse —susurró Diego sin dejar de sonreír.

La puerta se abrió y apareció una monja menuda, de anchas caderas y con los ojos redondos, hundidos en arrugas, que se parecían mucho a los de Cristina.

—¡Dieguito! ¡Mi niño!

Los dos se fundieron en un intenso y largo abrazo hasta que Diego la elevó del suelo y la volvió a soltar. Ella se recompuso la cofia y la falda y le dio varios besos muy sonoros.

—Te presento a sor Victoria, la hermana melliza de mi madre.

La abadesa la recibió con un caluroso abrazo y un beso igual de ruidoso que los que le había dado al sobrino.

—¡Adelante! —los invitó.

La estancia era de un blanco cegador, con pocos muebles, también blancos y algo desgastados, repartidos, sobre todo por la parte baja. De las paredes colgaban sartenes, cazuelas y espumaderas.

—¿Habéis comido? —preguntó la madre a la vez que removía unas espinacas con garbanzos que desprendían un olor irresistible.

—No, tía. —Se adelantó Diego sin dar tiempo a que Noelia pudiera rechazar la invitación.

Ella lo miró, apurada, y él le correspondió encogiendo los hombros.

—Os voy a poner un plato de espinacas y unas croquetas de carne de cocido.

Sor Victoria se movía por la cocina con una agilidad asombrosa, removiendo aquí, probando allá, y entremedio, les puso de comer en una mesa situada en el centro de la cocina, rodeada de varias sillas con los asientos de enea. Todo en un santiamén.

—Podéis comer tranquilos. Yo voy a preparar el comedor para las hermanas. Quedamos muy poquitas, pero nos apañamos bien con las tareas.

Y sin añadir nada más, salió veloz por la puerta.

—Seguro que nunca has tenido una cita como esta —bromeó Diego mientras hundía el tenedor en el plato humeante de espinacas.

Ella le dedicó su mejor sonrisa y lo imitó. Cogió una cantidad abultada de hojas verdes y, tras soplarla varias veces, se la metió en la boca. Elevó la mirada al cielo en señal de aprobación y repitió bocado. Las croquetas también estaban deliciosas, con el rebosado crujiente y la masa del interior suave. Durante largo rato, los dos jóvenes se recrearon en silencio con los sabores de la comida.

Una vez terminados los platos, a la espera de sor Victoria, se distrajeron hablando sobre el convento hasta que Diego se recostó sobre el respaldo de la silla e hizo una pregunta a Noelia que la puso algo nerviosa.

—¿Por qué no me cuentas algo más de ti? ¿A qué te dedicabas antes de llegar al pueblo?

—Como era mala estudiante, ayudaba a mi madre con el negocio —admitió.

Noelia se revolvió inquieta en la silla.

—Pero me he quedado sin trabajo porque mi madre ya tiene quien la ayude —dejó escapar.

—¿Qué harás ahora?

La joven puso cara de misterio y se demoró en contestar unos segundos.

—Estoy dándole vueltas a un proyecto —confesó.

Diego apoyó los brazos sobre la mesa y se enderezó para atender mejor a la joven.

—Cuéntame.

—No sé si mi madre me dará su aprobación, así que prefiero esperar.

—¿Por qué piensas eso de tu madre?

—Como me marché a Madrid de manera tan imprevista... —susurró, triste.

—Una madre siempre te apoyará pase lo que pase —aseguró él con decisión.

—Tienes razón —contestó, tímida.

Noelia expuso, con todo lujo de detalles, la idea que llevaba madurando desde que llegó al pueblo: abrir un taller de repostería. Años atrás, Isabel había adquirido, junto a la pastelería, un pequeño local que compró a muy buen precio y que permanecía aún en bruto. La mujer solo lo utilizaba como almacén. Aunque el sitio no era demasiado espacioso, Noelia consideraba que era ideal para poner en marcha el taller, donde daría clases de repostería y celebraría fiestas de cumpleaños infantiles y para adultos.

—¡Una idea genial! Ya sabes que cuentas conmigo para arreglar el local —exclamó Diego con entusiasmo, lo que hizo sonreír a la joven.

—No quiero hacerme ilusiones hasta que mi madre me dé su consentimiento —expuso con cautela.

—Estoy seguro de que le encantará —sentenció él.

—Hasta he pensado como sería el taller. Pondría una mesa alargada de madera en el centro, con bancos alrededor, la cocina a un lado y un despacho en el fondo.

Mientras hablaba, Diego sacó un papel de su cartera y le preguntó a Noelia si llevaba un bolígrafo en el bolso. Ella rebuscó en él y cuando lo encontró se lo pasó.

—¿Cómo es el local? ¿Dónde está situada la puerta de entrada? —quiso saber Diego.

Noelia le describió al detalle el local, y el joven se dedicó a hacer un dibujo que, a pequeña escala, captó todo lo que la joven quería hacer en él. Tras firmarlo en una esquina, se lo entregó. Ella lo recogió con sumo cuidado, lo estudió con talante serio y lo guardó doblado en el bolso.

—Estaré encantado de ayudarte a cumplir tu sueño. Tengo una vitrina antigua que puede quedar muy bien para almacenar cosas. Será mi regalo.

En ese instante, sor Victoria entró por la puerta muy apurada.

—Siento haber tardado tanto, pero hemos aprovechado para rezar la hora de la Misericordia antes de comer.

Noelia y Diego ayudaron a la religiosa a preparar los platos que tenía que llevar al comedor. Al momento, llegaron otras dos monjas, sor Rosa y sor Clarisa, para ayudar. En total, eran seis monjas en el convento, subsistían gracias a la elaboración de dulces caseros, que vendían durante todo el año, aunque las ventas se

incrementaban en Navidad y Semana Santa. Con el dinero que recaudaban, también ayudaban a los más necesitados y mantenían el convento en el que Diego ya había hecho numerosas reformas, según explicó sor Leonor.

Mientras las monjas comían, Diego se ofreció para ser el guía de Noelia en la visita al convento. Antes de salir del comedor, le advirtieron al unísono.

—¡No entres en nuestras habitaciones!

En primer lugar, Diego le enseñó a Noelia la capilla, pequeña pero muy acogedora, con pocos bancos alineados y una sencilla figura de Cristo crucificado en madera tallada. De allí pasaron al salón, que contaba con un par de sillones descoloridos, una mesa con una radio que aparentaba tener muchos años y un piano situado en uno de los rincones de la sala. Diego se acercó al instrumento, levantó la tapa y tocó varias notas.

—Sor Presentación, la monja más anciana, me enseñó a tocar cuando era niño —recordó con nostalgia.

Abandonaron el salón y atravesaron un pasillo estrecho con puertas a uno y otro lado.

—Estos son los dormitorios —cuchicheó Diego mientras avanzaba despacio.

Noelia lo agarró del brazo y tiró de él hacia atrás.

—Ni se te ocurra —lo riñó.

Los anchos muros hacían que la temperatura en el interior del convento fuera fresca y agradable. Al cruzar las distintas estancias, sus pasos resonaban entre tanto silencio. Tras rodear todo el edificio, regresaron al patio central.

—Cuando era pequeño venía siempre con mi madre a visitar a mi tía, que en realidad quería ser monja de clausura, pero como sabía que mi madre lo pasaría muy mal, decidió quedarse en este convento, cerca de nosotros —contó Diego mientras paseaban entre pequeñas campanillas florales en tonos rosas, blancos y morados—. Aquí fue donde descubrí mi pasión por los edificios antiguos.

Noelia no se cansaba de escuchar las muchas historias que Diego le iba contando. Esa última le hizo ver que el carácter de Diego era, a partes iguales, un poco canalla, por su ascendencia bandolera, y otro poco sensible, por las influencias de una monja tan bondadosa como era su tía.

Una vez recorrido todo el convento, regresaron a la cocina donde los esperaba sor Victoria. Se despidieron de ella con un abrazo y unos cuantos besos escandalosos. La mujer los obsequió con unas cajitas pequeñas llenas de roscos fritos espolvoreados con azúcar y canela.

Tras agradecer el regalo, se marcharon con la promesa de volver pronto. Noelia preguntó si podía regresar con su abuela a quien, estaba segura, le entusiasmaría visitar el convento y comprar algunos de los dulces. Sor Victoria respondió que las recibirían con los brazos abiertos.

Antes de salir, en el recibidor, Diego se adelantó y echó dinero en el cepillo para la caridad. Noelia hizo lo mismo, satisfecha por contribuir a mejorar la vida de aquellas monjas y de las personas a las que ellas ayudaban.

Cuando dejaron el convento, pasadas las cinco de la tarde, Noelia continuaba impresionada por la visita y no paraba de comentar lo que habían visto y comido. Diego la escuchaba, complacido. Hasta que llegó un momento en el que los dos guardaron silencio, solo paseaban y se lanzaban miradas de soslayo acompañadas de livianas sonrisas. Tomaron el camino más directo hacia el lugar en el que estaba aparcado el coche. Cuando llegaron, Diego agarró de la mano a Noelia, la colocó de nuevo sobre la puerta del vehículo como hiciera días atrás, y la besó con urgencia y pasión. Noelia respondió a sus besos con avidez, sintiendo que en su interior se desataba un caos de sentimientos.

—Esta vez no te escaparás —le susurró Diego al oído.

Noelia se juró no ser tan inaccesible y dejarse llevar por lo que sentía en aquel momento, un deseo que superaba a todo pensamiento razonable.

El camino de vuelta transcurrió entre miradas encendidas, caricias ardientes y besos cálidos que incluso llevaron a Diego a dar algún volantazo, por fortuna sin fatales consecuencias. Pero la prisa era tanta que devoraba los kilómetros tan rápido como el fuego arrasa la hierba seca.

Aparcó frente a su chalet, y Noelia, nerviosa, necesitó varios intentos para soltar el cinturón de seguridad. Diego la abrazó para entrar pegado a ella mientras le besaba el cuello, la cara, los ojos, la nariz... Solo estaba empezando, y Noelia se derretía como la mantequilla sobre el pan recién horneado.

—Me encanta tu voz, tu olor, tu sonrisa... Me gusta todo de ti —decía Diego mientras la conducía de la mano al dormitorio.

Allí se desnudaron con la misma premura con la que se besaban, y solo pararon para recrearse en sus cuerpos, musculoso y apretado el de él, suave y con curvas el de ella. Diego la tumbó sobre la cama y se fundieron como figuras de cera en una hoguera. Al sentirlo dentro de ella y estallar de placer, unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

Tras el dulce encuentro, continuaron abrazados, escuchando sus respiraciones agitadas. Diego le acariciaba el cabello y le daba besos fugaces sobre él. Ella se quedó tumbada sobre su pecho, rebosante de alegría.

—¿Quieres algo de beber? —propuso él, rodeándola con los brazos.

Ella asintió con expresión risueña. En ese momento, por él, hubiera caminado sobre brasas ardiendo si se lo hubiera pedido.

Diego se levantó y, desnudo, caminó hacia la cocina. Noelia lo escuchó abriendo y cerrando muebles. Al instante, apareció con una botella de vino y dos copas.

—Para celebrarlo. —Guiñó, alzando la botella.

Con las copas llenas, Noelia se apoyó sobre Diego, envuelta en la sábana. Era tal la necesidad que tenía de él, que no pudo evitar una pregunta que era considerada tabú en un primer encuentro sexual, sin compromiso.

—¿Qué pasará ahora con nosotros?

Diego bebió un largo trago de su copa y se pasó los dedos por el cabello como tantas veces antes viera hacer Noelia, sobre todo cada vez que se ponía nervioso.

—¿Te refieres a qué haremos después de tomar el vino? —ironizó con intención de evadir una respuesta.

—No, Diego. Me refiero a como continuaremos esta historia.

Él suspiró hondo y levantó la vista.

—No tengo ni idea, Noelia —dijo al fin—. Los dos venimos de relaciones que salieron mal. Lo importante, ahora, es que nos divirtamos juntos.

Noelia se retiró sin dar crédito a estas palabras. Para él, aquel encuentro solo había significado un rato de diversión.

—Noelia, tú me gustas mucho... —acertó a decir él con esfuerzo—. Pero no me pidas más, por favor.

Los ojos de la joven se humedecieron y, haciendo un gran esfuerzo por no llorar, se retiró de él y se sentó en la cama.

—No te estoy pidiendo que te cases conmigo —corrigió, dolida.

—Solo te pido paciencia.

—Ya entiendo —dijo saliendo de la cama.

Diego también se levantó, se acercó a ella y la giró hacia él.

—No te vayas así.

—Déjame, Diego —lo increpó y se despegó de él con brusquedad.

Noelia rebuscó su ropa esparcida por todo el dormitorio y se vistió con premura. Él la observaba apoyado en el quicio de la puerta.

—¿Te das cuenta de que es la segunda vez que me dejas tirado? —le reprochó.

Noelia intentó ignorar el comentario, pero a medio vestir se acercó a él, furiosa.

—Porque no eres claro conmigo.

Diego la miró con recelo y decidió dejarla marchar. Noelia buscó las llaves del coche y el bolso que ella había arrojado por la forma en la que entraron a la casa, y salió sin mirar atrás. Desde dentro, Diego abrió la cancela y ella se marchó con prisas por entrar en el coche. Maldijo la llave porque no atinó a meterla en la cerradura hasta que, por fin, consiguió abrir la puerta y se sentó, abatida. Entonces lloró con desesperación y volvió la vista hacia la cancela con la esperanza de encontrar allí a Diego. Pero él no estaba, y tampoco salió durante los minutos que ella permaneció en el coche. «¡Idiota, idiota!» se insultó a sí misma y, con las lágrimas saliendo a borbotones, emprendió el regreso a casa. A unos metros de distancia, volvió de nuevo la cabeza, pero solo vio la cancela cerrada.

Cuando Noelia salió de la casa de Diego, ya había empezado a oscurecer. La noche no se presentaba muy fría por lo que las calles estaban concurridas de remolones que se resistían a regresar a sus casas. La joven aparcó cerca de la vivienda que ahora permanecía solitaria, con la puerta cerrada a cal y canto, cuando la había dejado tan animada como una feria. Abrió con la llave y le extrañó descubrir el salón a oscuras y en silencio. Supuso que Eloísa ya se había acostado, aunque no solía hacerlo tan temprano. Avanzó con cautela y dio un respingo cuando encontró a la abuela sentada en el sillón. Noelia encendió una lamparita pequeña que había en el mueble del salón y se topó con la mirada ausente de la anciana.

—Hija, no me encuentro bien —dijo con un hilo de voz.

—¿Qué te ocurre, abuela? —preguntó, arrodillándose junto a ella.

Noelia vio que el rostro de la mujer estaba descompuesto y, al cogerle las manos, comprobó que las tenía heladas y las pulsaciones muy aceleradas.

—¡Vamos al médico! —anunció con urgencia.

Apoyándose en su nieta, Eloísa recorrió con esfuerzo el trayecto hasta el coche. Aunque el centro de salud no se hallaba muy lejos de la casa, el estado de la abuela impedía que pudieran ir caminando. Noelia condujo lo más rápido que pudo, temía que a Eloísa se le repitiera la angina de pecho. Habían sido demasiadas emociones en un solo día. Mientras conducía, la miraba de reojo, de forma insistente, porque su rostro cada vez estaba más desencajado y le costaba respirar. La preocupación de la joven iba en aumento y lamentaba no haber estado junto a ella cuando empezó a encontrarse mal.

En pocos minutos, llegaron al centro de salud; Noelia aparcó en la misma puerta de urgencias y pidió ayuda. Un celador se acercó rápido con una silla de ruedas, cargó a la abuela con una facilidad increíble y la condujo veloz dentro del edificio.

—Usted encárguese de dar los datos en el mostrador —ordenó antes con firmeza.

Noelia había cogido el bolso de su abuela a la carrera y de él sacó, con mano temblorosa, la tarjeta sanitaria.

Una joven se encargó de pasar al ordenador los datos que necesitaba a la vez que Noelia no dejaba de mirar hacia la puerta por la que el celador se había adentrado con Eloísa.

—¿Puedo pasar? —preguntó con cara de súplica.

—Debe permanecer en la sala de espera —contestó la administrativa en tono de disculpa.

En la fría y desierta sala, Noelia esperó apoyada sobre la pared y con la vista puesta en el pasillo de las consultas. Pasada una hora, que se le hizo eterna, la puerta se abrió y apareció una mujer de mediana edad, alta y delgada. Tenía el pelo muy corto, casi como un militar, y unas gafas muy elegantes. Noelia se plantó frente a ella de un salto.

—Acompáñeme —pidió la recién llegada con un gesto amable y una sonrisa que Noelia interpretó como una buena señal.

Al entrar en la sala, vio a la abuela tumbada en la camilla y con las mejillas de un tono un poco más rosado. Además, la anciana la recibió con una leve sonrisa.

—Te he dado un buen susto —dijo con voz débil.

Noelia se acercó a ella, la besó en la frente y le cogió la mano con fuerza.

—No lo vuelvas a hacer —la regañó en broma.

La doctora Beltrán, como ella misma se presentó, informó a Noelia que Eloísa había sufrido una subida de tensión provocada por un impacto emocional.

—Le he administrado un calmante, y la tensión se ha estabilizado. De todas formas, debería hacerse un chequeo más exhaustivo en el hospital —recomendó la doctora.

—Cuando volvamos a Sevilla —susurró Eloísa con desgana.

—Señora Rúger, le aconsejo que se lo haga lo antes posible —advirtió la mujer con decisión—. Como he leído en su historial, ya ha sufrido una angina de pecho, y no sería recomendable que se volviera a repetir.

Miró a Noelia y continuó:

—Hay que vigilarle la tensión, una nueva subida puede tener graves consecuencias.

—Mañana mismo iremos al hospital —aseguró Noelia sin hacer caso de la mirada de disgusto que le dirigió la abuela.

—De acuerdo —asintió la médica—. Con este calmante dormirá sin problemas, pero si me necesitan, estaré de guardia toda la noche.

Les entregó un papel con un número de móvil donde podían localizarla anotado.

—Muchas gracias —agradeció Noelia.

Eloísa se levantó de la camilla, ayudada por su nieta y la doctora. Aunque el celador había dejado la silla de ruedas en la consulta, la mujer se negó a subir en ella.

—¡Puedo caminar sola! —afirmó, mostrando una gran entereza.

Se despidió de la médica con un cariñoso abrazo que fue correspondido. Se notaba que la doctora Beltrán disfrutaba con su trabajo.

Cuando dejaron el centro de salud, Eloísa se despidió del celador de forma muy amigable y, mientras entraba en el coche con la ayuda de su nieta, le contó que el hombre la llevó tan rápido en la «endiablada silla de ruedas», como la llamó, que casi chocan contra una vitrina llena de medicamentos.

Durante el camino de vuelta, la anciana habló sin parar de temas que nada tenían que ver con el más importante y temido por ella. Por la mañana, tendrían que volver a Sevilla y, una vez allí, Noelia tenía la firme intención de quedarse y dar por terminada las vacaciones en el pueblo.

En cuanto el calmante hizo efecto, y Noelia escuchó los fuertes ronquidos de la abuela, empezó a preparar las maletas. Decidió que saldrían por la mañana temprano y, tras dejar el equipaje en el piso, irían al hospital donde con seguridad pasarían unas cuantas horas mientras le hacían pruebas y esperaban los resultados. Noelia apenas durmió durante la noche, pendiente de su abuela y dándole vueltas a lo que había ocurrido con Diego. Por una parte, no podía evitar una sonrisa bobalicona al pensar en el momento tan íntimo que habían compartido juntos, pero, por otra parte, la ponía furiosa la manera en la que le había dado calabazas. Ella también lo había pasado mal con su ex novio, pero no había tirado la toalla y se veía preparada para iniciar una nueva relación. Por supuesto que no se oponía a los encuentros de una noche, pero ella soñaba con formar una familia en un futuro, junto a un marido adorable, hijos malcriados y un perro revoltoso. Por desgracia, el marido que imaginaba tenía la cara, el cuerpo y el carácter de Diego. Aunque, en un principio, había intentado por todos los medios evitar enamorarse de él, había caído rendida a sus encantos ocultos que afloraban poco a poco en pequeñas dosis.

Antes del amanecer, Noelia se levantó de la cama y preparó café bien cargado. Tras la noche en vela, necesitaba mucha cafeína para no dormirse al volante en el camino de regreso. Se sentó en el jardín para tomarlo y disfrutar del que era su lugar preferido de la casa. En realidad, lo echaría de menos, al igual que otros lugares y personas de aquel pueblo, que había terminado por convertirse en un escenario de

encuentros y desencuentros importantes en su vida. Pero ya estaba cansada de lamentarse. A partir de ese momento, empezaría una nueva etapa en la que estaba dispuesta a hacer realidad su sueño de abrir el taller.

Sumida en estas ensoñaciones, no escuchó a Eloísa que apareció en la puerta del jardín con el camisón y los ojos hinchados de dormir.

—Ya estoy bien. No necesito ir al hospital —dijo con la voz pastosa por el calmante.

Noelia se giró y la miró unos segundos, en actitud desafiante.

—Abuela, ya está decidido. Nos vamos.

—¿Podemos despedirnos de Cristina y de las vecinas? —preguntó la anciana con desánimo.

Pero, al pronto, cambió el gesto e hizo un mohín ingenuo.

—No voy a despedirme porque no tardaré mucho en volver —aseguró.

Noelia continuó con el café sin molestarse en contradecirla. Ya tendría tiempo de discutirlo con ella.

SEGUNDA PARTE

EL TALLER DE REPOSTERÍA

Isabel, avisada por Noelia la noche antes, las esperaba en el portal para ayudar a subir las maletas. A pesar de la cara compungida de Eloísa, la mujer no pudo evitar mostrar alegría por tenerlas otra vez de vuelta. Tras dejar el equipaje, abuela, madre y nieta fueron juntas al hospital donde le realizaron a Eloísa un chequeo exhaustivo. Pasaron largas horas entre pruebas y esperas que concluyeron con un diagnóstico que evidenciaba el empeoramiento de la hipertensión arterial que, meses atrás, había desencadenado la angina de pecho. El especialista encargado de atenderla le recetó nuevos medicamentos y le indicó que redujera al mínimo la sal y el azúcar de su dieta, lo que no gustó nada a la anciana, que disfrutaba tanto con la buena comida. Isabel no comentó que tenían una pastelería, lo que hacía imposible que Eloísa no probara nada de azúcar.

Tras la larga y tediosa visita al hospital, regresaron al piso y acomodaron a Eloísa en un sillón, atendiéndola con mucho mimo.

—¡Qué no tengo nada! —gritó, exasperada ante tantas atenciones.

Ambas mujeres decidieron dejarla descansar. Noelia aprovechó para proponer a su madre que fueran a dar un paseo, y poder así hablar tranquilas. Como era un día de poco trabajo en la pastelería, Isabel aceptó encantada y, agarradas del brazo, caminaron despacio por la avenida en la que vivían, deteniéndose en algunos escaparates, hasta llegar a sentarse en el banco de un parque cercano. La zona en la que pararon estaba repleta de eucaliptos que desprendían un olor muy agradable.

—¿Qué te ha parecido el pueblo? —comenzó preguntando Isabel.

—No está mal, incluso le he cogido un poco de cariño —bromeó la joven.

—Yo tenía entendido que se le coge cariño a las personas, no a los lugares —aseguró la madre en clara alusión al joven, Diego, que la esperó frente a la pastelería.

—Hay un poco de todo —dejó caer Noelia.

Pero ella no quería hablarle de Diego, sino del proyecto relacionado con la pastelería.

—Mamá, quiero proponerte algo —expuso sin rodeos.

Isabel la miró dispuesta aunque expectante por conocer de qué se trataba.

—Me gustaría volver a la pastelería.

—¡Estupendo! A Marlina y a mí nos hace falta ayuda.

Noelia se quedó callada unos segundos, buscando con la mente las palabras más adecuadas para hablarle de sus ideas, que distaban mucho de atender en el mostrador. Se armó de valor y arrancó de nuevo a hablar.

—Aparte de que os ayude en el mostrador —mintió porque era una tarea que no le agradaba—, también podríamos ampliar el negocio con un taller de repostería en el local de al lado.

Isabel escuchó atenta lo que le explicó su hija sin mostrar gesto alguno que reflejara qué le parecía la idea. La joven esperó, impaciente, una respuesta de su madre, que se entretuvo observando un pájaro de vistosos colores que se había apoyado en la rama de un árbol, situado junto a ellas.

—Creo que... —Habló mientras se colocaba bien el foulard que llevaba al cuello—. Es... —pronunció las palabras con un tono tan bajo que Noelia no la entendió.

—¿Qué es mala o buena idea? —preguntó Noelia, alterada.

—¡Muy buena idea! —exclamó Isabel a la vez que la abrazaba—. Es justo lo que necesita Canela. Han abierto otra pastelería cerca, y tenemos que destacar con nuevas propuestas para no perder clientela.

Se acercaba la hora de comer, e Isabel quiso dar por terminada la charla e hizo el intento de ponerse en pie, pero su hija impidió que lo hiciera, agarrándola del brazo. Le quedaba una pregunta por hacer y no se iría sin formularla. Isabel habló primero.

—Tu abuela ya me ha puesto al tanto de todo —dijo, sentándose de nuevo—. Ya no me preocupa lo que puedan pensar sobre mí —aseguró.

—Mamá, ¿te gustaría volver a verlo? —preguntó Noelia, temerosa.

Isabel reflexionó la respuesta durante unos segundos y, tras un largo suspiro, contestó:

—Sí, me gustaría.

Sin añadir nada más, volvieron al piso, donde Eloísa las esperaba canturreando en la cocina en tanto preparaba el almuerzo. De nada sirvió que las dos mujeres la regañaran por abandonar el reposo. Hizo oídos sordos a eso y a la comida tan pasada de sal que había preparado: bacalao con tomate.

Noelia no perdió el tiempo y al día siguiente comenzó con los preparativos para la ampliación de la pastelería. Antes de nada, habló con Marlena, que se mostró entusiasmada con el proyecto y se ofreció para dar cursos en el taller y atender los cumpleaños. La joven dominicana también aportó su granito de arena, y animó a la joven a expandir el negocio por las redes sociales. Incluso, le propuso grabar en video la elaboración de algunas de las creaciones más vistosas de Canela, para hacer publicidad del taller. Noelia no era muy buena con la informática, pero sabía de un par de amigos que la podrían ayudar en ese tema. Durante su estancia en Madrid, realizó varios cursos de pastelería creativa por lo que conocía muchas técnicas que podrían quedar muy bien ante una cámara. La variedad estaba garantizada: mientras

Marlena y ella estaban especializadas en una pastelería más creativa y vanguardista, Eloísa e Isabel apostaban por los dulces caseros y tradicionales. Todo lo relacionado con su proyecto era factible y con perspectivas de éxito, hasta que encontró la primera piedra en el camino.

Cuando visitó el local, Noelia tropezó con una gran montaña de escombros. El dueño había tenido la intención de reformarlo antes de vendérselo a Isabel, pero lo dejó a medias, y su madre tampoco había tenido tiempo de adecentarlo. La parte más perjudicada era la más cercana a la puerta de entrada. El aspecto mejoraba en el interior, hasta llegar al fondo, donde una puerta comunicaba con la pastelería. Allí Isabel guardaba máquinas y utensilios antiguos. De todas formas, el deterioro era evidente, y se necesitarían muchas horas para limpiar las múltiples manchas de humedad, intentar alisar las paredes abombadas, pintarlas, tapar las grietas del techo y cubrir la solería desgastada y anticuada. El aseo tampoco se salvaba de la criba, tendría que reformarse al completo con un nuevo alicatado porque los azulejos antiguos caían al suelo tan solo al rozarlos con los dedos.

Al contemplar aquel desastre, Noelia se acordó de Diego, que estaría encantado de darle forma como un escultor ante un trozo de arcilla.

Pasó largo rato en el local, tanto que perdió la noción del tiempo. Al querer mirar la hora en el móvil se dio cuenta que lo tenía apagado, sin batería. Tendría que esperar a llegar a casa para cargarlo, pero antes tenía pendiente una visita a una persona a la que echaba de menos y que también podría ayudar con el taller.

Cuando traspasó la puerta de entrada a la cafetería de Andrés, la envolvió un intenso aroma a café y pan tostado. Se acercó al único hueco vacío de la barra y esperó, paciente, que el hombre terminara de atender a un grupo numeroso. «Es la costumbre española. Un café diferente para cada cliente», aseguraba él, que los enumeraba al dedillo: solo, cortado, manchado, descafeinado, vienés, capuchino, en taza, en vaso de caña... y que, además, los preparaba deliciosos.

El hombre se puso muy contento al verla. Ignoró a varias personas que lo reclamaban y se acercó a ella.

—¿Cómo sigue tu abuela, pequeña? —preguntó, preocupado.

—Como una rosa, Andrés. Solo fue un pequeño susto.

A pesar de haber conocido a su padre verdadero, Noelia sentía mucho cariño por Andrés porque siempre la había tratado con respeto y la había ayudado en todo.

—Me alegro de que ya estéis de vuelta. Tu madre os ha echado mucho de menos —dijo con cara de sufridor por lo mucho que Isabel le habría hablado de ellas en los últimos días.

Noelia pensó que no había tenido que ser nada fácil para ella tenerla lejos durante su estancia en Madrid y que, al regresar, se volviera a marchar al pueblo.

Sin tener que pedir nada, Andrés le preparó un café en taza, como a ella le gustaba, y un pan no muy tostado con un buen chorreón de aceite que devoró con ansias. El hombre se acercó a ella para preguntarle:

—Ya me dirás en qué puedo ayudarte con el taller porque estoy deseando hacerlo —le comunicó mientras pasaba un paño para limpiar la barra.

Noelia le dedicó una amplia sonrisa con los labios manchados con la espuma del café. Estaba claro que Isabel le había contado todo lo referente al proyecto.

—Necesito con urgencia un albañil.

Andrés la puso en contacto con un amigo del barrio, el mejor haciendo chapuzas y el que cobraba más barato. El albañil contestó enseguida y le aseguró que estaría disponible por la tarde para visitar el local.

Tras despedirse de Andrés, satisfecha por haber resuelto el primer asunto relacionado con el taller, Noelia acudió al ayuntamiento para informarse de todos los permisos y documentos que necesitaba para poner en marcha el negocio. Allí pasó de una ventanilla a otra, recogió multitud de formularios que debía rellenar con premura para recibir la visita de un inspector, que sería el encargado de dar el visto bueno a las reformas del local y de certificar que tenía todos los papeles en regla. Cargada de documentos, regresó al piso donde encontró a Eloísa con expresión triste.

—He hablado con Cristina, y espera que volvamos pronto.

La joven se sentó junto a la anciana y le acarició las manos con ternura. En aquel momento, se sentía culpable por la forma tan repentina en la que se habían marchado del pueblo, sobre todo porque actuó de forma muy egoísta. Por supuesto que lo hizo preocupada por la salud de su abuela, pero también evitó despedirse para desconcertar a Diego con su marcha.

—Claro que volveremos —dijo para animarla.

—¿Me lo prometes? —insistió la anciana con mirada suplicante.

—Te lo prometo —cedió.

Noelia dejó a Eloísa más tranquila y se dirigió a su cuarto para buscar el cargador del móvil, que debía estar en algún rincón de la maleta. Lo encontró al revolver toda la ropa que aún no había tenido tiempo de guardar. Entonces enchufó el teléfono y esperó unos segundos a que se encendiera. Tras insertar el pin, el aparato emitió un zumbido que anunciaba que tenía una llamada perdida. Noelia comprobó con sorpresa que era de Diego. Revisó el número varias veces mientras el corazón le latía

con fuerza. No había previsto que él la llamara después de la manera en la que ella se marchó.

—¿Me ayudas con la comida? —preguntó Eloísa desde la cocina.

Sobre la marcha decidió no llamarlo. Si hubiera tenido batería en el móvil, seguro que habría contestado, pero, por orgullo o por miedo de volver a sufrir, pensó que lo mejor era no marcar su número.

—¡Voy, abuela!

Por la tarde se acercó al local para esperar al albañil, amigo de Andrés. El hombre llegó puntual. No contaba más de cincuenta años y lucía orgulloso una prominente barriga que sobresalía entre los botones de la camisa de cuadros. Con soltura, revisó las paredes, la electricidad y las tuberías. Le aseguró que las instalaciones estaban en buenas condiciones, solo que, al estar inacabadas, se habían deteriorado por el paso del tiempo. Mientras el hombre terminaba de inspeccionar el lugar, Noelia recuperó de su bolso el dibujo que le había hecho Diego y lo miró, apenada.

Juan, el albañil, le informó que esa misma noche le mandaría el presupuesto y si lo aceptaba, podía empezar de inmediato.

Noelia aprovechó el resto de la tarde para comprar los utensilios y muebles que necesitaría en el taller. Tras recorrer multitud de tiendas, consiguió una vajilla muy vistosa con el fondo rojo, lunares blancos y una cenefa de pequeñas flores. Además, compró unos bancos en madera clara a muy buen precio. Lo dejó todo apartado y regresó al piso para dedicarse a rellenar los formularios. Enfrascada en el papeleo, sonó el móvil y se sobresaltó, lanzando por los aires el bolígrafo con el que escribía. Aspiró el aire con fuerza, pensando que podía ser Diego, pero en la pantalla aparecía un número desconocido. Dejó pasar varios tonos y contestó. Al otro lado de la línea la recibió la voz aterciopelada de Cristina que, tras regañarla en broma por no despedirse, le pasó un número de teléfono que Jacobo había dejado para ella. La joven lo grabó, pero estaba tan atareada que decidió que lo llamaría más adelante.

Después de repararlo, Noelia aceptó el presupuesto de Juan y en tres días, trabajando mano a mano con el albañil, el local estuvo casi listo, a falta de la pintura y los muebles. Las paredes y el techo ya no presentaban rastro de humedad; habían desaparecido los escombros; y el cuarto de baño resplandecía con azulejos nuevos. Juan resultó de lo más efectivo, más aún si tenía cerca un botellín de cerveza. Bebía uno tras otro y los dejaba en un rincón del que la joven los recogía para reciclarlos.

Con tanto ajeteo, Noelia olvidó llamar a su padre. Cuando al fin lo hizo, aprovechando un descanso durante la reforma, Jacobo contestó muy aliviado. Le confesó que lo había pasado mal pensando que se había marchado por todo lo ocurrido con Soledad. Ella lo tranquilizó y le contó cual había sido el verdadero

motivo de aquel regreso inesperado. Tras interesarse por el estado de salud de Eloísa, Jacobo dejó escapar con voz insegura:

—¿Cómo está tu madre?

—Está bien —aseguró la joven.

Durante unos segundos, un silencio incómodo se hizo un hueco en medio de la llamada.

—¿Le has preguntado si le gustaría que nos volviéramos a ver? —quiso saber Jacobo con voz temblorosa.

—Sí, lo he hecho —asintió—. Y también quiere verte.

Lo que no le dijo fue que su madre salía con un hombre maravilloso. Prefirió que Isabel fuera quien se lo contara en persona.

La voz de Jacobo tenía ahora un tono más vivo y alegre que al iniciar la conversación. Le aseguró que no retrasaría mucho la visita porque la enfermedad de Soledad avanzaba con rapidez. Noelia no pudo evitar sentir pena por él y también por Soledad, aunque se portara tan mal con ella. Pero no dejaba de ser su abuela, con la que le hubiera gustado tener una relación más afectuosa. Por desgracia, ya no quedaba tiempo suficiente para que pudieran reconciliarse.

Una vez terminada la conversación con su padre, Noelia reanudó el trabajo en el local; estaba en ello cuando llamaron a la puerta. Antes de abrir, se atusó un poco el pelo y se miró el chándal, todo lleno de pintura.

En la entrada esperaba un joven más alto que ella, delgado, con el pelo rubio ceniza peinado hacia atrás, ojos grises, de nariz y labios finos. Vestía una camisa blanca, un pantalón azul oscuro y llevaba un maletín de cuero negro.

—Buenas tardes. Pregunto por Noelia Rúger —solicitó con voz queda y mirada tímida.

La joven permaneció escondida tras la puerta, asomando solo parte del rostro.

—Soy yo —acertó a decir bajito.

—Encantado —dijo el joven mientras extendía la mano para estrecharla con la de Noelia, que la limpió rápido en uno de los laterales de su pantalón.

—Soy Carlos Vera, inspector del ayuntamiento, y vengo a echar un vistazo al local.

El joven hablaba despacio y con un pronunciado seseo.

—Adelante —invitó Noelia que esperaba aquella visita, vital para el funcionamiento de su taller.

Aunque no estaba tan presentable como le hubiera gustado, abrió la puerta por completo para que él pasara.

—Necesito hacer unas observaciones —señaló a la vez que extraía un puñado de folios de su maletín.

—Entre hoy y mañana terminaremos la obra. Solo queda pintar y colocar muebles —informó Noelia.

Carlos avanzó por el local, anotó los puntos de luz, revisó el cuarto de baño y comprobó que existía un extintor que, como le indicó Noelia, esperaba ser colocado al terminar de pintar.

El albañil bajó de la escalera donde trabajaba, se acercó a él y lo saludó con un fuerte apretón de manos acompañado de unas fuertes palmadas en la espalda. Noelia advirtió que se conocían de obras anteriores.

—Todo está según la ley —apuntó Juan, irónico, mientras ofrecía un botellín de cerveza al inspector, que lo rechazó de forma educada.

—No espero menos de ti —afirmó el joven, provocando que el albañil sonriera, satisfecho.

Tras hacer unas mediciones y tomar anotaciones, el joven dio por finalizada la inspección.

—Todo en orden —constató—. En unos días volveré con el informe.

Noelia permaneció, en todo momento, a un lado de la sala para no entorpecer la labor del funcionario, con el corazón en vilo, a la espera de que no surgiera ningún contratiempo que retrasara la apertura del taller. Cuando él confirmó que todo estaba en regla, respiró aliviada.

Antes de marcharse, Carlos le dejó una tarjeta con sus datos, por si le surgía alguna duda, y se despidió de forma educada y con una tímida sonrisa.

Noelia cerró la puerta y miró a Juan con expresión de triunfo. El hombre le correspondió con un trago largo de cerveza.

—Llevo muchos años en esto y no se me escapa nada —aseguró, frunciendo el ceño, y preguntó—: ¿Ha dicho que él volverá en unos días?

—Creo que sí —asintió la joven.

—Le has tenido que gustar mucho porque lo normal es que tarde un mes en prepararlo y que te lo envíen por fax o por correo certificado —dijo el hombre con una expresión pícaro que hizo sonrojar a Noelia.

Después de la visita, el albañil recogió las herramientas, canturreando, feliz. Noelia decidió quedarse un poco más para terminar de pintar la pared. Al acabar, se alejó y contempló el resultado. El color blanco engrandecía la estancia y la hacía mucho más luminosa. Su sueño iba tomando forma poco a poco, pero, a pesar de

sentirse muy contenta por ello, un atisbo de tristeza no la dejaba disfrutar del todo. Echaba de menos a Diego.

Juan llegó temprano al día siguiente para rematar algunos trabajos y dio por terminada la obra. Cuando se despidieron, Noelia se preparó para recibir las mismas palmadas que le dio al inspector, pero el hombre fue más prudente y solo le apretó la mano. La joven aprovechó el resto del día para comprar los últimos muebles y materiales que necesitaba. Además, Isabel le dio muchas cosas de la pastelería que le serían de gran utilidad, como boquillas y mangas pasteleras, cortadores de galletas y diferentes moldes para preparar bizcochos. De forma escalonada, fue recibiendo todas las compras, incluida una mesa alargada y alta, fabricada con robustos tabloncillos reciclados.

La nueva visita del inspector tuvo lugar pocos días después. Esa mañana, Noelia colocaba una estantería con la ayuda de Marlena cuando Carlos apareció. Con el mismo trato cortés que el día del primer encuentro, el joven le entregó el ansiado informe. Noelia lo sujetó con tanto cuidado como si se tratara de una reliquia y le dirigió una mirada risueña cuando leyó que era favorable.

—Traigo algo más —anunció y sacó de su maleta un documento enmarcado—. Es la licencia de apertura. Puedes empezar cuando quieras.

Noelia miró con alegría a Marlena, que se acercó a ella para abrazarla y felicitarla.

—Ahora debo marcharme —aseguró el joven, sonriendo por el entusiasmo de las mujeres.

Noelia lo acompañó hasta la puerta.

—Quiero agradecerte todo lo que has hecho—indicó con sinceridad.

—Es mi trabajo —respondió él, complacido.

Avanzó unos metros con intención de marcharse, pero, tras dudar unos segundos, volvió sobre sus pasos.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Claro —respondió Noelia, sorprendida.

Tardó unos segundos en hablar. Antes, miró alrededor y resopló, nervioso.

—¿Tienes pareja?

Noelia con el rostro encendido ante la inesperada pregunta, tardó también en contestar.

—No —dijo en voz baja.

—¿Puedo invitarte a cenar? —preguntó, esta vez, sin rodeos.

—Sí —susurró ella.

En ese momento, sonó la voz de Marlena llamando a la joven. Los dos se sostuvieron la mirada unos segundos.

—¿Te recojo a las nueve?

—Me parece bien. La dirección aparece en los formularios —apuntó Noelia, desenvuelta.

LA MIRADA INQUISIDORA DE ALFONSO XIII

En principio, la proposición de Carlos dejó a Noelia descolocada, pero decidió sobre la marcha que no debía perder la oportunidad de quedar con un hombre como él, atractivo e inteligente; «un buen partido», como diría su abuela.

Precisamente ella la esperaba sentada en el sillón cuando regresó al piso. Le extrañó verla tan pasiva, aunque no tenía mal aspecto, sino todo lo contrario.

—¿Cómo marcha el taller? —Se interesó la mujer nada más verla.

—¡Viento en popa! —ironizó la joven con júbilo—. En unos días, empezará a funcionar.

—¿Cuándo me llevarás a verlo? —pidió con cara de súplica.

—Cuando quieras.

La anciana sonrió satisfecha, levantándose del sillón con un poco de esfuerzo.

—Antes de nada —señaló— he encontrado esto en el suelo de tu cuarto.

Del bolsillo de su falda, sacó el papel donde Diego dibujó el boceto del taller. Noelia, inquieta, se lo arrebató de la mano. Tal vez resbaló del bolsillo exterior de su bolso donde lo guardó tras mirarlo en el taller.

—¿Qué es? —preguntó la anciana, curiosa.

—Nada importante.

—Viene el nombre de Diego, ¿no?

—Sí, abuela —respondió Noelia con dejadez.

—¿Por qué no te ha ayudado él con el local? ¿Estáis enfadados? —señaló con sarcasmo.

Noelia suspiró, resignada. No podía engañarla.

—Él me hizo un boceto de cómo podía ser el taller. La propuesta me encantó, pero sí, tienes razón, discutimos el día que almorzamos juntos y decidimos dejar de vernos —solventó Noelia.

—Es una pena porque Diego es un buen partido.

Noelia sonrió ante esa expresión, la misma a la que ella se había referido para valorar a Carlos. Para zanjar el tema Diego, que tanto la entristecía, propuso a Eloísa que, al día siguiente, fueran temprano al taller para que la ayudara con la decoración. La anciana aceptó, encantada.

Aquella misma tarde, Noelia dejó el taller con todos los muebles colocados: la mesa y los bancos en el centro, y los hornillos y hornos al otro lado. Al fondo, ubicó el escritorio hecho con una base de cristal sobre unos caballetes de madera. En las

paredes colgó, de forma estratégica, algunos cuadros con dibujos en acuarela de pasteles y tartas. Remató la decoración con un par de jarrones de flores secas que colocó sobre cada uno de los extremos de la mesa.

—¡Perfecto! —dijo en voz alta a pesar de estar sola.

Solo quedaba un hueco vacío en la pared donde necesitaba instalar una vitrina. «La que me prometió Diego», pensó. Sin querer pensar más en él, recogió algunas cajas, apagó las luces y se fue a prepararse para la cita.

Noelia quería que Carlos tuviera otra imagen de ella que no fuera con el pelo manchado de pintura y vistiendo un chándal viejo. Tras esparcir casi todo el ropero sobre la cama, eligió un elegante vestido negro y, como refrescaría por la noche, escogió una chaqueta, también negra, muy entallada, que le realzaba la figura. Se miró por última vez en el espejo del ascensor y le gustó lo que vio. No podía negar que había acertado con la ropa. Al salir del portal, se encontró de frente con Carlos, que la esperaba apoyado en un elegante coche rojo. El joven con chaqueta gris, camisa blanca y pantalón vaquero, se acercó a ella nada más verla y la saludó con dos besos.

—¿Dónde te gustaría cenar? —preguntó antes de entrar en el coche.

Noelia no salía por Sevilla desde que se marchó a Madrid por lo que dejó que él eligiera.

—Conozco un restaurante en el centro que te gustará —resolvió al momento.

Aparcar en aquella zona era imposible por lo que dejó el coche en un garaje privado cercano al restaurante. Fueron caminando y disfrutando de la animada vida nocturna de la ciudad. Las terrazas de los bares estaban abarrotadas de turistas y lugareños que aprovechaban las suaves temperaturas ante la cercanía de la primavera. El restaurante que Carlos había sugerido no tenía terraza exterior, pero sí una lujosa fachada inspirada en un palacete antiguo. El nombre del restaurante, Alfonso XIII, aparecía en letras doradas sobre la recargada y pesada puerta de entrada. En el recibidor, los atendió un señor trajeado y de exquisitos modales. A pesar del gentío, Noelia pudo admirar el hermoso comedor de techos altos y abovedados, lámparas de arañas enormes y paredes repletas de cuadros con pesados marcos dorados. Era la primera vez que Noelia comería en un lugar tan lujoso.

El señor de la entrada hizo un gesto con la mano para llamar a un camarero que acudió al instante. Les dio las buenas noches acompañadas de una pequeña reverencia y los condujo hacia su mesa, que estaba situada en un rincón apartado e íntimo. El camarero incluso le retiró la silla a Noelia para ayudarla a sentarse. La joven no salía de su asombro ante tantas atenciones que consideraba excesivas. Por el contrario, a Carlos se le veía cómodo y acostumbrado a ese tipo de ambientes.

A la mesa no le faltaba detalle. Sobre el mantel de color mostaza descansaban, en perfecta armonía, innumerables copas, cubiertos, platos y porta velas.

Noelia peleaba disimuladamente con la falda para que no se le subiera más de la cuenta, cuando el camarero les dejó la carta y les preguntó por la bebida.

—¿Pedimos un rioja? —propuso Carlos.

—Me gusta más el vino espumoso —admitió Noelia a quien el tinto le resultaba demasiado fuerte.

—No se hable más, una botella de lambrusco, por favor.

El camarero, un muchacho joven y desgarbado, tomó nota y se alejó con paso acelerado.

—¿Te gusta este sitio? —preguntó Carlos, sonriente.

—Me encanta —contestó ella, exagerando para no decepcionarlo.

El restaurante era espectacular, tanto por la selecta decoración como por el trato delicado del personal, pero Noelia se sentía abrumada y descolocada en un lugar tan fastuoso.

El camarero regresó al instante con la botella de lambrusco en una cubitera con pie, que colocó junto a la mesa. Abrió la botella con suavidad y, en primer lugar, echó un poco en un decantador. A continuación, sirvió a Carlos lo justo para probarlo e hizo lo mismo en la copa de Noelia. El inspector sorbió el líquido espumante y lo mantuvo unos segundos en la boca sin tragarlo. Cuando al fin lo bebió, asintió con la cabeza para dar su conformidad. Noelia pensó que si su abuela la observara con una cámara oculta, le daría un ataque de risa al ver tanto protocolo con la bebida. Según Eloísa, cualquier vino bien frío y en cualquier vaso o copa servía como el «quita penas» más efectivo.

Carlos y el camarero esperaban la opinión de Noelia, a que bebió un pequeño sorbo con delicadeza.

—Excelente —concluyó.

El momento de leer la carta para elegir plato resultó también muy embarazoso para Noelia. En ella aparecían nombres larguísimos con muchos ingredientes que desconocía. Tras un rato intentando descifrar aquel jeroglífico culinario, la joven decidió dejarse aconsejar por Carlos.

—¿Qué me recomiendas? —preguntó, dudosa.

—Te aconsejo rape o solomillo.

Noelia sonrió ante la manera tan simple con la que Carlos había resumido el rape relleno de gamba blanca de Huelva sobre salsa de erizo de mar, y el solomillo de Ávila con queso Payoyo y gratén trufado con salsa de vino dulce de Cádiz.

—Pediré solomillo —decidió Noelia ya que nunca había probado el rape y no quería atragantarse con la púa de un erizo por muy marítimo que fuera.

También dejó que Carlos eligiera algunos entrantes que llegaron en forma de saquitos, rollitos y bolitas. Todo estaba delicioso. El solomillo resultó sabroso y tierno, con el toque dulce de la salsa, que le hubiera gustado rebañar con el pan, lo cual no hizo por considerar que resultaría indecoroso en aquel lugar tan fino. Lo que no pudo evitar fue comparar aquel solomillo con el que comió el día que Diego la invitó en el restaurante del pueblo. El de ese lugar era mucho más pequeño y sofisticado, mientras que el de Cañada Rosal era más grande y con una presentación mucho más sencilla. Dos versiones diferentes de una misma carne pero igual de sabrosas. Noelia fue más allá y, mirando a Carlos, pensó en lo diferentes que eran él y Diego, aunque ambos resultaban muy atractivos.

Cuando esperaban los postres, el joven le contó en pocas palabras cómo había conseguido el trabajo de inspector de obras. Le habló a Noelia de sus padres, que se dedicaban a la enseñanza y que dieron por hecho que él también estudiaría magisterio. Por una razón más práctica que vocacional, Carlos decidió hacer un grado superior de informática, lo que le permitió trabajar en el consistorio, donde solo hacía año y medio que había aprobado las oposiciones para inspector de obras.

—¿Te gusta tu trabajo? —preguntó Noelia para alargar un poco más la conversación.

Carlos la miró con desánimo lo que evidenció que no disfrutaba con lo que hacía.

—Me guste más o menos, es un puesto estable y con un buen sueldo —confesó con sinceridad.

Al contrario que Carlos, ella consideraba más importante trabajar en algo que de verdad le apasionara, aunque ganara menos dinero. Así se lo hizo saber, pero el joven consideraba que, en los tiempos de crisis por los que pasaban, era muy difícil elegir el empleo deseado.

—La cuestión es intentarlo como voy a hacer yo —resolvió Noelia.

—Y te deseo lo mejor, pero...—Carlos alzó los hombros y mostró una expresión taciturna—. En mi trabajo veo más negocios fracasados que los que siguen adelante.

Noelia mostró el semblante abatido tras el comentario.

—Pero estoy seguro de que no será tu caso —rectificó Carlos, turbado por lo desacertado que había estado en sus palabras—. Lo digo en serio, tu idea es genial —continuó hasta que Noelia sonrió.

Al fin llegó el postre, crema de turrón y cremoso de almendras acompañado de helado de vainilla con virutas de caramelo. La joven disfrutó tanto con el dulce que le dedicó adjetivos como sublime y colosal. Incluso memorizó alguno de los

ingredientes de la receta para hacer su propia versión en el taller. Antes de terminar, Carlos se disculpó para ir al servicio. Noelia prefirió no levantarse porque sentía las piernas un poco flojas por el vino. Permaneció contemplando un cuadro de Alfonso XIII que había colgado en la pared junto a la mesa. El retrato era de gran tamaño, y en él se mostraba al monarca con sus mejores galas. El rostro desafiante de la pintura parecía escrutarla con una mirada inquisidora.

—No me mires así —susurró, regañando en broma al retrato.

Noelia aprovechó la ausencia de Carlos, y que la mesa estaba aislada, para estirar las piernas. La postura tan rígida en la que habían permanecido toda la cena había hecho que empezara a sentir calambres. Las sillas, cubiertas con una funda blanca, eran bastante incómodas. Al girar también el cuello para relajar las cervicales, halló de frente al camarero que sonreía, divertido. Noelia intuía que había presenciado toda la escena, incluida la reprimenda al retrato del rey. Mientras el joven recogía la mesa ella, avergonzada, volvió a adoptar una postura recatada.

—Cuando quieras, podemos marcharnos—dijo Carlos al regresar del servicio.

—¿Y la cuenta? —preguntó ella, desconcertada.

—Ya está todo pagado.

Noelia entendió por qué Carlos se había demorado tanto en el baño.

Al salir al exterior, se toparon de lleno con el aire gélido de la noche. Carlos, al ver a Noelia encogerse de frío, le cedió la chaqueta, un gesto que ella agradeció.

—Lo he pasado muy bien —admitió él tras aparcar frente al portal de la joven, se giró hacia ella y le lanzó una mirada intensa que se alargó unos segundos—. Eres la empresaria más guapa con la que he tenido que tratar —confesó.

—Todavía soy un proyecto de empresaria—susurró con voz tímida.

Noelia sentía la cercanía de Carlos que en vez de incomodarla le gustaba, a pesar de que Diego había estado presente en su cabeza durante toda la noche. «Diego habría hecho esto, Diego habría dicho aquello. ¡Dichoso Diego!» pensó, irritada.

—¿Puedo darte un beso? —musitó, acercándose más a ella.

Noelia sonrió en señal de aprobación, y se dieron un beso dulce y suave como el roce de las olas en la orilla de la mar en calma. Al separarse, Carlos la miró con ternura mientras le acariciaba el pelo.

—Lo estaba deseando —confesó.

Volviéron a besarse, esta vez, con más pasión y urgencia, alargando el momento hasta que les faltó la respiración.

—Tengo que marcharme —dijo ella con desgana.

Él le agarró el rostro entre sus manos y le dio un tierno beso de despedida. Noelia salió del coche y se dirigió al portal. Antes de entrar, volvió a mirar hacia el coche donde Carlos la observaba con una sonrisa seductora que la cautivó.

UNA MAÑANA DE REENCUENTROS

Por la mañana temprano, Noelia, aún acostada, había decidido que disfrutaría de un relajado desayuno antes de continuar con los preparativos del taller, cuando recibió una inesperada llamada.

—Siento molestarte a estas horas —se disculpó Jacobo—. Voy camino a Sevilla.

Al escuchar aquello, Noelia se levantó de la cama de un salto.

—Estoy desayunando en una venta —anunció.

—¿Cuánto tardarás en llegar? —acertó a decir la joven.

—En media hora estaré allí.

Tras darle las indicaciones oportunas para llegar hasta el piso, Noelia corrió hasta la ducha y, transcurridos unos quince minutos, apareció arreglada en el salón. Allí la esperaba Eloísa, preparada para ir juntas al local como ella le prometió el día anterior.

—¿Cuándo salimos? —apremió.

—Tenemos que dejarlo —contestó la joven mientras se dirigía a la cocina en busca de un café.

—¿Por qué? —preguntó la anciana, molesta, siguiendo sus pasos.

—Viene mi padre—contestó con indiferencia.

—¿Jacobó?

—El mismo.

—¿Para qué?

—A verme, abuela.

—¿Solo a ti?

Noelia cogió la taza de café y se volvió hacia la mujer que hablaba pegada a su nuca.

—A mi madre y a mí.

—¡Lo sabía! ¡No me perderé ese encuentro por nada en el mundo! —exclamó a la vez que salía de la cocina a la carrera.

Regresó al momento con el bolso colgado del hombro.

—No vendrás, abuela —aclaró Noelia, paciente, mientras soplaba el café humeante.

—Tendrás que amarrarme —insistió, izando el dedo desafiante.

Noelia soltó una carcajada.

—No me des ideas —bromeó.

La joven insistió en que se quedara allí para que el reencuentro no se convirtiera en un espectáculo. Eloísa aceptó a regañadientes.

El hombre llegó puntual y esperó a Noelia frente al portal. La joven lo encontró muy elegante, vestido con una chaqueta clásica, camisa de rayas y pantalón gris claro. Además, desprendía un agradable olor a perfume. La recibió con un cálido abrazo y le estampó un cariñoso beso en cada mejilla. En primer lugar, decidieron dar un paseo para que Jacobo conociera el barrio donde Noelia había crecido. La joven aprovechó el encuentro para hablarle sobre el taller de repostería que pondría en marcha muy pronto. Él la felicitó por la iniciativa y le pidió visitar el local antes de regresar a Cañada Rosal.

Por su parte, Jacobo le dio la triste noticia del empeoramiento del estado de salud de Soledad. La mujer estaba tan débil que ya no conseguía levantarse de la cama. Los médicos no podían hacer nada más por ella, solo darle calmantes para mitigar el dolor. Mientras hablaba, Jacobo se mostró derrotado. Noelia se conmovió por su actitud y lo abrazó de nuevo.

—Me hubiera gustado que vuestra relación hubiera sido diferente —lamentó.

Noelia pensó con tristeza que, a pesar de tener la misma sangre, era incapaz de considerar a Soledad como una abuela.

Tras caminar casi media hora, y ante la impaciencia de Jacobo por encontrarse con Isabel, patente en cómo el hombre había centrado toda la conversación en ella, Noelia consideró que había llegado el momento de acudir a la pastelería. Su intención era adelantarse para advertir a su madre de la presencia de Jacobo y que decidiera si quería volver a verlo o no.

Al entrar en Canela, la primera persona con la que tropezó fue Eloísa que, sentada en una de las mesitas, ojeaba distraída el periódico. Cuando la anciana levantó la vista y la vio, mostró una sonrisa ingenua que hizo enfadar aún más a Noelia.

—¡Te dije que no vinieras! —increpó sin querer levantar la voz para no asustar a los clientes que esperaban ser atendidos.

Eloísa no se inmutó. En la barra, Marlena atendía, desenvuelta. No obstante, Noelia apreció cómo su madre actuaba con movimientos pausados y torpes, a la vez que mostraba una expresión distraída.

—¡Ya se lo has contado! —exclamó la joven, lanzando a la abuela una mirada fulminante.

Cuando Isabel reconoció a su hija entre la clientela, la miró aturdida y corrió a la trastienda, dejando sola a Marlena en el mostrador.

—No te preocupes. Yo me encargo de todo. Ve con ella —se ofreció la joven dominicana sin perder la sonrisa.

Noelia asintió agradecida y entró en busca de su madre. La encontró sentada en una silla, con la mirada perdida mientras doblaba y desdoblaba un paño con movimientos rápidos.

—No sé si quiero verlo —admitió a media voz.

—Tenéis que hablar, mamá —le aconsejó Noelia con voz calmada.

En ese momento, entró Eloísa con una tila.

—Al fin y al cabo, es el padre de tu hija.

Isabel bebió la infusión a pequeños sorbos, haciendo una pausa entre cada uno de ellos. Noelia era consciente de que lo hacía para demorar el encuentro que tanto la angustiaba. Cuando terminó la tila, entró en el baño y salió, pasados unos minutos, sin delantal y con el pelo acicalado, aunque mantenía la cara pálida. Noelia buscó en su bolso una barrita con la que le coloreó las mejillas y le pintó los labios.

—Ya estoy lista —avisó con una sonrisa tensa.

Las tres mujeres salieron de la trastienda y se situaron detrás del escaparate. Desde allí, divisaron a Jacobo en la otra acera, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, los hombros hundidos y la mirada fijada en la confitería.

—Es un buen hombre, mamá —aseguró Noelia para calmarla.

Antes de salir, la joven se dirigió a su abuela para advertirle en tono severo.

—Ni se te ocurra seguirnos.

La anciana resopló molesta, pero hizo caso y permaneció dentro del local.

Isabel se agarró del brazo de su hija y, juntas, cruzaron la calle, despacio, mientras Jacobo se acercaba a ellas sin dejar de mirar a la que fuera su novia. Al encontrarse, los hechos se impusieron a las palabras. Él la observó con una tierna sonrisa y destellos en la mirada. Ella ocultaba los ojos vidriosos y la expresión seria. Al fin, Jacobo se inclinó y le dio dos besos. Isabel se dejó, pero no correspondió. Noelia seguía junto a su madre, que le agarraba el brazo con fuerza.

—Estás muy guapa —murmuró Jacobo con voz temblorosa.

—Gracias —respondió Isabel en un tono de voz apenas perceptible.

Noelia asistió, emocionada, a este cruce de palabras. Percibió, por la forma de actuar de uno y otro, que aún quedaba un ligero resquicio del amor que había existido entre ambos.

—Tengo que hacer algunas cosas en el local —comentó Noelia con intención de dejarlos solos.

Isabel se deshizo del brazo de su hija y asintió con la cabeza al igual que hizo Jacobo.

—Podéis dar un paseo o ir a tomar algo —añadió Noelia para acabar con la rigidez del encuentro.

—Daremos un paseo —acertó a decir Isabel sin dejar de mirarlo.

El hombre, que la observaba como si fuera una hermosa flor exótica, sonrió, complacido. Ambos echaron a andar; uno junto al otro; él alto, delgado y con las manos en los bolsillos; ella, menuda y esbelta, con la cabeza bien alta. Parecían dos desconocidos que se encontraban por primera vez, sin que nadie fuera capaz de imaginar que tenían una hija en común y habían vivido una bella historia de amor.

Cuando Noelia los perdió de vista, regresó a la pastelería para ayudar a Marlina. La joven se colocó el delantal de la madre y se recogió el pelo con una coleta alta. Durante su ausencia, Eloísa había comido un tocino de cielo del que aún quedaban restos en el platillo que tenía delante. Los médicos le tenían prohibido abusar del azúcar, así que decidió hablar en serio con ella cuando la pastelería se despejara un poco. Pero la mañana resultó muy movida y no pararon de atender. Entre la clientela que acudió ese día estuvo Olivia, la amiga de Noelia, madre de trillizos. Se acercó a Canela a encargar una tarta para el primer cumpleaños de los pequeños. Las dos amigas se emocionaron al verse de nuevo.

—No esperaba encontrarte aquí —dijo, sorprendida—. Pensé que estabas en el pueblo con tu abuela.

—Regresé hace unos días. Debí llamarte, pero he estado muy liada —se disculpó.

—No importa, así aprovecho para invitarte al cumpleaños de mis tres diablillos. Será mañana por la tarde —propuso, entusiasmada.

Noelia mostró una sonrisa forzada porque aquella invitación la pilló por sorpresa, aunque fue incapaz de decirle que no a su amiga, que esperaba, ilusionada, una respuesta.

—Claro que iré —dijo al fin—. Me servirá para desconectar de los preparativos del taller de repostería que voy a abrir en breve.

Olivia aplaudió de alegría por la noticia.

—¡Cuenta conmigo! —se ofreció—. ¡Seré una de tus alumnas!

Olivia encargó una tarta para unas treinta personas. Noelia, asesorada por Marlina, le aconsejó que fuera rectangular, más fácil de cortar, y de chocolate, el sabor que más le gustaba a todo el mundo. Una vez concretado el pedido, decidieron que Noelia sería la encargada de llevarla en persona a la hora que empezaba la celebración.

Al mediodía, cuando cerraron la pastelería, Isabel aún no había regresado por lo que abuela y nieta volvieron juntas al piso para almorzar.

—Comeré algo ligerito —comentó Eloísa al cruzar por la puerta de entrada.

—No me extraña. ¡Con el pastel que te has zampado! —la regañó Noelia.

—Necesitaba comer azúcar porque me encontraba un poco mareada —mintió, tocándose la frente con gesto melodramático.

Antes de que Noelia pudiera replicarle, sonó el móvil. Había recibido varios mensajes a la vez. Su madre le anunciaba que almorzaría con Jacobo, aunque llegaría a tiempo de abrir la pastelería por la tarde. La noticia le sorprendió sobremanera ya que no esperaba que el encuentro llegara a alargarse tanto. Olivia avisaba que necesitaría una tarta más grande porque esperaba más invitados de los previstos. «¡Estupendo!», pensó Noelia. «Un cumpleaños infantil y multitudinario, la experiencia más relajante del mundo». El último mensaje era de Carlos, breve y directo: «Me gustaría volver a verte». Dejó pasar media hora para contestar y no parecer desesperada. Ella también fue concisa: «Cuando quieras». Habían pasado solo unos minutos cuando Carlos la llamó. Durante la conversación se mostró cariñoso y atento, con ganas de quedar de nuevo con ella. Se citaron al día siguiente, después del cumpleaños, así Noelia podría escapar pronto de allí. Cuando terminaron de hablar, la joven se sintió entusiasmada y afligida a la vez porque, muy a su pesar, hubiera preferido que aquel mensaje fuera de Diego en vez de Carlos. A pesar de estar atareada con el taller y con el reencuentro de sus padres, no dejaba de pensar en él. Meneó la cabeza con fuerza de un lado a otro con intención de espantar esos pensamientos y se centró en Carlos.

Isabel regresó poco antes de la hora de apertura de la pastelería, muy apurada y con las mejillas sonrojadas. Noelia y Eloísa, que tomaban café en la cocina, se acercaron veloces hasta el salón al escuchar abrirse la puerta.

—¡Gracias a Dios! ¡Estábamos preocupadas! —exclamó la anciana, jadeando por el esfuerzo.

Noelia fue más prudente que su abuela y esperó que se sentara para preguntarle cómo había ido el encuentro.

—Antes de nada, ve a despedir a... a tu padre. —Titubeó por lo extraño que le resultaba pronunciar esta última palabra.

—No cuentes nada hasta que yo vuelva —advirtió Noelia, señalándola con el dedo.

La joven bajó las escaleras saltando los escalones de dos en dos hasta llegar a la calle, donde la esperaba su padre mirando distraído pasar los coches por la carretera. Al verla, se acercó con una media sonrisa.

—¿Cómo ha sido? —preguntó, recelosa.

—Me equivoqué de tren, Noelia —contestó, resignado—. Ha sido un sueño hecho realidad volver a estar con ella, pero me voy triste porque nunca podremos recuperar el tiempo perdido.

Noelia sintió pena por él, ya que el único delito que cometió fue confiar en las personas equivocadas.

—Lo siento.

Noelia pronunció aquellas palabras desde lo más profundo del alma, sintiendo, por primera vez desde que lo conoció, que le había cogido cariño y no soportaba verlo sufrir.

Tras despedirse de él, Noelia regresó al piso con la misma prisa con la que salió. Las dos mujeres la esperaban sentadas en la cocina con cara de circunstancia.

—No ha querido contarme nada hasta que tú volvieras —dijo la anciana con fastidio.

Isabel esperó a que su hija se sentara junto a ellas.

—Aunque han pasado más de treinta años, es como si hubiera estado con el mismo Jacobo que conocí de joven —señaló, encandilada—. Encantador, atento y cariñoso —enumeró—. Hemos hablado largo y tendido de lo que pasó, y creo que ambos nos dejamos llevar por el orgullo.

La mujer mostraba la cabeza baja mientras Eloísa y Noelia la escuchaban con atención.

—Ha pasado mucho tiempo, demasiado —prosiguió—, y ya no valen los reproches ni las acusaciones. Lo único que importa es que seas feliz ahora que has encontrado a tu padre.

Noelia asintió con la cabeza y se limpió con el dedo una lágrima que amenazaba con bajar por su mejilla.

—No me gustaría veros pelear —pidió, emocionada.

—No lo verás, hija. Te lo prometo.

—¿Qué más habéis hablado? —quiso saber Eloísa, intrigada.

—Muchas cosas. —Resopló—. Nos hemos puesto al día de todo lo que hemos vivido desde que nos separamos. Hemos hablado sobre la infancia de Noelia, nuestros trabajos... —Hizo una pausa y continuó—. De nuestras relaciones.

—Entonces, ¿le has hablado de Andrés? —preguntó su hija.

—Claro, es mi novio —respondió.

Noelia vio a su madre tan ilusionada que llegó a pensar que le había ocultado a Jacobo la existencia de Andrés.

—¿Qué pasará a partir de hoy? —La joven formuló la pregunta, temerosa.

Isabel dio un respingo al ver la hora en el reloj plateado que colgaba de la pared. Faltaban pocos minutos para las cinco de la tarde.

—¡Es tardísimo! —exclamó, alarmada—. ¡Tengo que abrir la pastelería!

La mujer salió a la carrera, dejando a Eloísa y Noelia sin tiempo para reaccionar. En cuestión de segundos, Isabel ya había salido de la casa en dirección al negocio.

—Abuela, es raro que no haya querido responder mi pregunta —expuso la joven a la vez que entrecerraba los ojos y se rascaba la barbilla.

—Sí, señor. Muy raro —recalcó Eloísa, imitando sus gestos.

—¡Ya lo averiguaremos! —acertó a decir Noelia poniéndose en pie—. Ahora, toca trabajar un rato.

Durante la tarde, Noelia y Eloísa terminaron de colocar las últimas piezas de decoración y utensilios que aún permanecían guardadas dentro de las cajas. A Noelia le entusiasmaba la moda *vintage*, aportaba al taller un toque rústico y encantador, aunque Eloísa lo considerara algo empalagoso. En esa línea había adquirido un frutero, varios cuencos y platos de cerámica en tonos pastel, un juego de tazas con dibujos discretos de mariposas, e incluso latas de galletas parecidas a la que encontró en el dormitorio de su madre y que le recordaron el pueblo. Noelia añoraba el jardín de la casa, con la singular pero agradable mezcla de olores que desprendían las rosas y los limones. También echaba de menos los largos paseos y las puestas de sol que enmarcaban el campo desde su lugar favorito, la pequeña colina en la que hicieron el amor por primera vez sus padres. El ruido de una caja vacía que Eloísa dejó caer hizo que volviera a la realidad.

—¡Ya está! —exclamó la anciana tras colocar el último cuenco sobre la estantería.

—Sí, ¡hemos terminado! —gritó Noelia, alzando los brazos en señal de victoria.

Abuela y nieta se abrazaron felices y, cuando se separaron, observaron el resultado final con satisfacción. Sin embargo, al bajar la vista, a la joven se le ensombreció el rostro.

—En aquel hueco falta una vitrina, pero... —comentó, encogiendo los hombros, resignada—. Diego prometió que me regalaría una —dejó escapar.

—¿Por qué no lo llamas? Él estará encantado de regalártela —planteó Eloísa.

—Abuela, Diego ya es agua pasada.

La anciana arrugó los labios y se quedó pensativa, mirando a la joven.

—Entonces, ¿existía algo especial entre vosotros?

—No, abuela.

—Si es agua pasada...

—Porque ya no nos vemos. Además, estoy conociendo a alguien —confesó Noelia con la firme intención de apostar por una relación con Carlos.

—Mi nieta es una rompecorazones —bromeó, guiñándole un ojo de forma exagerada.

Noelia no siguió la broma y la miró con gesto serio.

—Yo no he roto el corazón a nadie.

—¿Te lo ha roto él a ti? Porque si es así, le diré un par de cosas.

Noelia sabía con certeza que Eloísa era capaz de cumplir su promesa; si algo le sobraba era valentía y descaro para enfrentarse a cualquiera que le hiciera daño a ella o a su madre. Por ese amor incondicional y la manera de demostrarlo, la quería con locura a pesar de ser una mujer cabezota, cotilla y alocada.

—Diego no me ha hecho nada —dijo para tranquilizarla—. Lo que ocurre es que somos del todo incompatibles. Pero Carlos es diferente. Es muy formal y educado. Cuando lo conozcas, te gustará.

—¿Te revuelve por dentro?

—¿Me revuelve?

—Cuando lo ves ¿te da un vuelco el corazón y sientes un oleaje en la barriga que te sube hasta la nuca?

Eloísa acababa de describir a la perfección lo que a ella le ocurría cada vez que veía o pensaba en Diego. Con Carlos solo había sentido un leve cosquilleo cuando lo miró desde el portal después de la cita.

—Claro que me revuelve, abuela —mintió para no tener que dar más explicaciones; recogió las cajas vacías que estaban tiradas por el suelo y anunció:

—¡Hora de marcharnos!

LAS GLAMUROSAS

De regreso al piso, las dos mujeres recogieron a Isabel y, durante todo el camino, Eloísa intentó sonsacarles más información sobre Carlos y Jacobo, pero tanto una como otra respondieron con evasivas.

Una vez en casa, la joven recuperó su viejo portátil con intención de buscar sugerencias para regalar a los trillizos de Olivia. Al encender el ordenador, comprobó, aliviada, que aún funcionaba. En internet, localizó un gran número de páginas dedicadas a los partos múltiples que incluían infinidad de ideas para regalar como ropa, juguetes, productos de baño... La lista era interminable, pero, tras ojear decenas de fotos, decidió que el regalo más práctico y personal que ella podría ofrecer sería la tarta de cumpleaños.

Por la mañana temprano, acudió a la pastelería y junto con Marlena diseñaron el boceto de la tarta con la que deseaba impresionar a su amiga y a todos los asistentes a la fiesta.

Era sábado y el local estaba bastante animado porque mucha gente aprovechaba el fin de semana para saltarse la dieta y concederse un capricho. Noelia fue al mostrador en busca de unos utensilios que necesitaba para elaborar el bizcocho. Al frente de toda esta alharaca, Isabel atendía risueña y controlaba los pedidos con gran destreza.

—¿Cómo has dejado a tu abuela? —preguntó sin dejar de despachar.

—Entretenida, trasteando con su móvil.

—¡Qué raro! Si ella nunca lo utiliza.

—Eso mismo he pensado yo. Algo está tramando.

—A ver qué se le ocurre esta vez... —añadió Isabel con un suspiro.

En la trastienda, Noelia y su ayudante prepararon dos grandes planchas rectangulares de bizcocho, bañadas en almíbar de vainilla, que unieron con una deliciosa crema de trufa. Recubrieron el pastel de ganaché de chocolate y lo bordearon con merengue. Para adornarlo, realizaron en fondant todo un paisaje donde incluyeron un río, un árbol, mariposas y hasta un pequeño oso. No faltaron tampoco los nombres de los tres niños que la madre había dejado anotados en un papel. Aunque invirtieron casi toda la mañana en realizar la tarta, el resultado final fue espectacular, tanto que hicieron multitud de fotos para añadir al muestrario de la pastelería, y despertó en Noelia las ganas de poner en funcionamiento el taller lo antes posible.

Por la tarde, de nuevo en el piso, Eloísa la recibió con unas muestras de alegría que Noelia consideró excesivas, pero no pudo detenerse para comprobar qué le ocurría porque tenía que arreglarse para asistir al cumpleaños.

Olivia vivía en una bonita casa unifamiliar de dos plantas situada en una urbanización privada. Noelia tuvo que aparcar lejos de la vivienda, había llegado unos minutos tarde y la calle ya estaba repleta de coches.

Escondida tras la caja que contenía la enorme tarta, llamó con dificultad al timbre. Al momento, abrió Olivia.

—Noelia, ¿eres tú? —bromeó su amiga, buscándola tras el paquete.

Ella asomó media cabeza por un lateral y asintió sonriendo.

—Siento el retraso.

—¡Qué retraso! Llegas justo a tiempo.

En el interior de la casa se escuchaban voces chillonas procedentes del jardín trasero, lo que hizo que Noelia tanteara dejar la tarta y huir a la carrera, pero decidió aguantar el chaparrón por la amistad que le unía a Olivia desde que estudiaban juntas en el instituto. La anfitriona la ayudó a llevar la tarta hasta la amplia cocina de diseño. Buscaron el único hueco libre entre platos de plástico con dibujos infantiles, rebosantes de galletas y chucherías de colores.

Cuando Olivia destapó la tarta, miró asombrada a Noelia.

—¡Qué obra de arte! —exclamó con los ojos muy abiertos.

La pastelera sonrió encantada por el cumplido.

—Es mi regalo porque, en tema de niños, ando un poco perdida. En realidad, este es mi primer cumpleaños infantil y me siento aterrada —reconoció.

—Lo vas a pasar en grande, ya verás. Y, ¡muchas gracias! Es, sin duda, el mejor regalo.

La mujer se acercó hasta la puerta de la cocina y llamó a su marido.

—¡Ernesto! ¡Ven! —gritó.

Olivia y Ernesto también se habían conocido y empezado a salir en el instituto. El joven entró en la cocina con una copa en la mano y cara de estar muy agobiado.

—¿Ocurre algo? —dijo, asustado—. ¡Noelia! ¡Cuánto tiempo!

Ernesto, con su aspecto de eterno intelectual, cabello alborotado, gafas de monturas finas y jersey de cuello alto a pesar de las agradables temperaturas, se ganaba muy bien la vida como informático en una importante multinacional. Al verla, le dio dos besos, con cuidado de no derramar la copa en la que tintinearón los hielos como si fueran cascabeles.

Olivia esperó que terminaran de saludarse para llamar la atención de su marido.

—¡Mira qué tarta! Es el regalo de Noelia.

Ernesto silbó y abrió los ojos aún más que su esposa.

—Creo que la vamos a dejar como decoración sobre la chimenea —bromeó—. Da pena cortarla.

El comentario arrancó las carcajadas de las dos mujeres. Conscientes de todo el barullo que tenían montado en casa, la pareja dejó la tarta en la cocina para alternar con los invitados.

—¿Estás preparada? —preguntó Olivia.

Noelia se santiguó e indicó con un movimiento de cabeza que ya podían unirse a la fiesta.

En primer lugar, atravesaron el extenso salón de techos altos, muebles pesados y cargada decoración, incluida una espectacular chimenea sobre la que perfectamente se podía colocar la tarta como había apuntado Ernesto. En esa casa no conocían el estilo minimalista. Al fondo de la sala, un cierre de cristales daba paso a un jardín no muy extenso pero bien aprovechado, con el césped cuidado, maceteros en todos los rincones y una piscina pequeña en forma de riñón. Todavía quedaba espacio para una mesa alargada repleta de golosinas y un castillo hinchable en el que revoltosas criaturas, vigiladas por una joven monitora, saltaban sin descanso.

—Aquellos son mis pequeños —exclamó Olivia, señalando a tres niños rubios idénticos, empapados en sudor.

La única forma de diferenciarlos era por las camisetas de distintos colores que llevaban.

—¡Son guapísimos! —aseguró Noelia.

Junto a la mesa de los dulces, algunas mujeres y hombres charlaban muy animados.

—Os presento a mi amiga Noelia.

La joven, abrumada ante tanta gente, alzó la mano en señal de saludo. Todos presentaban un aspecto impecable, sobre todo ellas, peinadas y vestidas a la última moda, se mostraron encantadas de conocerla. Para su sorpresa, la integraron enseguida en el grupo y no la hicieron sentir desplazada hablando solo sobre la maternidad y sus consecuencias. Todo lo contrario, trataron multitud de temas y gastaron numerosas bromas e hicieron reír a Noelia a carcajadas.

—Pensaba que una reunión de madres resultaría más aburrida —confesó abiertamente gracias a la confianza que le habían dado.

—¿Aburridas? ¡Todo lo contrario! —señaló Olivia y guiñando un ojo a Noelia advirtió—. Nosotras no somos madres corrientes, somos glamurosas —apuntó,

divertida—, y estoy segura de que tú también serás, algún día, una mamá con mucho estilo.

Noelia miró hacia la atracción de plástico donde jugaban los niños. Sin poder evitarlo, y a pesar de haber quedado con Carlos después del cumpleaños, imaginaba entre ellos a un niño con rizos castaños y ojos de color miel como los de Diego.

Llegó la hora de partir la tarta, que Noelia y Olivia llevaron con mucho cuidado desde la cocina hasta el jardín con las velas encendidas, y los invitados entonando el cumpleaños feliz. Recibieron el vistoso pastel con aplausos y exclamaciones de asombro. Los niños se pelearon por conseguir alguno de los animales que Noelia repartió de la forma más equitativa posible, aunque no pudo evitar que pequeños dedos pellizcaran la tarta. También se encargó de partirla y colocar los trozos en platos sobre la mesa para que cada cual se sirviera a su gusto.

La tarta fue todo un éxito, y la mayoría de los invitados repitió. Olivia contó a todos que Noelia había sido la encargada de preparar tan delicioso dulce y que en unos días abriría su propio taller de repostería. La pastelera recibió multitud de peticiones para participar en sus cursos, además de futuros encargos para otros cumpleaños. Como Noelia no tenía aún preparadas tarjetas ni folletos de publicidad, Olivia se ofreció, encantada, a pasar su teléfono e informar a sus amigas y maridos, entre los que había más de un cocinillas, del inicio de las clases.

A pesar de las reticencias que Noelia mostró en un principio para acudir a la fiesta, al final resultó muy productiva. Se divirtió mucho más de lo que esperaba y consiguió una larga lista de contactos para el taller. Apuró hasta las nueve de la noche para marcharse porque había quedado con Carlos, aunque no le hubiera importado quedarse más tiempo.

Una hora después, el joven la esperaba frente al portal de la casa de la joven, apoyado en su coche. Se saludaron con un ligero beso en los labios. Noelia le avisó que no le había dado tiempo a cambiarse de ropa para evitar que eligiera otro restaurante tan sofisticado como el de la última cita. El joven propuso tapear en un mercado gourmet, ubicado junto al puente de Triana. El lugar resultó de lo más llamativo con una estructura de hierro vanguardista y un vistoso juego de luces. La terraza exterior era bastante amplia y dentro del mercado los puestos exponían variados y vistosos platos en modernos escaparates. Cuando llegaron, la mayoría de las mesas estaban ocupadas, pero consiguieron una que quedó libre en una esquina de la terraza. Las vistas desde aquel rincón eran dignas de una postal, con el agua mansa del río Guadalquivir salpicada de luces y el majestuoso puente de Triana reflejado sobre ella. La noche sevillana era la imagen propia de la alegría, con las calles

bañadas por el bullicio como una corriente de risas que inundaban cada rincón de la ciudad. Para Noelia, Sevilla derrochaba magia y belleza a partes iguales.

Mientras ella se deleitaba con el cautivador paisaje a orillas del río, Carlos recorrió los puestos para elegir la comida. Desde que se encontraron aquella noche, la joven permaneció la mayoría del tiempo en silencio.

—Te noto rara —dijo Carlos ante su actitud distante.

—Estoy cansada —se disculpó.

—¿Quieres que vayamos a otro sitio más tranquilo? —propuso para animarla.

En realidad, Noelia no se sentía cansada sino triste porque, a pesar de encontrarse en un lugar idílico junto a un hombre maravilloso, no era capaz de disfrutar del momento. Carlos lo tenía todo: era apuesto, atento y se desvivía por ella cuando estaban juntos, pero Noelia no podía evitar que su interior permaneciera impasible cuando estaba con él. Ningún oleaje removía su alma cuando lo miraba, al contrario de lo que le ocurría con Diego.

—No me encuentro bien, Carlos. ¿Puedes llevarme a casa? —pidió.

Él no lo dudó y la acercó al piso. Ninguno de los dos habló durante el trayecto de vuelta. Cuando llegaron, la joven resopló antes de salir del coche.

—Hasta pronto —susurró Carlos.

Noelia deseaba con ansias alejarse de allí lo antes posible. En esta ocasión, la joven no se volvió para mirarlo desde el portal.

LA VITRINA

—Noelia, Noelia...

La voz de Isabel llegaba suave como el sonido del viento que silba entre los árboles. Cuando consiguió abrir los ojos, Noelia vio a su madre en la puerta del dormitorio.

—¿Qué pasa? —preguntó con la voz adormecida.

—Tengo mucho trabajo en Canela, y tu abuela dice que no se encuentra bien. ¿Puedes quedarte con ella?

—¿La llevo al médico? —propuso, destapando las sábanas con intención de levantarse.

—Solo necesita reposo, pero no quiere quedarse sola por si le ocurre algo.

—Quiero terminar hoy unas cosas en el local para abrir la semana que viene.

—Esta tarde te ayudo, pero, por favor, no la dejes sola.

Noelia asintió con desgana e intentó levantarse, el cuerpo no le respondió y se tumbó de nuevo. Había pasado parte de la noche dando vueltas en la cama, pensando en lo desagradable que había sido con Carlos, pero no era capaz de fingir cuando no se encontraba a gusto en un lugar. Al fin, logró levantarse y fue hasta el salón, arrastrando los pies y con los ojos hinchados por el sueño. Allí encontró a Eloísa sentada en el sofá, cosiendo un dobladillo. A primera vista, la anciana no mostraba aspecto de estar enferma.

—Tengo una punzada aquí —dijo al ver a Noelia, con la mano puesta en el escote del camisón.

—¿Vamos al médico? —insistió la joven, sentándose junto a ella.

—¡No, no! Nos quedamos aquí tranquilas, y verás cómo me encuentro mejor.

—De acuerdo —aceptó la joven, resignada.

A lo largo de la mañana, Noelia observó a Eloísa quejarse solo cuando le preguntaba por el dolor o se acercaba a ella. Atribuyó aquella actitud a los achaques y a las manías propias de la edad. Después de una buena siesta, Eloísa se levantó esplendorosa con un aspecto radiante y sin rastro alguno del malestar que sintió durante la mañana.

—¡Vamos! Tu madre y yo ya estamos listas para ir al local —exclamó al entrar en el dormitorio donde Noelia trabajaba con el ordenador—. Queda mucho trabajo por hacer.

—¿Ya estás mejor? —preguntó Noelia, incrédula por aquel cambio tan repentino de su estado.

—¡Estoy mejor que nunca! —asintió la mujer con una amplia sonrisa.

La nieta no quería ni pensar que aquellos cambios tan bruscos en el comportamiento de su abuela se debían a algún grave trastorno, como la demencia senil o algo mucho peor, el alzhéimer.

—¿Te ayudo a elegir la ropa? —insistió con gran vitalidad a la par que abría el ropero y rebuscaba entre las prendas.

—No hace falta, abuela. No me cambiaré —dijo preocupada por lo mucho que la necesitaba aún lúcida, aunque su cabezonería la sacara de quicio en algunas ocasiones.

—De acuerdo. Te espero en la cocina.

Hasta allí llegó la joven, hechizada por el aroma del café recién hecho.

—No te quejarás —adujo Isabel, sonriente—. Iremos las dos contigo para ayudar.

—Estoy encantada de que vengáis. ¿Os he dicho ya lo mucho que os quiero? —declaró la joven en un súbito ataque de sentimentalismo y abrazó a las dos mujeres, los pilares más importantes de su vida.

Noelia sabía con certeza que si Eloísa perdía la cabeza, Isabel sufriría mucho más que ella.

Tras la merienda y cargadas de cubos, trapos y productos de limpieza, las tres mujeres marcharon muy animadas al taller. Cuando llegaron, la joven rebuscó las llaves del local en los bolsillos y en las bolsas que llevaba, pero no las encontró.

—Están aquí —dijo Eloísa, haciéndolas tintinear en alto.

—¿Por qué las tienes tú? —preguntó, sorprendida.

—Abre y lo averiguarás —contestó con sonrisa maliciosa.

Noelia abrió la puerta con recelo y, al entrar, se quedó tan asombrada que se llevó las manos a la boca. Se volvió emocionada hacia la madre y la abuela que hacían gestos para que pasara. Al hacerlo, descubrió en el hueco de la pared una enorme vitrina lacada en blanco con las puertas superiores de cristales y una amplia cajonera en la parte baja. Las esquinas terminaban con bonitos dibujos florales tallados en la madera.

—Es preciosa. ¿Quién la ha comprado? —preguntó con la voz entrecortada por la emoción.

—Ninguna de nosotras. —Se adelantó Eloísa.

Noelia pasó de la sorpresa a la desazón.

—¿Es de Diego?

—Sí, la traje esta misma mañana —informó la anciana.

—Entonces, ¿no estabas enferma?

—¡No! Solo lo aparentaba para tenerte entretenida.

Noelia mostró una amplia sonrisa y abrazó a Eloísa tan fuerte que casi caen al suelo.

—Eso quiere decir que ¡no estás perdiendo la cabeza!

—¡Tengo mi mente mejor que nunca! —aseguró, soltándose de su nieta.

—¿Qué dijo cuándo lo llamaste? —Se interesó Noelia.

—Me costó un poco convencerlo —confesó.

La joven avanzó por el local y rodeó la mesa alargada, a la vez que imaginaba a Diego allí. Incluso, rebuscó entre las paredes, el mobiliario o el suelo alguna señal dirigida a ella. Pero fue en vano. Todo estaba recogido y en el mismo orden que ella lo dejó.

—Ese joven merece una llamada para darle las gracias, ¿no crees? —insistió Isabel.

—Si ni siquiera lo conoces, mamá.

—A él no, pero si conozco tu orgullo porque es igual al mío.

Aunque Isabel tuviera razón, Noelia fue quien sufrió el desplante de Diego tras acostarse juntos, solo ella tenía derecho a juzgarlo y a decidir sobre si debía o no llamarlo.

—No tenéis ni idea de cómo es Diego. Creéis que es el hombre perfecto, y no lo es. Así que dejad de organizarme la vida, por favor —zanjó molesta y cogió un cubo para empezar con la limpieza.

Isabel también dio por finalizada la conversación y comenzó a barrer. Eloísa se acercó a Noelia con rostro afligido.

—Solo quería ayudarte a tener el taller que tanto deseabas —lamentó.

—Abuela, no has hecho nada malo. Ha quedado como yo quería y le pagaré la vitrina a Diego. Esta misma noche lo llamaré —dijo, moderando la voz para tranquilizarla.

La jornada transcurrió entre olor a desinfectantes e idas y venidas para llenar cuantiosos cubos de agua con los que fregaron utensilios, estanterías y suelo. Olvidado el momento de tensión, las mujeres trabajaron hasta dejar el local reluciente y listo para funcionar.

Exhaustas y deseosas de una ducha caliente, regresaron al piso. Noelia optó por un relajante baño de espuma. Eran muy pocas las ocasiones en las que llenaba la bañera, pero el haber terminado la reforma y la inquietud que sentía por la llamada

que tenía pendiente, lo merecían. Demoró todo lo que pudo el tiempo bajo el agua hasta que se enfrió demasiado. En pijama y con una manzana para cenar, se encerró en su dormitorio. «¿Cómo es posible que esté tan nerviosa por una simple llamada?», pensó, aturdida. La respuesta era evidente: todo lo relacionado con Diego la alteraba. Se sentó en la cama con el móvil en la mano. Antes de llamar, leyó un mensaje de Carlos en el que le preguntaba cómo se encontraba. La joven sintió una punzada de arrepentimiento por haber sido tan fría con él la noche anterior y respondió con una disculpa por lo rápido que se marchó de la cita. A continuación, buscó el número de Diego, lo miró, volvió atrás en la lista de contactos, lo localizó de nuevo, dio un largo suspiro para calmarse, contó hasta diez y lo marcó mientras mordía sus uñas. Solo escuchó tres tonos antes de responder la voz ronca y pausada de Diego.

—Sí —fue su saludo inicial.

Un seco y tajante monosílabo. Aun así, Noelia sintió que se derretía como un helado olvidado sobre la cama.

—Siento no haber contestado tu llamada, pero estaba ocupada en el taller. —Se excusó y esperó unos segundos a que contestara; como no lo hizo, continuó—: Solo quería darte las gracias por la vitrina.

—Tu abuela me dijo que la necesitabas —dijo con tono serio y distante.

—Espero que no se pusiera muy pesada. Quiero pagarte el mueble.

—Ya te dije que sería mi regalo.

—Insisto en que quiero pagártela.

—¡Qué pesadez con el dinero! —exclamó Diego, haciendo enojar a Noelia.

—¡Por supuesto! No quiero ningún favor tuyo después de lo que me hiciste —bramó ella.

—¿Qué te hice? ¿Ser sincero? Te dije lo que sentía en ese momento.

—Me dejaste bien claro que solo querías acostarte conmigo y conseguiste lo que querías.

—Estás muy equivocada —murmuró con la voz más dulce—. Me quedé bloqueado y no me vi a la altura del tipo de hombre que buscas.

—¡Tú no sabes qué tipo de hombre busco!

—Tienes razón, estoy perdido.

—Muy perdido, Diego. No tienes ni idea de lo que quiero.

Noelia intuyó que la conversación entre ellos terminaría mal. Desde que se conocieron no habían hecho otra cosa que discutir porque no se ponían de acuerdo en lo referente a los sentimientos. «Ha llegado el momento de terminar con esto», decidió Noelia.

—He conocido a otro —dijo decidida, pero a la vez tan dolorida que tuvo ganas de llorar.

Al otro lado de la línea, se hizo el silencio unos segundos.

—Ya veo que no has perdido el tiempo —acertó a decir Diego, resentido.

Noelia sintió una oleada de rabia irrumpiendo desde lo más profundo de su ser hasta subir a su rostro que ardía como un trozo de carbón al fuego.

—¡Seguro que tú también has estado con otras desde que no nos vemos! —atacó.

—Te equivocas —contestó con calma—. No he estado con nadie. Pero te deseo lo mejor.

—¿Cuándo puedo pagarte? —insistió Noelia.

—Esta semana pasaré por el taller para colocar unos pomos que faltan —acordó y colgó sin despedirse.

La conversación dejó a Noelia tan desolada que, llorando desesperada, golpeó con el puño cerrado la colcha mientras maldecía a Diego una y otra vez. Porque, a pesar de lo lejos que estaban el uno del otro, lo seguía queriendo tanto que creía enloquecer como le ocurrió a Juana “La Loca” y a tantas otras mujeres que no estaban perturbadas sino enamoradas del hombre equivocado, como ella.

Noelia dedicó los siguientes días a terminar de arreglar el papeleo que necesitaba para la apertura. Ejecutó un plan de trabajo en el que enumeró y definió los cursos que impartiría y, por último, compró todos los ingredientes necesarios para los talleres y para las degustaciones que ofrecería en la inauguración, fijada para el viernes.

A mitad de semana, Carlos pasó una mañana por el local para comprobar cómo marchaban los preparativos y, como le confesó a Noelia, para verla.

Fue una visita rápida ya que el joven inspector tenía mucho trabajo pendiente, pero resultó mucho más amena que la última vez que estuvieron juntos. Noelia le enseñó el taller reformado por completo e incluso le pidió consejo sobre unos carteles que estaba confeccionando para la inauguración.

—Eres una empresaria con un futuro muy prometedor —declaró Carlos tras elogiar todo el esfuerzo que la joven estaba llevando a cabo para poner en marcha su proyecto.

Esas palabras le hicieron mucha ilusión a Noelia porque era justo lo que quería conseguir: convertirse en una empresaria modesta pero de éxito. Como modelo a seguir tenía a su propia madre, que llevaba tantos años al frente de la pastelería, trabajando muchísimo, pero recibiendo el cariño y la fidelidad de su clientela.

Noelia aprovechó la visita para invitarlo a la inauguración del taller. Al despedirse, el joven titubeó hasta que se acercó a ella para darle un beso suave en los labios que Noelia aceptó, aunque no consiguió el efecto devastador ni pasional que le hubiera gustado sentir.

La visita que sí removió los sentimientos de Noelia ocurrió días después. Cuando hablaron por teléfono, Diego le advirtió que acudiría al local una mañana de aquella semana para rematar el trabajo, por lo que ella se arreglaba a conciencia cada día antes de acudir al taller. Elegía la ropa que más la favorecía, se maquillaba más de lo que hacía de forma habitual y, cada vez que llamaban a la puerta, se sobresaltaba y el corazón le palpitaba tan fuerte como un caballo desbocado encerrado en una cuadra. Sin embargo, Diego apareció justo en el momento que menos lo esperaba. La inauguración se acercaba y le quedaban tantos preparativos por hacer que se acumulaba el trabajo. Uno de aquellos ajetreados días, antes de la hora del almuerzo, Noelia estaba sentada en el suelo, colocando etiquetas en los botes y cajas para los ingredientes, cuando escuchó dos golpes secos provenientes de la entrada que retumbaron en todo el local. Al levantarse, se percató de que tenía los vaqueros y las manos manchadas del rotulador negro que estaba usando para las etiquetas. Molesta por las manchas, acudió a la puerta y, al abrir, apareció Diego. Lo encontró con el semblante serio, llevaba una mano en el bolsillo del vaquero y en la otra, cargaba la caja de herramientas. Él la miró con los ojos entrecerrados, casi ocultos entre algunos mechones rebeldes que flotaban alrededor de su cara. A ella le encantaba el pelo así.

—¿Puedo pasar? —preguntó ante el mutismo de Noelia.

—Sí, claro—dijo al fin.

La joven se echó a un lado para que él entrara. Noelia cerró los ojos para absorber mejor el olor a perfume que Diego dejó tras él.

—Será solo un momento —concretó.

—Tarda lo que quieras. Tengo muchas cosas por hacer —aseguró mientras regresaba al lugar donde había dejado el rotulador y las etiquetas.

Diego respiró hondo para mostrar que no le gustaba la tensión existente entre los dos, pero no dijo nada y se fue hacia el extremo de la sala para colocar los pomos que faltaban en los cajones de la vitrina.

Noelia continuó con las etiquetas, aunque las manos le temblaban tanto que la letra era del todo ininteligible. De vez en cuando volvía la mirada con disimulo para observarlo. La escena le recordó los días que habían pasado juntos en la casa de su abuela sin saber que se terminaría enamorando. Una de las veces en la que se giró, sus miradas se encontraron, pero, al instante, ambos retomaron sus tareas. Cuando Diego terminó y, tras guardar las herramientas, se acercó a ella.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó.

En realidad, Noelia había completado todas las etiquetas minutos antes, pero se entretuvo adrede para esperarlo.

—No hace falta —respondió a la vez que se levantaba del suelo.

Al estar los dos de frente, Diego la miró sonriendo y señaló su rostro.

—Te has manchado de rotulador —indicó.

Noelia buscó alrededor un espejo o un cristal para mirarse, pero no encontró ninguno.

—¿Dónde me he pintado?

Diego pasó con suavidad su dedo pulgar por la frente de Noelia y lo bajó por el rostro hasta rodearle la barbilla con la mano. Se acercó a ella y la besó en los labios, primero con dulzura y, tras comprobar que le correspondía, la agarró por la cintura, y el beso se hizo mucho más intenso y húmedo. Noelia sintió que se inundaban todos sus sentidos como si una presa de agua hubiera abierto las compuertas en el momento más inesperado. De repente y sin avisar, Diego se separó de ella.

—Espero que el otro te haga más feliz que yo —le deseó, mirándola fijamente—. Tengo que marcharme.

—¡Diego! —llamó Noelia, suplicante.

El joven recogió la caja de las herramientas y salió del local sin mirar atrás. Noelia se quedó anclada en el suelo, embriagada de su sabor y sorprendida por su repentina marcha. Diego la había dejado plantada de la misma manera que ella lo plantó a él en dos ocasiones anteriores.

Noelia pasó largo rato en el taller, sentada en un taburete, dándole vueltas a lo que había ocurrido con Diego. Tenía los labios todavía marcados por el beso, y su olor continuaba impregnado en el ambiente. La reacción de él demostraba que estaba celoso y resentido porque lo hubiera olvidado tan pronto. Todo falso. Noelia lo amaba cada vez más y al nombrar a Carlos solo pretendía finalizar aquella tormentosa relación. Para su sorpresa, consiguió justo lo contrario, el beso que se habían dado había sido con diferencia el más ardiente de todos.

Tras meditar mucho y con las tripas rugiendo feroces por el hambre, Noelia decidió enviar un mensaje a Diego: «Sigo en deuda contigo», escribió decidida, y añadió: «Estás invitado a la inauguración el próximo viernes a las nueve de la noche».

LA INAUGURACIÓN

Llegó el ansiado día, pero Noelia no había recibido ninguna respuesta de Diego, así que decidió olvidarse de él y centrarse en lo más importante: la inauguración del taller. Al gran evento invitó a la clientela de Canela, compuesta en su mayoría por el vecindario de la barriada en la que residían; a Olivia y sus amigas, las glamurosas, con sus respectivos maridos; a Juan, el albañil, al que le hacía mucha ilusión llevar a su esposa para conocer a Noelia; llamó a su padre que, muy a su pesar, no podría acudir porque la salud de Soledad continuaba muy delicada y, por último, también avisó a Andrés, al que no veía desde su última visita al bar. El hombre aceptó encantado. Entre el ajetreo del taller y los ajustados horarios de Isabel, madre e hija apenas habían coincidido. Eso sí, Noelia la notaba distinta desde la visita de Jacobo. En ocasiones, la advertía pensativa y ausente, algo inusual en ella, que era más de actuar que de pensar. Tenían una charla pendiente sobre el asunto de su padre, que no podrían aplazar mucho más tiempo. Después de la inauguración, hablarían largo y tendido sobre el tema.

Tras avisar a todos, la joven se centró en los aperitivos que ofrecería aquella noche: entrantes salados elaborados por Eloísa, como canapés, empanadillas o croquetas; y sus principales creaciones dulces, como trufas de chocolate, mini *cupcakes*, borrachos de nata, tocinos de cielo y tartas de distintos sabores. Como atracción principal, la joven decidió colocar en el centro de la mesa una fuente de chocolate en la que se podría bañar, al gusto de cada cual, trozos de frutas o nubes de azúcar. Para acompañar la comida, Noelia llenó la nevera del taller con cervezas y botellas de vino espumoso. Por último, la anfitriona regalaría a todos los asistentes una bolsita de bombones como recuerdo de la inauguración.

Isabel y Marlena ayudaron a preparar los dulces durante las horas previas a la celebración. Apuraron tanto el tiempo que terminaron de decorar el taller solo media hora antes de empezar el esperado acontecimiento. Una explosión de colores y texturas inundaba la sala. Colocaron los aperitivos en bonitos cuencos de colores, tarteras de cristal, e incluso utilizaron macetas que sirvieron para colocar la fruta y las nubes pinchadas en finos palos de madera para la fuente de chocolate. Además, repartieron por la mesa palos de canela atados con lazos de colores que servían para decorar y aromatizar el ambiente.

A Noelia no le quedó más remedio que ducharse en cinco minutos. Dejó sus cabellos secar al viento, se maquilló un poco y eligió un bonito pero sencillo vestido

rojo rubí. Lo complementó con un collar de bisutería de piedras preciosas en distintos colores. El reflejo en el espejo revelaba a una mujer sofisticada.

A partir de las nueve de la noche, fueron llegando los invitados. Lo primero que hacían al entrar era elogiar la magnífica decoración que convertía el limitado espacio en un lugar cálido y elegante. A continuación, observaban boquiabiertos la selecta y vistosa cantidad de dulces que regaban la extensa mesa central, en torno a la cual se fue congregando un público deseoso de probar aquellas exquisiteces. Tampoco faltaba la música que amenizaba la velada con canciones rítmicas pero ligeras. Noelia sirvió las primeras copas de vino y jarras de cerveza. Las voces se alternaban con los bocados y los sorbos. La joven deambulaba por la sala recibiendo elogios y anotando en una libreta las inscripciones para sus talleres. Las glamurosas amigas de Olivia fueron las primeras en apuntarse, e incluso una de ellas le encargó una tarta para celebrar el noveno cumpleaños de su hijo.

Las caras sonrientes a su alrededor revelaban que la fiesta transcurría mejor de lo que Noelia había imaginado. Eloísa, Isabel y Marlena deslumbraban con sus vestidos nuevos, comprados para la ocasión. La abuela había optado por un elegante traje gris perla, la madre asombró a todas con un vaporoso vestido negro de seda, y la dominicana eligió un moderno mono azul eléctrico que resaltaba sus curvas.

Uno de los más rezagados en llegar fue Carlos que se presentó con un regalo para ella.

—Para que brindemos juntos —dijo mientras le entregaba una botella de champán.

—Será un placer —agradeció.

No pudieron hablar más porque los interrumpieron unas clientas de la pastelería interesadas en los talleres. Noelia dejó a Carlos charlando con Juan, el albañil, que había sido uno de los más puntuales en llegar del brazo de su guapa y joven esposa que intentaba evitar, sin éxito, que bebiera tanta cerveza.

Noelia notó cómo algunas mujeres de la fiesta miraban embelesadas a Carlos, muy atractivo con su chaqueta cruzada en gris oscuro, una camisa blanca y unos vaqueros negros. Él tampoco dejó de mirarla durante todo el tiempo.

En un momento de la noche, Noelia vio a Andrés en un extremo de la mesa, justo en el lado opuesto en el que su madre preparaba más aperitivos. Le extrañó la escena porque él siempre la ayudaba en todo lo que hacía. Sin querer resultar alarmista, se acercó de forma sigilosa.

—No te he visto llegar—murmuró, y Andrés casi se atraganta con un trozo del hojaldre relleno de paté que degustaba en ese momento.

El hombre tosió con fuerza varias veces hasta que consiguió hablar.

—Hoy he cerrado antes el bar —dijo, abriéndose la cazadora para mostrar la camisa negra de trabajo que aún vestía.

—¿Qué te parece mi taller?

—Una maravilla, pequeña —contestó, recorriendo admirado la vista por el local—. Tu madre me lo enseñó en bruto, pero tú has sabido pulirlo y convertirlo en una verdadera joya.

—¡Qué bien hablas! —elogió la joven.

—Es lo que tiene estar siempre rodeado de gente a la que, además de servir, muchas veces, tienes que entretener. Terminas convirtiéndote en un poeta entre cafés —reconoció, guiñándole un ojo.

Noelia mostró una amplia sonrisa. Antes de marcharse, Andrés la agarró con suavidad del brazo y, tras mirar de soslayo a Isabel, preguntó:

—¿Sabes si le ocurre algo a tu madre? Está muy rara últimamente.

Noelia sintió cómo su cara se volvía color escarlata. Estaba claro que la madre no le había contado nada del encuentro con Jacobo.

—Creo que no —titubeó con ganas de desaparecer.

—Serán imaginaciones mías —dijo él, encogiéndose de hombros.

Noelia se despidió con una sonrisa fingida y se dirigió al lugar en el que se encontraba Isabel.

—¡Mamá! ¿Todavía no le has contado a Andrés nada de Jacobo? —increpó en voz baja.

—No sé cómo hacerlo —susurró, mirando de reojo al novio que comía ajeno a la conversación entre ellas.

—Habla con él. No has hecho nada malo. Solo fue un paseo y un almuerzo.

—Bueno... —vaciló Isabel mientras se mordía el labio inferior.

—Bueno, ¿qué?

—También hemos hablado varias veces por teléfono —confesó con risa nerviosa.

—¡Mamá!

—Entiéndelo, Noelia. Ha sido todo tan precipitado, y me siento tan confundida.

La joven puso los ojos en blanco y miró de nuevo a Andrés con sentimiento de culpa. Su encuentro con Jacobo estaba provocando una situación que empezaba a superarla.

—Mañana, tú y yo hablaremos muy en serio —advirtió como si en vez de a su madre, regañara a una niña pequeña.

Isabel asintió, obediente, y retomó la tarea de rellenar canapés.

—Ahora voy a buscar a la abuela que hace tiempo que no la veo.

Noelia lanzó una mirada rápida por la sala y divisó a Eloísa junto a la fuente de chocolate, a punto de meterse en la boca una brocheta chorreando del cacao líquido.

—¡Abuela! ¿Qué haces? —exclamó al llegar junto a ella en dos zancadas.

Eloísa ignoró a su nieta y se zampó de un bocado la fruta chocolateada.

—Es sano, Noelia. Hay que comer mucha fruta.

—Pero no empapada en chocolate. ¿Cuántas has comido?

La anciana se encogió de hombros mientras se limpiaba una mancha de chocolate que lucía bien redonda sobre su chaqueta nueva.

—¡No quiero terminar en el hospital! Ya no comas más dulces, ¿vale?

La abuela asintió tan aplicada como Isabel.

«Parezco la madre de las dos», pensó Noelia. Para relajarse, llenó una copa de vino y la bebió de un solo trago, lo que hizo que continuara con los saludos de mejor humor.

Pasadas unas horas del inicio de la celebración, el público se mostraba más animado gracias a la comida y a algunas copas y cervezas de más. Noelia, atareada, rellenaba bandejas con más aperitivos cuando Marlena acudió en su busca algo alterada.

—En la puerta preguntan por ti —anunció, sofocada.

La joven dominicana llamaba la atención por su larga y brillante melena que acostumbraba a llevar siempre recogida con una trenza.

—¿Quién? —preguntó Noelia sin dejar la tarea.

—Será mejor que vayas —aconsejó sin quitar ojo a la entrada.

Noelia recordó el matrimonio mayor y nada sociable que vivía sobre la pastelería. Ya se habían quejado varias veces por el ruido que ocasionaba el ir y venir de la clientela. Isabel los invitaba a pasteles en ocasiones especiales para evitar enfrentamientos.

La joven atravesó la sala irritada al pensar que la pareja podía estropear la fiesta a pesar de que el volumen de la música era bajo y las puertas estaban cerradas. Solo salían a la calle de vez en cuando las personas fumadoras y, en realidad, no eran tantas. Por el camino, la joven recogió un platillo con trufas para ofrecérselas y apaciguar los ánimos.

Con el chocolate en la mano y cara avinagrada, Noelia salió al exterior donde comprobó, sorprendida, que no la esperaba ningún vecino disgustado. Sobre una moto negra de gran cilindrada, con unos vaqueros desgastados y una chaqueta negra de cuero, estaba Diego con gesto hosco.

—¿Son para tirármelas a la cara o para que las pruebe? —preguntó, señalando las trufas y adoptando una actitud burlona.

—Déjame pensar... —respondió ella con aire reflexivo y la mano libre en el cuadril.

—La inauguración parece muy animada.

Diego cogió una de las trufas y se la llevó a la boca. Tras saborearla y relamerse los labios, añadió:

—Con dulces como este no me extraña que la fiesta tenga tanto éxito.

—No me puedo quejar —respondió, satisfecha.

Como siempre ocurría entre los dos, durante unos segundos, se quedaron en silencio, hasta que Diego se retiró de la moto y, acercándose más a ella, confesó.

—Soy un hombre más bien práctico por eso estudié arquitectura.

Noelia hizo el intento de hablar, pero él siseó y le cogió las manos para evitar que lo interrumpiera.

—El romanticismo no se me da nada bien y quizás fui muy rápido. —Ella asintió con timidez y él prosiguió—. Es mi forma de demostrar que me gusta estar contigo.

La joven escuchó atenta con las piernas temblonas, no por el vino que había bebido, sino por las palabras de Diego, que le sonaron de lo más románticas, a pesar de que él aseguraba lo contrario. El joven desconocía que a algunas mujeres, como era su caso, no les gustaban los hombres empalagosos. Cuando estaba enamorada solo necesitaba unas palabras sinceras y algunas muestras de cariño.

Se disponía a besarla cuando la puerta se abrió y ambos se sobresaltaron. Diego retrocedió unos pasos y volvió a echarse sobre la moto. Entonces apareció Carlos con dos copas en la mano. Al verlos solos, su rostro se ensombreció.

—Noelia, están repartiendo champán para brindar —anunció con sequedad y, tras pasarle la copa llena, volvió a entrar, cabizbajo.

—¿Es él? —preguntó Diego, molesto.

—Sí, pero...

El joven no dejó que terminara la frase.

—Será mejor que me vaya —decidió a la vez que se subía a la moto.

Esta vez Noelia no quería que se marchara y dejó de lado el orgullo para rogarle que no se fuera.

—Por favor, Diego. Él no significa nada para mí. Solo te quiero a ti, ¿todavía no te has dado cuenta? —dijo a punto de echarse a llorar.

El joven miró al frente largo rato hasta que se bajó de la moto, la abrazó y le dio un beso intenso con sabor a chocolate.

—¿Se lo dices tú o se lo digo yo? —apremió.

—¿Estás celoso? —preguntó Noelia a la vez que le agarraba el mentón con la mano.

—Un poco —reveló, pegándose más a ella.

—Solo tuvimos un par de citas que no salieron nada bien —aseguró Noelia—. Ahora volvamos a la fiesta.

Diego le cogió la mano con firmeza para entrar juntos al local. Dentro todos esperaban a la anfitriona con las copas llenas y, al verla, brindaron varias veces entre vítores y palabras de ánimo para la recién estrenada empresaria. Noelia correspondió con un breve discurso en el que agradecía la asistencia y las muestras de apoyo que había recibido aquella noche tan especial para ella, en la que había cumplido su sueño. Al terminar, Eloísa se acercó a saludar a Diego que había colgado la chaqueta en el perchero, situado en la entrada, dejando ver la elegante camisa negra que llevaba y que a ojos de Noelia le sentaba realmente bien.

La joven observaba tan ensimismada el encuentro entre la abuela y Diego, que no se percató de la presencia de Carlos hasta que habló.

—Tengo que marcharme —anunció con una media sonrisa.

—Gracias por venir —dijo Noelia a modo de despedida.

—Espero que triunfes con el taller —le deseó, intentando mantener la compostura—. Que seas muy feliz —añadió con desdén.

Diego los observaba desde el otro extremo de la sala donde charlaba con Eloísa y con Isabel, que también se había unido a la conversación.

—Lo siento —acertó a decir Noelia con la cabeza baja.

Él respondió con un largo suspiro y se marchó con las manos en los bolsillos sin echar la vista atrás. Noelia buscó entre el gentío los ojos de Diego, que le correspondieron con calidez. Sus miradas se quedaron entrelazadas unos segundos hasta que el joven fue requerido, de nuevo, por Eloísa.

Pasada la medianoche, y tras agotarse todo el refrigerio, las únicas personas que quedaron en el taller, aparte de Noelia y Diego, fueron Eloísa, Isabel y Marlina, que empezaron a recoger los platos y copas vacías. El éxito de la inauguración era indiscutible, aunque la sala había quedado tan revuelta como si una tormenta la hubiera arrasado. Se necesitarían varias horas para enlucir de nuevo el taller, algo que no preocupaba a Noelia en ese momento ya que solo quería estar con Diego, por lo que pidió a las mujeres, con sutileza, que se marcharan.

—Es muy tarde. Mañana yo me encargaré de recogerlo todo.

Isabel fue la más perspicaz en captar la indirecta y, tras soltar los platos, cogió del brazo a Eloísa y la azuzó para que ella hiciera lo mismo. La abuela no tardó en percatarse de la situación.

—Claro, nos vamos, que es muy tarde —dijo, simulando un gran bostezo que arrancó las carcajadas de Diego y las mujeres.

En cuanto salieron por la puerta, Noelia cerró con llave y se quedó apoyada en ella con la respiración agitada por lo que preveía que podía ocurrir a continuación. El joven buscó dos copas vacías y las llenó con las sobras de la única botella de vino que había quedado en pie. Le pasó una de ellas a Noelia y se sentó en un banco mientras daba palmadas al asiento de al lado para que ella lo ocupara. Cuando se sentó, la miró embobado.

—Tienes un brillo en los ojos que te hacen aún más guapa —reconoció.

—Será por el vino —declaró ella, ruborizada.

—Me vuelven loco tus hoyuelos—continuó piropeándola.

Noelia sonrió entre divertida y avergonzada, remarcando aún más los hoyuelos que tanto le gustaban a Diego.

—Todavía estoy en deuda contigo —recordó ella en alusión a la vitrina.

—¡Yo diciéndote cosas bonitas, y tú con el dinero! —se quejó en broma—. No me debes nada: es un regalo —añadió a la vez que apuraba el vino y se levantaba.

El joven fue hasta la fuente de chocolate y metió el dedo bajo el líquido espeso y brillante que bajaba por el metal.

—Dicen que el chocolate es el mejor sustituto del sexo, pero ¿qué ocurriría si se mezclaran las dos cosas? —Lanzó la pregunta mirando a Noelia con una expresión reflexiva pero lasciva a la vez.

Ella se encogió de hombros y decidió tomar la iniciativa.

—Tendremos que averiguarlo.

Sentada en la mesa, junto a la fuente, dejó que él saboreara el chocolate sobre su piel, y juntos descubrieron, extasiados, que la pasión mientras más dulce es, más seduce y enloquece a quienes la disfrutan. De esa manera, entremezclaron besos, chocolate, palabras cariñosas, insinuaciones picantes y jadeos que inundaron el local y lo llenaron del más agradable y lujurioso placer humano.

EL ÚLTIMO DESEO DE SOLEDAD

La mañana siguiente, el estridente sonido del móvil interrumpió el plácido sueño de Noelia. Sin conseguir abrir los ojos, tanteó la mesita de noche y lo apagó, sin molestarse en comprobar quién había llamado. La apasionada noche que había vivido con Diego se había alargado hasta altas horas de la madrugada por lo que, a pesar de sentirse pletórica, estaba muy cansada y necesitaba dormir más tiempo. No obstante, el teléfono volvió a sonar y, tras dejar que pasaran varios tonos, lo agarró y como pudo, entre legañas, visualizó el nombre de Jacobo. Noelia pensó que el padre llamaba para visitarla y conocer, al fin, el taller que no pudo ver en su último y ajetreado encuentro. Eso sí, tendría que limpiarlo antes para que lo apreciara en todo su esplendor. Tras carraspear varias veces, descolgó. La charla que tuvo con él la dejó tan confundida que tuvo que levantarse y caminar por el cuarto de un lado a otro para digerirla bien. En ese estado fue hasta la cocina donde desayunaban Isabel y Eloísa.

—¡No te esperábamos por aquí tan temprano! —exclamó su madre.

—Como llegaste tan tarde... —añadió la abuela con sonrisa maliciosa.

Noelia no estaba para bromas como demostraba su semblante grave y afligido. Con la respiración entrecortada y la voz débil anunció.

—Soledad quiere hablar conmigo antes de morir.

Las dos mujeres la miraron con los ojos abiertos de par y par y no pronunciaron palabra alguna durante unos segundos que se hicieron eternos para Noelia.

—¿No vais a decir nada? —preguntó, angustiada.

—No sé —atinó a decir Isabel—. Al fin y al cabo, es tu abuela.

—¡Y la mujer que os separó, mamá! ¡Lo último que esperaba es que tú la defendieras! —rugió.

La mujer agachó la cabeza, humillada por los gritos de la hija.

—Perdona por hablarte así —se lamentó bajando el tono de voz—, pero no tengo ni idea de lo que quiere esa mujer ahora.

—Limpiar su conciencia —expuso Eloísa que seguía la conversación con el rostro apoyado en una de las manos—. Sabe que morirá pronto y no quiere irse sin recibir tu perdón.

—¿Cómo estás tan segura, abuela? —preguntó, intentando sonar lo más serena posible.

—Porque yo haría lo mismo —zanjó.

La nieta la miró sin comprender nada porque la abuela también había padecido la tiranía de la que fuera su mejor amiga.

—No os entiendo —dijo mientras movía la cabeza de un lado a otro.

Antes de salir por la puerta, la madre se levantó y habló con parsimonia.

—La decisión es tuya, hija.

Noelia cruzó el salón irritada, pero antes de entrar en el dormitorio, lo pensó mejor y regresó a la cocina, donde la abuela y la madre cuchicheaban. Al verla de nuevo en el quicio de la puerta, las mujeres callaron al unísono y la miraron atentas.

—Voy a ir —resolvió— solo porque Jacobo me lo pidió desesperado.

Al decir estas últimas palabras, le pareció escuchar que su madre emitía un leve gemido. Sin añadir nada más, regresó sobre sus pasos, pero antes de llegar al cuarto, Eloísa anunció en voz alta:

—¡Te acompaño!

«¡Ay, Dios! Esta mujer es incansable», pensó Noelia y al instante la tenía junto a ella, jadeando por la rapidez con la que había llegado.

—Quiero darle una vuelta a la casa.

La joven permaneció pensativa un momento hasta que decidió, sobre la marcha, que no podía negarle a Eloísa aquella petición cuando estaba a punto de cumplir la voluntad de Soledad, una abuela a la que nunca había tratado ni querido.

—De acuerdo. En media hora salimos.

Eloísa dibujó una amplia sonrisa con sus labios. A continuación, Noelia se dispuso a llamar a su padre cuando advirtió que tenía un nuevo mensaje. Al abrirlo, comprobó que era de Diego invitándola a cenar. Sin tan siquiera pensarlo, pulsó su número para llamarlo. El saludo de él fue dulce y cariñoso mientras que el de ella sonó, sin poder evitarlo, algo brusco. Ante aquel cambio de actitud respecto a la noche anterior le preguntó, preocupado, qué le ocurría. Noelia le contó todo en un chorro frenético de palabras entre profundos suspiros.

—Yo os llevaré. Estás demasiado nerviosa para conducir —ofreció, decidido.

Noelia aceptó sin rechistar, y acordaron encontrarse frente al portal. Tras colgar, mandó un escueto mensaje a Jacobo en el que lo avisaba que llegarían al pueblo a lo largo de la mañana.

En poco tiempo, las dos mujeres se arreglaron y esperaron en el portal a Diego, que llegó puntual y con un agradable olor a loción de afeitado. Hicieron la mayor parte del camino en silencio. Eloísa se sentó delante, ante la insistencia de la pareja, mientras ellos cruzaban miradas por el espejo retrovisor.

Noelia no podía ocultar su nerviosismo ante el hecho de tener que verse frente a frente con Soledad. Además, temía encontrarse de nuevo con el resto de sus familiares, entre ellos, Germán, su hermanastro. Aún no había olvidado lo mal que la trató la única vez que se habían visto.

Antes de llegar, Noelia le pidió a Diego que dejara primero a Eloísa en la casa, pero la anciana se negó en rotundo.

—Esperaré con Diego en la puerta por si me necesitas.

—¡Abuela, esto no es lo que acordamos! —protestó la joven—. No necesito guardaespaldas.

Diego decidió intervenir para calmar la situación.

—Podemos esperar hasta que Noelia nos mande un mensaje afirmando que se encuentra bien. Entonces te acerco a la casa, ¿de acuerdo?

La anciana asintió a regañadientes, aunque Noelia percibió en su forma de mirar, con los ojos achinados y los labios apretados, que no desistiría con facilidad en su empeño de esperarla. Solo cuando llegaron junto a la casa de Soledad, Eloísa reveló sus verdaderas intenciones.

—Me gustaría entrar contigo —pidió con voz melosa antes de bajar del coche.

Noelia tomó aire.

—Abuela —dijo de la forma más serena que pudo—, no creo que sea buena idea.

—La conozco bien y sé de sobra que ella también me espera —aseguró, convencida.

—Te recuerdo que vuestro último encuentro no fue nada amistoso.

—Después de la tempestad viene la calma.

Diego asistía al cruce de palabras entre abuela y nieta como si se tratara de un partido de tenis. Decidió intervenir de nuevo para apaciguar la tensión entre ambas.

—Noelia, habla con Jacobo y que él lo resuelva.

Las dos mujeres se acercaron despacio hasta la puerta. Esta vez, Noelia fue quien pulsó el botón del portero. La voz de Jacobo resonó potente al otro lado del aparato.

—¿Quién es?

—Soy Noelia.

—Ahora salgo —propuso para alivio de la joven.

La puerta automática cedió, y sonaron pasos sobre la gravilla, tras los cuales apareció la figura alicaída de Jacobo. Le dio dos cariñosos besos a su hija y se dirigió a la anciana que le dio un formal apretón de manos a modo de saludo.

—¿Cómo sigue? —se interesó Noelia.

—Hoy no es de sus peores días, pero la enfermedad avanza. Ya no hay marcha atrás —contestó el hombre con aspecto compungido.

Su hija le frotó el brazo con suavidad, y él la miró agradecido.

Después de aquel tierno momento, Noelia tragó saliva y buscó las palabras más adecuadas para exponerle el propósito de Eloísa.

—¿Puede acompañarme mi abuela? —preguntó con precaución.

—Mi madre sabía que vendría contigo —aseguró él con una leve sonrisa.

Eloísa miró a su nieta alzando las cejas en un gesto en el que se traslucían las palabras «te lo dije». Noelia la miró resignada y se volvió hacia su padre, que las invitó a entrar mientras se echaba a un lado para que ellas pasaran primero. Atravesaron el amplio jardín, que ya conocían tras el desafortunado enfrentamiento entre las abuelas, subieron la escalinata de mármol y traspasaron la pesada puerta de madera. Ante ellos se abrió un gigantesco salón de techos altísimos, con una chimenea de piedra que ocupaba gran parte de la pared central. En uno de los laterales, cientos de libros descansaban sobre una elegante estantería de madera oscura. Frente a ella resaltaba una extensa y fornida mesa de comedor rodeada de sillas con elevados respaldos. El centro de la sala estaba ocupada por un sofá también enorme, como todo a su alrededor. Multitud de cuadros de paisajes y bodegones, con retorcidos marcos de madrera, colgaban de las paredes.

Seguidamente, se adentraron en un oscuro pasillo con puertas a uno y otro lado hasta llegar al final, donde se erigía una entrada mayor y más vistosa que las anteriores.

Jacobo dio unos golpes suaves en la puerta de doble hoja y, a los pocos segundos, salió una mujer de mediana edad, bajita y regordeta, vestida con una bata blanca.

—Está tranquila. Caroline la acompaña —dijo en voz baja.

—Esperad aquí un momento —susurró Jacobo y se adentró en el dormitorio con la cuidadora.

Abuela y nieta esperaron calladas y quietas, como si permanecieran ocultas antes de participar en una sangrienta batalla. Entonces escucharon unas voces roncadas procedentes del interior del cuarto.

—¡Que no entre! ¡La quiero fuera de mi casa!

—¡Que le gusta hacerse de rogar! —exclamó Eloísa en voz alta para que la escuchara.

Noelia la mandó callar con severidad. Al momento, regresó Jacobo y las animó a que pasaran.

—¿Ella también? —preguntó Noelia, incrédula.

El hombre asintió con la cabeza, y la anciana volvió a mirar a su nieta con gesto, otra vez, de «ya te lo dije». Esta vez, la joven inspiró con fuerza y soltó el aire despacio, para tranquilizarse.

Al pasar al cuarto, tan regio como el resto de la casa, las recibió un fuerte olor a medicamentos parecido al que desprendían las farmacias. El gran ventanal que presidía la pared frontal, abierto a media altura, permitía la entrada a una luz tenue. En medio del dormitorio y sobre una cama articulada reposaba Soledad. Junto a ella permanecía Caroline, sentada en un sillón, mientras ojeaba una revista. La joven lucía tan esplendorosa como siempre con su larga cabellera rubia cayendo como una cascada por los hombros, aunque tenía algo enrojecidos sus fascinantes ojos azules. Caroline miró a ambas mujeres y se levantó sin saludar.

—Ahora vuelvo —informó a Soledad mientras le daba un beso en la frente.

Antes de marcharse, Jacobo la cogió del brazo con suavidad, y ella lo miró con desagrado.

—Gracias por venir —acertó a decir con indiferencia.

Noelia se dio cuenta de que su padre la había obligado a ser amable, por lo que respondió con un leve movimiento de cabeza, y Eloísa no apartó la vista de la cama. La enferma continuaba sin dirigirse a ellas.

Jacobo despidió a Caroline con un abrazo y le cerró la puerta al salir. Entonces se acercó a la madre con cautela. Le cogió la mano huesuda y con las venas azules tan marcadas como ríos sobre un mapa de papel.

—Ya están aquí —susurró, aunque era evidente que las había escuchado llegar.

Poco a poco, la mujer fue girando el rostro, bastante más demacrado por la enfermedad, y clavó sus ojos hundidos y brillantes como los de un pequeño animal asustado que se resiste ante un ataque.

—Noelia —murmuró al fin—, te llamas así, ¿no?

La joven adelantó unos pasos y asintió.

—Te pareces a mi hijo —confesó con la mirada puesta en él, que le apretó la mano en señal de aprobación.

Ante aquella mujer que se expresaba con tanta altanería a pesar de su estado, Noelia, cohibida, se limitó a esbozar una tímida sonrisa con la comisura de los labios.

—Algunas veces lo que hacemos por el bien de nuestros hijos no resulta ser lo mejor para ellos —aseguró con voz frágil—. Una madre no acierta siempre, aunque las intenciones sean buenas.

La mujer volvió de nuevo la cabeza hacia el lado opuesto a ellas. Jacobo la miraba con los rojos humedecidos.

—Ellos se querían —acertó a decir Noelia.

—Pero eran demasiado jóvenes —replicó, esforzándose por hablar más alto.

—No mucho más que nosotras cuando conocimos a nuestros maridos —intervino Eloísa, avanzando hasta colocarse junto a su nieta—. Lo hicieras con maldad o no, ellos merecían una oportunidad que no tuvieron.

Soledad frunció el ceño y la miró con severidad.

—Vosotros os marchasteis.

—Pensamos que era lo mejor para evitar las habladurías.

—Al final, vosotras decidisteis por los dos. Nadie nos preguntó a nosotros qué era lo que de verdad queríamos y tampoco tuvimos el suficiente coraje de enfrentarnos a nuestras familias. Todos somos culpables —razonó Jacobo para poner fin al cruce de acusaciones—. La única inocente en esta historia es Noelia y, por ella, tenemos que intentar llevarnos bien.

Soledad se giró despacio y observó a la joven que no pudo reprimir las lágrimas tras las palabras de su padre. Solo entonces, la mujer aflojó un poco el gesto tenso que había adoptado desde que llegaron y, sin abandonar el lenguaje arrogante, se disculpó.

—Reconozco que no acerté con la decisión —musitó.

—Perdóname, hija, por mi parte de culpa —pidió Eloísa tras los reproches de Jacobo.

Noelia la abrazó y, aproximándose más a la cama, acarició la mano de Soledad, lo que hizo que los ojos de la mujer brillaran con intensidad y que su boca mostrara una sutil mueca de placer.

—¿Y nosotras no vamos a perdonarnos también? —preguntó Eloísa, aprovechando el momento de debilidad de la enferma, que asintió de manera sutil con la cabeza—. ¡Con la de cosas que vivimos juntas! —exclamó, intentando animar la dramática situación.

Con total familiaridad, rodeó la cama y ocupó el sillón en el que había estado sentada Caroline. Soledad la siguió con la mirada sin mediar palabra.

—No sé si te ha contado tu madre —habló Eloísa, dirigiéndose a Jacobo— que una vez se enfadó conmigo y arreó a la burra donde yo iba montada para que me tirara. ¡Ay, ese carácter suyo!

Noelia no sabía si reír o llorar ante el parloteo de su abuela. Buscó la mirada de su padre, que también permanecía a la espera de la reacción de Soledad. Durante unos segundos, la anciana miró a la que fue su amiga, impasible, hasta que dijo con el ceño fruncido:

—¡Te lo merecías!

Jacobo sonrió, mirando a Noelia para advertirle, con un movimiento de cabeza, que todo marchaba bien.

—Mamá, ¿te dejo un rato con Eloísa para que te haga compañía?

Soledad asintió con la cabeza y se giró hacia ella, atenta a sus palabras.

—Abuela, ¿tú quieres quedarte? —preguntó Noelia.

—¡Tenemos muchas anécdotas que recordar!

En ese preciso instante, escucharon unos golpes en la puerta que, al instante, cedió unos centímetros para dejar entrever media cara de la enfermera.

—Tengo que tomarle la temperatura —indicó, apurada por interrumpir la visita.

—Pase, pase —animó Jacobo y, dirigiéndose a Noelia, le consultó—: ¿Esperamos fuera?

La joven se disponía a seguir a Jacobo cuando, justo al llegar a la puerta, regresó y le dio un dulce beso en la frente a Soledad.

—Ha sido un placer —reconoció a modo de despedida.

La anciana le cogió la mano y la apretó como respuesta a sus palabras. Y por primera vez desde que se vieron, esbozó una ligera sonrisa que mantuvo con la vista clavada en ella.

A continuación, padre e hija abandonaron la habitación, ella con recelo por dejar solas a las dos mujeres, aunque el rostro resplandeciente de Eloísa mostraba que ella también deseaba aquella reconciliación que había tardado tantos años en producirse. Al salir, Jacobo condujo a su hija hasta la mitad del pasillo.

—Gracias, hija. No ha tenido que ser fácil para ti.

Noelia estaba acostumbrada a que su madre y su abuela la llamaran hija, pero cuando lo hizo Jacobo sintió un cosquilleo de felicidad. Desde que se conocieron, la joven mantenía una pugna interna por no mostrar a la ligera sus sentimientos hacia él, sin tener la certeza de que el cariño era recíproco. Pero aquella sencilla palabra había sido para ella toda una demostración de su amor como padre.

—¿Puedo llamarte papá? —preguntó Noelia con voz temblona.

A Jacobo se le iluminó por completo el rostro, adoptando una expresión de júbilo, a la vez que su labio inferior temblaba con suavidad.

—Lo estoy deseando —suplicó y le dio un abrazo tan tierno como el que dio un rato antes a Caroline.

—¡Qué entrañable! —se escuchó al principio del pasillo, por donde apareció Germán con una mueca de desprecio. Desbordado de irritación y señalando a Noelia añadió—: ¡Ya has conseguido lo que querías!

Sin decir nada más, se marchó. Jacobo lo llamó para que regresara, pero un fuerte portazo procedente de la puerta de la entrada indicó que ya era tarde.

—Déjame a mí —propuso Noelia.

Atravesó la casa a la carrera. Bajó las escalinatas, miró a un lado y a otro y lo vio, de refilón, mientras giraba hacia la parte de atrás. Al llegar, Noelia lo encontró apoyado sobre una mesa de piedra mientras encendía un cigarrillo. Se acercó a él con cautela y, al verla, Germán le lanzó una mirada cargada de rabia. En el primer y desagradable encuentro entre ellos, Noelia no apreció bien sus rasgos, pero ahora que le sostenía desafiante la mirada, descubrió que la forma de sus ojos era similar a la de Jacobo y a la de ella.

—¿Me das uno? —pidió, señalando el cigarro.

Germán vaciló unos segundos, hasta que lanzó el paquete que ella consiguió coger al vuelo. Extrajo un cigarro y lo encendió con el mechero que había dentro. Le dio una primera calada intensa y expulsó, poco a poco, el humo que salió por los orificios de su nariz.

—Solo fumo cuando estoy muy nerviosa, como ahora —confesó.

—¿Qué buscas? —preguntó él con hostilidad mientras se ponía en pie y la miraba con actitud desafiante.

Noelia intentó mantener la calma, aunque la atemorizara su forma de actuar tan violenta.

—Lo único que quería era conocer a mi padre —Acertó a decir, intentando sonar segura.

—¿Pretendes que te crea? —retó con una sonrisa desconfiada y maliciosa que dejó ver los hoyuelos también heredados de Jacobo.

Noelia decidió no darle más vueltas al asunto y fue directa al grano.

—Yo no tengo intención de quitaros a vuestro padre. He vivido sin él durante muchos años. Lo único que quiero es un poco de su cariño.

—¡Já! ¡A mí no me engañas! —vociferó—. Lo que vi en el pasillo no es mendigar un poco de amor. Buscas algo más y aprovechas que lo está pasando mal con la enfermedad de mi abuela para llevártelo a tu terreno.

—¿Qué piensas?, ¿qué busco vuestro dinero? —contraatacó ella sin miedo—. No lo necesito. Estoy rodeada de gente a la que adoro y tengo un trabajo que me encanta. Pero, dime —continuó, lanzando el cigarro al suelo, enfadada—, ¿qué hubieras hecho tú en mi lugar? ¿No hubieras querido conocerlo?

El joven volvió a apoyarse en la mesa y, tras apurar el cigarrillo, encendió otro con esa misma colilla antes de tirarla a la tierra. Cruzó los brazos, dejando en alto la

mano con el tabaco. Estuvo absorto unos segundos hasta que se dirigió a ella en un tono más sereno.

—¿Por qué has esperado tantos años?

—Mi madre se negaba a hablarme de él, y yo no quería hacerla sufrir. Pero vine al pueblo con mi abuela, conocí a tu hermana por casualidad, y a partir de ese momento ocurrieron una serie de acontecimientos que me llevaron hasta Jacobo.

Él atendía sin mirarla directamente. Noelia decidió que ya era hora de marcharse y, sin despedirse, se giró para regresar a la casa. Avanzaba dolida cuando lo escuchó decir algo. Dio media vuelta, y él repitió lo que había dicho, esta vez en voz alta.

—Yo también lo hubiera buscado —respondió, imperturbable.

Noelia le dedicó una media sonrisa y, esta vez sí, caminó hacia la vivienda, pero con un talante mucho más sosegado que con el que había salido.

Eloísa la esperaba en el salón, sentada en un filo del sofá, mientras Jacobo permanecía cerca de la puerta con una bebida en la mano.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó en cuanto la vio pasar.

—Bien —confirmó Noelia—. Está más tranquilo.

—Yo no consigo que me escuche —lamentó Jacobo, hundiendo los hombros.

—Tampoco es fácil para ellos.

La joven era consciente de que Caroline y ella no tenían nada en común, ni en el aspecto físico ni en lo referente a sus vidas. En el caso de Germán, las diferencias entre ellos también eran latentes, a pesar de compartir algunos rasgos. El carácter de él era igual al de Soledad, arrogante y seco. Aún así, y tras hacer las paces con la anciana, no descartaba que algún día pudiera tener un trato más cordial con ellos, aunque no llegara a ser tan íntimo como el de unos verdaderos hermanos.

Noelia decidió aprovechar ese momento para preguntar a Jacobo por las llamadas telefónicas de las que su madre le había hablado y así saber si la relación entre ellos podría llegar a más en un futuro. Intentó ser lo más discreta posible para evitar que su abuela los escuchara.

—¿Quieres que le diga a mi madre algo de tu parte? —preguntó la joven en voz baja pendiente de su reacción.

Jacobo abrió los ojos algo más de la cuenta y, a pesar de querer mostrarse natural, su sonrisa tonta lo delató.

—¡Oh, sí! Dale recuerdos de mi parte —musitó con un tono de voz que Noelia notó artificioso porque ocultaba algo.

—¿No habéis hablado más desde que os visteis? —insistió.

Jacobo miró a Eloísa de reojo y acercándose más a su hija, le confesó al oído.

—Espero que no te importe, pero la he llamado varias veces.

Aquella confidencia reveló que él buscaba a su madre y no al contrario. Noelia respiró, aliviada, sobre todo porque Isabel era quien tenía pareja.

—No me importa —susurró ella.

Jacobo le dedicó una amplia sonrisa y, antes de que pudieran continuar hablando, Eloísa se levantó del sofá y fue directa a ellos.

—Ya es hora de marcharnos —apremió.

—No sé cómo podré agradeceros lo que habéis hecho por mi madre y por mí — señaló Jacobo con sinceridad.

Tanto Noelia como Eloísa aseguraron que también estaban complacidas con el encuentro, desearon que Soledad sufriera lo menos posible y que pudiera llegar incluso a curarse, a pesar de las pocas esperanzas que le habían pronosticado los especialistas que la trataban. Se despidieron con dos besos a los que se sumó Eloísa para sorpresa y alegría de Jacobo, ansioso por llevarse bien con ella.

Al salir de la casa, Diego las esperaba en el interior del todoterreno, ojeando unos documentos del trabajo. La joven vio un matiz de preocupación en su rostro que lo hacía irresistible.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó.

Durante el trayecto hacia la casa, Eloísa se encargó de contarle al detalle todo lo que había ocurrido. Por su parte, Noelia decidió ocultar que Germán se había encarado de nuevo con ella, no quiso inquietar aún más a Diego y, además, la situación había terminado de forma pacífica.

Eloísa entró en la casa con el rostro iluminado por la felicidad que la embargaba. Comprobó que, excepto por el polvo acumulado, todo permanecía igual. La inspección finalizó en el jardín, donde el limonero y los rosales los recibieron cuajados de flores que parecían hechas de terciopelo.

Eloísa cogió una regadera y la llenó de agua.

—No podemos quedarnos mucho tiempo —apuró Noelia que tenía aún que limpiar el taller.

—Antes, ayúdame a cortar unas rosas.

Entre las dos eligieron las más vistosas y formaron un bonito ramo. Diego las esperó apoyado en la puerta del jardín hasta que Eloísa le pidió un favor.

—¿Puedes traernos la botella de vino dulce que está en la nevera?

—¡Abuela! —protestó la nieta.

—Ya te he dicho que solo será un momento. Ahora vamos a coger limones.

Mientras ellas arrancaban del árbol los frutos más crecidos y hermosos, que desprendían un olor tan intenso como el amarillo de la piel que les revestía, Diego llenó las copas de vino. Con la bolsa repleta de limones y el ramo de rosas dispuesto para decorar los primeros cursos del taller, se bebieron, a sorbos, las uvas maduras de la costa gaditana mientras el potente sol de Cañada Rosal les agasajaba con cálidos destellos de luz.

MIEDO A LA MUERTE

Los días pasaron rápidos por el ajetreo del taller y los preparativos ante la llegada de la Semana Santa. El olor a incienso ya inundaba las calles esperando la semana grande de Sevilla, y la agitación se hacía más latente en la mayoría de los negocios donde se organizaban para duplicar las ventas gracias a los turistas; en el ir y venir de muchas personas que recogían los capirotos que llevarían junto con la típica túnica y capa de nazareno; o en la ardua tarea de los obreros encargados de instalar las sillas en el centro de la ciudad para que los más fervorosos pudieran contemplar, en primera fila, el paso de las hermandades.

Noelia impartió el primer curso del taller, que resultó todo un éxito de afluencia y que dedicó a los dulces típicos de esas fechas, como torrijas, pestiños, y rosquitos de anís. Además, hizo otro curso exprés especial de chocolate al que se apuntó Diego, según le confesó a Noelia porque no podía olvidar la noche de la inauguración. Aunque no lo pudieron repetir, rodeados de un numeroso grupo de participantes deseosos de conocer todos los trucos para degustar este delicioso manjar dulce. Entre tanto trabajo, ambos también disfrutaron de una agradable velada en el apartamento de Diego que, gracias a los toques de ella, resultó de lo más romántica. Diego aprendió rápido a desempolvar su lado más sensible haciéndole un regalo sencillo pero muy significativo: un libro sobre bombones con una dedicatoria muy tierna. A Noelia le encantó el detalle. Eso sí, no faltaban momentos en los que estuvieran juntos que Diego no intentara demostrar a su manera, es decir, con besos muy pasionales y abrazos llenos de ternura, lo que le gustaba estar con ella. La joven decidió no forzar la situación y disfrutar de cada momento que pasaban juntos. Si se guiaba por las acciones, Diego le había demostrado en esos días que sentía algo especial por ella, aunque no lo expresara abiertamente con palabras más comprometidas. El tiempo se encargaría de dar nombre a aquel sentimiento que los unía.

Entre tanta felicidad, Noelia recibió una desagradable noticia. Ocurrió justo una semana después de su última visita al pueblo. Desde entonces, había hablado varias veces por teléfono con su padre, que la tenía al tanto del estado de salud de Soledad. La mujer se mantenía estable, aunque la enfermedad no remitiera. Jacobo siempre intentaba que su voz sonara tranquila, pero la joven percibía en ella una pincelada de desolación que le hacía temer que el estado de la anciana había empeorado. Sus malos presentimientos se confirmaron cuando, una mañana en la que se preparaba para acudir al trabajo, recibió la llamada de Jacobo. Destrozado por el dolor, le contó que Soledad falleció de madrugada mientras dormía gracias a los fuertes calmantes

que le administraban. El día antes, la mujer se mostró más cariñosa que nunca y dedicó emotivas palabras a cada uno de los familiares que la acompañaban.

—Me pidió que no la recordara por los errores que cometió, sino por lo mucho que me quería —contó Jacobo, emocionado.

En el fondo, Noelia sintió la muerte de su abuela paterna porque la mujer intentó, a su forma, un acercamiento entre ellas que, por desgracia, ya no podría continuar. Tras despedirse de su padre, se limpió las lágrimas y fue en busca de Eloísa para contarle la triste noticia. La encontró en la cocina, troceando unas verduras para prepararlas al horno. Se acercó a ella despacio y se apoyó contra la encimera mientras la observaba cortar una patata en rodajas sobre una tabla de madera.

—¿Qué te pica? —preguntó la abuela sin retirar la vista de los cortes que hacía.

Noelia, ensimismada con sus ágiles movimientos, no escuchó lo que dijo.

—¿Qué te ocurre? —insistió la anciana, dejando de cortar para mirarla.

—Tengo que contarte algo. —Titubeó, buscando las palabras más adecuadas—. Es sobre Soledad...

—No sigas. Ha muerto—declaró, tajante.

—Sí, abuela.

—Es ley de vida—dijo Eloísa sin aflicción, retomando las verduras.

—Mi padre está destrozado y...

Eloísa no dejó que terminara la frase.

—Tengo que preparar la comida. Luego hablamos —apremió.

Noelia quedó desconcertada por la reacción de su abuela, aunque al mirarla por última vez, antes de marcharse, le pareció ver una gruesa lágrima cayendo sobre la tabla de cortar.

Más tarde, en la pastelería, Isabel le informó que ya conocía la trágica noticia porque el mismo Jacobo la había llamado. La relación entre ellos seguía siendo todo un misterio para Noelia. La joven había desistido de la charla madre e hija desde que su padre confesó que era él quien llamaba a Isabel, aunque Andrés llevaba tiempo sin cenar con ellas, algo que hacía a menudo antes de aparecer Jacobo. En todo caso, estaba tan atareada con el trabajo que, muy a su pesar, no podía ocuparse de resolver los problemas sentimentales de las personas que la rodeaban. Sin querer molestar más a su madre, que tenía a varias clientas esperando, fue directa al taller para planificar los cursos de la siguiente semana y así evadirse de la tristeza que la embargaba tras la noticia del fallecimiento de Soledad. Decidió que, durante las mañanas de las vacaciones escolares de Semana Santa, impartiría un taller infantil de galletas para mantener entretenidos a los más pequeños de la casa, lo que agradecerían los padres

más desesperados. Por las tardes, mantendría el taller abierto al público para que vieran in situ todo el proceso de elaboración de los pasteles que después se venderían en la tienda.

Cuando regresó a casa, hambrienta, pensando en las verduras asadas y rehogadas en abundante aceite como las hacía su abuela, una sensación extraña la invadió. La casa estaba silenciosa e inerte de una manera inquietante, sin luz natural porque las cortinas permanecían corridas. Al recorrerlas, se sobresaltó al ver a Eloísa sentada en el sillón con la mirada perdida.

—¡Qué susto me has dado, abuela! —exclamó con la mano en el pecho—. ¿Qué te pasa? —preguntó agachada a su lado.

—Nada —contestó con indiferencia—. La comida está en el horno.

A Noelia le extrañó que Eloísa no la esperara con la mesa puesta como siempre hacía.

—¿Ya has comido? —quiso saber mientras acariciaba su mano.

—No tengo hambre. Voy a echarme un rato.

La anciana se levantó con esfuerzo del sillón y caminó despacio hacia su cuarto.

—Abuela, ¿te encuentras bien? —insistió la nieta antes de que se perdiera por el pasillo.

—Sí —dijo ella, suspirando.

Noelia decidió esperar a su madre para almorzar juntas. Cuando llegó, le habló del raro comportamiento de la abuela.

—Siempre le pasa —aseguró con resignación.

—No entiendo, mamá.

—Cuando muere una persona allegada a ella, se pasa unos días deprimida.

Noelia pensó que Eloísa, con cerca de ochenta años, había perdido a muchas personas importantes para ella como sus padres, hermanos y el abuelo José.

—En realidad tiene miedo a la muerte —reconoció Isabel—. A medida que pasan los años se hace más presente.

A Noelia se le puso la piel de gallina porque ella misma sentía en ocasiones que le costaba respirar al pensar en el inevitable desenlace. Solo le duraba unos segundos, pero resultaban muy angustiosos.

Eloísa pasó los siguientes días alicaída y sin salir de casa. Apenas comía y permanecía sentada en el sillón la mayor parte del tiempo con la televisión puesta, pero con la cabeza en otra parte. Noelia no soportaba verla así, intentó hablar con ella en varias ocasiones, pero la mujer no respondía a sus palabras de ánimo. La nieta estaba tan desesperada que habló con Cristina. Ella encontró la solución para que

Eloísa volviera a ser la mujer jovial y descarada de siempre. Le anunció que el Domingo de Resurrección se celebraría en el pueblo la Fiesta Colonial de los Huevos Pintados. Noelia conocía esta antiquísima tradición por las fotos y las explicaciones de Diego durante la visita a la Hacienda de La Suerte. Como la hostelera indicó, sería la mejor oportunidad para que Eloísa volviera al pueblo y abandonara el encierro que ella misma se había impuesto. La mujer participaba cada año en la celebración con un puesto de salchichas alemanas y propuso a Noelia que la ayudara, aportando su especialidad: los dulces. Además, le mandó por correo un complemento muy especial y típico de esa celebración que Noelia quiso mantener en secreto.

Diego también colaboró para llevar a cabo el plan propuesto por su madre. El joven le aseguró que entendía por lo que pasaba, ya que su padre llevaba con esa misma actitud desde que la enfermedad lo condenara a la silla de ruedas. Confesó, afligido, que él también había buscado mil maneras de animarlo, pero que fueron en vano. A pesar de ello, aseguró que nunca desistiría en su empeño por verlo de nuevo feliz.

—Daría lo que fuera porque volviera a ser el hombre de antes —dijo con amargura, y a Noelia se le encogió el corazón.

La joven realizó los preparativos sin que su abuela imaginara lo que estaban tramando a su alrededor. Quienes sí estaban al tanto de los planes eran Isabel y Marlena, que prestaron su ayuda incondicional. Noelia incluso insinuó a su madre que aquella celebración también podría servir para que ella regresara al pueblo, pero la mujer rehusó la idea con un enérgico movimiento de cabeza.

La Semana Santa llegó calurosa y frenética a partes iguales. La ciudad se llenó de turistas que recorrían en masa las calles en las que, cada día, hacían su estación de penitencia varias hermandades compuestas por cientos de nazarenos que, en actitud recia, presidían cada paso en los que se recreaban los momentos bíblicos de mayor trascendencia, ambientados con la música solemne y peculiar de tambores y trompetas. Durante toda la semana, Canela estuvo abarrotada de clientes que se daban un respiro entre tanta caminata para degustar las torrijas. Isabel vio desbordadas todas las previsiones, vendiendo más torrijas que nunca gracias a las buenas temperaturas que arrastraron a todo el mundo a salir a las calles. Las ventas también subieron por las nuevas variedades de ese típico dulce que en su versión más clásica se preparaba con vino y miel, pero que ellas innovaron añadiendo chocolate, naranja o dulce de leche. En cuanto al taller, el curso infantil tuvo una gran aceptación, y cada tarde numerosos visitantes asistían, embelesados, a observar el trabajo de Noelia. Con esa original iniciativa, consiguió nuevas inscripciones para los cursos.

La mañana del ansiado Domingo de Resurrección, Noelia tenía todo preparado para asistir a la fiesta de los Huevos Pintados. Solo faltaba convencer a una Eloísa ausente, refugiada en el sillón. La mujer se había levantado temprano y había permanecido impasible ante las numerosas vueltas que su nieta daba a su alrededor, sin mostrar ningún interés hasta que Noelia le indicó, con delicadeza, que se arreglara para salir.

—Estoy bien aquí —declinó la invitación con firmeza.

—Vamos al pueblo, abuela.

Noelia pensó que Eloísa no se opondría a ir a Cañada Rosal, pero se equivocó.

—No me apetece ir —resolvió con desgana.

La joven se colocó justo en frente de ella y se arrodilló para estar a su altura.

—Ya está todo listo, saldremos en cuanto te vistas —señaló en tono cariñoso pero con un leve matiz autoritario.

—No quiero ir —insistió la anciana sin tan siquiera mirar a su nieta a los ojos.

Noelia, cansada de ser tan condescendiente, consideró que había respetado su tristeza durante demasiado tiempo. Había llegado la hora de actuar y estaba decidida a regresar al pueblo con ella, aunque tuviera que obligarla.

—¡Abuela! —tronó, poniéndose en pie—, ¡he dicho que vamos al pueblo! ¡Así que ya te estás poniendo el vestido más bonito que tengas! ¿Entendido?

Eloísa miró a su nieta con los ojos entrecerrados y la boca tan apretada que le formaba una fina línea.

—¡No voy! —gritó, furiosa.

—¡Vendrás, aunque te lleve a la fuerza!

—¡Inténtalo! —desafió, agarrándose a los brazos del sillón.

—¿Crees que no soy capaz? —la amenazó.

Para sorpresa de Eloísa, Noelia se colocó tras el sillón y lo arrastró hasta la puerta del pasillo que daba a las habitaciones. La anciana protestó, colérica, con las piernas en alto, mostrando las medias negras que dejaban al descubierto sus blancas y huesudas rodillas.

—¡Te doy quince minutos para que te arregles! —inquirió Noelia con la voz entrecortada por el esfuerzo.

Esa vez, la anciana se levantó sin dejar de mirarla y se situó en mitad del pasillo mientras Noelia intentaba recobrar la respiración, a la vez que evitaba reírse delante de ella. Al final soltó una carcajada. Eloísa también abandonó su semblante serio y acompañó a su nieta con las risas.

—¡Date prisa que Diego nos recogerá en unos minutos! —exclamó Noelia, sosteniéndose la barriga y jadeando entre hipidos de risa.

Al fin, Eloísa se marchó y regresó a los pocos minutos, resplandeciente con un vestido en diferentes tonalidades de verde adornado con un *foulard* morado. Se acicaló el pelo encrespado de los últimos días y se pintó los ojos y los labios en tonos suaves.

—¿Tú no te arreglas? —increpó a su nieta, que llevaba unos vaqueros y una sencilla camisa.

—Más tarde, abuela—respondió, guiñándole un ojo y, tras darle un sonoro beso en la mejilla, la piropó—: ¡Estás tan hermosa como las rosas de tu jardín!

—Anda, quita —repuso la anciana, sonriente.

En ese momento, la joven recibió un toque en el móvil indicando que Diego las esperaba frente al portal. Cuando bajaron, las aguardaba de pie en la acera. Noelia lo encontró irresistible y elegante con una camisa blanca de corte moderno, que llevaba remangada y remetida por dentro de unos vaqueros oscuros. Cuando llegaron hasta él, Diego saludó primero a Noelia con un suave beso en los labios que dejó a Eloísa con la boca abierta. A causa de su aislamiento, no se había enterado de que estaban juntos.

—¡Sois novios! —acertó a decir, entusiasmada, dando palmas.

—Abuela, no te precipites —advirtió Noelia con la cara granate.

—¡Claro que es mi novia! —aseguró Diego mientras la agarraba por la cintura.

Noelia sintió su corazón palpar tan fuerte que temía que le atravesara el pecho y saliera despedido, dejando un reguero de sangre por la acera.

—La boda ¿cuándo será? —se interesó la anciana, risueña.

—¡Abuela! —regañó Noelia.

—Serás la primera en enterarte —aseguró él, bromeando a la vez que la ayudaba a subir al coche.

Una vez acomodada Eloísa, Noelia y Diego pusieron con cuidado, en el maletero, todas las cajas de pasteles que la joven había preparado para el puesto.

—¡Un momento! ¡He olvidado algo! —exclamó, apurada, y se dirigió de nuevo hacia el piso. A los pocos minutos, regresó sosteniendo una percha cuya funda mantenía oculto lo que había debajo.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó Diego, intrigado.

—Es una sorpresa.

LA PROPUESTA DE MATRIMONIO

En poco más de una hora, llegaron a Cañada Rosal, que presentaba un aspecto muy distinto al que conocía Noelia. Diego tuvo que dar varias vueltas hasta encontrar aparcamiento, el número de coches se había duplicado por la fiesta. El joven tuvo suerte, aprovechó que un coche salía para estacionar el todoterreno detrás de la plaza. Cargados con las cajas, atravesaron el Callejón de las Flores y encontraron el lugar engalanado con guirnaldas y banderolas de los colores de las banderas de Alemania, Francia, Holanda y Suecia, los países de origen de los primeros emigrantes del pueblo. Nada más entrar, pasaron junto a una mesa alargada sobre la que había cestos llenos de huevos decorados con vistosos y originales dibujos. Como rezaba en un cartel, el alumnado del colegio había sido el encargado de pintar todos estos huevos. Alrededor de la plaza, abarrotada de hombres, mujeres y niños, la mayoría disfrazados de colonos, que se entretenían charlando, riendo o bailando al son de la música tradicional alemana que sonaba de fondo, ya estaban instalados numerosos puestos medievales de comida. Para los más pequeños, el Ayuntamiento había instalado una alfombra roja llena de rotuladores y huevos duros para ser pintados y después canjeados por un zumo y una bolsa de patatas fritas.

Cristina esperaba en el *stand*, una sencilla estructura de madera con un pequeño toldo en marrón chocolate y un tablón sobre el que estaban colocados los recipientes de barro con las salchichas ya cocinadas. Eloísa y Cristina se dieron un fuerte abrazo, y Noelia comprobó, contenta, que el rostro de la abuela brillaba radiante de alegría. Tras dejar las cajas cerca del puesto, Cristina indicó a Noelia que la acompañara al hostel con la funda de la ropa. Minutos después, ambas regresaron, ataviadas con el traje típico de colona que consistía en una blusa blanca holgada, que dejaba al descubierto los hombros, una falda larga lisa en azul cielo y un ceñido fajín a rayas en tonos a juego con el color de la falda. Un gorro blanco ribeteado con un fino encaje completaba el conjunto. Cuando Diego las vio aparecer, silbó de admiración. A su madre la besó en la frente y a Noelia, en los labios con pasión. La joven se ruborizó porque la había besado delante de Cristina que, lejos de escandalizarse, los felicitó.

—Mi hijo me lo había contado —confesó, abrazándola con cariño.

La joven descubrió que Diego las miraba embelesado mientras reían divertidas y daban vueltas para mostrar los trajes.

—Tengo que dejaros solas un momento, pero regreso enseguida —anunció y, tras sonreír a Noelia de forma maliciosa, declaró—: Yo también tengo una sorpresa.

Entre las dos mujeres terminaron de preparar el puesto y, en poco tiempo, se vieron rodeadas de hambrientos feriantes que, al ser la hora del almuerzo, acudieron embriagados por el potente aroma de las salchichas. Mientras despachaban, Eloísa paseaba por otros puestos y regresó cargada de cuencos de barro con salmorejo, potaje de garbanzos y sopaipillas. Para acompañarlos, llevó un enorme vaso, también de barro, lleno de refrescante sangría. La anciana miró a su nieta, esperando una reprimenda por comer tanto, pero la joven se limitó a sonreírle.

—¡Diviértete, abuela! —exclamó mientras alzaba una enorme salchicha en la mano. La divertida escena provocó las carcajadas de varias mujeres que esperaban en la cola para degustar una salchicha tan grande como aquella.

A Noelia le pareció ver a lo lejos, entre la gente, la figura de una mujer que le recordaba a su madre. «Es imposible que sea ella», pensó. Isabel había dejado muy claro que no volvería al pueblo.

Durante un descanso en el *stand*, Noelia aprovechó para llamar a su padre y avisarle que estaba allí. Sin embargo, no pudo localizarlo porque el móvil de Jacobo no emitió señal alguna. La joven supuso que lo tendría apagado. Recorrió con la vista el lugar, con intención de buscarlo, aunque, pensándolo bien, la muerte de Soledad estaba demasiado reciente para que ningún miembro de la familia tuviera ganas de fiesta. Decidió dejar de lado el asunto y esperar a que Jacobo se pusiera en contacto con ella tras ver su llamada perdida.

El tiempo pasó rápido, pero Diego aún no había regresado. La joven se sentía un poco intranquila hasta que vio cómo a Cristina se le llenaban los ojos de lágrimas mientras miraba a uno de los extremos de la plaza. Al dirigir la vista hacia el mismo lugar, entendió lo que ocurría. Diego venía hacia ellas, empujando, orgulloso, a su padre en silla de ruedas. Ante la emotiva escena, la joven sintió un escozor en los ojos que se le alivió cuando varias lágrimas se deslizaron por sus mejillas. La madre de Diego dejó los panes que tenía en la mano y salió en busca de su marido. Se fundieron en un fuerte abrazo y se dieron un beso tan apasionado que provocó los aplausos y vítores de quienes los rodeaban.

—Tu hijo me ha pedido que no te vuelva a dejar sola, y le he prometido que nunca más lo haré —dijo en voz alta, mirando a Diego con gesto cómplice.

El hijo asintió, satisfecho, y la pareja se abrazó de nuevo. Cristina, pletórica, regresó al puesto con una luz en los ojos tan brillante como una luna llena durante una noche de verano.

Una vez agotadas las reservas de salchichas, Noelia colocó en el puesto los dulces que había hecho para la ocasión: una exquisita tarta de manzana al estilo alemán y *cupcakes* de vainilla decorados con pequeños huevos de chocolate. Ambas creaciones

llenaron de nuevo el quiosco. Todos miraban embobados los llamativos pastelitos colocados a lo largo del mostrador, reducido pero bien aprovechado. A esa misma hora, una chirigota actuó sobre un escenario ubicado en un lateral de la plaza. La función congregó a su alrededor a todo el público, que tatareaba y bailaba cada una de las canciones. El ambiente festivo permaneció hasta última hora de la tarde, cuando se terminaron las provisiones de comida y los integrantes de la agrupación musical se despidieron con la voz ronca de tanto cantar. Había llegado también el momento de recoger. Noelia hizo una señal a Diego para que la ayudara y dejar que sus padres disfrutaran de un paseo. El puesto había estado tan concurrido a lo largo de todo el día, que apenas habían tenido tiempo de intercambiar unas cuantas palabras, aunque sí se habían lanzado muchas miradas acompañadas de sensuales sonrisas. El joven acudió en seguida y, sin mucho esfuerzo, desmontó toda la estructura. A Noelia le encantaba contemplar cómo desplegaba toda su fuerza, exhibiendo los músculos en tensión, aunque todavía suspiraba al recordar su lado más tierno cuando llegó al puesto acompañado del padre. En definitiva, le gustaba todo de él, y su cuerpo se encargó de demostrárselo sintiendo un fuerte cosquilleo cuando sus manos se rozaron al doblar juntos la tela del toldo.

Aún no habían terminado de recoger, cuando apareció Eloísa rodeada de las vecinas con las que celebró varias reuniones en su casa. La mujer estaba exultante, sin rastro alguno del abatimiento en el que se había sumido durante tantos días. Era tal su alegría que había recuperado el color rosado de las mejillas y el brillo intenso de sus pequeños ojos verdes. Una sonrisa ocupaba gran parte de su rostro; además, caminaba erguida y ligera, como si la tristeza hubiera sido una pesada roca de la que, al fin, se había desprendido.

—¡Vamos a terminar la fiesta en mi jardín! —anunció, entusiasmada.

Las mujeres a su alrededor se mostraron tan complacidas como ella. Noelia percibió que habían echado de menos las veladas en casa de su abuela.

—Iremos encantados. —Se adelantó Diego, aprobando sin disimulo cada propuesta que hacía Eloísa.

—Claro, iremos —confirmó Noelia, aunque en realidad ansiaba quedarse a solas con él.

—También he invitado a tus padres —informó la anciana, mirando a Diego.

Noelia asintió feliz porque el reencuentro con su querida amiga Cristina era otro de los motivos por los que Eloísa había recuperado las ganas de vivir.

—Os espero en media hora —advirtió y se marchó seguida por el séquito de vecinas.

Cuando Noelia y Diego llegaron a la casa, escucharon, desde la puerta, voces procedentes del interior. Al entrar, el salón permanecía a oscuras. Se adentraron hasta el jardín y allí fueron recibidos por un gran alboroto, provocado por la gente que charlaba y reía, entusiasmada. La mesa estaba repleta de comida y sobre el pozo, numerosas velas encendidas hacían del patio un lugar cálido y místico. De fondo, sonaban los acordes de una guitarra española que, para asombro de Noelia, tocaba el padre de Diego. El hombre estaba muy concentrado en la música, sentado en el banco del jardín, mientras Cristina, a su lado, lo contemplaba embelesada. En un rincón, oculta entre macetas, permanecía olvidada la silla de ruedas.

—Hacía mucho tiempo que no tocaba —confesó Diego—. Ahora sí vuelve a ser él —aseguró, irradiando felicidad.

Cristina les indicó que se sentaran con ellos en el banco. Los dos se contagiaron enseguida del ambiente jovial que reinaba.

Noelia tuvo que abandonar con pena el recital de guitarra cuando su abuela le pidió que trajera más copas de la cocina. Diego se ofreció a buscarlas, pero la joven insistió en ir y dejar que él continuara disfrutando de la compañía de su padre.

Al entrar en la cocina, a la joven le pareció escuchar el timbre de la puerta. Era difícil distinguirlo bien entre tanto ruido, por lo que se acercó al salón y agudizó el oído. Esta vez sí reconoció el sonido con claridad y se apresuró a abrir. Noelia gritó de alegría cuando vio quien esperaba al otro lado de la puerta.

—¡Mamá! ¡Eres tú!

—La misma —reconoció Isabel mientras se abrazaban.

—¿Cuándo has llegado? ¿Cómo has venido? —interrogó Noelia, aún sorprendida por su presencia.

—Lo pensé mejor y...

—¿Cómo estás, pequeña? —escuchó detrás de Isabel.

—¡Andrés! —gritó de nuevo Noelia, feliz de verlo.

El hombre pasó junto a Isabel y le dio un tierno abrazo.

—Estoy muy contenta de que estés aquí —confesó ella con lágrimas en los ojos.

—Yo también estoy encantado —aseguró con la voz entrecortada por la emoción.

—¿A mí nadie me abraza? —protestó Marlena desde la puerta.

Se adelantó, mostrando una vez más su larga y negra cabellera. Ella y Noelia se abrazaron y se quedaron un rato con los brazos entrelazados.

—Quiero confesarte algo —dijo Noelia—. Al conocerte no fui muy agradable contigo porque no me gustó que ocuparas mi puesto en la pastelería. Tampoco conocía tu historia... Pero ahora te has convertido en una verdadera amiga.

Las dos jóvenes se volvieron a abrazar, Isabel se sumó a ellas, permaneciendo unidas unos segundos.

—Bueno, señoritas, una fiesta nos espera —apostilló Andrés, divertido.

—Ve con Marlena, ahora entramos nosotras —pidió Isabel, y ambos se miraron, cómplices.

—¿Qué me tienes que contar? —preguntó la hija en cuanto se marcharon.

Isabel levantó la mano izquierda y le mostró a su hija un bonito anillo de oro blanco con un diamante engastado.

—¡Mamá! Esto quiere decir...

—¡Que nos casamos! —anunció, agarrando las manos de su hija y dando saltos de alegría.

—Pero, yo pensé que tú y Jacobo... —titubeó Noelia, aturdida.

—No te negaré que ver a tu padre me despertó sentimientos que me hicieron pensar que todavía podría quererlo. Pero con el tiempo me di cuenta de que ya no era el hombre del que me enamoré porque, después de tantos años, habíamos cambiado demasiado. La pasión y el deseo que sentía ya no eran los mismos. Sin embargo, entre Andrés y yo existe una forma de amar serena y dulce que con los años se ha hecho más fuerte. Me gusta estar con él, aunque no nos digamos nada. Tan solo su presencia me hace sentir segura y feliz.

Las palabras de Isabel explicaron a la perfección el amor maduro frente al amor de juventud, más atolondrado y pasional.

—Andrés me había pedido varias veces que me casara con él, pero yo siempre lo rechacé —prosiguió la mujer con la cabeza baja—. Acostumbradas a vivir solas, no estaba segura de que os hiciera gracia que un hombre entrara a formar parte de nuestras vidas.

—Andrés no es un hombre cualquiera, mamá. Es bueno, educado, cariñoso... Es el hombre perfecto para ti. Estoy encantada de que os caséis, y la abuela opinará lo mismo, ya verás.

—Eso espero —deseó con un profundo suspiro.

—Saldremos de duda en un momento —apuntó la joven, cogiéndole la mano para ir juntas al jardín.

—Una última cosa —apuntó Isabel—. ¿No te importa que celebremos el convite de boda en el taller? A Andrés y a mí nos gustó tanto cómo fue la inauguración que nos gustaría hacer algo parecido.

—Será todo un honor encargarme de preparar el banquete —aceptó Noelia y le dio un dulce beso en la mejilla.

Mientras atravesaban el salón, Noelia no pudo evitar pensar en su padre. Volvió a mirar el móvil, pero no había llamada ni mensaje alguno.

Aunque ya refrescaba, la joven todavía llevaba el disfraz de colona, aunque sin el sombrerito que la hacía sentir algo ridícula. Se lo había quitado cuando terminó de atender el puesto. Allí se había bajado un poco la blusa mostrando más los hombros para seducir a Diego, que la miró mientras mordía su labio inferior y alzaba las cejas en clara alusión a que le excitaba verla así.

Una vez reunidos todos en el jardín, Isabel interrumpió la fiesta para anunciar la boda. Eloísa fue la primera en acercarse a su hija para felicitarla con un abrazo y muchos besos, lo mismo que hizo con Andrés, al que llamó, emocionada, «hijo». El resto de los presentes también felicitaron a la pareja y brindaron varias veces por ellos. Era tal el entusiasmo que reinaba, que el marido de Cristina se arrancó por unas bulerías que todos acompañaron con palmas.

Entre tanta algarabía, Noelia dejó de mirar el móvil hasta pasadas unas horas. En un momento de tranquilidad, acurrucada junto a Diego, que la abrazaba con dulzura mientras hablaba con el padre, la joven sintió vibrar el teléfono. Había recibido un mensaje de Jacobo: «Estoy en la puerta de tu casa».

—Ahora vuelvo —anunció, deshaciéndose de su abrazo con pesar pero ansiosa por encontrarse con su padre—. Jacobo me espera —dijo ante la cara de incertidumbre de él.

Atravesó a la carrera el salón. Él permanecía en la acera de enfrente con su actitud habitual: las manos en los bolsillos y la cabeza baja.

—¡Hola, hija! —exclamó al verla.

Cuando llegó a su lado, lo abrazó y le dio dos cálidos besos.

—Siento mucho la muerte de Soledad —aseguró la joven, compungida.

—Gracias —murmuró.

El hombre la miró con tristeza e hizo el amago de hablar, pero no le salieron las palabras.

—¿Qué ocurre, papá? —preguntó, advirtiendo algo raro en él.

—Vuelvo a Alemania —comunicó finalmente—. Allí tengo mi casa, mis amigos. Germán y Caroline quieren volver. Mi madre ya no está, y no hay nadie más por quien tenga que quedarme.

Noelia comprendió que la última frase aludía de forma directa a Isabel.

—Lo entiendo, papá —aseguró con pesar—. Te echaré mucho de menos.

Él la miró con sonrisa amarga y suspiró con melancolía.

—Y yo a ti —confesó y le agarró la cabeza con las manos para besarle la frente—. Quiero que sepas que en Alemania tienes también tu casa y que dentro de un tiempo, cuando me encuentre con más fuerzas para afrontar todo lo que ha ocurrido, regresaré porque no quiero volver a perderte.

—No me perderás. Hablaremos por teléfono, y me hará mucha ilusión visitarte. ¿Cuándo te marchas? —quiso saber la joven, que pugnaba por evitar echarse a llorar de nuevo.

—Mañana mismo. Caroline tiene desfiles pendientes, y Germán empezará a trabajar en la misma empresa en la que yo lo hice.

—Me alegro mucho por los dos —declaró sincera, aunque en el fondo la apenaba no haber conectado con ellos.

Se consoló pensando que, al menos, siempre tendría el amor de su padre. Ambos se quedaron unos segundos en silencio.

—Nos volveremos a ver, te lo prometo —aseguró el hombre, intentando mostrarse fuerte ante su hija.

—Estoy segura de ello.

Jacobo emprendió el camino de vuelta despacio y cabizbajo, adentrándose en la noche oscura hasta perderse entre las sombras. Al verlo marchar, Noelia lloró desconsolada, tapándose el rostro con las manos hasta que oyó el chirriar de la puerta al abrirse con lentitud.

—¿Estás bien? —susurró Diego mientras la giraba y la agarraba por la cintura con suavidad.

Ella lo miró y se recostó sobre su pecho, perdiéndose en su agradable olor. El joven agachó la cabeza hasta posarla con cuidado sobre la de ella y la atrajo más hacia él. Noelia levantó la cara, buscó sus labios en un beso apremiante y sintió el sabor salado de las lágrimas mezclado con el vino que los dos habían bebido. Durante largo rato, jugaron con sus lenguas a la vez que se acariciaban con pasión. Los suspiros dieron paso a leves gemidos. De repente, alguien los llamó desde el jardín.

—Vámonos —pidió Diego con la voz entrecortada por la excitación.

Cogidos de la mano, regresaron al patio, donde la fiesta continuaba igual de animada que la dejaron. Los dos se miraron, cómplices, y anunciaron que se marchaban porque estaban cansados. Afortunadamente para ellos, que querían que su marcha pasara desapercibida, apenas les echaron cuenta porque todos estaban demasiado ocupados bebiendo, comiendo o charlando. Solo Isabel los llamó antes de que salieran por la puerta.

—Nos quedaremos a pasar la noche en el pueblo —dijo, ilusionada—. Cristina nos ha ofrecido una habitación para Andrés y para mí. Marlena dormirá con la abuela.

Aquella noticia hizo que Noelia se sintiera pletórica porque evidenciaba que Isabel había hecho por fin las paces con el pueblo.

—¡Estupendo, mamá! —exclamó.

—¿Quieres que te recojamos para volver a Sevilla? —preguntó, indecisa, sin dejar de mirar a Diego.

—Yo también regresaré mañana —acertó a decir el joven.

—¿No te importa que vuelva con él? —preguntó Noelia con voz melosa.

—¡Claro qué no! —afirmó Isabel con una gran sonrisa y, tras un leve gesto de despedida, regresó al jardín.

De camino al chalet de Diego, la pareja no dejó de besarse y acariciarse como si lo hicieran por primera vez. Abrazados llegaron a la casa, entraron desesperados por desprenderse de toda la ropa que les impedía el roce de su piel. A cada paso, lanzaban una prenda sin importarles si dejaban caer algún objeto de decoración. Llegaron desnudos al dormitorio y se lanzaron sobre la cama, embriagados de deseo. Entonces, Diego se colocó sobre Noelia y la miró de una forma tan dulce que la joven se sintió desfallecer. Ella lo correspondió mordiéndole el labio y apretándole las nalgas con las dos manos. Sin dejar de mirarse, hicieron el amor mientras las cortinas del dormitorio ondeaban con suavidad, movidas por la ligera brisa de la noche. De fondo, sonaba un suave sople, mezcla de diferentes idiomas procedentes de las almas de los colonos que se negaban a abandonar la tierra soñada.

EL VIAJE

El timbre de la puerta sonaba con insistencia. Noelia despertó, sobresaltada. Por el contrario, Diego dormía plácidamente, ajeno al ruido.

—Llaman a la puerta —advirtió en voz baja mientras le acariciaba el hombro con suavidad.

El joven se movió un poco y abrió despacio los ojos, que tenía hinchados por el sueño

—Diego, el timbre—insistió, Noelia.

El chalet estaba bastante alejado del pueblo y solo rodeado por campos de cultivos. La casa más cercana estaba a un kilómetro de distancia por lo que resultaba extraño que llamaran tan temprano.

—Iré a ver quién es —decidió él con la voz ronca.

Antes de levantarse, Diego besó su clavícula. La insistencia del timbre provocó que Noelia lo apremiara.

—¡Venga!

El joven se levantó desnudo y avanzó por el dormitorio mientras se desperezaba.

—¡Ponte algo! —advirtió la joven sin dejar de reír.

Él echó un vistazo a su alrededor, a la vez que frotaba sus ojos, hasta que divisó un pantalón de chándal sobre una silla. Se lo puso con un rápido movimiento y se dirigió hacia la entrada donde el timbre no dejaba de sonar. Noelia esperó en la cama, tapada solo por la sábana, preocupada por la perseverancia de quien esperaba en la puerta. Los timbrazos dieron paso a unos murmullos y, aunque Noelia puso atención, no consiguió averiguar quién era la persona que había llamado con tanto ahínco. Entonces escuchó pasos que se acercaban al dormitorio. Pensó que era Diego para contarle de quien se trataba. La puerta se abrió y, de pronto, entró Eloísa seguida de Diego.

—¡Abuela! ¿Qué haces aquí? —preguntó Noelia, sorprendida y avergonzada mientras hacía lo imposible por cubrirse con la sábana.

Aunque ya no era una niña, no quería que su abuela la viera de aquella manera y dedujera que ella y Diego habían hecho el amor.

—Insiste en que tiene algo muy importante que proponerte —intervino Diego con los brazos cruzados y una media sonrisa.

Su actitud demostraba que había aprendido a resignarse ante las descabelladas ideas de Eloísa y a su cabezonería.

—¡Diego, tápate! —insistió Noelia mientras ella luchaba con la sábana, tan fina como el ala de una libélula.

—Hijo, no hace falta que te pongas nada. Estás muy bien así —aseguró la anciana con un brillo pícaro en los ojos.

Diego, divertido, se encogió de hombros, aunque no pudo evitar ruborizarse por el comentario de Eloísa.

—¡Abuela! —regañó Noelia.

—Yo también habría hecho ciertas cosillas antes de la boda si tu abuelo hubiera tenido esta espalda —señaló la mujer, guiñándole un ojo a Diego que no pudo evitar una sonrisa.

—¡Ya está bien, abuela!

A la joven no le hacía gracia la situación, sino todo lo contrario, se sentía incómoda.

—Bueno, vamos a lo importante —zanjó Eloísa, sentándose en la cama junto a la nieta—. Quiero que me lleves de viaje —dijo con total naturalidad.

Noelia se echó a temblar ante la petición de la abuela.

—Quiero conocer el lugar de donde proceden mis antepasados.

Noelia no supo qué decir porque, a pesar de no disgustarle del todo la propuesta, no entraba en sus planes más inmediatos hacer un viaje de esa envergadura.

—Abuela, es un viaje largo. No puedo dejar ahora el taller.

—Podemos ir durante las vacaciones de verano —propuso Diego.

—¿Te vienes con nosotros, o vamos los dos solos? —ironizó Eloísa, clavando los ojos en Noelia.

La joven tapó su cabeza con la sábana.

—¡Voy! —dijo más desesperada que entusiasmada.

Eloísa se levantó de un salto.

—¡Listo! Ya vamos preparando el viaje. Ahora me voy, que me esperan —anunció mientras caminaba hacia la puerta—. ¡Verás la cara de tu madre! —apuntó, divertida.

—¿Por qué? —preguntó Noelia, intrigada.

—Porque pensaba que no sería capaz de convencerte —concluyó, satisfecha.

Antes de marcharse le dio un beso a su nieta y otro a Diego, que la acompañó hasta la salida. Cuando el joven regresó al dormitorio, se quitó el pantalón y volvió a la cama junto a Noelia que continuaba sin reaccionar tras la inesperada visita.

—¡Qué abuela más cabezona tengo! —protestó—. ¿Estás seguro de lo que vamos a hacer?

—Muy seguro y más si es contigo. Además, me fascina la idea de averiguar más cosas sobre el pasado del pueblo.

Noelia conocía el entusiasmo de Diego por la historia de Cañada Rosal. Por supuesto que a él no le parecía una locura el viaje, sino toda una aventura. La joven decidió no darle más vueltas al asunto, porque ella también deseaba hacer ese viaje, incluso con más motivos que Eloísa y Diego ya que así tendría la oportunidad de visitar a su padre.

—Estaré encantada de viajar con vosotros. —Se rindió al fin, rozando sus labios con los de Diego—. Aunque esperaba que nuestro primer viaje lo hiciéramos los dos solos.

—Tendremos tiempo de hacer más escapadas —aseguró él, destapándola para contemplar su cuerpo desnudo—. Pero este viaje me hace tanta ilusión como a tu abuela.

—Vas a hacer que me ponga celosa de ella —susurró, acercándose más a él.

—No te confundas —indicó mientras le colocaba un mechón de pelo tras la oreja—. Ella me gusta, pero a ti, te quiero.

Noelia se quedó sin habla. El cosquilleo interior se convirtió en todo un oleaje de sentimientos que le inundaron el alma. Aquellas palabras de Diego eran la declaración de amor que más la había hecho sentir en toda su vida. Mirándolo a los ojos le susurró:

—Yo también te quiero.

Pasaron unos minutos juntos y en silencio, ajenos a todo lo que ocurría a su alrededor, aislados del mundo como si permanecieran abrazados dentro de una urna de cristal.

AGRADECIMIENTOS

Aunque la creación de una novela es un trabajo solitario, siempre encuentras a personas que hacen este recorrido más llevadero.

En mi caso, empezaré por mis abuelas, María y Pastora, que ya pasados los 90 años son la cúspide de mi familia y las que me han inspirado, con sus formas de ser tan alegres y bromistas, a crear a mi personaje más entrañable, Eloísa.

También están presentes en las páginas de este libro las aportaciones de mi tío Manolo, mis tías Lola y Magdalena. Ellos ya no están aquí para ver el resultado de tantas charlas sobre el pueblo o sobre la vida, pero seguro que compartirán mi alegría allá donde se encuentren.

No puedo olvidar a mi primera lectora: mi madre, que está presente en muchas de las anécdotas de la novela; a ella le doy las gracias porque se desvive cada día, cada hora, cada minuto por nosotros.

A mi padre le debo mi gusto por la lectura. Sin mi casa llena de sus libros y sus periódicos nunca hubiera descubierto mi verdadera pasión.

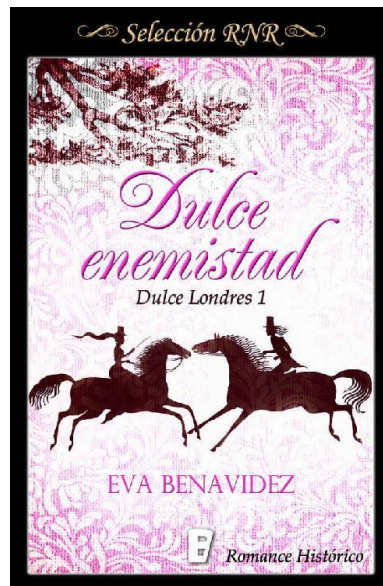
Mis hermanos José Miguel y Alicia me animan, me apoyan. Son maravillosos. Mi hermano pequeño llegó cuando nadie lo esperaba, pero ocupa un lugar especial en nuestros corazones y a cambio de nuestros mimos, nos levanta cuando caemos.

Gracias a Conchi, mi amiga, que dedicó muchas horas a corregir aquel manuscrito interminable que le entregué y que trató con tanto cariño. Ella siempre está para darme consejos no solo de escritura.

Gracias, como no, a Lola que, sin conocer ni tan siquiera mi timbre de voz, ha hecho tanto por mi novela. No existen elogios suficientes para agradecer el título más bello y la portada más hermosa.

Por último, a Luis, para él, solo tres palabras: yo siempre más...

Si te ha gustado
Limón, canela y chocolate
te recomendamos comenzar a leer
Dulce enemistad Dulce Londres 1
de Eva Benavidez



PRÓLOGO

No matarás.
Éxodo 20:13

Inglaterra, 1815
Londres, suburbios

Sus pasos urgentes resonaban en las frías baldosas; había perdido su sombrero hacía rato. El sudor resbalaba por la frente y por el cuello mientras corría intentando sortear desperdicios, animales famélicos y bultos humanos, los cuales habitaban los apestosos callejones. Desesperado, dobló en una esquina; su pie pisó algo viscoso y por poco cae de bruces. Sin importar el dolor, siguió avanzando. En el

fondo sabía que era inútil escapar; no importaba cuánto corriera o dónde se escondiera: lo encontraría. Y cuando eso ocurriera...

El terror lo invadió; tropezó y cayó con un golpe seco. Jadeando, intentó levantarse, pero las piernas no le respondían. Lágrimas de impotencia y de terror nublaron su vista; no podía más, no podía seguir. De repente, un escalofrío le subió por la espalda y los vellos de la nuca se le erizaron. Lentamente, giró su cabeza; entonces, lo vio. A solo unos pasos estaba su verdugo. Las piernas, separadas e inmóviles. Las sombras lo envolvían y el silencio lo rodeaba. No escuchaba murmullos provenientes de las tabernas ni de los antros; ni tampoco ladridos de perros furiosos. Extrañamente, oía un llanto desesperado; cayó en cuenta de que era el suyo.

Sin decir palabra, el hombre comenzó a acercarse. A cada paso, él sentía su corazón estallando dentro de su pecho. Nunca pensó que su vida acabaría así: muriendo en un callejón lleno de mugre y hedor. El desconocido siguió avanzando; la luz de la luna iluminó su rostro por un instante. Lo miraban unos ojos oscuros y fríos que no había visto antes. No reflejaban nada: ninguna emoción ni atisbo de pensamiento; ni siquiera parecía estar agitado por la carrera. Lo asombró descubrir que su perseguidor aparentaba al menos ser un caballero, pero uno como jamás había visto, uno sin alma. Un demonio.

La sangre se le congeló en las venas; el caballero levantó su mano derecha y apuntó su arma hacia él. Quiso gritar, pero su boca no emitió sonido. Intentó levantarse, tal vez podría convencerlo de alguna manera. Frenético, metió las manos en los bolsillos. Él tenía mucho dinero, seguramente podría... La fuerte explosión resonó en las paredes y, un segundo después, cayó en la oscuridad.

Capítulo 1

Raíz de todos los males es el amor al dinero.

1° Timoteo 6:10

*No mires su apariencia;
pues el simple hombre mira lo que está
delante de sus ojos, pero Dios mira el corazón.*

1° Samuel 17:6

Nicholas Bladeston, noveno duque de Stanton, dejó suavemente el periódico sobre la mesa de desayuno, pensativo.

Hace un tiempo, su naturaleza curiosa había captado una serie de hechos: asesinatos de hombres pertenecientes al mundo elegante, precisamente. Las víctimas fueron halladas en diferentes callejones de los peores bajos fondos de Londres. Pero lo más curioso era que todos habían muerto de una misma manera: de un único y certero disparo. Las autoridades, al parecer, pensaban que existían indicios suficientes para creer que se trataban de hechos aislados. Pero él no estaba de acuerdo; demasiadas coincidencias y muchos abismos en las investigaciones de cada hecho alimentaban sus dudas. Sin contar que ninguno de los muertos frecuentaba los lugares donde habían sido hallados sus cuerpos; no había testigos ni más pistas, todo era muy turbio y él estaba seguro de que las autoridades callaban algo.

Como los asesinatos continuaban, Nicholas decidió ponerse en contacto con una persona de confianza del rey y averiguar si sus sospechas eran certeras. Lo que descubrió lo dejó de una pieza. No solo era atinada su conjetura de la conexión entre las muertes, sino que todas las víctimas estaban, de alguna manera, involucradas en el contrabando que acaecía entre Francia e Inglaterra. El mismo incluía tanto armas como mercancías y el negocio más peligroso: la venta de información.

Por lo que, de inmediato, concertó una cita con el ministro de guerra; antes había trabajado para él pasando información y datos útiles. El ministro le confió que estaban tras una pista de espionaje y posible traición al rey Jorge. Además, al parecer, alguien se había percatado de esto y el cabecilla de la organización intentaba cubrir su rastro eliminando sus miembros más expuestos.

La seguridad británica tenía la certeza de que el asesino y posible traidor era un noble; alguien ubicado en el corazón de la nobleza, con las mejores conexiones, lo que le permitía ir siempre un paso adelante. Por esto, se le encomendó ponerse a disposición de la corona y usar el acceso y los beneficios que su título de duque le otorgaban para intentar desenmascarar al traidor y descubrir sus planes.

La puerta del comedor se abrió y aparecieron su madre —la duquesa— y su hermana menor. No parecían tener secuelas de haber regresado a altas horas de la noche, luego de haber asistido a otro interminable baile. Su hermana, que acababa de ser presentada en sociedad y que —por lo que había escuchado— ya causaba sensación entre la población masculina, lo miró y arqueó una dorada ceja.

—¿Jugando al detective otra vez, hermanito? —La risa le bailaba en los ojos.

—Buenos días, madre —dijo Nicholas poniéndose de pie—. Estás radiante como siempre, hermana —dijo, haciendo una inclinación con la cabeza.

Su hermana le sacó la lengua juguetonamente y luego tomó un plato para ella y para su madre. Con una sonrisa, Nicholas volvió a sentarse. «Para ser tan delgada, mi hermana tiene un considerable apetito», pensó mientras la observaba servirse. Seguramente las viejas matronas de la alta sociedad se escandalizarían de que personas de su rango se sirvieran la comida sin llamar a los lacayos. Pero desde que tenía memoria era así. Su padre, el antiguo duque, no les había dado una educación muy ortodoxa. A duque le gustaba desayunar en familia y que se sirvieran ellos mismos. Incluso les enseñó a montar sin silla. Él mismo se ocupó de enseñarles a escribir, leer, pescar, nadar y hasta manejar un carruaje. Su prematura muerte los había destrozado. Su ausencia todavía le dolía. Sacudió la cabeza; debería aprender de su madre, que lo recordaba con alegría y risa. Ella le tocó el brazo, como sacándolo de sus melancólicos pensamientos.

—Hijo, ¿estás bien? Llevo horas hablándote y tú solo me miras como un pez moribundo. —«La exageración, evidentemente, es un rasgo familiar», pensó Nick.

—Lo siento, siempre me agradó la vida marina, ya sabes —dijo sonriendo.

La risa de Clarissa resonó en la habitación; su madre la fulminó con la mirada y luego le pellizcó el brazo. Su sonrisa se transformó en una mueca dolorida. Se quejó en voz alta y murmuró:

—Perdona, madre, ¿decías?

—Te contaba del gran baile que se celebrará esta noche. Será el acontecimiento de la temporada; todo aquel que se considera alguien asistirá.

Nicholas sabía a dónde quería llegar. A sus veintiocho años ya era experto en eludir tediosas fiestas, donde estaría rodeado de vírgenes ruborizadas, debutantes vestidas de blanco y, lo peor, madres y damas de compañía ávidas de cazar un título. Eso sin contar a los caballeros deseosos de congraciarse con él, con obvias intenciones de acceder a su abultado bolsillo. La sola visión lo aterraba; podía pasar del gran acontecimiento. Miró a su madre, que lo observaba expectante, mientras su hermana parecía adivinar sus pensamientos.

—Por supuesto, madre, que puedes asistir. Si quieres algún accesorio para tu vestuario, no tienes más que decir... —Ella lo interrumpió con un ademán.

—¡Oh, por favor! ¿Olvidas que te di la vida? —dijo con un gesto dramático—. ¿Que yo misma tejí tus primeros pantaloncitos? —Nick no pudo evitar ruborizarse, sabiendo que eso divertía mucho a Clarissa. Su madre continuó: —Sé que intentas eludirme otra vez, pero ¡no lo lograrás, Nicholas!

Nick conocía esa mirada. Honoria había activado su lado casamentero. Suspiró presintiendo la derrota.

—Madre, esta noche tengo planes, y esos sí que no puedo eludirlos.

—Planes que seguramente involucran a alguna dama de dudosa reputación —intervino sonriente su hermana.

—¡Clarissa! —exclamó su madre horrorizada, ahogándose con el té—. No comprendo esa inclinación tuya de decir las cosas más escandalosas. Yo a tu edad jamás me hubiera comportado así.

—Lo siento, disculpa, madre —dijo ella a la que no se la veía en absoluto arrepentida.

—Como decía, hijo —prosiguió Honoria—, tú prometiste asistir a, por lo menos, dos bailes esta temporada —dijo levantando dos dedos—. Y hasta el momento esto no sucedió.

—En otra oportunidad, sin duda pod... —Ella se negó a escucharlo y continuó.

—Y como sé que eres un hombre honorable... y confiable, harás honor a tu palabra. —Hizo una pausa—. No me equivoco, ¿verdad?

Nicholas esperaba la llegada del *lord*, al cual le habían encomendado investigar. Su objetivo era hacer un primer acercamiento y estudiar sus reacciones cuando fuera abordado el tema de los asesinatos. Decenas de caballeros ingresaban y ocupaban sus asientos.

De repente, su mirada se detuvo en un hombre extrañamente peculiar. Su actitud furtiva denotaba nerviosismo. Era extremadamente menudo, al punto de parecer un niño. Luego de ver alrededor, se sentó a un costado. El sombrero le cubría toda la frente, pero no ocultaba su piel cremosa. *Un momento, ¿piel cremosa?*

Su estudio sobre el joven se intensificó. La vestimenta era de buena calidad; su mirada descendió hasta sus pies y, al ver su calzado, sintió una mezcla de sorpresa, diversión y horror. ¡Eran muy femeninos! Se frotó los ojos para aclarar la vista y miró nuevamente. No, no se equivocaba: ese calzado era de dama. Sin ir más lejos, su hermana usaba unos similares. Rápidamente, su mente llegó a la conclusión obvia. *El supuesto caballero, era una... una...* Sus labios se abrieron en una sonrisa de fascinación y clara diversión. Sin quitarle la vista, reprimió la risa. De pronto tenía una nueva misión y un nuevo objetivo. Y este reciente misterio era mucho más divertido, agradable y, definitivamente, más tentador.

¿Puede un hombre que se aprecia negarse o, siquiera, resistirse? ¡¡Imposible! «Que comience la función», pensó, haciendo una reverencia a su público imaginario.